

RECONQUISTAR PLENTY

Colin Greenland

A las mujeres que manejan el volante

Primera parte: ***Encuentros en la Cinta de Moebius***

—¿Pellido? —preguntó el inspector del puerto.

—Jute —replicó ella.

—¿Ombre?

—Tabitha.

—¿Ituación?

—Propietaria independiente.

—¿Ave?

—*La Alice Liddell* —dijo Tabitha.

El inspector del puerto alzó su rostro pulcramente afeitado hacia ella y sus ojos la contemplaron con fijeza por encima del monitor de lectura.

—Ipo y matricula de la ave —dijo.

—Oh, sí, claro... —dijo Tabitha—. Bergen Kobold. BGK cero...

Se subió la manga y echó una rápida mirada a su monitor de muñeca. Veía el número de matrícula de *la Alice* un mínimo de veinte veces al día, pero nunca lograba recordarlo y siempre tenía que consultar con el monitor.

—Cero—nueve—cero—cinco—nueve.

—¿Opósito de la visita?

—Tengo que ver a un hombre para hablar de un trabajo con él —replicó Tabitha—. Oiga, ¿no podría darse un poquito de prisa?

Pero el inspector era un eladeldi. La lengua asomaba por entre sus labios y lo anotaba todo con un punzón manual mientras iba echando miradas a sus datos.

Tabitha lanzó un suspiro de irritación y dejó que sus dedos repiquetearan impacientemente sobre la pulida superficie de la mesa que tenía delante.

Sus ojos recorrieron la sala. Todas las colas avanzaban a gran velocidad salvo la suya. Los residentes sólo tenían que introducir su tarjeta en la ranura y

salir por la puerta, pero su mala suerte habitual había hecho que tuviera que vérselas nada menos que con un eladeldi.

Supo lo que iba a decir en cuanto el inspector abrió su boquita color púrpura.

—Os archivos indican que hace dos eses aclaró ener un oblema con el istal del eje —dijo el inspector.

—Sí —replicó Tabitha.

—Y el istal del eje aún no ha ido ustituido, ¿erdad? —observó el inspector.

—No dijo ella—. ésa es la razón de que deba hablar con ese hombre por lo del trabajo, ¿comprende?

Pero el inspector aún tenía que imprimir otra copia de las normas capellanas referentes a los niveles de degradación máximos aceptables en los cristales de los ejes, y no la dejó pasar hasta haber terminado de imprimirla.

Tabitha metió los papeles en su bolsa de viaje para que hicieran compañía a los tres documentos idénticos perdidos en algún lugar indeterminado de sus profundidades y consultó el monitor para ver la hora.

—Mierda... —dijo.

La terminal comercial estaba cerrada a causa de alguna operación policial, y Tabitha acabó siendo desviada por un túnel larguísimo que terminaba en el recinto civil. La sala estaba atestada. Navegantes y pilotos de uniforme se abrían paso entre los enjambres de porteadores humanos y mecánicos. Evangelistas de ojos llameantes metían sus opúsculos con profecías sobre la Fusión Total inminente en las patas, abanicos y manos de los turistas que les contemplaban con mirada algo vidriosa. Los hologramas que anunciaban negocios locales, estaciones de la red y atracciones arqueológicas chillaban, canturreaban y giraban sobre sus sopores compitiendo unos con otros en un intento de llamar la atención del público. El jaleo era todavía más ensordecedor que de costumbre.

Lo cual era lógico, teniendo en cuenta que estaban en pleno carnaval.

La terminal de Tabitha sintonizó un canal ambiental y empezó a torturarla con el estridente sonsonete metálico de la música salsa. Tabitha hizo una mueca de irritación, se arrancó el audífono de un manotazo y dejó que colgara alrededor de su cuello. Si no se daba un poco de prisa jamás conseguiría llegar a la ciudad antes del mediodía. Cogió su bolsa de viaje, esquivó una plataforma cargada de maletas y bultos, se deslizó por entre un grupo de perks que estaban discutiendo a voz en grito y usó los codos para apartar a los dos altaceanos y al guía turístico con el que estaban intentando regatear. Colocó su bolsa delante del cuerpo y se fue abriendo camino por entre la multitud aprovechando al máximo la baja gravedad hasta que consiguió salir del recinto.

Hacía frío y el polvo estaba por todas partes. Los vientos del desierto transportaban torbellinos de arenilla que giraban locamente de un lado a otro. Niños flacos como palillos se lanzaban sobre la multitud que emergía del recinto ofreciendo sus servicios con ceñuda eficiencia. Tabitha Jute tiró del

cuello de su vieja y maltrecha chaqueta metalizada y dejó atrás los puestos de baratijas y las tiendas para buscar un medio de transporte.

Las colas para coger un aerotaxi debían ser inmensas, y Tabitha optó por la acera móvil que llevaba al canal. Cuando llegó allí descubrió una cola casi tan larga como la que había intentado evitar, pero por fortuna la mayoría de turistas querían ir en un deslizador robotizado y Tabitha no podía permitirse ese lujo. Un golpe de suerte le permitió colarse delante de una familia de piel blanca que aún estaba embobada admirando el color del agua y lanzar su bolsa de viaje sobre la cubierta de la embarcación que acababa de llegar al atracadero.

—A la Cinta de Moebius —dijo.

La embarcación se apartó del muelle y se alejó corriente abajo dejando atrás los gritos de irritación de la familia. Tabitha se sentó a popa y contempló el rápido deslizarse de los huertos de olivos y jardines de esponja esparcidos en ambas orillas que no tardaron en ser sustituidos por los astilleros, refinerías de sílice y plantas de aire. La compleja telaraña de las torres de Schiaparelli se hizo visible en la lejanía y se esfumó una fracción de segundo después. La embarcación se internó por el canal que llevaba a Wells, y las paredes de roca color rosa coral se cerraron a su alrededor ocultando los contornos de las torres.

—¿Ha venido a ver el carnaval? —preguntó la conductora.

El tono de su voz indicaba que estaba harta de todo, y el que Tabitha respondiera con una negativa no pareció mejorar su estado de ánimo. La conductora era vespana y, como todos sus congéneres, parecía estar envuelta por una aureola entre humilde y hostil. La atmósfera le había moteado las flacas mejillas con un curioso mosaico de manchas marrones. Miró a Tabitha y empezó a quejarse del frío.

—Se vivía mucho mejor antes de que quitaran la cúpula dijo—. ¿Ha estado aquí cuando aún teníamos la cúpula?

—No, la quitaron antes de que yo naciera —replicó Tabitha.

—Entonces se estaba calentito —dijo la conductora—, pero esos idiotas la quitaron. Dijeron que iban a poner sistemas solares. —Sus rasgos se fruncieron y se apelotonaron ofreciendo una nueva exhibición de movilidad—. Y no los han puesto. Aún siguen discutiendo quién tiene que pagarlos.

La conductora alzó los codos, y Tabitha pensó que parecía un montón de pepinillos verdes rancios envueltos en una chaqueta de pana marrón. La lustrosa piel de sus lóbulos estaba arrugada y marchita, y los abolsamientos de su rostro dibujaban una mueca inalterable de hastío y desesperación. Tabitha se preguntó cuánto tiempo debía llevar recorriendo los canales para arañar el dinero que le permitiera seguir con su miserable existencia mientras los viajeros que transportaba hacían oídos sordos a ese interminable chorro de quejas que no les importaban en lo más mínimo. La conductora jamás conseguiría reunir el dinero o el valor suficientes para emprender el largo viaje de regreso a casa.

Avanzaron por el canal de aguas carmesíes hasta llegar a los arrabales de la nueva ciudad. Los gritos de los vendedores y el zumbido de los taxis

flotaban en las ráfagas de viento y creaban ecos estridentes que se perdían sobre las sucias aguas. Un grupito de prostitutas palernianas con las cabelleras lanudas esculpidas por permanentes baratas fumaban sentadas sobre los peldaños que llevaban a la Arcada Malibú balanceando lentamente las piernas hacia atrás y hacia adelante. Cada embarcación que pasaba ante ellas era acogida con gritos y silbidos. La conductora de Tabitha empezó a quejarse de que las prostitutas le hacían la vida imposible y Tabitha se inclinó hacia adelante sintiendo el roce del agrietado plástico rojo del banco sobre su trasero.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas —dijo.

Metió la cabeza en la burbuja que protegía el teléfono, extrajo el conector de su terminal y lo metió en el aparato. La pantallita cubierta de arañazos la saludó con unas notas musicales y le mostró el logotipo de una compañía telefónica. Después llegó la inevitable retahíla de anuncios, un poco más larga de lo habitual debido a que estaban en época de carnavales. Tabitha clavó los ojos en el recuadro de la esquina inferior izquierda de la pantalla y contempló el alegre bailoteo de los números que iban royendo implacablemente su cuenta de crédito.

Había marcado el número de la Cinta de Moebius, pero las líneas estaban saturadas y sólo consiguió que el ordenador le respondiera pidiéndole que tuviera paciencia y que volviera a intentarlo. Marcó otro número y esperó.

Dejaron atrás una falúa cargada de azufre con una tripulación de niños. La falúa remolcaba una manta del desierto atada a una cuerda negra que parecía interminable. El animal temblaba y se convulsionaba en aquella atmósfera fría a la que no estaba acostumbrado, y sus alas parecían dos trozos de tela sucia.

Tabitha logró que le pusieran con el número que había pedido. Un rostro de piel aceitosa apareció en la pantalla y le sonrió en cuanto se hubo identificado.

—¿Has venido a ver el carnaval?

—No, Carlos... Asunto de negocios —replicó ella—. Carlos... ¿a qué precio están los cristales de eje?

—¿Qué tienes?

—Una Kobold.

—¿Todavía sigues con ese cacharro? El día menos pensado se desintegrará a tu alrededor.

—Sí, la pobre no para de repetírmelo —dijo Tabitha—. Venga, Carlos... Tengo prisa. ¿Cuánto?

Carlos se lo dijo. Tabitha soltó un taco.

Carlos se encogió de hombros.

—Es el problema de trabajar con piezas de museo —dijo, y en su voz no había ni la más mínima simpatía—. No hay forma de conseguir repuestos. —Se rascó una oreja—. Si quisieras un cristal de Navajo Escorpión podría dejártelo tirado.

—Muérete, Carlos.

Pensó en los altaceanos del espaciopuerto que chillaban y resoplaban rodeados de paquetes y maletas.

—Oye, ¿has visto al capitán Frank últimamente?

—Un cristal de eje para una Bergen Kobold... Sí, creo que es justo el tipo de artículo que sólo te puede proporcionar el viejo Frank. —Carlos sonrió—. Oye, ¿por qué no te das una vuelta por el mercadillo? Quizá tengas suerte.

—Muchísimas gracias, Carlos.

—Anímate, Tabitha —se despidió Carlos—. Recuerda que estamos en carnaval.

Carnaval en Schiaparelli... Los canales están atestados de autobuses que transportan a grupos de turistas, los puentes están festoneados de banderas. Los globos se escapan de entre los dedos y los fuegos artificiales se despliegan por el cielo. La ciudad hierve bajo la luz rojiza saturada de humo. Los agentes de los eladeldis están por todas partes patrullando incansablemente, pero durante estos días el placer es el único amo. ¿Qué os parece si vamos al Estanque Rubí? ¿Y si vamos a contemplar los duelos de los aerodeslizadores que revolotean sobre Al-Kazara? O a la ciudad antigua, donde los viejos silos vibran con las notas de la última raga y el vino de Astarté hace que la sangre corra más deprisa por las venas de los jóvenes y de quienes presumen de su hermosura... Un millar de olores —salchichas y sudor, fósforo y pachulí— se mezclan promiscuamente en las calles y los centros comerciales. Los vasos tintinean y los cubiertos chocan ruidosamente con los platos en las cantinas abiertas toda la noche, donde los borrachos engañan a los camareros robots y huyen a lo largo de las arcadas sin haber pagado sus consumiciones con el vapor de su aliento humeando en la tenue atmósfera invernal.

Mil luces de colores se reflejan en la aceitosa superficie de las aguas y se encienden y se apagan arrancando destellos a las grietas y agujeros que cubren las fachadas de los edificios. Mil ruidos distintos asaltan los oídos.

Organos de vapor y estriduladores, cañonazos y sirenas..., todos los sonidos se mezclan con el parloteo apresurado y las risas de los que se divierten, e incluso el alarido de la sirena de un deslizador de la policía que se va abriendo paso lentamente corriente arriba queda casi ahogado por el estrépito. El policía —un humano— se inclina por dos veces sobre los controles de su aullador, pero su vehículo acaba teniendo que detenerse. El reluciente caparazón negro de su servoarmadura le presta una apariencia rígida y vagamente ofendida, como si fuese un escarabajo gigantesco rodeado por una multitud de hormigas.

La embarcación atracó en el Bulevar Mosquito, justo debajo de la pista de patinaje. La pared estaba llena de mocosos harapientos con las caras sucias que chupaban bolas de musgo humeante y se insultaban ferozmente los unos a los otros.

—Esto no es la Cinta de Moebius dijo Tabitha.

La conductora alzó bruscamente un codo y su expresión malhumorada se hizo un poquito más ceñuda.

—Es lo más cerca que puedo llegar, hermana. Falta poco para el desfile, y el Gran Canal está cerrado.

Tabitha puso cara de irritación, pagó y saltó ágilmente al embarcadero. Las luces de sodio arrancaron destellos a su chaqueta metalizada y sus botas hicieron crujir los granos de arena que cubrían los tablones.

Intentad ver a Tabitha Jute con los ojos de vuestra mente. Olvidad a la Tabitha Jute que muestran las redes de comunicaciones, la heroína del hiperespacio capaz, astuta y embellecida por todos los recursos del arte cosmético que sonríe confiadamente mientras alarga una mano hacia la neblina tachonada de estrellas de la Vía Láctea. No, imagináros a una joven cansada y no muy alta, vestida con una chaqueta metalizada llena de grietas y unos pantalones manchados de aceite que se abre paso a codazos sin ninguna clase de contemplaciones por entre la animada multitud que ha acudido a ver el carnaval de Schiaparelli. Tabitha mide un metro y sesenta y dos centímetros con los calcetines puestos, es bastante ancha de hombros y de caderas y pesa unos sesenta kilos a una gravedad, aunque es bastante raro que pueda disfrutar de ella. Tiene el cabello de un color jengibre oscuro y siempre lo lleva cortado con la falta de contemplaciones que distingue a quienes pasan mucho tiempo en el espacio y no se preocupan de seguir los dictados de la moda. Su piel es de un color café con leche de lo más corriente, y cuando está enfadada se llena de pecas. Y aquí la tenemos ahora, recién llegada de Chateaubriand. El viaje ha sido largo y pesado, Tabitha tiene los miembros rígidos y doloridos, se siente sucia y necesita una ducha lo más pronto posible..., ah, y hay bolsas de un color verde oliváceo debajo de sus ojos color avellana. Si hubieran tropezado con ella esa noche no habrían perdido ni un segundo observándola, y enseguida se habrían olvidado de ella para contemplar la elegancia, la belleza y el abigarramiento de la fiesta.

Pero aquella zona no era elegante, bella o abigarrada, y no cabía duda de que era la más olvidada por la celebración del carnaval. Tabitha se agachó para pasar por debajo de la pasarela de cemento y avanzó por una calle flanqueada de puestos improvisados mediante tuberías y tablones, abriéndose paso por entre los transeúntes que examinaban las mercancías ofrecidas a la venta. Hileras de biofluorescentes atadas con trozos de cordel colgaban sobre su cabeza yendo de un poste a otro. Sin pretenderlo, Tabitha había acabado llegando al mercadillo de Schiaparelli.

Algunos propietarios de puestos callejeros habían hecho un pequeño esfuerzo para participar en la atmósfera del carnaval. Sus montones de cassettes y prendas de segunda mano estaban adornados con máscaras y guirnaldas. Un puesto cercano estaba ocupado por pilas de ropas multicolores en las que podía encontrarse de todo, desde zapatos de aluminio hasta kinocamisetas del peor gusto imaginable que mostraban gatitos guiñando los ojos, unicornios haciendo cabriolas o mujeres que se desnudaban lentamente mientras giraban sobre sí mismas. Los coleccionistas hurgaban en las cajas repletas de gafas de sol y discutían los méritos de los despojos recuperados de entre la basura de los cruceros de lujo. Dos mujeres muy flacas vestidas con lo que parecían trajes de niño estaban sentadas detrás de una mesa llena de animales de porcelana y se maquillaban minuciosamente la una a la otra al calor de una maltrecha estufa reactiva. Tabitha pasó junto a ellas y una de las mujeres la llamó con un silbido tan estridente que casi la dejó sorda.

Un robot comercial que parecía a punto de caerse en pedazos emergió de debajo del toldo que lo protegía y le disparó un chorro de subliminales llenándole la cabeza con imágenes de piscinas moteadas por el sol y con los olores de la zarzamora y el deseo. Un niño de piel amarilla intentó conseguir que se interesara por un frasco de cristal que contenía una considerable cantidad de moscas muertas. Cuando dobló la esquina se encontró con un grupo de altaceanos vestidos con jerseys gruesos y gorras cónicas de fieltro marrón que montaban guardia junto a las acumulaciones de desperdicios humanos colocadas ante ellos. Los altaceanos estaban encorvados en sus taburetes y se hallaban profundamente sumidos en la melancolía de su eterno malestar. Tenían los hocicos inflamados, y los efectos irritantes de esa atmósfera a la que nunca conseguirían acostumbrarse hacían que no parasen de gotear. Los alienígenas intercambiaron una ruidosa retahíla de resoplidos y suspiros y le hicieron señas con la mano. Sabían reconocer a una transportista independiente en cuanto la veían.

—¿Tenéis cristales de eje? —gritó Tabitha—. ¿Tenéis algún cristal de eje para una Bergen Kobold?

Los altaceanos dejaron escapar unos cuantos bufidos jadeantes y movieron las manos señalando sus montones de respiradores viejos e intercambiadores de calor desmontados como si aquellos tesoros fueran los únicos objetos necesarios para llevar una existencia feliz y cómoda. Tabitha perdió un valioso minuto de su tiempo extrayendo de la base de un montículo algo que parecía prometedor pero que resultó ser un anillo de refracción cáustica. Tabitha volvió a dejarlo encima del montón. Haberse metido en el mercadillo era la forma más estúpida imaginable de perder el tiempo.

Esquivó a un grupo de espacionautas borrachos vestidos con los colores de la Shenandoah que acababan de salir de un bar y se divertían gritando y dándose empujones los unos a los otros, siguió adelante y empezó a abrirse paso por entre la multitud que había invadido las orillas del Gran Canal. Dejó atrás turistas gordos vestidos con atuendos rarísimos alguaciles reconocibles por sus monos abolsados y una cámara personal manejada a control remoto cuya cabeza giraba de un lado a otro registrando cuanto ocurría en beneficio de su propietario, quien había tomado la sabia decisión de quedarse en casa. Una embarcación avanzaba majestuosamente por el canal con sus velas de milar restallando bajo el impacto de las ráfagas de viento. Detrás de ella se arrastraba un deslizador alquilado por los trabajadores de la Corporación Mivvy para dar una fiesta. Cinco palernianos subidos a una balsa de apariencia muy frágil eran visibles por entre los cordajes de la embarcación. Los palernianos gritaban y agitaban sus enormes brazos lanudos mientras intentaban subir a un atracadero privado. Tabitha les observó mientras pensaba que nunca aprenderían a comportarse como era debido. Una mujer alta y delgada se asomó por un balcón y vació un cubo lleno de agua sobre sus cabezas. La multitud suspendida de los parapetos y asomada a las ventanas y apiñada en las calles y los tejados la aplaudió y vitoreó su represalia con silbidos y gritos estridentes.

Tabitha intentó rebasar a una pareja de thrants vestidos con shakos muy caros y arneses de cuero que parecían drogados. Un palerniano escogió aquel momento para ejecutar un torpe salto mortal y otro le hizo caer al canal de un empujón. Los demás acogieron la inesperada diversión con alaridos y

exclamaciones inarticuladas. Una motora de chispa pasó junto a ellos impregnando la atmósfera con el olor del ozono. La motora transportaba a un par de trajes eléctricos que saltaban y se contoneaban siguiendo las retumbantes notas musicales que brotaban de una caja de ritmos. La excitación de los palernianos se hizo todavía más intensa, y no tardaron en ponerse a saltar con tal entusiasmo que consiguieron que la balsa quedara medio inundada. Tabitha pensó que si seguían así no tardarían en quedarse sin refrigeradores. El casco ciclópeo de un policía asomó por encima de las cabezas de la multitud unos instantes después de que la mujer hubiera atado el cubo al extremo de una cuerda mientras inclinaba la cabeza hacia un grupito de niños pintarrajeados y les gritaba que lo llenaran de agua.

Tabitha se apoyó en la barandilla, estiró el cuello y consiguió ver la Cinta de Moebius a sólo cien metros de distancia. Allí estaba, justo detrás de la barcaza que transportaba las efigies de un grupo de capellanos. Las inmensas cabezas calvas de los muñecos oscilaban arriba y abajo con grave benevolencia como si estuvieran haciendo llover sus bendiciones sobre la multitud.

Carnaval en Schiaparelli, una ciudad fría y polvorienta repleta de ruidos, olores, suciedad y gente dispuesta a divertirse como sea y a cualquier precio. Ahora vayas adonde vayas encontrarás a personas que te dirán que Schiaparelli siempre jugó un papel muy importante en la vida de Tabitha Jute. Ciertamente, fue en Schiaparelli donde conoció a Tricarico, quien la llevó a bordo de la ~rogon resplandeciente y gracias a eso conoció a Baltasar Plum, y está claro que de no haber sido por esa cadena de circunstancias Tabitha Jute jamás se habría convertido en propietaria de *la Alice*. Y aquí estaba ahora, años después, de nuevo en Schiaparelli, dirigiéndose hacia una cita gracias a la que su vida, mi vida y todas las vidas cambiarían de una forma tan completa como irrevocable. Tabitha se detuvo en lo alto del tramo de peldaños que llevaba hasta la puerta principal de la Cinta de Moebius. Podía ver las luces del interior, y las siluetas de los que bebían y apostaban.

Y entonces llegaron los perks y subieron corriendo a cuatro patas por los peldaños, moviéndose tan deprisa como una manada de ratas que escapa de un sótano.

Tabitha cometió un error. Intentó seguir hacia adelante y bajar los peldaños abriéndose paso por entre la turbamulta de perks que venían hacia ella.

—¡Eh, mujer! ¡Mujer, eh, mujer, eh, eh, cuidado!

Un macho de piel aceitosa con unos ojos verdes de mirada penetrante se encabritó debajo de sus pies y la hizo caer rodando hasta el final del tramo de peldaños.

Y un instante después los perks ya estaban apelotonados a su alrededor sosteniéndose sobre sus patas traseras como si fueran una congregación de nutrias muy flacas cubiertas de cuero negro con diademas doradas ciñéndoles la cabeza.

Tabitha intentó ponerse en pie. No quería discutir con un grupo de perks excitados por el ambiente del carnaval.

Los perks se lanzaron sobre ella. Veinte patitas cubiertas de callos y excrecencias córneas se agarraron a su chaqueta, sus pantalones y sus brazos. Tabitha sintió cómo empezaban a hurgar dentro de su bolsa.

—¡Eh! ¡Largo de aquí!

Los perks tiraron de ella y la hicieron caer de nuevo. Tabitha pataleó y se debatió sacando el máximo provecho posible a la débil gravedad de Schiaparelli. Sus tacones resbalaron sobre los peldaños intentando encontrar un punto de apoyo y el macho que llevaba la voz cantante en el grupo saltó sobre su cadera y se deslizó por entre sus piernas. El perk se acurrucó encima de su ingle y empezó a ondular sinuosamente de un lado a otro encorvando los hombros mientras acercaba su cabecita achatada al rostro de Tabitha.

—¡Cheeeeeeeeeee! —gritó.

Tabitha se irguió bruscamente y movió las caderas para quitarse de encima al perk. Varios primos y hermanos suyos salieron volando por los aires. Tabitha logró liberar un brazo de los dos perks que intentaban mantenerlo inmovilizado y señaló al pequeño alienígena con un dedo.

—¡Sal de mi camino!

—Tú en nuestro camino, mujer.

—¡Cheeee! —gritaron a coro todos los perks—. ¡Cheeeee! Las plumas que cubrían la parte posterior de sus cabezas y las pequeñas protuberancias musculosas que tensaban las perneras de sus pantalones abiertos a los lados se habían erizado. Los perks flexionaron espasmódicamente las garras sobre sus medallones y las hicieron subir y bajar a toda velocidad por las cremalleras de sus chaquetas. Los que acababa de derribar ya volvían a estar en pie y correteaban a su alrededor dando saltitos sobre los peldaños. Algunos de ellos blandían tubos de cerveza o botellas de chianti. Los machos habían exagerado la negrura natural que rodeaba las cuencas de sus ojos maquillándose con kohl. Los perks gruñeron enseñándole sus diminutos incisivos. Su aliento olía a pescado rancio.

—Mucha prisa tú, ¿eh, mujer? —siseó burlonamente el perk aposentado entre sus piernas—. ¡Tú perder desfile!

Tabitha se dio cuenta de que el perk estaba muy borracho e intentó calmarse. No podía perder el tiempo peleándose con ellos. Agarró su bolsa de viaje y trató de incorporarse, pero los perks del escalón de arriba se apresuraron a colgarse de sus hombros.

—¡Dejadme en paz!

—¿Dónde incendio tú, mujer? ¿Dónde fiesta tú, mujer?

El perk se abalanzó sobre sus pechos. Tabitha alzó un brazo y le apartó.

Otro perk bastante mayor —los espolones de sus plumas ya se estaban ablandando y tenían un aspecto ceniciento— se metió por debajo de su brazo.

—¡Tú pisas nosotros! ¡Tú tiras nosotros y haces que nosotros caigan!

—¡Vale, vale, lo siento! ¿De acuerdo? ¡Lo siento! Y ahora, ¿queréis hacer el favor de soltarme y dejarme en paz?

Hizo un nuevo intento de incorporarse. Las flacas y nervudas criaturas hicieron cuanto pudieron para impedirlo, pero Tabitha se puso en pie alzando en vilo a los que no quisieron soltarse.

—¡Cheeee! ¡Cheeee! —gritaron todos los perks.

Dos mujeres acababan de salir de la Cinta de Moebius. Una tenía la piel amarilla y llevaba unas videogafas que le ocultaban medio rostro, y la otra era una negra que vestía un abrigo—tubo y se había adornado la cabellera con una tiara de dientes de basilisco. Las dos mujeres volvieron la cabeza hacia Tabitha, que seguía luchando con los perks e intentaba liberar sus brazos de las garras que se clavaban en la tela metalizada de su chaqueta, mientras se sostenía sobre una pierna agitando desesperadamente la otra para desalojar al perk que colgaba de ella. Las dos mujeres contemplaron en silencio el confuso debatirse de Tabitha y los perks y bajaron por la escalera dando un considerable rodeo. La amarilla murmuró una observación a su acompañante, quien se rió y dio una chupada al cigarrillo que acababa de encender.

Un hombre muy alto que se cubría la cabeza con una gorra de tela salió por la puerta del local y empezó a bajar corriendo la escalera para reunirse con las dos mujeres. Tabitha oyó el repiqueteo de sus tacones sobre los peldaños detrás de ella. Dos largas garras negras se encontraron después de atravesar la piel por encima de su codo y le hicieron torcer el gesto. Era como estar enredada en un ovillo de alambre espinoso luchando con una jauría de fox terriers.

Oyó el sonido de algo desgarrándose.

Los perks proceden del tercer planeta de un sistema clase G situado en las proximidades de Betelgeuse. Viven en madrigueras subterráneas, lo cual quizá explique el por qué les ha costado tan poco acostumbrarse a los túneles de Plenty y lo a gusto que se encuentran en ellos. La suspicacia y la agresión quizá sean emociones endémicas implantadas en las profundidades de la mente del más feroz de los moradores subterráneos, como un instinto de manada que no se hace preguntas y que está respaldado por una hostilidad casi automática hacia todos los que no forman parte del grupo. Sales de tu madriguera por la razón que sea —hambre, el deber, imperativos sexuales— y empiezas a trotar por la complicada trama de pasillos carentes de luz que forman el laberinto enterrado. El olor ambiental que te envuelve está compuesto por tu olor y el de todos tus parientes..., y de repente oyes el ruidito de unas garras que se aproximan en dirección opuesta a la que estás siguiendo. ¿Amigo, enemigo, pariente, rival? Tu parentela y puede que incluso tus descendientes están detrás tuyo, cuerpos blandos y enroscados sobre sí mismos que maúllan suavemente envueltos en el cálido abrazo de la oscuridad. ¿Qué opción te queda en ese momento de incertidumbre social aparte de la de enseñar los dientes y sacar las garras preparándote para utilizarlas?

Sea cual sea la razón, los perks siempre se comportan igual y no hay nada que les guste más que una buena pelea. Cuando la civilización llegó al planeta de los perks sus habitantes se apresuraron a construir trenes de guerra, bombas topo y toda clase de artefactos capaces de minar el terreno, y nadie entiende qué motivos pudieron impulsar a los capellanos a poner el secreto del impulsor espacial en las zarpas de esos pequeños roedores. Lo más probable

es que los perks se limitaran a introducirse como polizones en sus casi indetectables navíos siguiendo los dictados de ese instinto que les obliga a meterse en cualquier madriguera disponible.

Tabitha estaba harta de ellos. Había agotado sus reservas de paciencia y podía ver su meta delante de ella, tan cerca que ya estaba prácticamente dentro. Se había abierto paso por medio Schiaparelli para llegar hasta allí, y no pensaba perder el tiempo peleándose en el mismísimo umbral del bar. Y, desde luego, no estaba dispuesta a permitir que una pandilla de gamberros disfrazados se quedara con su chaqueta... Tabitha lanzó un alarido inarticulado y se arrojó sobre su líder.

Los perks tienen el cuello muy largo. La longitud de su cuello es lo que les permite mantenerse totalmente erguidos y absolutamente inmóviles mientras examinan lo que les rodea con un rápido barrido de 240 grados tan extraño y cómico que hace pensar en la rotación de un periscopio cubierto de pelos. Las manos de Tabitha se cerraron alrededor del cuello del jefe de sus agresores. El ímpetu con que había saltado sobre él la impulsó hacia adelante haciéndole perder el equilibrio mientras movía los hombros. El gesto provocó un diluvio de perks que salieron despedidos en todas direcciones y Tabitha arrastró consigo a su jefe.

Aun así, todo podría haber acabado bien —o mal, claro, dependiendo de cual sea la opinión que cada uno se haya formado sobre las consecuencias posteriores de aquel acto—, pero Tabitha estaba muy, muy enfadada. Extendió los brazos y arrojó a la criatura medio asfixiada que no paraba de patear lo más lejos posible. La arrojó al Gran Canal.

—¡Cheeeeeeeee. . . !

El perk retrajo los miembros y curvó su larga espalda de forma instintiva, y salió disparado pasando por encima de los peldaños tan deprisa como si fuese una piedra peluda envuelta en una chaquetilla de cuero. Sus congéneres estaban tan horrorizados que se quedaron inmóviles y le contemplaron acompañando su vuelo con chillidos de ofendida irritación. Los espectadores y transeúntes que llenaban la orilla del canal volvieron la cabeza y pusieron cara de sorpresa sin saber qué era aquello que acababa de pasar sobre ellos en dirección a las aguas del canal; las aguas aceitosas y sucias de un color entre carmín y carmesí, esas aguas con la que nunca llegó a chocar...

Porque la barcaza con las efigies de los capellanos escogió aquel preciso instante para pasar ronroneando serenamente ante el tramo de peldaños que llevaban a la Cinta de Moebius.

Tabitha siguió con la mirada el descenso del perk a través del aire saturado de humo y vio como chocaba con la cabeza de uno de los gigantescos muñecos. Su sensación de triunfo empezó a encogerse rápidamente y se fue convirtiendo en preocupación y temor. El impacto creó un agujero de considerables dimensiones en la inmensa cúpula blanca que coronaba el cuello del capellano, y el choque fue acompañado por un crujido claramente audible pese al jadeo colectivo de la multitud. El muñeco quedó repentinamente privado de la cuna invisible formada por los rayos tractores delgados como agujas que lo sostenían y empezó a oscilar. La cabeza se fue inclinando sobre el pecho como si quisiera inspeccionar al frenético atacante

que colgaba de su hombro sosteniéndose con las garras. El balanceo era cada vez más pronunciado. El brazo más cercano al punto de impacto se desprendió del muñeco y cayó sobre la cubierta sin que el perk dejara de agarrarse a él ni un segundo. La cabeza benévola y sonriente cayó con un terrible chasquido y rebotó en uno de los haces para acabar estrellándose contra el pecho de otro muñeco. El impacto fue lo bastante fuerte para hacer que saliese despedido de la barcaza y cayera a las aguas del canal. El cuerpo del muñeco decapitado empezó a doblarse sobre sí mismo tan despacio como la chimenea de una fábrica demolida mediante cargas explosivas y derribó a otro muñeco, el cual cayó levantando lentamente un brazo como si pidiera ayuda a sus compañeros o quisiera salvarse agarrándose a alguno de los que aún seguían en pie.

Pero, naturalmente, no había ninguna esperanza de que el muñeco consiguiera salvarse y tampoco la había para Tabitha. La catástrofe que había provocado era tan inesperada y asombrosa que se quedó inmóvil contemplándola, y necesitó unos momentos para darse cuenta de que los perks no se habían lanzado sobre ella en represalia instantánea a la ignominiosa derrota de su líder. Los pequeños roedores no sólo no la habían atacado, sino que parecían haberse esfumado entre la multitud. La mano que cayó sobre su hombro unos segundos después tampoco era humana, pero no era pequeña, negra y terminada en garras. Pesaba mucho y la manga del uniforme negro como la noche que venía a continuación de ella revelaba unos sedosos mechones de vello azulado.

La policía acababa de llegar a la escena del crimen.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

Of __u_TXXX,Jlainterint,elin%tier&&&

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 31.31.31

ADELANTE

Alice, no puedo seguir encerrada aquí dentro ni un solo segundo más.

¿QUÉ HA HECHO, CAPITANA?

No quiero hablar de ello.

Alice, ¿por qué hago estas cosas? ¿ Por qué me dejo meter en estos líos?

DATOS INSUFICIENTES.

¿Te parece que eso es una respuesta?

NO, CAPITANA, YO SOLO QUERIA DECIR QUE SI NO ME CUENTA LO QUE HA HECHO NO PUEDO...

ANULACION MANUAL

Lo siento, Alice.

HOLA, CAPITANA. ¿POR QUÉ ME ESTA PIDIENDO DISCULPAS?

Oh, por nada, Alice, por nada... No te preocupes por mí. Estoy de muy mal humor. Quería algo de compañía y...

PUES TENGO LA IMPRESION DE QUE EN ESTOS MOMENTOS NO ES PRECISAMENTE LO QUE FALTA AQUI DENTRO, CAPITANA.

Por eso estoy fuera.

¿QUIERE CONTARME QUÉ HA OCURRIDO?

No.

BUENO, PUES ENTONCES CUÉNTEME UN CUENTO.

¿Un cuento? No conozco ningún cuento. Soy de la Luna.

NUNCA HEMOS ESTADO EN LA LUNA, ¿VERDAD?

Es un sitio muy aburrido. Nunca pasa nada... Puedo asegurarte que mientras estuve allí nunca me ocurrió nada interesante.

PERO USTED NACIO EN LA LUNA.

Sí, nací en la Luna.

¿Y QUÉ SE SIENTE AL NACER?

¡No lo sé! No lo recuerdo.

QUE LASTIMA.

No hay nada que recordar. La Luna es... No es nada. Un callejón sin salida. Un agujero negro.

OIGA, CAPITANA, ESTAMOS HABLANDO DE LA LUNA, ¿VERDAD?

Sí.

ESO DE ANTES ERAN METAFORAS, ¿NO?

Pues claro, joder. Eran un montón de jodidas metáforas.

ME PARECE QUE ESTA DE MUY MAL HUMOR.

Bueno, cuando le dices a la gente que eres de la Luna siempre dicen ¿De veras?", y yo siempre respondo "Alguien tiene que ser de allí". Todo el mundo ha estado allí, pero no tienen que vivir, entonces suelen decir "Sí, claro, bueno...", y se sonríen. Piensan que sigo estando resentida, que no lo he sufrido así. Basta con mirarles a la cara para comprender lo que están pensando. Te aseguro que no estoy resentida, pero siempre dicen lo mismo y eso me cabrea.

Y la otra respuesta típica tanto si son terrestres como si no lo son, y especialmente si no lo son es "Bueno, pues debe haber pasado mucho tiempo en la Vieja y Querida Madre Tierra, ¿no?" y la verdad es que no, apenas si íbamos por allí. Bajamos un par de veces para ver al abuelo y a la abuela, y Angie y yo lo pasamos fatal las dos veces. No lo aguantábamos. No éramos como el abuelo y la abuela, y su gravedad tampoco nos gustaba en lo más mínimo. Me caí de un árbol. Las dos creíamos que la Tierra era un sitio horrible y que estaban muy atrasados en todo. Mi abuelo y mi abuela vivían en un sitio donde ni tan siquiera había red.

¿Y USTED USABA LA RED CON ANGIE?

Oh, sí, claro que sí... Todo el mundo de nuestra edad lo hacía, y nos pasábamos montones de tiempo metidos en ella, aunque nadie hablaba nunca de eso. Todo el mundo tenía una identidad secreta, y eso te permitía decir lo que te daba la gana y nadie podía saber quién eras realmente. Conectarse a la red estaba bien visto. Te animaban a que lo hicieras. Se suponía que era educativo, y lo era siempre que te saltaras todos los programas educativos. Lo más divertido eran los cotilleos y las mentiras...por ejemplo, Angie era una princesa capellana exilada.

¿HAY PRINCESAS EN CAPELLA? NO LO SABIA

No sé si hay princesas en Capella, Alice, y supongo que nadie lo sabe, pero eso es justo lo que necesitas en la Luna... Si vives allí tienes que ser como mínimo una princesa capellana exilada, porque de lo contrario tu existencia se reduce a clases de educación cívica, entrenamiento en vacío, t'ai chi, seminarios de medicina una vez al mes, turnos de limpieza y mantenimiento y no poder salir al exterior. Claro que aunque te dejaran salir tampoco hay muchos sitios a los que ir, pero...

Había un sitio al que iba de vez en cuando si Angie estaba visitando a sus amistades. Cogía una bicicleta y cruzaba el Lago de los Sueños en dirección a Poseidón. Si cruzas todo el Lago de los Sueños acabas llegando al Lago de la Muerte, y siempre me pareció que quien les había puesto esos nombres dio justo en el clavo. A cinco minutos de Poseidón ya no había ningún rastro de seres humanos, y ninguna señal de que alguien hubiese estado allí jamás. No había nada, sólo rocas marrones y sombras tan negras como el cielo... Las sombras estaban demasiado frías, y había que evitarlas.

Yo siempre ponía una cinta y desconectaba la radio. Se suponía que no debías desconectar la radio en ningún momento, pero yo lo hacía para que no pudieran oír cómo cantaba acompañando a la cinta.

CLARO, CAPITANA. LO ENTIENDO. ULTIMAMENTE NO CANTA MUCHO, ¿VERDAD?

Da gracias al cielo de que no lo haga. Prefiero hablar conmigo misma.

TAMBIÉN HABLA CONMIGO.

Eso resulta tan divertido como hablar conmigo misma.

LAMENTO DECIRSELO, PERO A VECES PUEDE SER TERRIBLEMENTE GROSERA. NO ME EXTRAÑA QUE ANGIE NO QUISIERA JUGAR CON USTED.

No la veía con mucha frecuencia. Lo único que hacíamos juntas era meternos en la red, y a veces papá nos llevaba a Serenidad para que viéramos las naves.

Allí fue donde perdimos a Angie... Cuando éramos niñas nos gustaba ir a Serenidad, aunque cuando io recuerdo supongo que tampoco era un sitio tan interesante como nos parecía entonces. Los Años de la Gran Carrera ya habían quedado muy atrás. Nadie se posaba allí salvo si no tenían otra elección. Las naves estelares pasaban de largo. No había nada que ver salvo

pequeñeces..., lanzaderas y cargueros de cercanías. No pretendo ofenderte, Alice.

Todos los habitantes de la Luna son unos fanáticos de la austeridad y el trabajo de equipo, y los que no lo son... Bueno, supongo que son gente como mi mamá y mi papá, gente que tenía tantas ganas de salir de la Tierra como cualquier hijo de vecino y que no poseía las agallas o las conexiones necesarias para conseguir un permiso de trabajo en un orbital. Solíamos ir allí para verles llegar. Siempre parecían aturcidos y vagamente desilusionados. Turistas nerviosos que no podían permitirse el ir más lejos o que no podían soportar la idea de seguir adelante, pasajeros que sólo tenían dinero para viajar en la tarifa más barata y hacían una escala, parejas gordas que se habían tomado unas vacaciones y rebotaban de un lado a otro como mocosos entusiasmados con la baja gravedad y se extasiaban contemplando los recuerdos y las joyas baratas hechas con polvo lunar, burócratas que tenían la piel de un color grisáceo y que vestían uniformes grises... Siempre discutían con los empleados quejándose de los horarios y se amontonaban delante de los teléfonos. Mi papá no paraba de repetirme que debía mantenerme lo más lejos posible de esa gente, y siempre tenía miedo de que hubieran venido a buscarle para reclamar todos los impuestos que había dejado de pagar. También había ingenieros con gafas encima de sus terminales y unidades flotando pegadas a sus talones, equipos de bola—red de la Iglesia de la Estrella que Nos Guía —oh, éstos tenían cuerpos perfectos y montones de dientes blancos que relucían—, y de vez en cuando llegaba un grupito de personas a las que habían obligado a emigrar, hindúes o chinos vestidos con pijamas fabricados en serie que arrastraban los pies y caminaban muy despacio sin separarse los unos de los otros.

Ni tan siquiera había alienígenas interesantes, ¿sabes? Sólo había altaceanos cargados con montones de bolsas de plástico negro, y perks, y grupos de eladeldis que parecían perros gigantes vestidos de uniforme.

¿DE VERAS, CAPITANA? LOS PERROS SON UNAS CRIATURAS MUY MOLESTAS Y SUCIAS, ¿VERDAD?

Habrías sido la perfecta selenita, Alice... El único perro que he visto en mi vida estaba limpiísimo y era muy pequeño. Sólo medía diez centímetros de altura. Era un holograma, ¿sabes? Había otro holograma de un mono metido en una especie de cascarón al que le habían cortado un lado para que pudieras verlo, y dentro apenas si había espacio suficiente para el moro. Tenía la boca abierta y eso nunca me gustó. Daba la Impresión de que estaba gritando, y el perro tampoco parecía muy contento. Era blanco con manchas negras.

ME TEMO QUE NO HE ENTENDIDO MUY BIEN ESA PARTE, CAPITANA.

Los hologramas estaban en el museo. El Museo del Gran Paso Adelante... Mi mamá solía llevarme allí cuando yo era muy pequeña, y cuando entrábamos yo siempre iba directa al perro y al mono. Los hologramas estaban con todas las cosas aburridas del comienzo, todos esos objetos primitivos que la inmensa mayoría de niños dejaban atrás lo más deprisa posible sin echarles ni una mirada porque querían llegar enseguida al Caza Frasque. Era una exhibición de... ¿Cómo lo llaman? Ah, sí, era un diorama en el que podías contemplar las atrocidades y peligros de la era PreVuelo. Después estaban los primeros

vuelos "ayudados"..., así es como los llamaban entonces, ¿sabes? Los primeros saltos; algunos desastres, las naves que habían desaparecido... Después estaba el caza, uno que se había estrellado y que habían reconstruido hasta dejarlo como nuevo, y un poco de propaganda explicando cómo "nosotros" habíamos echado una mano a los capellanos para que pudieran derrotar a los frasques. Y

en el centro de todo había una zona abierta al espacio, nada más que un círculo de superficie desnuda con una ventana que daba la vuelta a todo el círculo, y en la ventana había un cartelito que te explicaba que estabas viendo el punto por el que los capellanos llegaron al sistema solar.

Delante de la ventana había otro diorama de un hombre con una cabezota calva. Recuerdo que estaba cubierto por una especie de sábana y calzaba sandalias relucientes... El hombre saludaba a un par de "astronautas" con cara de imbéciles que vestían trajes Gore Tex de un modelo muy antiguo que parecía terriblemente incómodo. "Astronautas", así les llamaban...El capellano flotaba a unos centímetros por encima del suelo sin apoyarse en nada y estaba sonriendo. Ese diorama siempre me pareció un poco extraño, como si quienes lo habían fabricado hubieran cometido algún error deliberadamente para averiguar si serías capaz de detectarlo.

CAPITANA, LOS CAPELLANOS NUNCA COMETEN ERRORES.

Eso es lo que solía decir papá. Papá siempre me decía que debía mantenerme alejada de los eladeldis porque los capellanos estaban al corriente de cuanto hacían. Ah, y también solía repetirme que debía mantenerme alejada de los perks... Ojalá le hubiera hecho caso.

¿Y POR QUÉ LE CAEN TAN MAL?

Bueno, la verdad es que mi padre odia a todos los alienígenas. Hasta el capellano del museo le caía mal... El del diorama, ¿sabes? Y eso que sonreía con tanto entusiasmo que parecía un oso de peluche gigante... Daba la impresión de que en cualquier momento alargaría la mano hacia los astronautas y empezaría a darles palmaditas en la cabeza. Los astronautas no hacían nada y se limitaban a poner cara de susto.

¿Y QUÉ LE OCURRIÓ A SU HERMANA?

Un día fue a Serenidad y conoció a un chico del Santo Sepulcro de la Neurosfera Expandida, y el chico le dijo que no había ninguna razón para que siguiera fingiendo que era una princesa imaginaria. El chico le explicó que si quería podía convertirse en parte de Dios..., una parte diminuta, claro, pero parte al fin y al cabo.

Yo no tenía ni idea de quién era Dios, pero cuando habló con el chico, Angie le reveló su identidad secreta y eso me hizo comprender que la cosa iba muy en serio. Mamá y papá intentaron convencerla de que no lo hiciera, pero no sirvió de nada. Angie estaba decidida a seguir adelante... La Gran Red del Cielo. Conexiones, bioprogramas..., en fin, todo el rollo.

Lo de la Luna sólo era una etapa, ¿comprendes? Angie estaba de paso, como todo el mundo.

Ésa fue su forma de escapar. Yo necesité unos cuantos años más para encontrar la mía.

Tabitha se dejó caer sobre la dura superficie del catre, lanzó un suspiro de irritación y recorrió la celda con los ojos. Cuatro paredes de cemento poroso de un color rosa sucio, una puerta de acero con el cerrojo protegido, sin asa y con todo el perímetro del quicio protegido por rebordes, ninguna ventana, una rejilla en la puerta y otra en el techo con el destello del objetivo de una cámara detrás de ella... El techo era del mismo cemento color rosa sucio, y el anillo biofluorescente incrustado en él no funcionaba. El catre era una plataforma sólida pegada a una pared. En un rincón de la celda se alzaba lo que pensó debía ser un retrete químico de un color entre blanco y marrón que ya empezaba a apestar. No había espacio para nada más.

Los eladeldis la habían obligado a bajar la escalera. La llevaron hasta un callejón, la empujaron hacia la pared y la registraron. Después hablaron entre ellos, decidieron que el caso no presentaba ninguna implicación política y que no era más que otra camionera que se había metido en líos, y la entregaron a la policía local, lo cual hizo que Tabitha sintiera un gran alivio. Los eladeldis se tomaban muy en serio cuanto pudiese involucrar a los capellanos y si hacía falta podían llegar a ser muy desagradables. Los policías de la Comisaría Mirabeau se habían limitado a empujarla de un lado a otro e ignorarla, pero las personas que caían en manos de los eladeldis tendían a desaparecer.

El policía que la había detenido era un cyborg máximo, una de las unidades que se utilizaban para controlar multitudes y evitar disturbios. Su visor gris se encendía y se apagaba en un continuo desfile de lecturas que impedían ver los implantes.

—Jute, Tabitha, capitana—recitó.

Su lente de cíclope se clavó en ella registrando todo lo que captaba. El policía era muy alto y su cuerpo relucía. Su mano aumentada fue hacia el brazo de Tabitha y los dedos se cerraron a su alrededor con un suave zumbido mecánico.

Tabitha intentó persuadirle de que la dejara entrar en el bar antes de llevarla a la comisaría.

—¡Tengo que hablar con el tipo que iba a ofrecerme un trabajo! Está ahí dentro... Iba a reunirme con él cuando esas malditas alimañas me tiraron al suelo.

Y, naturalmente, el policía no le hizo ningún caso.

Los eladeldis la siguieron con la mirada mientras el policía la llevaba hasta el final del callejón y el deslizador donde les esperaba su doble. El policía y su doble la hicieron sentarse entre ellos.

Había montones de tráfico y los vehículos avanzaban muy despacio. El trayecto hasta la parte baja de la ciudad se hizo interminable, y Tabitha se entretuvo contemplando los laberintos de datos rojos y azules, análisis, informes rutinarios, redes amarillas, identificaciones vídeo y transmisiones

referentes a otros casos que desfilaban sobre los rostros desfigurados de los policías. Cuando apagaron el motor pudo oír vocecitas casi imperceptibles que les hablaban en susurros. Los policías no hablaron entre ellos, y no le dirigieron la palabra.

Entraron en la comisaría y la estólida sargento que se ocupaba del mostrador de recepción pasó toda la identificación de Tabitha por un lector y la archivó en los bancos de datos. El agente que la había arrestado permanecía detrás de ella tan inmóvil como una estatua, y Tabitha supuso que su cerebro debía estar en modalidad de reposo. Los cables que desaparecían en el interior de sus fosas nasales y el blanco de los ojos visible a través del vacío de su placa facial hacían que resultara bastante macabro. El policía era un hombre electrónico que sólo tenía oídos para las vocecitas cantarinas procedentes de otra estrella que le felicitaban, le daban ánimos y aceptaban su ciega fidelidad.

La sargento esparció el contenido de la bolsa de viaje de Tabitha sobre el mostrador que se interponía entre las dos. Tabitha alargó la mano hacia el montón de objetos y desplazó uno de ellos con la punta de un dedo.

—No es la primera vez que tenemos problemas, ¿eh, Tabitha? —murmuró la sargento como si se tratara de un ritual.

Tabitha no respondió. Maldición, maldición... Todos eran iguales. Policías, perks, eladeldis, los malditos capellanos de Caronte..., en lo que a ella respectaba todos eran iguales. La vida ya resultaba lo bastante difícil sin ellos. Reglas, normas y protocolos. Estupideces tribales. Tal y como estaban las cosas ganarse la vida decentemente exigía un esfuerzo terrible, y sus continuas intromisiones sólo servían para empeorar la situación.

La hostilidad no te llevaba a ninguna parte.

Pero Tabitha seguía intentándolo.

Apoyó los codos en el mostrador y contempló a la sargento con una mezcla de sarcasmo y fascinación.

—Apuesto a que adora su trabajo —dijo.

La sargento alzó la cabeza y le devolvió la mirada con expresión impasible.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres presentar una solicitud para entrar en la policía? —replicó—. Me gustaría verlo. Tú y la gente como tú... Oh, sí, me gustaría veros presentando una solicitud y entrando en la policía. Estoy segura de que sería la solución a todos vuestros problemas.

Su voz estaba impregnada de un aborrecimiento que jamás lograría escapar a las cadenas del aburrimiento y la abulia. Tabitha no era nada, sólo otro payaso del carnaval. Sabían que había estado bebiendo antes de llegar al espaciopuerto. Bastaba con echar una mirada al suelo de su cabina para demostrarlo.

—Antes preferiría descargar mierda con una pala —dijo Tabitha.

La sargento asintió con la cabeza.

—Bueno, quizá podamos complacerte...

—Apuesto a que hurgar en los bolsos de la gente es una forma inmejorable de conocer a fondo toda la abigarrada riqueza de la vida consciente, ¿eh? —dijo Tabitha.

La sargento cogió un maltrecho ejemplar de una revista de reputación bastante dudosa, la alzó ante el rostro de Tabitha y enarcó una ceja.

Tabitha la ignoró.

—Voy a hacer una llamada, ¿de acuerdo?

—No, no vas a hacer ninguna llamada.

—Tengo que llamar, ¿entiende?

—No, no tienes que llamar a nadie.

—Oiga, a ver si nos entendemos —dijo Tabitha—. Va a ponerme una multa, ¿verdad? Y no tengo dinero, ¿verdad? Acaba de leer todos mis datos.

—Aún no se te ha acusado de nada —dijo la mujer.

Tenía una enorme mandíbula cuadrada, y sus rasgos estaban congelados en una mueca de férrea autosatisfacción que mantenía intactos el hastío y el aborrecimiento, extendiéndolos al mayor número de personas posible.

—Fue en defensa propia dijo Tabitha—. Ya se lo dije...

Giró sobre sí misma y puso la yema de un dedo sobre el peto del agente que la había arrestado.

—No les gusta que los alienígenas se metan en líos —dijo la sargento.

Se refería a los eladeldis, naturalmente, y Tabitha lo sabía.

—Fue un maldito perk —dijo Tabitha—. Oh, vamos... —Se dio cuenta del tono suplicante que impregnaba su voz, y eso le hizo comprender que estaba perdida—. ¿Nunca ha sentido deseos de tirarles al canal? Apuesto a que sí, apuesto a que usted ha hecho cosas mucho peores que coger a un perk del cuello y tirarle al canal...

Se inclinó sobre el mostrador.

—¡Bueno, pues yo le agarré por el cuello y le arrojé al canal en defensa propia! —gritó.

—Oh, estás convencida de que eres una auténtica heroína, ¿verdad? —replicó la sargento. Toda una supermujer que va arrojando perks de un lado a otro, ¿eh?

Empujó las pertenencias de Tabitha hacia ella, llamó a un robot de arresto y la envió al piso de abajo.

Y ahora Tabitha estaba sentada en el catre intentando volver a meter sus cosas dentro de la bolsa. Había listados de papel amarillento y documentos que creía haber perdido; tubos de cerveza Shigenaga vacíos y llenos; un surtido de rotuladores muy maltratados y unas cuantas prendas de ropa interior de color grisáceo; un mugriento par de zapatillas para gravedad cero; una caja aplastada que contenía dos tampones orgánicos; un comprobador de circuitos; un destornillador inercial; una bolsa de caramelos con sabor a fruta

francamente rancios y un libro de bolsillo con el lomo agrietado, las páginas llenas de arrugas y la cubierta fundida y sin imagen.

—¿Por qué llevo toda esta basura allí donde voy?

Los eladeldis habían acudido a tal velocidad que ni tan siquiera había podido ver qué había sido de la barcaza con las efigies de los capellanos. Tabitha pensó en el muñeco que se había ido doblando sobre sí mismo y dejó escapar una risita. Se preguntó qué tal estaría el perk.

No era el fin del mundo. ¿Qué multa podían ponerle? No sería mucho dinero... Quizá pudiera cambiar unos cuantos trayectos por el cristal y transportar un par de vainas y venderlas en el mercado libre para pagar la multa. No había podido acudir a su cita con Triste y eso la cabreaba, desde luego, pero ya encontraría otros trabajos.

Tendría que encontrarlos.

Tabitha no tardó en aburrirse. No había nada que hacer. Pensó en distraerse tocando su armónica, pero la armónica parecía ser el único objeto e su propiedad que no se hallaba dentro de su bolsa de viaje. Recordó el tiempo que había pasado arrestada en Integridad 2. Al menos las celdas de allí tenían música ambiental... Claro que la atmósfera también contenía drogas que te atontaban. Un vídeo que funcionara con monedas en cada celda... Sí, sería una buena idea, tan buena que no entendía cómo aún no se le había ocurrido a nadie. El perfecto público cautivo...

Tabitha bostezó. Se enroscó sobre sí misma, volvió la cara hacia la pared y cerró los ojos.

El tiempo pasaba muy lentamente. Estaba agotada, pero no conseguía conciliar el sueño. De vez en cuando oía pasos y voces ininteligibles o el zumbido de alguna unidad. En un momento dado oyó un grito y un ensordecedor estruendo metálico. También había otro ruido, una especie de silbido continuo tan débil y agudo que apenas podía oírlo. No sabía si procedía de las paredes o de sus oídos. Acabó resiguiendo con un dedo la línea plateada casi invisible que indicaba el punto de la pared en el que habían borrado las pintadas hechas por algún ocupante anterior de la celda. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí dentro. Estar metida en una celda detenía el transcurrir del tiempo de forma tan efectiva como viajar por el espacio. Las paredes de cemento parecían inclinarse sobre ella como si fuesen muros de estrellas.

La puerta se abrió de repente.

Tabitha apoyó un codo en el catre y se incorporó.

Era un policía. No había forma de saber si era el que la había detenido u otro agente.

—Jute, Tabitha, capitana—dijo el policía.

Los datos desfilaron sobre su visor, se alteraron y acabaron inmovilizándose en una nueva configuración.

—Arriba dijo.

Tabitha no tenía muchas ganas de ir con él, pero le obedeció.

La sargento de recepción estaba pendiente de su terminal y parecía mucho más seria y eficiente que antes. Tabitha la miró y pensó que alguien debía estar escuchándola.

—Jute, Tabitha, capitana. Dirección actual, una nave atracada en el Puerto de Schiaparelli, Bergen Kobold, número de matrícula BGK009059.

—Sí —dijo Tabitha, aunque no se trataba de una pregunta.

—Agresión con agravantes, alteración del orden, provocar un disturbio público, degradar la armonía entre las especies, ídem de la ídem cívica, daños graves con alevosía, conducta imprudente... Doscientos cincuenta scutari —dijo la sargento de recepción con una gran sonrisa.

—¿Cuánto?

El importe de la multa ascendía al triple de lo que había imaginado que tendría que pagar.

—Dispones de veinticuatro horas para volver aquí con el dinero o hacer una teletransferencia.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Si no lo haces, te quedarás sin nave.

La Cinta de Moebius se encuentra en la orilla sur del Gran Canal a un kilómetro escaso de la Arcada Barathe, entre la Iglesia de la Panspermia Dirigida y un restaurante especializado en crustáceos. Sus tiempos de esplendor ya han quedado atrás y se ha convertido en una de las atracciones favoritas de los visitantes menos sofisticados de Schiaparelli, quienes se complacen en imaginar que han encontrado un rincón de la ciudad que conserva el encanto histórico de los tiempos en que Schiaparelli formaba parte de la frontera salvaje en continua expansión. La verdad es mucho más prosaica. Los primeros propietarios del local —unos emigrantes de Europa que tenían muy buenas razones para prever el boom nostálgico que se produciría en el futuro; fueron lo bastante astutos para envejecer artificialmente la decoración en fibra de vidrio antes de instalarla.

La noche en que Tabitha Jute consiguió que su mano entrara en contacto con el abollado picaporte de aluminio de la puerta del local la Cinta de Moebius seguía siendo un establecimiento de reputación inocentemente dudosa que satisfacía las necesidades sociales de quienes se sentían más cómodos haciendo negocios en un ambiente que poseyera un cierto grado de truculencia. Prostitutas de todos los sexos —mejorados o no— visitaban el local tanto al comienzo como al final de sus turnos de trabajo ara hablar con los chulos, los camellos y los clientes "privilegiados".

Unos escribanos de la red tan anticuados que habrían merecido estar en n museo seguían disponibles en una cabina de lo más lúgubre situada a un extremo del bar ofreciendo los cotilleos cada vez más herméticos e ininteligibles a que había quedado reducido su antes floreciente negocio. El otro extremo del bar estaba ocupado por un escenario en el que los artistas fracasados intentaban decidir cuál sería el grado de dignidad con que se enfrentarían a su inexorable declive profesional. Si te echaban del Pabellón Nash porque no podías pagar la factura venías corriendo a la Cinta de

Moebius. Cuando entró en el local, Tabitha vio que el escenario estaba ocupado por un hombre corpulento y no muy alto con un loro que parecía real encima del hombro. Los ojos de Tabitha fueron automáticamente hacia su rostro y lo catalogaron como bastante atractivo. El hombre estaba ejecutando alguna clase de pieza musical, pero el ruido y las voces de la clientela hacían que apenas se le pudiera oír.

Tabitha fue hacia el bar. Heidi estaba detrás de la barra atendiendo a los clientes.

—Estoy buscando a un tipo llamado Triste —dijo Tabitha.

—Se ha marchado —replicó Heidi.

Tabitha ya se lo esperaba, pero aun así lanzó un gruñido.

—Heidi, ¿sabes dónde puedo encontrarle?

—En Calixto —dijo Heidi pasando un trapo por la superficie de la barra.

—Mierda... —murmuró Tabitha intentando que el taco sonara lo más jovial posible—. Puso un anuncio en la red diciendo que necesitaba una nave para transportar un cargamento. ¿Sabes algo de eso?

Heidi meneó la cabeza. Sus ojos fueron hacia el número de cabaret. El hombre había extendido los brazos y el loro estaba correteando frenéticamente de una mano a otra.

—No está nada mal, ¿verdad? —preguntó Heidi.

—No le oigo —replicó Tabitha.

—No me refería a la música —dijo Heidi.

Tabitha la obsequió con una sonrisa tan fría que se encontraba por debajo del punto de congelación, pero acabó volviendo la cabeza hacia el escenario.

Forzó la vista intentando distinguir algo entre el humo y la penumbra del ambiente alta—tecnología típico del local y se dio cuenta de que el tipo del escenario estaba usando un guante. Había empezado a cantar, o alguien cantaba en su lugar. Tabitha clavó la mirada en su rostro, pero no consiguió captar ningún movimiento de los labios. Tenía unos labios preciosos con una curva soberbia, y sus ojos eran de color castaño y muy redondos. Mientras le contemplaba, una parte de su mente perdida en las profundidades de su cráneo seguía dando vueltas a los mismos pensamientos que la habían atormentado desde que salió de la comisaría. "Veinticuatro horas... Bastardos..."

—Oye, ¿conoces a alguien que necesite una barcaza? —preguntó.

Era la primera vez que le hacían eso. Nunca la habían amenazado con quitarle su nave. Y la mera idea de que *la Alice* pudiese caer en las manos de la policía... Bueno, no le hacía ni la más mínima gracia.

—Cualquiera que no sea un perk —añadió.

Apartó los ojos del hombre del escenario e hizo un rápido repaso de los tahúres presentes. Delante de la ventana principal se estaba desarrollando un complicado juego de fichas, y gruesos fajos de billetes viejos y reblandecidos por el tacto de muchas manos cambiaban rápidamente de dueño a cada

chasquido de las fichas. Un tipo que vestía el uniforme de una mensajería especializada en transportar sustancias tóxicas compartía una jarra con un aguador. Dos thrants bastante desgarradas que debían tener unos tres años de edad se exhibían delante del viejo generador de música. Llevaban gafas de sol, vestían trajes de cuero color crema y jugueteaban con sus licores de regaliz.

—Ahora no trabaja nadie —dijo Heidi—. Es carnaval. ¿Quieres beber algo?

Tabitha suspiró.

—Cerveza —dijo.

Heidi le recitó una lista de siete variedades sin necesidad de tomar aliento.

—La que tengas más cerca —dijo Tabitha.

Carlos conocería a alguien que necesitara una barcaza. El teléfono estaba debajo del escenario, junto a la escalera que llevaba al sótano. Tabitha fue hacia él y cuando pasó delante del escenario se dio cuenta de que era el loro quien cantaba. Parecía un loro, pero podía cantar, y Tabitha creía recordar que los loros no cantaban. El bicho tenía una voz dulzona y temblorosa, y la canción decía algo de un pájaro amarillo subido a la copa de un platanero.

Carlos no estaba. Tabitha dejó un mensaje diciendo que le llamaría después mientras pensaba que había muchas probabilidades de que no volviera a llamarle. Su situación ya era lo bastante mala. Quizá debiera largarse a Fobos o a Longevidad para averiguar si había algún trabajo disponible, aunque el ir allí tampoco garantizaba que lograra encontrar a alguien que no se hubiera tomado unas vacaciones para asistir al carnaval.

Tomó un sorbo de cerveza mientras observaba al tipo del guante. No estaba nada mal, desde luego... Tenía el cabello negro y lustroso, y la piel muy bronceada. Vestía una elegante blusa escarlata y blanca, pseudopantalones y mocasines. Y, aparte de eso, parecía tener talento aunque el guante de inducción neural ya estaba un poco anticuado incluso en Schiaparelli, donde todo parecía tardar una eternidad en esfumarse. El sonido era potente y límpido y poseía la ágil fluidez típica de la música electrónica, pero el trémolo de la melodía era tan delicado que sólo conseguías distinguir las distintas notas que la formaban. El tono de la melodía subió y bajó y acabó escindiéndose en dos partes que armonizaban la una con la otra. La clientela de la Cinta de Moebius aplaudió. El pájaro se quedó inmóvil sobre el hombro del tipo, cerró los ojos y apoyó la cabeza en su mejilla mientras emitía una especie de murmullo fantasmágórico que hacía pensar en una canción de cuna sin letra.

Heidi pasó el trapo junto al codo de Tabitha.

—¿Otra? —preguntó.

—De acuerdo —dijo Tabitha apurando su cerveza. Se tomaría otra cerveza, haría un nuevo intento de llamar a Carlos y saldría de allí—. Ahora vuelvo, Heidi —dijo, y fue hacia el teléfono.

Carlos aún no había vuelto. Su foto sonriente le pidió que dejara su hombre y su número. Tabitha golpeó la pared con el puño.

—Has ido a alguna fiesta, ¿eh, Carlos? Espero que te estés divirtiendo, porque puedo asegurarte que yo no.

—¿Se ha equivocado de número? —preguntó una voz por encima de su cabeza.

Tabitha alzó los ojos y vio al tipo del guante y el pájaro bajando la escalera. Habían terminado su número y volvían al feo y húmedo sótano que el propietario del local se negaba a redecorar porque no quería alterar su "atmósfera clásica".

—No, me he equivocado de planeta—replicó.

El hombre del pájaro llegó al descansillo en que estaba el teléfono y se quedó inmóvil detrás de ella, estirando el cuello por encima de su hombro hacia la pantallita para contemplar el sonriente rostro de Carlos. Tabitha aspiró aire por la nariz y captó el olor del pájaro. Sí, olía a loro.

—¿Ese tipo la ha plantado? —preguntó el músico . ¿No ha querido llevarla a su fiesta? Es lo que acaba de decir, ¿verdad? Yo... Bueno, discúlpeme. No es que tenga por costumbre escuchar las conversaciones telefónicas de los demás, entiéndame, pero estaba bajando por la escalera y, claro, yo no pude evitar...

El pájaro estiró el cuello y emitió un trino tan estridente como el de una alarma contra incendios. Tabitha torció el gesto y sacó el conector del teléfono.

—¡Calla, Tal! ¡Tal, calla! ¿Quieres hacer el favor de callarte? ¿Eh, Tal? —gritó el músico golpeando al pájaro con su guante.

El trino se interrumpió tan bruscamente como había empezado.

—Le presento a Tal —dijo el hombre del guante—. Tengo que pedirle disculpas en su nombre. El temperamento artístico, ya sabe... Es muy, muy sensible. ¿Cómo está? Me llamo Marco, Marco Metz. ¿Qué? Exclamó aunque Tabitha no había abierto la boca—. ¿Cómo? Así que ha oído hablar de mí, ¿eh?

—No —dijo Tabitha.

Vistos de cerca sus ojos eran todavía más bonitos de lo que parecían cuando estaba subido al escenario.

—Su número es bastante bueno —añadió.

—Oh, lo es —dijo él—. Soy muy bueno. Mejorando lo presente, claro está... Sí, soy muy, muy bueno. De verdad. Pero usted no tiene por qué saberlo, ¿verdad? Usted es una mujer ocupada, yo soy un hombre ocupado, el sistema es inmenso...

Y mientras soltaba aquel torrente de lugares comunes sus ojos no paraban de recorrer el cuerpo de Tabitha desde la cabeza hasta los pies.

Y Tabitha no tenía tiempo que perder.

Pero aun así...

—¿Tal? —preguntó señalando al loro con una mano.

—Sí, Tal.

—¿Puedo acariciarle?—sugirió.

Los hombros de Metz se encogieron en un movimiento casi imperceptible.

—Los dedos son suyos, ¿no? —replicó—. No, no, calma sólo bromeaba... Claro. Así. ¿Ve?

Le cogió la mano con mucha suavidad. Su piel estaba caliente y seca. Llevó los dedos de Tabitha hasta la cabeza del pájaro y los deslizó lentamente sobre su espalda. Tal se removió.

—¿De dónde es? —preguntó Tabitha.

—¿Se refiere a este bicho? Oh, viene de muy lejos... Le aseguro que ni tan siquiera podría pronunciar su nombre. Fíjese en él... Ni tan siquiera sabe pronunciar el nombre de ese sitio. Eh, Tal dijo acercando la cara a la cabeza del pájaro—, esta chica quiere saber de dónde eres. ¿Ve? Ni tan siquiera él puede pronunciarlo...

—¡Pulimento para zapatos! —trinó el pájaro de repente—. ¡Intrigas en el cuerpo de baile ! ¡ Intrigas en los zapatos !

Marco y Tabitha pusieron cara de sorpresa y se echaron a reír.

—Está un poco nervioso dijo Marco.

Tabitha volvió a acariciar la cabeza del pájaro.

—¿Bebe?

—¿Tal? No.

—¿Y usted?

—Claro.

—Estaré en la barra dijo Tabitha.

—Bueno... —dijo Marco cuando se reunió con ella tres minutos después sin el pájaro . ¿Ha venido a disfrutar del carnaval?

—No, estoy buscando trabajo. Acabo de llegar de Chateaubriand.

—Chateaubriand está en el Cinturón, ¿no? —Tabitha captó el nuevo respeto que había en su mirada, la misma reacción que se había acostumbrado a esperar siempre que decía algo por el estilo—. ¿Y qué clase de trabajo la ha traído desde un lugar tan lejano? quiso saber Marco.

—Oh, acabo de hacer una entrega rutinaria para una empresa de drogas y medicamentos. Suero de percebes carbonatado y envasado al vacío y algunas cosas más..., nada demasiado interesante.

—Así que se gana la vida conduciendo, ¿eh?

—Sí, así es como me gano la vida.

—¿Y siempre trabaja para esa empresa?

—Trabajo para cualquiera siempre que nos hayamos puesto de acuerdo sobre la paga —dijo Tabitha.

—Vaya, vaya... ¿Tiene nave propia?

—Tengo nave propia dijo Tabitha.

Marco estaba impresionado, no cabía duda. Ya habían pasado muchos años desde la primera vez en que pudo afirmar que tenía una nave propia, pero Tabitha seguía sintiendo el mismo orgullo de siempre cada vez que podía soltar aquella revelación ante las narices de una persona que acababa de conocer. Sabía que cuando tuviera que contarle a Alice lo de la cláusula de penalización si no pagaba la multa sentiría algo muy distinto al orgullo de ahora, pero... Bueno, esperaba no tener que hablarle de eso.

Miró a Marco. Ah, cómo le habría gustado poder llevarle a la nave... Quería llevarle a su camarote, arrancarle toda esa ropa tan elegante y esparcirla por el suelo.

—Le invitaría a visitarla —dijo—. pero tengo que marcharme.

—Qué pena dijo él—. Sería una experiencia fascinante. ¿Y qué clase de nave tiene?

Tabitha le miró a los ojos, comprendió que estaba realmente interesado en la nave y se sintió vagamente insultada.

—Oh, no es más que un viejo cacharro —dijo.

—¿Un modelo de exploración?

—No, una barcaza.

El rostro de Marco se iluminó como si estuviera disfrutando de un secreto tan maravilloso que apenas podía contener el deseo de compartirlo con otros.

—¿Y es suya? ¿Suya y de nadie más?

—Sí —dijo ella, algo picada.

—Oiga, ¿quiere llevarme a Plenty?

—¿Quiere ir a Plenty?

—Sí.

—¿Esta noche?

—No, no... A primera hora de mañana.

Tabitha le observó en silencio durante unos momentos.

—Bueno.. . ¡ Sí ! —dijo por fin, y un instante después se acordó del cristal defectuoso—. Bueno..., no —dijo . Me..., me encantaría, pero necesito algo más que eso.

Marco dejó escapar una risita.

—Oh, hay más —dijo—. ¡Hay mucho más! ¿Qué necesita?

Tabitha se pasó la lengua por los labios.

—Doscientos cincuenta—dijo—. Por adelantado. Y después... Diablos, no lo sé, pero... La nave necesita una reparación.

—No hay problema—dijo él.

—No puedo creerlo —dijo Tabitha—. Habla en serio...

—Sí, es algo que me ocurre de vez en cuando.

Marco deslizó la mano sobre su brazo. Tenía los dedos muy suaves y sabía acariciar. "Tiene dedos de músico", pensó Tabitha.

—¿Quiere ir a una fiesta? —le preguntó.

Salieron del local. Hacía una noche fría y un poco más polvorienta que de costumbre.

El desfile ya había pasado hacía mucho rato, pero las aguas del canal seguían estando muy movidas. Había grupos de niños sobre balsas improvisadas con tabloncillos y barriles de plástico; parejas en botes de remos y motoras que se habían quedado sin carga y flotaban a la deriva. Una docena de personas estaban de pie, tumbadas o sentadas sobre el atracadero que había debajo de la Cinta de Moebius discutiendo y bebiendo. Una pequeña motora que parecía muy rápida estaba atada a un poste rojo y blanco. El pájaro voló en línea recta hacia ella y las lunas duplicaron su sombra y la convirtieron en un manchón confuso.

La claridad de las lunas caía sobre el desierto y sobre la estepa, sobre las colonias polares y las tierras de los cañones, allí donde fluye la profunda y lenta corriente de los canales somnolientos. Sus rayos pintaban los desiertos, barrían las pampas, relucían sobre las granjas de cristales y arrancaban destellos a los lagos de algas de las ciudades que se confundían unas con otras. Iluminaban la arena de Barsoom y teñían de plata el césped suburbano de Bradbury. Iluminaban sin ninguna clase de discriminaciones los sombríos bloques monolíticos de la ciudad antigua y el arrogante y caótico amontonamiento de la nueva observando sin comentarios cómo se desparramaba y se extendía hasta más allá de la circunferencia que había marcado el perímetro de la cúpula desmantelada.

Tabitha se reclinó en el asiento de la motora perpleja y asombrada ante su buena suerte mientras avanzaban hendiendo las sucias aguas bajo el áspero resplandor emitido por una videopared. Algún tiempo después ella misma observaría que todo Marte había sido parcelado y repartido. Las pequeñas fortunas ya no estaban allí. Hacía pocos años Schiaparelli era una matriz pancultural viva y sólida, una encrucijada cosmopolita del sistema solar donde todas las razas que giraban alrededor del poder capellano podían coexistir en ruidosa armonía o pasar por ella regateando y haciendo negocios rumbo a los albergues y centros de caravanas que había en el sur. Ahora los autobuses repletos de turistas se abrían paso por entre las ruinas de Al-Kazara, y los estantes de los prestamistas estaban llenos de recuerdos importados que habían sustituido a los acordeones y medidores traídos por los navegantes borrachos que habían cruzado sus umbrales con paso tambaleante no hacía mucho tiempo.

Tabitha había logrado acostumbrarse al cambio, aunque recordaba tiempos mejores y no muy lejanos en los que los grupos de jazz de los sótanos tocaban con tanta furia que casi lograban ahogar el furioso repiqueteo de los viejos prospectores de especia que jugaban al mah jongg. Podías echarte a dormir en cualquier sitio que estuviese lo bastante caliente y ni tan siquiera los polis intentarían echarte de allí. Cuando despertabas con las primeras luces del amanecer descubrías una llama que no parecía tener dueño metiendo el hocico en tus bolsillos y un grupo de thants que empezaban a instalar sus puestos de mercancías alrededor de tu cama.

Te ponías las botas, parpadeabas intentando aclararte la vista y avanzabas con paso tambaleante a través del souk. Robabas un chapati del puesto de una vieja y serpenteabas entre los grupos de comerciantes y compradores siguiendo el olor del café recién tostado. Había gente asomada a las ventanas de los pisos superiores hablando con sus vecinos que se desplazaban por el canal. Las prendas multicolores colgaban rígidas en el gélido aire del amanecer como estandartes inmóviles sobre los ciento noventa y nueve canales y cursos de agua. Después cruzabas el Puente de Cobre y el sol sobre los tejados ardiendo como un disco de mantequilla en el cielo color cinabrio. Los robots de mantenimiento y vigilancia surcaban las aguas con un petardeo de motores zumbando y canturreando para sí mismos, y las fuentes de los Jardines Hamishawari se ponían en marcha lanzando sus chorros de agua hacia las alturas.

La humanidad había recibido un regalo inesperado. El espacio podía ser suyo, y muchos humanos prefirieron surcarlo a permanecer en órbita y construir habitáculos. Marte y sus veloces satélites fueron el primer gran resultado directo de ese regalo caído del cielo. Manos capellanas se encargaron de dirigir las operaciones de construcción y la maquinaria capellana se ocupó del trabajo físico, pero todo fue hecho por y para los humanos de la Tierra, su vecina más próxima, y la inmensa labor de convertir Marte en un lugar habitable fue emprendida y llevada a cabo en su exclusivo beneficio. Es fácil entender el celo y la diligencia de que dieron muestra. Todo un planeta se había vuelto accesible de repente, y no sólo era accesible sino que estaba disponible, desocupado y desierto... Todo un planeta abandonado podía ser suyo.

El Planeta Rojo está sumergido bajo una montaña de réplicas de sílice y recreaciones sentimentaloides de los "Antiguos" que deben mucho más a la imaginación fantasiosa que a la arqueología, y eso hace que ahora resulte muy difícil imaginarlo, pero en la época del Gran Paso Adelante los grandes canales eran los únicos vestigios visibles de esa raza orgullosa de arquitectos e ingenieros ya desaparecida.

Sus impresionantes dimensiones no habían logrado impedir que se hallaran en un estado lamentable. Los cauces estaban llenos de arena, los fondos estaban resquebrajados y las orillas habían sufrido los embates de cientos de largos y duros inviernos marcianos. Los primeros exploradores siguieron sus cursos hasta allí donde desaparecían en el laberinto de los valles y los peñascos de las tierras polvorientas y tuvieron que retroceder confesando su derrota. El paisaje era tan abrupto y salvaje que no había forma humana de entenderlo. Sólo los ojos expertos de su consejero capellano eran capaces de recorrer aquella desolación de basalto y piedra caliza y dar con la llave oculta que permitía el acceso a un mundo que se había perdido en los abismos del tiempo. Los exploradores siguieron la dirección indicada por su dedo y se internaron en el desierto para hacer excavaciones en la arena, y los gigantescos bloques y losas de una sola pieza de la ciudad enterrada volvieron a sentir el contacto impalpable de la luz.

Construyeron una cúpula sobre ella para protegerla de las tormentas de arena y mantener encerrada la nueva atmósfera, y le pusieron como nombre Schiaparelli en honor de un héroe del arte de la astronomía. Los exploradores estaban por todas partes. Escalaban los volcanes de Tharsis, dragaban la

Cuenca Argólida y talaban bosques enteros de la Hierba Roja. Marte te ofrecía una gravedad con la que podías discutir y un horizonte lo bastante cercano para agarrarlo con tus manos. Los primeros generadores de microclimas estaban empezando a salir de las factorías orbitales de Dominó Valparaíso, y no tardaron en sacudir a la ecología haciéndola despertar del letargo en que había caído. Los troncos nudosos y achaparrados de los saguaros brotaron de las dunas color rojo óxido. Los prospectores regresaban a la ciudad balbuceando historias increíbles sobre oasis repletos de hierba y vegetación y volvían a internarse en el desierto para descubrir los horrores de la congelación y la muerte marciana.

Los años parecían interminables y la compañía no podía ser más abigarrada, y si la atmósfera te arañaba los pulmones cada vez que tragabas una bocanada de aire..., bueno, eso añadía un poquitín de peligro a la empresa y la hacía aún más atractiva, ¿no? La presencia de directores capellanos y policías eladeldis no parecía tan opresiva y asfixiante cuando bastaba con hacer unas cuantas tonterías o cometer algunos descuidos para perder la vida. La explicación de que una parte tan grande del Río Maas fuera abierta a la colonización gracias a los veleros de arena en vez de a las aeronaves y los camiones oruga quizá deba buscarse precisamente en eso. Los veleros de arena eran mucho más peligrosos, y eso los hacía mucho más atractivos. Los marineros que tenían la mala suerte de tropezar con una ventisca de arena surgida de la nada o cuya embarcación volcaba en la Cañada de Mitridates rara vez eran rescatados. Los directores no se cansaban de repetir que los veleros eran peligrosos y aconsejaban que se prescindiera de ellos. "Ya conocían los riesgos a que se enfrentaban", decían meneando sus enormes cabezas mientras ponían cara de pena. Uno de los carteles utilizados en el reclutamiento de emigrantes más populares de la época muestra a un niño que sonríe de oreja a oreja y cuyos pies desaparecen en dos inmensas botas de adulto cubiertas por una capa de arena rojiza. Puede que la imagen sea algo sentimental, pero no cabe duda de que supo capturar esa sensación de júbilo impetuoso que debió experimentar la humanidad en cuanto se dio cuenta de que se estaba enfrentando con algo tan grande que no podía ser dominado..., todavía.

Y en cuanto a los marcianos, esa raza de titanes esfumada en las nieblas del tiempo, ¿qué podemos decir de ellos? Han pasado unos cuantos años, cierto, pero incluso hoy en día podemos decir muy poco más de lo que declara tan elocuentemente la gigantesca arquitectura de la vieja Schiaparelli. Sus edificios supieron sacar la máxima ventaja posible de la débil gravedad marciana, y si hemos de juzgarles por ellos no cabe duda de que merecen ser recordados como titanes. Eran altos y fuertes, y sus planes eran tan ambiciosos como ellos. Sabían trabajar la piedra, el hierro y el ladrillo. Está claro que disponer de luz natural no era una de las cosas que más les importaban, pero se han encontrado restos de esmalte en algunos de esos raros agujeros de contornos informes que dejan pasar el viento convirtiéndolo en un aullido, y también se han descubierto fragmentos de lo que parece un primer y bastante conseguido intento de fabricar hormigón.

En cuanto a lo que eran realmente esos edificios, seguimos sin estar seguros. De una cosa no cabe duda, y es que de si eran viviendas no nos parecen muy acogedoras. Han sido erosionados y maltratados por las

turbulencias y el frío de las arenas, que han eliminado hasta la más mínima huella de los adornos o mobiliario que debieron contener, pero sus paredes y sus techos aún conservan algunas pistas. Hay restos de tallas y, a veces, incrustaciones de formas rectangulares que se suceden unas a otras y que numerosos expertos han identificado confiadamente como escritura, aunque nunca se ha conseguido ninguna traducción remotamente plausible.

Si se nos permite aventurar una más bien fantasiosa interpretación de su carácter basándose en las estructuras, las cubas vacías, bóvedas y madrigueras, la apariencia entre práctica y atrevida de sus escaleras, conductos y alcantarillas e, incluso, de los famosos canales, los marcianos debían de ser una raza seria y decidida que se tomaba muy en serio cuanto emprendía y que no era nada propensa a las digresiones o las frivolidades. Ir más allá de eso sería caer en esa frivolidad que les negamos. Las sesenta y siete ruinas de la Llanura de Barsoom a las que se suele llamar "templos" quizá fueran eso, aunque es igualmente posible que fueran cuarteles, barrios aislados para las víctimas de una plaga o para quienes sufrían perturbaciones mentales o campamentos de vacaciones que acogían a los habitantes de las ciudades marcianas. No hay ni la más mínima prueba de que los marcianos se divirtieran con el degüello ritual de bestias temibles en las arenas de un coliseo o de que sus rutinas religiosas incluyeran el sacrificar bellas esclavas sobre los altares de dioses que contemplaban a sus fieles con el ceño fruncido y expresión amenazadora.

¿Qué ha sido de los marcianos? ¿Adónde fueron? Si los directores capellanos tenían alguna idea al respecto jamás la han revelado. Algunas almas resentidas atadas a la Tierra por las obligaciones o por su propia obstinación murmuraban que Capella siempre había sabido lo que se encontraría en Marte y el porqué. Algunos —puede que no sin malicia— afirmaban que Capella había tenido mucho que ver con lo que había ocurrido en Marte sólo Dios sabía cuantos eones antes.

Los viejos bunkers y silos vacíos —silenciosos e inmutables como una enorme y muda necrópolis situada en el corazón de una ciudad que rebosa de actividad y movimiento— van intercambiando las posiciones de sus inmensas sombras deslizándolas sobre las calles de piedra y los canales. Sus interiores tenebrosos y sepulcrales nos hablan sin palabras de sus arquitectos ausentes. Los arqueólogos acamparon dentro de ellos durante una temporada, pero se sentían incómodos y acabaron trasladándose a los pueblos que habían florecido alrededor del gran descubrimiento. La ciudad antigua quedó abandonada por segunda vez y se convirtió en un lugar reservado a los románticos, los teóricos, los viajeros de paso y los perros.

—Los adolescentes se acostumbraron a visitarla para correr con sus jeeps dando vueltas y más vueltas a los gigantescos edificios. Cuando esos jóvenes llegaron a la edad adulta se puso de moda ir a los almacenes abandonados para celebrar fiestas con multitudes de invitados.

Tabitha levantó la vista hacia aquellos muros ciclópeos de piedra rosada que se alzaban centenares de metros por encima de su cabeza y terminaban desapareciendo en la oscuridad. Las pasarelas y estructuras de hierro negro unían los muros como si fuesen caminos inmensos concebidos para salvar

abismos de aire. Podría haber posado *la Alice Liddell* cómodamente en cualquiera de ellos y aún habría sobrado bastante sitio.

La motora avanzaba rápidamente e iba dejando atrás los muelles vacíos de los gigantescos y lúgubres edificios. Las luces brillaban aquí y allá. Las ráfagas de viento traían el sonido de la música y las voces desde las embarcaciones de recreo ancladas sobre las aguas rojizas. El zumbido quejumbroso del motor no tardó en quedar acompañado por un eco extrañamente ahogado.

Atracaron en un muelle bajo un cielo tan negro como la sangre coagulada y fueron por una pasarela que les llevó hasta una explanada gigantesca situada un poco por debajo del nivel del suelo. La penumbra hacía que la hondonada pareciese un lago de vino tinto y Deimos era una perla medio hundida en él. Tabitha vio grupos de personas que contemplaban la explanada y otros que salían de un almacén repleto de comida, bebidas y aire fresco desde el que llegaban los atronadores acordes de una raga hindú.

BITACORA BGK009059

TXJ.STD

IMPRIMIR

\\t3asprrr_TXJ ! a222/in%ter&&&

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 07.31.33

ADELANTE

Hola, Alice.

HOLA, CAPITANA. ¿HA VENIDO A HABLAR CONMIGO?

Estar ahí dentro es como estar encerrada en un manicomio.

sí, YA ME LO PARECIA. ESPERO QUE NO ESTROPEEN NADA.

Como sigan así acabarán estropeándome la cabeza.

OH, CAPITANA... ESTOY SEGURA DE QUE NO SE LA ESTROPEARAN.

Es como tener una fiesta permanente en casa.

PERO A USTED LE GUSTAN LAS FIESTAS, ¿NO, CAPITANA?

Me gusta ir a las fiestas de otras personas. No me gusta dar fiestas, y te aseguro que odio el que me obliguen a vivir metida en una fiesta continua.

No, espera. Recuerdo que di una fiesta en la que lo pasé estupendamente..., en la Plaza Utopía. Cuando te conseguí, ¿sabes? Di una gran fiesta para celebrarlo. Esa fiesta fue un verdadero éxito. No faltó nadie. Sam, May Lee, Muni Vega, Fritz Juventi, de la Perseverancia Valenzuela hecho un figurín con su tricornio y sus pantalones de lamé y ni un día más viejo de como le recordaba... Algunas de las chicas de HiBrasil intentaron tomarle el pelo, pero Fritz siempre finge que le encanta que le tomen el pelo. Es el tipo

más tranquilo e impasible que he conocido. Si le pusieras una barra de mantequilla en la boca se conservaría tan bien como dentro

de la nevera...

Algunos invitados habían venido de Fobos y habían recorrido una gran distancia. Casi todos eran personas a las que había conocido cuando aún intentaba conseguir mi tarjeta blanca. Vi a Dodger Gillespie exhibiendo sus conexiones mientras le pedía un cigarrillo a una azafata espacial que parecía muy impresionada.

—¡Dodger! —exclamé abrazándola—. Creía que estabas en el Cinturón...

—Y allí estaba —gruñó ella—. Dejé escapar un par de hallazgos estupendos para acudir a tu maldita pelea de conejos.

Usó un tono de voz bastante quejumbroso, aunque no apartaba la mirada de la pobre niña. Tenía los ojos medio cerrados y movía la cabeza de tal forma que las conexiones reflejaban la luz. La azafata seguía ofreciéndole el paquete de cigarrillos como si fuera su única misión en la vida, y Dodger acabó dignándose coger uno.

—Gracias, querida—dijo.

Me atizó un vigoroso puñetazo en el hombro para indicarme que las dejara solas lo más deprisa posible, aunque la cosa no iba del todo en serio. Con Dodger las cosas nunca van del todo en serio, ¿sabes?

Y decidí quedarme allí sólo para hacerla enfadar un poquito.

—¿Lo estás pasando bien? —le pregunté a su víctima.

—Oh, sí —respondió.

Giró la cabeza para lanzar una rápida mirada interrogativa a Dodger y volvió a girarla hacia mí, pero Dodger se limitó a contemplarme con la cabeza inclinada a un lado como si quisiera taladrarme con las pupilas. No parecía muy dispuesta a presentarnos.

—Me llamo Tabitha —dije con mi mejor sonrisa—. Tabitha Jute...

—¡Oh, entonces eres la que da la fiesta! —graznó la azafata de Dodger.

—Exacto —dije yo.

Dodger suspiró y nos envolvió en una nube de humo.

—Así que has decidido ganarte la vida por tu cuenta, ¿eh? —dijo la víctima.

Volvió a sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo en el que lo había guardado, y permití que me ofreciera uno antes de negar con la cabeza.

—Estaba empezando a notar los efectos de la presencia de Dodger. Siempre ha sido una mala influencia para mí, ¿sabes?

—Lo siento... —La azafata tragó saliva—. Me llamo Moira. ¿Qué tal estás?

—Encantada —gruñó Dodger.

Moira la miró y puso cara de no saber qué hacer, pero estaba claro, que había cambiado de objetivo. Ahora tenía ganas de hablar conmigo, no con Dodger.

—Ojalá tuviera una nave —dijo y suspiró—. Me encantaría viajar...

—Ya lo haces, ¿no? —observé yo.

Me lanzó una mirada bastante peculiar que me hizo comprender que no era tan estúpida como parecía. Las vacilaciones y el aire de boba eran un mero fruto del entrenamiento.

—Ayudo a las ancianas a entrar y salir de la red, si es que te refieres a eso—dijo en un tono bastante sarcástico—. Sirvo bebidas y sonrío.

—Bueno, yo también lo he hecho —admití.

En cuanto hube dicho eso no hubo forma de detenerla. ¡Pensar que podías empezar pastoreando rebaños de turistas y acabar poseyendo tu propia nave! ¡Oh, era increíble!

No podía decirle que ella no tenía muchas posibilidades de seguir mi camino. Habría pensado que me estaba limitando a ser desagradable, ¿comprendes? Cuando me marché, la azafata puso cara de desilusión y Dodger se mostró sardónicamente agradecida.

—Pasadlo bien —les dije.

Empecé a circular por la fiesta. No tenía ni idea de que hubiera invitado a tanta gente... Por haber incluso había una o dos unidades libres —no sé cómo lograron entrar—, y todo el departamento de contratación parecía haber acudido en masa. Ya no tendría que volver allí, y decidí exhibirme un poco. Se acabó el sufrir persiguiendo contratos y el que todos los transportistas independientes te trataran como si fueses un montón de escoria. ¡Adiós departamento de contratación, adiós a las malditas juntas de demanda!

¿A QUÉ SE REFIERE, CAPITANA?

Bueno, cuando visitas una estación por primera vez no conoces a nadie y no tienes más remedio que utilizar la red oficial..., las asociaciones que se encargan de manejar los negocios, la sala para contrataciones locales y todo eso. No hace falta moverse mucho por esos sitios para darse cuenta de que estás perdiendo el tiempo. Los eladeldis lo supervisan todo y todos los contratos que valen la pena se consiguen por el boca a boca, ¿entiendes? Pero cuando lo has descubierto ya has conocido a unas cuantas personas y no necesitas volver a la sala de contrataciones. En cuanto aprendes la lección te buscas una esquina delante de alguna taberna o cerca de un gimnasio de gravedad cero. Las noticias siempre acaban difundándose... Algunos veteranos incluso han logrado meterse en las comisarías de policía y en las salas de control de tráfico, pero si tienes nave propia y no padeces alergia al trabajo siempre puedes permitirte el lujo de escoger.

PERO NO SIEMPRE NOS HA RESULTADO FACIL, ¿VERDAD?

No, tienes razón. Hemos cometido errores realmente estúpidos y hemos acabado metiéndonos en algunos pozos de mierda..., como éste de ahora.

LO SIENTO, CAPITANA. NO INTENTABA CRITICARLA, CRÉAME... SIGA CONTÁNDOME COSAS SOBRE SU FIESTA. CELEBRABA SU GRAN ÉXITO, ¿NO?

Y la fiesta también fue todo un éxito. No hubo ni un momento de aburrimiento y ni una sola nota discordante en toda la velada, te lo aseguro... El jolgorio sólo decayó un poco cuando llegaron dos eladeldis y se dedicaron a husmear por ahí. Siempre meten las narices en todas las reuniones que se celebran en la Plat, tanto si son públicas como si son privadas. Les pregunté si deseaban beber algo y ellos se limitaron a enseñarme los dientes. Oh, sí, fueron muy corteses...

Recuerdo que vi a un altaceano escondido debajo de la mesa. Me pregunté si estaría intentando ocultarse de los eladeldis, pero enseguida vi que estaba buscando algo que se le había caído. Empecé a pensar en el capitán Frank, ¿sabes? Había perdido el contacto con él, y era una auténtica lástima... Ahora que lo pienso, creo que he acabado perdiendo el contacto con muchas personas, Alice.

LA GENTE VIENE Y VA.

Esa noche vi a una persona que habría deseado no ver, y voy a decirte quién era. Nada menos que Vera Shawe, de HiBrasil, con la cabeza afeitada, toga, sandalias y todo lo demás...

—Hola, Tabitha —dijo—. Bueno, supongo que no queda más remedio que felicitarte, ¿verdad?

Cualquiera que la hubiese oído hablar de esa manera habría creído que acababa de tener un bebé o algo parecido.

—Si estuviera en tu lugar la matricularía lo más pronto posible—siguió diciendo—. Asegúrate de que cumples todos los trámites y de que todo está en orden.

—Lleva siete años sin trabajar—repliqué yo—. Era de Sanczau, y está limpia.

Vera me puso una mano en el brazo.

—Aun así, Tabitha... —dijo—. Supongo que querrás que los eladeldis le den un buen repaso, ¿no?

—No —dije yo. Qué mujer tan insoportable...—. Se cargarían todos los circuitos.

Vera me lanzó una mirada condescendiente.

—Qué mala eres, Tabitha... —dijo—. Ya sabes que se supone que debes permitir que la inspeccionen.

Intenté hacerle agujeros en el rostro con la mirada.

—Lo había olvidado —dije con voz átona.

Supongo que le habría encantado responderme de la forma más grosera posible, pero estaba en mi fiesta bebiendo a mis expensas, así que se aguantó. Extendí la mano y le di una palmadita en el hombro. La tela parecía seda.

—Que lo pases bien, Vera—dije.

Estaba intentando poner la máxima distancia posible entre ella y yo, pero Vera empezó a contarme todo lo que sabía sobre las Kobolds, todo lo que le

había ocurrido cuando hizo una entrega con una Kobold, todo lo que le había ocurrido a una persona que conocía que había hecho una entrega con una Kobold y todo lo que les había ocurrido a todas las personas que habían viajado en una Kobold tanto si eran conocidas suyas como si no.

ME HABRIA ENCANTADO OÍRLA. CREO QUE ME GUSTARIA CONOCER A VERA SHAWE... PARECE UNA MUJER FASCINANTE.

No tiene nada de fascinante. Es una gilipollas, y odio a esa clase de gente. De acuerdo, se lo debemos todo a Capella, pero eso no significa que debamos pasarnos la vida babeando de gratitud... Si fuera un capellano no me haría ninguna gracia ver que la gente se pone a babear en cuanto paso por delante.

¿QUÉ QUERRIA USTED SI FUESE UN CAPELLANO, CAPITANA?

Si fuese un capellano tendría todo lo que pudiera desear, ¿no?

SUPONGO QUE LOS CAPELLANOS DEBEN ESPERAR ALGUN TIPO DE REACCION, ¿NO?

Puede que no. Quizá fue un error.

LOS CAPELLANOS NO COMETEN ERRORES.

Eso ya lo has dicho antes. Poner el secreto del impulso estelar en manos de los frasques fue un error, ¿no?

CAPITANA, LOS FRASQUES YA UTILIZABAN SU PROPIO SISTEMA DE IMPULSO ESTELAR.

¿Cómo lo sabes?

SUPONGO QUE DEBI ENTERARME EN ALGUN VIAJE.

Bueno, pues no les sirvió de mucho. Volviendo a la fiesta, May Lee se encargó de rescatarme.

—¿Y bien? —preguntó cogiéndome del brazo.

—¿Y bien qué? —repliqué yo.

—Hola, Vera —dijo May. La miró por encima de mi hombro, le lanzó una de esas sonrisas feroces por las que era famosa y siguió hablando antes de que Vera pudiese abrir la boca—. ¿Cuándo vas a llevarnos a ver la nave? Todo el mundo se muere de ganas por verla.

—¿Es cierto que has conseguido nada menos que una Kobold Sanczau? —preguntó Molly—. ¿Nada menos que una de las famosas Kobold Sanczau?

Quise preguntarle a qué se refería, pero May se me adelantó. Había empezado a reunir un grupito de personas que querían echar un vistazo a la nave, y todo el mundo quería que le hiciera caso al mismo tiempo.

May Lee y Molly Jane... Me pregunto qué habrá sido de ellas. Supongo que May Lee debe seguir en circulación. A estas alturas ya tendrá su propio taller de reparaciones, o quizá esté trabajando como encargada de la flota de algún pez gordo. ¿Te acuerdas de May Lee, Alice? Insistió en inspeccionarte personalmente apenas hubimos llegado.

ME ACUERDO DE ELLA. MAY LEE TENIA UNAS MANOS MARAVILLOSAS.

Eh, no intentarás hacerme creer que pudiste sentir el contacto de sus manos...

CLARO QUE NO, PERO ME DI CUENTA DE QUE ESTABAN ALLI. ERA INCREIBLE. ME HIZO SENTIR COMO..., COMO SI FUERA UN INSTRUMENTO MUSICAL.

Olvídalo.

PERFECTAMENTE AFINADO. LO SIENTO, CAPITANA. ESTABA RECORDANDO Y... CADA PERSONA TIENE SU ESTILO, Y YA SABE QUE JAMAS SE ME OCURRIRIA CRITICAR SU FORMA DE HACER LAS REPARACIONES Y OCUPARSE DEL MANTENIMIENTO. NECESITÉ UN POCO DE TIEMPO, PERO YA ME HE ACOSTUMBRADO.

¿Quieres callarte de una vez?

LO SIENTO.

Alice, te prometo que en cuanto hayamos salido de este lío yo... Bueno, te prometo que en cuanto me paguen podrás disfrutar de una revisión, descontaminación y puesta a punto completa, ¿de acuerdo?

LO MAS IMPORTANTE ES EL CRISTAL DEL EJE.

¡Tendrás todo lo que te haga falta! En cuanto me hayan pagado, ¿vale?

ESPERO QUE SEA PRONTO, CAPITANA. NO QUIERO FALLARLE.

5

Manchas de fuego blanco que parecían crisantemos sobre un fondo de terciopelo florecieron de repente en el cielo convirtiendo el color carmesí en negrura. Los cohetes de magnesio subieron trazando espirales a través de la fría atmósfera nocturna y estallaron con resplandores azulados. El tartamudeo entrecortado de los proyectiles trazadores derramó su claridad escarlata sobre una escena de alegría y confusión. Siluetas minúsculas con varas de fuego en las manos se movían sobre la orilla del canal o saltaban de una embarcación a otra. La iluminación en continuo proceso de cambio proyectaba sus sombras en todas direcciones y hacía que bailotearan sobre las fachadas de los edificios que se alzaban en la otra orilla. El estruendo de las trompetas y los vítores proferidos por voces borrachas llegaba desde abajo, pero quedaban casi totalmente ahogados por el cristal.

Tabitha Jute estaba junto a la ventana del ático de Marco Metz contemplando los últimos chisporroteos del carnaval de Schiaparelli mientras se tambaleaba ligeramente de un lado a otro. Aquella gente parecía decidida a seguir divirtiéndose hasta el fin de los tiempos, como si no quisieran volver a sus casas y sus camas.

Alargó una mano hacia el campo de fuerza que les protegía del frío. El campo de fuerza se apoderó de su dedo y Tabitha sintió algo parecido a la mordedura de unos dientes muy blandos. La ventana iba desde el techo hasta el suelo, y los generadores del campo estaban ocultos y no hacían ni el más mínimo ruido. Podía oír música a lo lejos. Intentó apoyarse en el campo.

—No hagas eso —dijo Marco—. Acabas de llegar.

Podía sentir su presencia detrás de ella. Marco le puso una mano sobre los hombros y deslizó el otro brazo alrededor de su cintura mientras le besaba el cuello. Tabitha giró sobre sí misma y se dejó abrazar. Besó sus labios musculosos y se pegó a aquel cuerpo sólido y esbelto. Marco le besó la mejilla.

—Quizá deberías quitarte la chaqueta—le murmuró al oído.

—Quizá —dijo ella.

Estaba a punto de derretirse. Todo parecía estar ocurriendo a gran velocidad, pero se sentía capaz de moverse por entre los momentos tan ágilmente como si fuese una sílfide rigeliana. Todo brillaba y estaba recubierto por una hermosa película plateada. Movié los pies y creyó ver el polvo de estrellas dispersándose a su alrededor. Extendió los brazos hacia aquel hombre soberbio, pero el muy idiota había decidido ser práctico y parecía estar muy ocupado con su bolsa de viaje... ¡Su bolsa de viaje! ¿Cómo podía perder el tiempo con algo semejante?

—La dejaré aquí —dijo Marco yendo hacia una mesa que no era más que una losa de una sustancia transparente—. ¿Qué llevas dentro? ¿Te dedicas al levantamiento de pesas o qué?

—Voy acumulando cosas —dijo ella—. Durante mis viajes... He recogido algunas cosas realmente extrañas.

Le miró. Estaba tan cerca que no podía verle con claridad. Empezó a desabrocharle los botones de la blusa y se encontró con una camiseta térmica. La impaciencia pudo más que ella y acabó subiéndola violentamente con las dos manos mientras se inclinaba hacia adelante para besar su robusto pecho moreno.

—No te creo dijo.

Sintió cómo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Marco—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Tengo una barcaza —dijo Tabitha—. Conozco a montones de hombres. Conozco a montones de mujeres. Pero tú, tú..., tú eres un artista interplanetario... —Articuló las palabras con mucho cuidado. Su lengua parecía tener vida propia, y cada vez le resultaba más difícil hablar—. Tú... —dijo deslizando los dedos sobre la alfombrilla de vello que cubría su pecho—. Tú, este sitio... ¡Y quieres contratarme!

Marco se relajó.

—Estás en las nubes, ¿eh? dijo, y la besó.

—Estoy en las nubes y es una sensación maravillosa—dijo ella—. Todo es perfecto. Oye, ¿cogiste un poco?

—¿Un poco de qué?

—De lo que fuese —dijo ella—. De lo que había en la fiesta.

Marco dejó escapar una risita.

—Lo que fuese —repitió—. Sí, creo que cogí un poco de ese lo que fuese.

—Era cristal —dijo ella—. Del mejor... —Le miró y parpadeó lentamente—. De veras.

Pensó que quizá no la creía.

Volvió a extender las manos hacia él y uno de sus brazos atravesó la capa de mercurio que la envolvía igual que si fuese *la Alice* entrando en el hiperespacio. Tabitha sintió la fresca caricia iridiscente que se fue extendiendo a lo largo de su cuerpo. Marco acababa de quitarse la camiseta. Tabitha puso las manos sobre su cinturón. La hebilla era muy moderna y de un diseño bastante complicado, pero pareció derretirse entre sus dedos.

Alzó la cabeza y vio algo en el rincón. Era alto, esbelto y de color plateado. Tabitha pensó que debía ser alguna clase de antena, y un instante después comprendió que era una complicada percha para pájaros y se dio cuenta de que estaba vacía.

—¿Dónde se ha metido tu amiguito? —preguntó.

—¿Tal? Oh, andará por ahí. Creo que pensó que estaríamos más a gusto solos.

Y, sin saber por qué, la respuesta de Marco le pareció extraordinariamente graciosa. Se echó a reír sin poder evitarlo. Cuando reía las carcajadas salían de su boca y se convertían en burbujas de oxígeno líquido que brillaban como espejos metálicos. Las burbujas salieron despedidas en todas direcciones y chocaron con las paredes iridiscentes, el techo reluciente, el hombre maravilloso que tenía delante y sus soberbios ojos color avellana. Tabitha estaba inundándole con su placer, y no estaba muy segura de que Marco lo entendiera.

Pensó que aquello era importante y que debía decírselo.

—Cuando te vi estaba tan, tan cabreada... —murmuró—. ¿Sabes qué me dijeron?

—¿Qué te dijeron?

—Dijeron que había degradado la armonía entre las espi..., espac...— Volvía a tener serios problemas con la lengua—. La armonía entre las especies —logró decir por fin.

Hablar resultaba mucho más difícil que reír.

Era otro descubrimiento importante, y pensó que debía compartirlo con él.

—Hablar... dijo inclinándose con la grácil elegancia de una acróbata hasta quedar de cuclillas para bajarle los pantalones, unos auténticos pseudopantalones nada menos—. Hablar es mucho más difícil que reír. — Pensó

en cada palabra mientras la pronunciaba—. Pero a veces resulta más fácil—añadió.

Contempló los zapatos de Marco y puso cara de perplejidad.

Marco se reunió con ella en el suelo.

Tabitha sonrió. Se sentía increíblemente feliz. Acarició el rostro luminoso de Marco.

—Pero ahora todo va bien dijo.

La música subía y bajaba de tono a lo lejos.

—Todo es jodidamente maravilloso —dijo él.

Gruñó las palabras como si fuera un oso y sonrió como un tiburón. Aquel hombre era un milagro. ¡Oh, sí, sí, Marco Metz era un auténtico milagro!

Marco le quitó la chaqueta y la sucia camisa que llevaba debajo. Le besó los pezones pegando sus labios a la tela de su camiseta y le quitó los zapatos. Tabitha se sentó en el suelo y vio como se alejaba con sus zapatos y los de él. Marco se deslizó sobre la gruesa alfombra como si fuera un bebé y verle moverse de aquella forma era tan gracioso que se echó a reír. Estaba desnudo. Iba a darle un trabajo. Le dolía la mandíbula de tanto sonreír. Marco volvió y la abrazó en silencio durante un rato. Su cuerpo era cálido y flexible, y su carne era como una escultura de cuero dorado que brillaba en el estuche formado por las ondulaciones plateadas de aire. Marco la besó y la ayudó a quitarse los pantalones.

Un salto y una vibración. Tabitha estaba de pie con la camiseta, las bragas y los calcetines por único atuendo. Marco estaba sentado a sus pies con las piernas cruzadas delante del cuerpo. Tabitha sintió una vaga punzada de preocupación que no parecía tener ningún motivo determinado.

"Tabitha, Tabitha...", pensó riñéndose a sí misma. Y entonces se acordó.

—Tengo que coger mi trasto —dijo.

Marco alargó una mano y le acarició la pantorrilla.

—Podemos...

—No dijo ella—. Tengo que hacerlo. He de ser prudente. ¡Prudente!

Fue tambaleándose hacia su bolsa de viaje, tiró de la cremallera y hurgó en el interior. Sacó algo de la bolsa. Era una cajita de plástico negro mate, una cassette.

No se acordaba de ella. Todos los objetos que había dentro de la bolsa le parecían más o menos familiares, pero la casete no.

—¿Qué es esto?

—Parece una cinta —dijo Marco con voz tranquila.

Tabitha le miró sosteniendo la cinta entre sus dedos.

—No recuerdo haberla metido en la bolsa.

Marco volvió a sonreír.

—No creo que estés en condiciones de recordar muchas cosas, ¿verdad, cariño?

—Pero es que no recuerdo haberla visto en mi vida —dijo Tabitha con mucha solemnidad.

Marco se puso en pie, le dio la espalda y cruzó velozmente la habitación para ordenar las revistas amontonadas encima de un estante.

—Debe ser una de esas cosas raras que vas recogiendo en tus viajes. — dijo— Oye, ¿por qué no coges tu disruptor antes de que olvides qué aspecto tiene?

Tenía razón. Sí, tenía toda la razón. Marco Metz era un auténtico milagro hecho carne. Tabitha dejó la cinta sobre la mesa.

—Cuarto de baño dijo.

—Segunda puerta a la izquierda.

Tabitha avanzó lentamente por el pasillo. La música la siguió hasta el interior del cuarto de baño. Había espejos por todas partes.

Se sentó, clavó los ojos en su reflejo e intentó poner una expresión lo más seria posible. "Estás rompiendo las reglas, ¿eh, Tabitha?", se dijo, y no le quedó más remedio que admitirlo. Pero no le importaba. Marco era tan increíblemente apuesto... Podía pasar la noche en un piso precioso, tenía un hombre magnífico con el que acostarse y por la mañana Marco pagaría su multa. Ah, sí, y compraría un cristal nuevo para *la Alice*.

Pero las reglas eran las reglas. Tabitha nunca iniciaba una relación con nadie —especialmente con un hombre—, salvo si era ella quien dictaba los términos de la relación. Nunca pasaba la noche en la casa de otra persona sin echar un vistazo antes, y nunca se ponía en manos de otra persona —especialmente en las de un hombre—, cuando había bebido o tomado drogas.

Y esta noche ya había quebrantado todas esas reglas.

Pero esta noche no era una noche normal. Marco no era un hombre normal o, al menos, no era como los hombres con los que estaba acostumbrada a relacionarse. Para empezar, los hombres con los que se relacionaba no tenían cuartos de baño con bidet o retretes con el asiento de auténtica madera terrestre. ¿Cómo podía permitirse vivir en un sitio semejante si se ganaba la vida en el escenario de la Cinta de Moebius? Bueno, Marco debía estar quemando sus últimos cartuchos... Tabitha se conformaba con que el dinero durase lo suficiente para sacarla de apuros.

Le había perdido de vista durante un rato en la fiesta, pero estaba demasiado borracha para preocuparse por eso. Recordaba haber bailado con cinco palemianos a la vez. Los palemianos le dieron unas dosis de cristal de Ofir asombrosamente puro que la pusieron en órbita. Era una sensación increíble, como si midiera tres metros de altura y el universo no tuviera secretos para ella, y fue entonces cuando el mundo se volvió de color plateado. Había un generador que esparcía burbujas holográficas por toda la estancia. Secuencias de películas antiguas, anuncios, rostros que iban y venían, paisajes alienígenas..., era como estar hurgando en los sueños de otra persona. Tabitha rió y siguió dando saltos con los palemianos intentando reventar las burbujas. Marco surgió de la nada y Tabitha le besó.

Inspeccionó las paredes y no logró encontrar el botón del retrete. Perdió unos cuantos minutos buscándolo sin resultado. Retrocedió un par de pasos y la taza emitió un suave zumbido y se vació por sí sola. Tabitha se encogió de hombros, fue hacia el bidet, se lavó y se metió el disruptor por la vagina manejándolo con mucho cuidado para no perder aquella cosa tan diminuta. Podía oír una vocecita distante que hablaba y se callaba de vez en cuando,

como si alguien se hubiera dejado encendida una radio que interfería con la música, pero cuando salió del cuarto de baño la vocecita ya se había esfumado. Las luces se apagaron sin que tuviera que hacer nada.

—Tabitha...

Era la voz de aquel hombre maravilloso.

Las paredes del pasillo ondularon como si estuvieran a punto de disolverse. La bajada de la droga que había tomado no tardaría en llegar.

—¿Dónde estás?—preguntó.

—Aquí dentro.

Intentó localizarle guiándose por la voz. La música flotaba a su alrededor mientras le buscaba y le acompañó hasta que logró encontrarle. Marco estaba inmóvil delante de una ventana y los fuegos artificiales estallaban a su espalda sin hacer ningún ruido. Tabitha fue hacia él y recorrió todo su cuerpo con los labios. Había una cama. Estaban en un dormitorio.

La mesita que había junto a la cama contenía una botella de algo. Ginebra, tequila, vino... En su estado actual Tabitha apenas era capaz de distinguir un licor de otro. Bebieron de la botella y Marco bebió de su boca.

Quitarle la camiseta fue un proceso muy largo y lleno de complicaciones, pero lo consiguieron.

Las luces de los fuegos artificiales iban y venían por la habitación inundándola con un resplandor estroboscópico. Las paredes estaban salpicadas de círculos metálicos que iban creciendo y encogiéndose con la lentitud del oleaje.

—Mañana te ocuparás de todo, ¿verdad? —preguntó Tabitha.

Aquel hombre maravilloso le estaba besando el ombligo y sus labios se iban deslizando hacia el comienzo de sus bragas. Marco empezó a besarle la ingle con tanta suavidad que sus labios apenas rozaban la tela.

—Pues claro que me ocuparé de todo —dijo—. ¿Crees que puedo pasar por alto la oportunidad de alquilar la barcaza más hermosa de todo el sistema solar?

Le quitó las bragas con los dientes y Tabitha pensó que también debía dedicarse a la acrobacia.

Le acarició el perineo con la lengua. Los fuegos artificiales parecían estallar siguiendo el ritmo de la música, y su piel parecía derretirse y volver a formarse con intervalos de segundos. Tabitha ya no estaba muy segura de dónde terminaba él y dónde empezaba ella.

Tabitha Jute despertó y enseguida deseó no haberlo hecho. Descubrió que había estado durmiendo acostada sobre la espalda. Tenía la cabeza como si se la hubiesen golpeado con un saco de cemento o..., no, era como si se la hubieran robado y la hubieran sustituido por un saco de cemento. Sus fosas

nasales se habían solidificado hasta convertirse en una masa sólida que le abultaba la piel entre los ojos.

—Kgn... —dijo con un hilo de voz.

Estaba en una cama desconocida en una habitación que no le era familiar, y a juzgar por la claridad el día ya había empezado. La masa gris de la persiana estaba ribeteada por líneas de luz anaranjada. Junto a la ventana había una planta de hojas bastante flácidas metida en una maceta marrón que parecía alargarse desesperadamente en busca de agua. Tabitha sabía muy bien lo horrible que podía llegar a ser esa situación.

Parpadeó e intentó ver las cosas con más claridad. Volvió la cabeza hacia la pared que había detrás de la planta y logró distinguir unas espirales irregulares de oro pálido pintadas en ella. Al lado de la maceta había un perchero tubular sin nada colgado, una silla azul de tubo y un equipo audiovisual también tubular.

Volvió a cerrar los ojos.

La cama estaba caliente, y era increíblemente cómoda.

Tabitha se puso de lado y vio al hombre. Estaba dormido con la espalda vuelta hacia ella y roncaba sin hacer apenas ruido. Había tirado de la sábana hasta tan arriba que sólo podía ver la parte superior de su cabeza.

Y entonces lo recordó todo de golpe. Los recuerdos llegaron en forma de un chorro de sonidos, imágenes, música y acción inmensamente acelerada.

—Ngk —dijo.

La exclamación inarticulada era una mezcla de asombro y culpabilidad.

Movió la boca con mucha cautela porque quería averiguar si era capaz de encontrar su lengua. Creía recordar que se había quedado atascada en algún sitio durante la noche anterior.

Necesitaba orinar, y deprisa.

Se fue irguiendo poco a poco y con las máximas precauciones posibles.

Marco no se movió.

Tabitha esperó a que su cabeza hubiese dejado de dar vueltas y apartó lentamente la sábana. Se dio cuenta de que se había metido en la cama sin quitarse los calcetines y de que olía fatal.

Marco Metz siguió roncando.

Tabitha puso los pies en el suelo. Lo veía todo borroso, y tenía la sensación de que su boca se había convertido en el fondo de un pozo repleto de arena. Se preguntó cómo era posible que un extremo de su cuerpo anhelara tan desesperadamente algo de líquido mientras que el otro extremo sólo anhelaba librarse del que llevaba dentro. No era la primera vez que se hacía esa pregunta.

Entró en el cuarto de baño y volvió a encararse con su reflejo. Las persianas estaban bajadas, pero la penumbra no le impidió ver las sombras oscuras que había debajo de sus ojos.

"Zorra", se dijo. Su padre usaba esa palabra muy a menudo. "Zorra", volvió a pensar, y se sintió vagamente reconfortada.

Orinó y se dio una ducha con agua de verdad. Enjabonarse y quedarse inmóvil un buen rato debajo de la ducha sirvieron para que el mundo pareciera tener mejor aspecto. Tabitha fue hacia la ventana y subió cautelosamente la persiana.

Aún era muy temprano. El sol parecía una mandarina perdida en un cielo de mermelada de moras que giraba en lentos remolinos. Las columnas de cristal de la Galería Maserati estaban rodeadas por montones de basura. Un policía solitario que vagabundeaba por los tejados era la única señal de movimiento visible en las gélidas masas de edificios que se apiñaban alrededor del Gran Canal.

Tabitha se envolvió en una gigantesca toalla verde, salió del cuarto de baño y entró en el dormitorio a echar un vistazo. La masa oculta por la sábana no se había movido.

Dio unas cuantas vueltas hasta localizar la cocina, una habitación enorme y muy, muy blanca. Tabitha se preguntó si habría alguna clase de zumo de fruta disponible dentro de la nevera. "Zumo de cerezas", pensó y fue hacia la nevera pensando que la abriría y vería litros y más litros de zumo de cerezas.

Pero la nevera estaba vacía. Bueno, no estaba totalmente vacía, pero a efectos prácticos era como si lo estuviese. Un saquito transparente que contenía una sustancia marrón bastante espesa debía ser pasta de chocolate o miso, una anchoa reseca perdida en una lata abierta con la capa de sal convertida en una costra que parecía durísima y una mancha inidentificable de algo sobre un plato que quizá hubiera estado lleno de salsa al pesto. "Quizá sea vómito de loro", pensó Tabitha de bastante mal humor. Tal estaba inmóvil en su percha futurista de la sala.

—Buenas noches —dijo cuando la vio.

—Buenos días, Tal —murmuró Tabitha.

—Buenas noches —repitió Tal.

Aquella mañana el loro tenía la voz de un anciano cascarrabias.

El suelo estaba lleno de prendas tiradas por todas partes. Algunas eran suyas. Tabitha las fue recogiendo y se las puso. El loro la observó con expresión solemne mientras se vestía.

—Deja de mirarme, Tal.

Pero el loro no le hizo ningún caso. Tabitha descubrió que ser observada con tanta atención por un pájaro la hacía sentirse ligeramente incómoda.

Terminó de vestirse y recorrió la habitación con la mirada buscando su bolsa de viaje. Estaba encima de una mesa. Tabitha creía recordar que llevaba un cepillo de dientes dentro, y empezó a hurgar en la bolsa. No lo encontró, pero en el fondo de la bolsa había una cinta medio enterrada entre la confusión de objetos.

Tabitha la sacó y la contempló. Recordaba vagamente haberla sacado de la bolsa anoche, pero no recordaba haberla metido dentro de nuevo. Fuera lo que

fuese, no tenía ni idea de qué podía ser. El estuche era negro, no había ninguna etiqueta y ni tan siquiera llevaba una marca de fábrica. Tabitha se preguntó de dónde la habría sacado y quién la estaría buscándola en aquellos momentos.

El equipo cubierto de polvo situado junto a los estantes poseía un lector. Tabitha fue hasta él y lo encendió.

—¡Horrenda y melancólica historia de gran tristeza! —gritó Tal de repente.

Tabitha dio un salto y tuvo la impresión de que su cabeza había rebotado en el techo.

—Cristo, pájaro... No hagas eso —murmuró.

El maldito loro estaba empezando a ponerle los nervios de punta.

Metió la cinta anónima en la ranura.

Pero lo que brotó de los altavoces no la ayudó mucho. La cinta sólo parecía contener un mar de silbidos muy suaves con un matiz casi imperceptible de ultrasónicos y un crujido persistente y repetitivo. El resultado se aproximaba tanto a la nada que Tabitha se preguntó si la habría metido mal. Se inclinó sobre el lector para asegurarse de que la cinta estaba girando y echó un vistazo a las agujas de los amperímetros.

Marco alargó una mano por encima de su hombro y pulsó dos veces la tecla de parada.

La cinta salió de la ranura.

Marco deslizó las manos por debajo de los brazos de Tabitha y la alzó suavemente haciéndola girar por el aire hasta dejarla de espaldas al equipo. No se había afeitado y llevaba puesto un albornoz de toalla considerablemente deshilachado. Sus inmensos ojos castaños estaban opacos e inexpresivos. Su cuerpo olía a calor y a sueño. Tabitha se acurrucó entre sus brazos y le besó.

—No hay nada grabado —dijo.

Marco volvió a alargar un brazo, sacó la cinta del lector y la metió en el estuche.

—¿Quieres música? De acuerdo, buscaré algo de música —se apresuró a decir y apartó la mirada de su rostro.

Cogió una cinta del estante y la metió en la ranura.

La cinta no había sido rebobinada del todo y se puso en marcha a mitad de un tema, una melodía ahogada y muy compleja que se alimentaba a sí misma en una serie de acordes que iban subiendo por la escala tonal. La música era suave y muy agradable.

—¿Eres tú? —preguntó Tabitha.

—¿Esto? dijo Mareo, y volvió la cabeza hacia la ranura por la que acababa de meter la cinta—. Sí.

Arrojó la cinta misteriosa sobre la mesa que había detrás de Tabitha.

—Buenos días, Tal dijo.

Fue hacia la percha y acarició al loro. Tal dejó escapar un par de trinos y un graznido y le mordisqueó un dedo.

—Me encuentro fatal dijo Tabitha—. ¿Y tú?

—Claro —dijo él como si no supiera de qué le estaba hablando—. ¿Quieres un poco de café? Yo me encargo de prepararlo.

Mareo preparó café, se afeitó y se puso los pantalones de ayer y un jersey de cuello muy ceñido.

—Tengo que ir a Plenty para recoger al resto del grupo y nuestro equipo dijo. Estaba sentado en el sofá, con el rostro vuelto hacia ella y los brazos extendidos a lo largo del respaldo—. Tenemos que trabajar allí esta noche. Después podrás llevarnos al sitio donde daremos nuestra próxima actuación.

—¿Y dónde es vuestra próxima actuación? —preguntó Tabitha.

—En Titán —dijo Mareo.

Tomó un sorbo de su café.

—¿Cuántos sois?

—Yo, Tal..., un par más. Digamos un total de cinco. Digamos que quizá cuatro si no contamos a Tal.

El loro había oído su nombre y lanzó una mezcla de graznido y mugido.

—Qué extraño... —dijo Tabitha—. Parece un loro normal y corriente.

—Bueno, es un loro..., una especie de loro. Es de Altacea, un planeta que está no sé muy bien dónde. Lo gané en una partida de póquer, y le enseñé a cantar y a hacer unos cuantos trucos. Odia el espacio. ¿Verdad que odias el espacio, chico?

—¡Platanero! —trinó Tal—. ¡Sriti naogar demestica! ¡Yo nací en Ciudad Mongu y conocí a una alegre doncella que vivía en lo alto de un platanero!

—¡Tal, calla! —gritó Mareo.

El pájaro soltó un par de trinos y se calló.

—No aguanta los viajes dijo Mareo—. Tiene que ir metido dentro de una caja. Está por ahí...

Miró a su alrededor sin demasiado interés.

—Bien... dijo . ¿Nos llevarás?

Tabitha asintió.

—Pero necesitamos un cristal de eje nuevo dijo.

—¿Necesitamos? ¿A qué viene ese "necesitamos"? Creí que no tenías socios.

—Alice necesita un cristal de eje.

—¿Quién es Alice?

—La nave. Alice necesita un cristal nuevo.

—Conseguiremos uno en Plenty.

Tabitha pensó en lo que acababa de decirle y descubrió que no le hacía ninguna gracia. Plenty era una mala noticia, desde luego, y Titán estaba bastante lejos de sus rutas habituales por lo que no había muchas probabilidades de que consiguiera un cargamento que transportar a la vuelta, pero... Bueno, Titán estaba muy lejos y Marco estaba aquí. Y tenía dinero.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Bien, tendremos que correr el riesgo. Pero necesito los doscientos cincuenta por adelantado, ¿de acuerdo?—Echó un vistazo al reloj—. Tengo que pagar la multa.

Marco se quedó tan inmóvil que incluso pareció haber dejado de respirar.

—¿Qué multa? —preguntó.

—¿No te hablé de la multa? —replicó Tabitha.

Se lo contó. Marco se echó a reír. Rió y rió como si Tabitha acabara de contarle el chiste más divertido de toda la historia de los chistes.

—No tiene tanta gracia.

—¡Pues claro que la tiene! Ese bicho repugnante volando por los aires...

Tabitha tomó otro sorbo de café.

—Pues la broma me salió muy cara dijo.

—Bueno, veamos... Doscientos cincuenta, ¿no?

—Trescientos con la tasa portuaria y el resto. Trescientos setenta y cinco con el combustible.

—Qué diablos... Podemos permitirnoslo. Sí, podemos hacerte ese favor.

Tabitha sintió un considerable alivio. No soportaba los regateos, quizá porque nunca se encontraba en una posición desde la que le fuera posible regatear.

—¿Cuánto cuesta ese cristal?

Tabitha repitió la cifra dada por Carlos.

Mareo ni tan siquiera parpadeó, y Tabitha empezó a tener sus dudas sobre lo que ganaba un artista en la Cinta de Moebius.

—Bueno, pagaremos la multa y el cristal y tú nos llevarás a Titán —dijo Marco.

—¿Tienes tanto dinero?

—Claro que sí. Claro que tenemos dinero. Bueno, es Hannah quien lo tiene...

—¿Y quién es Hannah? —preguntó Tabitha.

Se dio cuenta de que había usado un tono de voz bastante seco, y no le gustó.

—Nuestra representante dijo . Estamos en su apartamento, ¿sabes?

—¿Vive aquí?

No podía creerlo. El mobiliario, los aparatos y los estantes repletos de cintas no lograban impedir que el piso tuviera la típica apariencia de un lugar deshabitado. Todos los objetos que contenía parecían haber sido abandonados o estar de paso. No había ninguna personalidad residente allí que sirviera para mantenerlos juntos y crear un conjunto coherente.

—No. No, ya te la presentaré... Estoy seguro de que te caerá muy bien.

—¿Vive en Titán?

—¿En Titán? No.

—Oh, vive en Plenty.

—Bueno..., no, no es que viva exactamente en Plenty dijo él—. Plenty es..., es algo así como su base de operaciones.

Había momentos en que podía ser condenadamente evasivo. Tabitha supuso que toda aquella extraña cautela protectora de la intimidad debía ser uno de los efectos de la fama o de haber sido famoso. Aunque, pensándolo bien, ella no era famosa y también intentaba proteger su intimidad... Plenty estaba muy cerca y llevarle allí no sería ningún problema. Incluso podía resultar divertido. No estaba muy segura de que pudiera soportar la presencia de Marco y un grupo de personas desconocidas durante todo el trayecto hasta Titán. Las profundidades del hiperespacio no son un lugar donde puedas escapar fácilmente a tus compañeros.

Decidió olvidarlo por el momento, y pensó que quizá pudiera renegociar el acuerdo cuando llegaran a Plenty y hubiera conseguido el cristal de eje.

Se puso en pie, fue hacia el teléfono y lo activó.

—¿A quién llamas? —preguntó Marco.

—A la policía —dijo ella—. Tenemos que pagar los doscientos cincuenta y ponernos en camino.

—Oh dijo Marco.

No parecía muy entusiasmado.

Tabitha se quedó inmóvil con el auricular en la mano.

—¿Te parece bien?

—Claro —dijo él—. Claro, claro...

BITACORA BGK009059

TXJ.STD

IMPRIMIR

;/B*[ÑXO]\$!'ArT:/9/€%O222m

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 07.07.52

ADELANTE

Alice, ¿te he hablado alguna vez de Rella?

NO, CAPITANA, NO QUE YO RECUERDE

Era una persona que tuvo bastante importancia en mi vida.

Supongo que debía tener unos cincuenta años. Medía más o menos mi estatura, pero era sólida..., corpulenta, ¿entiendes? Tenía unos dientes horribles llenos de empastes negros, y una cabellera muy larga que parecía un montón de colas de ratas y que siempre daba la impresión de que le habían acabado de hacer la permanente. Llevaba montones de anillos en las dos manos y siempre vestía un mono mugriento. Rella solía decir que si llevabas puesto un mono nadie se fijaba en ti.

—Rella vivía en un cuarto de almacenamiento debajo de la estación de Transporte de Poseidón. Bueno, a veces vivía allí y a veces no estaba, claro... Era su base. Cuando pienso en ella siempre me la imagino en ese cuarto, aunque tardó un tiempo en llevarme hasta él. Cuando la vi por primera vez estaba en la plataforma, y yo debía tener unos doce o trece años. Volví de los laboratorios de Menelao, donde supongo que habría estado haciendo alguna clase de trabajo u otro. Rella estaba hurgando en los cubos de basura.

—Se quedó inmóvil en cuanto me vio.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó.

No podía soportar que la miraran mientras hurgaba en los cubos de basura. Rella nunca admitiría que hurgaba en los cubos de basura, aunque se pasaba la vida haciéndolo.

Me temo que no estoy siendo justo con ella. Si quería, Rella podía conseguir un trabajo estable y conservarlo. Recuerdo que trabajó como limpiadora algunas temporadas, y también trabajó en las cocinas y los jardines hidropónicos. Pero no conseguía mantener su atención centrada en el trabajo, ¿entiendes? Tarde o temprano siempre acababa volviendo a los cubos de basura y empezaba a hurgar dentro de ellos.

—¿Qué estás mirando? —dijo.

Tenía una voz espantosa, una ruina de voz medio humo y medio gravilla que parecía capaz de atravesarme hasta la médula de los huesos. No sé por qué me habló, qué vio de especial en mí o por qué no se limitó a ignorarme como hacía con todo el mundo. El transporte del primer turno había llegado hacía poco y había gente por todas partes. Supongo que yo fui la única persona que se detuvo a mirarla en vez de pasar de largo junto a ella como si no existiera.

Aquella primera vez me fui sin decirle nada. Me sentí terriblemente incómoda.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —gritó Rella mientras me alejaba.

No tenía ni idea de a qué se refería.

EN LA LUNA NO HABIA PERROS, ¿VERDAD? SUPONGO QUE TAMPOCO DEBIA HABER GATOS.

Nunca vi ninguno, pero después de ese primer encuentro no paraba de tropezarme con Rella. Era como si estuviese por todas partes... Iba y venía de un lado a otro para que nadie pudiera prever sus movimientos. Si la hubiesen pillado la habrían metido en Imbrium o en algún otro sitio parecido..., alguna institución, ¿comprendes? Rella ya había estado en lugares así. El encierro habría significado su muerte. Supongo que al final casi todas las personas que son como ella deben acabar así.

Y cada vez que nos encontrábamos me sonreía. Era como si me hubiera confundido con otra persona, como si creyese que yo era alguien importante... Recuerdo una ocasión en que tuve que esperar media hora a que llegara un transporte. Rella vino hacia mí con sus andares de pato. Estaba borracha.

—Tengo documentos—me aseguró—. Te los enseñaré.

Yo no quería tener nada que ver con ella.

—No los llevo encima —dijo—. Nunca se sabe quién puede estar mirando... Bastardos.

Y el caso es que realmente tenía documentos..., una tarjeta de residencia, un registro de trabajo, ese tipo de cosas. La mitad de esas personas no tenían ninguna clase de documentos porque, para empezar, estaban allí de forma ilegal, y trabajaban en la parte oculta del sistema aceptando los empleos que nadie quiere. Pero Rella era una auténtica ciudadana lunar. Me enseñó sus documentos. Los tenía escondidos dentro de una caja en el cuarto de almacenamiento. Me hizo prometer que si le ocurría algo los destruiría "Si me ocurre algo" eso es lo que dijo... Otras veces me hacía prometer que los conservaría para que me sirvieran de recordatorio y que rezaría por ella, aunque nunca parecía tener muy claro a quién debía dirigir esas oraciones. Rella tenía mucho tiempo libre para la religión, las profecías y el buscar su estrella y tenía mucha fe en todas esas cosas. Nunca estuve muy segura de si las entendía, claro...

—No he encontrado el sitio que me corresponde —solía decir.

Quería decir que estaba perdida, que flotaba a la deriva en la sociedad, ¿comprendes?

COMO LOS DATOS EXTRAVIADOS DENTRO DE UN FICHERO.

Sí, Rella estaba realmente extraviada, no cabe duda... Pero se refería a una escala más amplia, una escala cósmica. Todos estábamos perdidos, pero algún día nos salvaríamos. Algún día todos empezaríamos a flotar por los aires y subiríamos hasta acabar llegando al sol...

—Todo el mundo estará allí —decía—. Tú estarás allí. Eres de los nuestros. No lo sabes, pero lo eres.

— Pero otras veces decía que yo no podía entenderlo y me lanzaba la misma mirada de la primera vez, medio cautelosa y medio desafiante, como si tuviera un secreto que debía mantenerme oculto.

Y bien sabe Dios que me había hablado de ese secreto montones de veces.

—Éste no es mi hogar—decía—. La Luna, la Tierra... No soy de aquí ni de allí. Algún día volveré a casa. La nave vendrá a buscarme.

Puedo verla claramente sentada en su estante favorito del cuarto de almacenamiento rodeada de botellas de detergente señalando su caja con la mano.

—Ésa no soy yo —decía—. La mujer de la que hablan esos documentos... No soy yo.

Cuando empezaba a hablar de sus documentos resultaba bastante difícil entenderla. A veces se refería a los que probaban que era una ciudadana de la Luna, y a veces se refería a los otros documentos, los que demostraban que no lo era. O eso creía ella, claro...

Tenia varios mapas. Uno de ellos estaba dibujado en un viejo sobre de papel. Nunca supe cómo llegó a sus manos. Quizá lo había dibujado ella misma cuando era joven y lo había olvidado, quizá lo había encontrado en uno de los cubos de la basura. El mapa no era gran cosa, desde luego... Seis puntos y unas cuantas líneas que los unían, nada más. Cinco de los puntos tenían nombres. A veces afirmaba que eran estrellas, a veces decía que eran los nombres de cinco ciudades. De una cosa estoy segura, y es de que esas ciudades no estaban en la Luna ni en ningún otro sitio del que haya oído hablar antes o después de conocerla. En cuanto al sexto punto, cuando llegaba a él siempre hacía lo mismo.

—Esto es aquí—decía Rella señalándolo solemnemente con el dedo, y después señalaba el suelo como si quisiera asegurarse de que la entendía—. El planeta prisión —decía—. Babilonia. Maya.

Pero siempre estaba cambiando de parecer incluso con respecto a eso. A veces el sexto punto era su estrella, la estrella a la que iría en cuanto la nave viniera a buscarla para llevarla a casa.

Un día me enseñó otro mapa y tampoco sé de dónde lo había sacado ni qué fue de él. Sólo me lo enseñó una vez, y después de eso cada vez que le hablaba del mapa parecía no tener ni idea de a qué me refería. El mapa estaba dibujado encima de una lámina de algo muy rígido e increíblemente delgado, tan delgado que si lo ponías de lado ni tan siquiera podías verlo... Nunca he visto nada parecido en ningún sitio.

El mapa era transparente y estaba salpicado de circulitos negros que parecían dar saltos hacia atrás y hacia adelante en cuanto los mirabas. Si te concentrabas mucho podías hacer que se alinearan formando un dibujo tridimensional, pero el dibujo sólo se mantenía estable durante unos momentos y en cuanto te relajabas volvía a convertirse en un montón de puntitos saltarines. Rella me dijo que era un mapa, pero... Bueno, por lo que sé, podía haber sido un rompecabezas infantil o algún tipo de prueba física como las que utilizan los oculistas.

—No lo sueltes —me advirtió—. Si lo dejas encima de algún sitio no podrás volver a cogerlo.

Se rió. Recuerdo que aquel día estaba de muy buen humor.

Me dijo que yo era la única persona en la que podía confiar, aunque solía verla con otra gente..., supongo que debían ser personas desplazadas como ella. La que la acompañaba con más frecuencia era una mujer, una blanca auténtica que llevaba gafas oscuras. Tendría unas dos veces mi edad y más o

menos la mitad de la de Rella. Cuando estaba con esa mujer, Rella fingía no conocerme, y cada vez que me miraba sus ojos me atravesaban como si yo no estuviera allí.

Rella solía contarme historias sobre sitios en los que había estado, aunque a veces yo creía que me estaba contando algo que le había ocurrido a ella y al final descubría que me había estado hablando de su madre; y a veces la historia en cuestión le había ocurrido a su abuela...

¿Y QUÉ CLASE DE HISTORIAS LE CONTABA?

Oh, por lo que pude entender las tres habían viajado por toda la Tierra. Habían cruzado cordilleras inmensas yendo a pie y habían recorrido desiertos inmensos donde no había ni un solo ser vivo. Ya no me acuerdo de nada en concreto, pero sí recuerdo que me pasaba horas enteras sentada sobre una caja escuchándola y pensando en la libertad y... Bueno, pensaba en todas las tonterías que te pasan por la cabeza cuando eres pequeña, ya sabes a qué me refiero...

NO. NO LO SÉ.

Oh, claro que lo sabes. Las dos sabemos de qué estoy hablando. Yo creía que era maravillosa. A veces le traía comida y cosas. Robaba algunas monedas para que pudiera echar un trago. Creía que estaba haciendo algo importante, ¿comprendes? Estaba ayudando a Rella, le estaba echando una mano... Recuerdo que un día tuve que ir a la clínica, y cuando me preguntaron a qué hora había quedado mentí y me libré de una inspección de trajes y conseguí toda una hora libre para mí sola. No quería encontrarme con nadie, así que fui a ver a Rella pero no estaba allí.

Volví a la zona central de la estación y me acerqué a las pantallas para averiguar si estaban echando una película en alguna parte. Vi a dos hombres que estaban hablando y uno de ellos decía que había problemas en Serenidad, no sé qué lío con una nave que había intentado posarse sin tener el permiso porque no estaba inscrita en los registros de los eladeldis o algo parecido.

—Un auténtico trabajo de artesanía, a juzgar por su aspecto —dijo el hombre. —Estaba hecha con montones de piezas raras y sistemas viejos unidos con trocitos de cuerda y un poco de fe.

Me había dedicado a escucharles porque me aburría, pero no les prestaba mucha atención y estaba pensando en otras cosas. Acabé encontrando una película a la que podía ir, aunque la sala comunal donde la proyectaban estaba bastante lejos de allí. Subí al transporte en cuanto llegó.

Y salté a la plataforma cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Todo el mundo se me quedó mirando, pero no me importó. Fui corriendo a la escalera, bajé al sótano y fui al cuarto de Rella, y cuando estuve dentro de él fui directamente a su caja. Estaba vacía. Nunca volví a verla, y tampoco volví a ver a la otra mujer. Y cuando llegué a la clínica me encontré con que todo el mundo estaba hecho un lío porque la mitad de los auxiliares y del personal subalterno habían desaparecido. Se habían esfumado sin avisar a nadie, y nadie supo nunca adónde habían ido.

Tabitha Jute y Marco Metz cogieron el ascensor que llevaba a la calle salieron del edificio y empezaron a caminar bajo el cielo inyectado en sangre de Schiaparelli.

Las calles estaban desiertas. Un Escarabajo Menor se deslizaba junto a la acera barriendo y regando la cuneta. Las botas de Tabitha hacían crujir los granos de arena que cubrían el pavimento. El aire frío empezó a despejarle la cabeza. La noche pasada se había soltado el pelo, desde luego, pero eso no había empeorado su situación, ¿verdad que no? No, desde luego que no. El espíritu del carnaval consistía precisamente en eso, ¿verdad? "Relájate y disfruta —se dijo—. Deja de preocuparte por las cosas."

Tomó por un atajo que llevaba a Canal Weinbaum y Marco la siguió. Barcazas de color marrón avanzaban lentamente sobre las turbias aguas acompañadas por el petardeo de sus motores. Las mesas situadas junto a la orilla estaban repletas de tipos con bigotes que sorbían sopa humeante directamente del cuenco haciendo un ruido terrible. Unos cuantos barrenderos altaceanos estaban recogiendo los restos del carnaval con sus rastrillos. Todo el mundo parecía sufrir los efectos de la resaca. El cielo se había llenado de franjas nubosas, y la atmósfera se encontraba tan saturada de azufre que te irritaba los pulmones.

Cogieron un deslizador que les sacó de Schiaparelli y les llevó por el Camino Graben dejando atrás los Dedos del Diablo, esos gigantescos pináculos de roca color bermellón y cereza. El ángulo de la luz y la hora del día podían convertirlos en masas de roca fundida que parecía brillar, y cuando Deimos estaba en la fase de plenilunio parecían inmensos hongos rosados o cosas aún peores. Esta mañana los Dedos del Diablo estaban envueltos en una calina rosada y podrían haber sido las torres erosionadas de una ciudad de catedrales enterrada bajo la omnipresente capa de arena o, por lo menos, eso dijo Marco y empezó a entusiasmarse explicándole que siempre había querido actuar allí, y que tenía grandes ideas para un espectáculo estilo *son et lumiere* con montones de atmósfera y estilo.

—Cuéntame algo sobre tu grupo —dijo Tabitha.

—Oh, no tardarás en conocerles —replicó Marco.

Tabitha decidió insistir.

—¿Qué tal son?

Marco se removi6 en el asiento y frot6 el cristal de la ventanilla con el nudillo de su dedo 6ndice.

—Te llevarás bien con ellos —le aseguró.

Tabitha comprendió que no conseguiría sacarle nada más.

Siempre había odiado las negativas, así que no dijo nada e intentó reprimir su irritación. Marco estaba acostumbrado a salirse con la suya, eso estaba claro. Bueno, podía soportarlo hasta que estuvieran a bordo, pero a partir de entonces las cosas serían distintas. Claro que Marco parecía convencido de que todo debía hacerse a su manera, y quizá hubiera problemas. Por ejemplo,

la tarjeta de crédito que necesitaba para pagar su multa estaba con el resto de sus cosas en Plenty, cosa que a Tabitha no le hizo ninguna gracia.

—Oye, me gusta viajar ligero de equipaje —dijo él—. No hay ningún problema. Haremos una transferencia en cuanto lleguemos allí —añadió—. Será lo primero que hagamos después de llegar. Te lo prometo, ¿de acuerdo?

La había besado y le había acariciado los pechos. Después se puso una chaqueta de cuero bastante gastada y salió del ático con Tal metido dentro de una caja encima de un hombro y una vieja bolsa de viaje encima del otro.

Tabitha esperaba no estar cometiendo un error.

Lo que más le preocupaba era la idea de llevar pasajeros dentro de su nave.

No porque *la Alice Liddell* fuese delicada o vulnerable, naturalmente. Era una nave sólida y construida para durar, como todas las de esa línea de modelos. Tenía sus pequeños caprichos, por supuesto, y el principal era que utilizaba un impulsor capellano, como todas las naves, y nadie tenía ni la más mínima idea de cómo funcionaban. Un código incrustado en las profundidades más inaccesibles de su programación permitía que la personalidad de la nave controlara ese impulsor, y aparte de la propia Alice, nadie podía meter las narices en él.

Cuando Tabitha Jute conoció a Marco Metz en Schiaparelli eso era una de las verdades básicas de la existencia en el espacio, tal y como lo había sido en los días del Gran Paso Adelante años antes de que naciera. Los impulsores que los capellanos habían distribuido con tanta liberalidad seguían siendo un enigma, y nadie había logrado hacer ningún avance mínimamente significativo en cuanto a descubrir cómo funcionaban. Los capellanos no prohibían las investigaciones al respecto o, por lo menos, no habían dictado ningún tipo de restricción formal, y se conformaban con asegurar a los seres humanos que sus pequeños cerebros jamás conseguirían comprender los secretos y la mecánica del acortamiento hiperespacial. Los que no se dejaban convencer e insistían no tardaban en descubrir que uno de los rasgos más peculiares de los impulsores era su molesta tendencia a implosionar o derretirse apenas entraban en contacto con un destornillador; y si conseguías abrir uno descubrías que estaba lleno de hojas muertas.

Los humanos son criaturas curiosas por naturaleza. No todo el mundo se conformaba con ser un mero beneficiario de una tecnología superior pero incluso quienes intentaban abrirse paso por entre sus misterios se veían obligados a retroceder y confesar su derrota. Los genios de la cibernética y la informática que trabajaban en proyectos clandestinos para empresas tan implacables y faltas de escrúpulos como la Frewin Maisang Tobermory acababan metidos en una ambulancia sin señales identificatorias después de haber sucumbido a misteriosas enfermedades conceptuales y nuevas disfunciones cognitivas. La ambulancia se perdía en las tinieblas de la medianoche y nadie volvía a saber de ellos. Algunos ingratos e irresponsables que disfrutaban esparciendo rumores intentaban implicar a los eladeldis en esas desapariciones, lo cual no tenía el más mínimo sentido. Los eladeldis nunca metían sus narices en algo que estuviese relacionado con la medicina, y todo el mundo lo sabía.

La falta de datos claros hacía proliferar las supersticiones. Oh, cómo proliferaban... Tabitha estado en muchos dormitorios o bares de estación, y había oído muchas conversaciones en las que alguien aseguraba que su nave había tomado una decisión por su cuenta y se había lanzado a seguir una ruta que no figuraba en los mapas, una ruta que aun así les había depositado en el destino fijado a la hora prevista y sin ninguna clase de contratiempos y que una vez investigada con posterioridad quedaba más que justificada porque había evitado un peligro o un retraso totalmente imposibles de prever. ¿Cuántas naves desarrollaban extrañas personalidades fantasma, poltergeists mecánicos en la sala de máquinas, voces que no habían poseído antes y que parecían haber surgido de la nada? Y, naturalmente, el fenómeno desaparecía tan bruscamente como había empezado en cuanto la nave volvía al espacio normal...

—Es tan cierto como que estoy sentada aquí contándotelo —había insistido en una ocasión Dodger Gillespie, quien nunca había sido propensa a las alucinaciones involuntarias o a los vuelos de la fantasía—. ¡Vi una oruga color azul eléctrico tan larga como mi brazo enroscada alrededor del reactor! Fui a coger el soldador y cuando volví la muy bastarda había desaparecido sin dejar rastro, y sólo encontré restos de una sustancia azul muy pegajosa esparcida encima de los remaches. Es tan cierto como que estoy sentada aquí —siguió diciendo mientras apuraba su pinta de cerveza—. Es tan cierto como que ahora te toca pagar una ronda, cariño.

Las semillas de esta nueva mitología del espacio habían sido sembradas en los días del Gran Paso Adelante por el mero hecho de que un inmenso número de razas alienígenas apareciera de repente y empezara a recorrer el sistema viajando en naves de tamaños y formas tan distintas como las de sus propietarios. Ahora ya estamos acostumbrados a ese tipo de cosas. Las diademas enjoyadas en continua rotación de los rigelianos, los modelos cuasiorgánicos de los frasques que recuerdan vagamente las formas de las colmenas y los capullos construidos por los insectos, y el Veloz Palerniano que no se parece en nada a lo que uno esperaría dado su nombre y que hace pensar en un montón de salchichas son el espectáculo de cada día, pero pensad en el asombro que debieron sentir los antepasados de la humanidad actual cuando tuvieron su primer vislumbre de la grandiosa arquitectura espacial de los eladeldis o contemplaron la aguja resplandeciente de un kilómetro de longitud de los omicron llegados de Vespa.

Las teorías sobre las razas alienígenas proliferaron con tanto vigor como las supersticiones, y algunas eran francamente teológicas. Los Testigos de la Fusión Total catalogaron todas las naves que se creía pertenecían al resto de especies que habían recibido favores de los capellanos, les adjudicaron nichos situados a más o menos altura en un árbol cabalístico y afirmaron haber detectado cierto principio de metamorfosis. Los Testigos profetizaron que las naves humanas también acabarían pasando por todas esas formas siguiendo el camino que las llevaría hasta la nave espacial definitiva y trascendente. El día de la perfección tardaría eones en llegar, pero permitiría comprender los arcanos misterios del impulsor capellano y vendría acompañado por la silenciosa desintegración de la barrera colocada más allá de la órbita de Plutón. Una herejía surgida de ese credo religioso afirmaba que los humanos también completarían su evolución ese día y que se convertirían en

capellanos. La profecía de la Fusión Total se haría realidad y los alienígenas dejarían de serlo.

Ustedes saben tan bien como yo cuál es la parte de verdad encerrada en esos mitos. No cabe duda de que los Testigos fueron los primeros en darse cuenta de que las entradas y salidas del hiperespacio hacen que incluso naves tan básicas como la Bergen Kobold cambien ligeramente con cada oscilación que las lleva de una dimensión a otra. Las partículas maltratadas que las forman vuelven a unirse, desde luego, pero nunca consiguen adoptar una configuración idéntica a la anterior. Las leyes de conservación son bastante estrictas, pero pedirles eso sería exigir demasiado de la física. A veces sus pilotos se percatan de esas aberraciones y a veces las pasan por alto. Después de todo sus partículas también han sido transustanciadas, ¿no?

En cuanto a la evolución del ser humano no poseo ningún dato que no resulte obvio por un método tan simple como el de ponerse delante de un espejo y echar un vistazo, pero conocí a *la Alice Liddell* —¿quién pudo conocerla mejor que yo?—, y la recuerdo muy bien. La recuerdo desde sus comienzos, allá por el tercer año del Gran Paso Adelante en el que fue construida y bautizada. Cuando Tabitha Jute pisó la hierba de aquel viñado abandonado y apartó las lonas que la cubrían para posar por primera vez sus ojos en ella la nave ya era vieja. La fría quemadura del espacio había decolorado el metal y le había arrebatado su color bronce original. Su pila estaba agotada, sus mecanismos hidráulicos resecos y llenos de telarañas. Ya había estado en servicio y se encontraba todo lo inerte que puede llegar a estarlo una nave..., aunque después de todo y como se deduce de nuestras especulaciones, ese estado es algo más cambiante de lo que resultaría en un ser vivo. La gente (les juro que es la última leyenda pintoresca con que les atormento, así que tengan paciencia) solía creer que cuando activabas el impulsor capellano jamás podía ser desactivado del todo a menos que se estropeará o sucumbiera a la destrucción física. ¿Y dónde estaba yo todos los años de inactividad en que las ardillas se divertieron correteando por debajo de la vieja y maltrecha Kobold? Bueno, estaba durmiendo.

La nave que llevaba el apellido Liddell era francamente primitiva. Sus líneas no resultaban demasiado elegantes y recuerdo que siempre me pareció demasiado pequeña. La cabina tenía capacidad para dos personas, un piloto y un copiloto, cada uno instalado en la red cero—g del modelo básico. A popa había dos camarotes individuales con un espacio de almacenamiento bastante modesto, una cocina minúscula y una zona de aseo. La nave medía un poquito menos de veintiún metros desde el morro a la cola, y un poquito más de la mitad de esa cifra desde la punta de una aleta rechoncha hasta la punta de otra aleta igualmente rechoncha. Su número de matrícula indicaba que era uno de los primeros modelos de la serie Bergen K, las Kobolds que llevaban casi cincuenta años recorriendo todas las rutas del sistema solar transportando esto aquí y aquello allá.

Había sido construida para durar y para aguantar. Su sección central podía contener hasta 250 metros cúbicos de mercancías o ser sustituida por cualquiera de las diecisiete clases de contenedor existentes. Durante el vuelo sus cuatro extensores de manipulación y sus cuatro unidades de estiba se ocultaban en el espacio existente entre las dos paredes del casco. Contaba con dieciséis reactores de plasma direccionales, cuatro para cada eje, y tres

enormes "bocas redondas" fijas. Toda la superficie de la nave estaba cubierta de sensores y sistemas de detección, bastantes más de los que los astilleros Bergen incluían en el modelo normal. Sus sistemas solares también habían sido mejorados, como si quien la adquirió hubiera esperado más de lo previsto por sus diseñadores. Fueran cuales fuesen los problemas que pudiera darle a la última persona que la pilotó, sé que estuvieron originados por las condiciones adversas y esos años en que no había gozado de la atención necesaria y no por algún defecto estructural, y aparte de eso, Tabitha nunca parecía encontrar el tiempo necesario para encargarse del mantenimiento y la puesta a punto tan a fondo como le habría gustado.

Oh, si quieren pueden pensar que son meras fantasías, pero en mi fuero interno siempre he estado convencida de que *la Alice Liddell* y Tabitha Jute, su capitana, eran muy parecidas. Las dos eran pequeñas, robustas y un poquito rechonchas. Las dos estaban compuestas por materiales de lo más corriente; pero la prosaica fachada de ambas ocultaba a dos espíritus amantes de la aventura que poseían recursos sorprendentes.

También es posible que esto sea un simple caso de sabiduría retrospectiva, una coloración rosácea de sentimentalismo deformante que la nostalgia proyecta sobre todo lo pasado. Intenten imaginarse a Tabitha Jute y Marco Metz cruzando la explanada de concreto del espaciopuerto ese frío atardecer de Schiaparelli para subir a bordo de la aún no redimida Alice y alejarse hacia el cielo marciano para emprender un viaje que les llevará hasta Plenty..., y mucho más allá.

Segunda parte: *Perdidos en las cavernas de Plenty*

—Puedes quedarte con este camarote —dijo Tabitha después de abrir la puerta corredera—. Sacaré todos los trastos enseguida.

A juzgar por su reacción cualquiera habría pensado que Marco jamás había visto una Kobold.

—¡Es increíble! ¡Absolutamente increíble, de veras! ¡Menuda nave! — Tabitha sintió sus brazos rodeándola desde atrás—. Quiero ir delante contigo.

—No —dijo Tabitha—. Nunca he permitido que nadie entrara en la cabina. Clavó la mirada en los enormes ojos castaños de Marco —. Lo siento.

—Vaya, vaya... dijo él—. ¿A qué viene esto? ¿Normas de seguridad?

—Bueno..., sí —dijo ella.

—No lo creo murmuró Marco abrazándola con más fuerza y retrocediendo un poco para poder verle la cara—. ¿Estás diciéndome que una mujer como tú hace caso de ese montón de tonterías?

Tabitha giró sobre sí misma y empujó la puerta del camarote de pasajeros que se había quedado atascada a mitad del trayecto.

—Cuando conduzco prefiero estar sola en la cabina —dijo—. Eso es todo.

Su respuesta pareció aplacarle un poco.

—Bueno, de acuerdo —dijo. Sus manos vagabundearon por el cuerpo de Tabitha y sintió el roce de sus labios en una oreja—. Te echaré de menos —dijo—. Todo el trayecto hasta Plenty... ¿Cuánto tardaremos? ¿Tres horas subjetivas, cuatro?

—Cinco dijo ella liberándose de su abrazo—. No voy a correr riesgos. No con ese cristal y menos llevando un pasajero.

—¡Cinco horas ! exclamó él—. ¿Qué se supone que debo hacer todo ese tiempo sin ti?

Tabitha sintió una curiosa mezcla de irritación y diversión.

—¡No lo sé! Practica con tu guante. Habla con Tal.

—Tal está durmiendo —dijo Marco.

El recipiente de porcelita blanca que contenía al loro se encontraba en el pasillo. Los eladeldis de las aduanas habían arrugado los labios en cuanto vieron al pájaro narcotizado, pero todos los documentos estaban en orden y Marco no había hecho ningún caso de sus expresiones ofendidas.

—Tardará un buen rato en despertar. Ya te dije que odia viajar, ¿no? Las manos de Marco volvieron a posarse sobre las caderas de Tabitha mientras miraba por encima de su hombro.

—Ahí dentro hay montones de cosas —comentó.

Tabitha descargó todo el peso de su cuerpo en el canto de la puerta, pero no consiguió moverla.

—Oh, no hay nada que valga mucho —dijo—. Lo sacaré todo enseguida—repitió, pero su decisión inicial de limpiar el camarote ya estaba empezando a vacilar.

La cantidad de objetos que tendría que mover era realmente inmensa. Monos de repuesto, paquetes y envoltorios, una balsa salvavidas inflable, casi todas las piezas de un robot cocinero de segunda mano que había comprado por un precio tirado y que nunca había conseguido volver a montar... Cada vez que se hartaba de ver algo se limitaba a meterlo en el camarote sin asegurarlo y dejaba que flotara.

—Hace tiempo que no se utiliza —dijo como pidiéndole disculpas—. Los trastos... Bueno, se van acumulando, ¿sabes?

—Nadie tiene ni idea de la mitad de las cosas que ha ido acumulando hasta que no le queda más remedio que hacer algo con ellas —respondió Marco con afabilidad.

Tabitha volvió a empujar la puerta y oyó el estruendo de algo bastante pesado chocando con el suelo del camarote

—Vamos... dijo Marco en voz baja.

—Oye, no me atosigues, ¿quieres? —replicó ella, pero sin mucha convicción.

Las palabras de Marco hicieron que se acordara de la noche anterior y el asunto de la cinta. Probablemente no era más que una de esas cosas sin importancia que ocurren de vez en cuando o que crees que han ocurrido cuando se te ha ido la mano con la bebida o las drogas y estás medio dormida, pero Tabitha no conseguía dejar de pensar en la maldita cinta.

Le dio la espalda a la puerta y se quedó inmóvil delante del umbral de su camarote sin saber qué hacer. La solución más lógica era instalarle allí dentro. Tabitha estaba cansada y tenía resaca, y sabía que las cinco horas siguientes transcurrirían sin que consiguiera conciliar el sueño. No cerraría los ojos hasta después de haber atracado en Plenty.

—Tabitha... Relájate, ¿quieres? —dijo Marco, y tiró de ella haciéndola retroceder hasta el angosto pasillo—. Estás increíblemente tensa. ¿Crees que serás capaz de conducir en ese estado? Yo creo que no...

Empezó a darle masaje en los hombros.

Y un instante después Tabitha estaba besándole.

Besar a un hombre tan guapo a bordo de su nave era una opción que no solía estar a su alcance, y pensó que sería mejor que aprovechara la oportunidad ahora que se le ofrecía. Todos los placeres se esfumaban demasiado pronto, y Tabitha pensó que éste no iba a ser una excepción.

—Bueno... —dijo Marco cuando volvieron a ser conscientes de lo que les rodeaba—. ¿Vas a enseñarme el resto de la nave?

La compuerta de popa de la bodega estaba abierta. Marco cogió la caja de Tal. Tabitha le agarró por la otra mano y le guió.

—¡Oh, sí! ¡Esto es magnífico! exclamó Marco volviendo a dejar la caja en el suelo. Su voz creaba ecos en el vacío de la bodega—. ¡Es increíble!

Se había metido las manos en los bolsillos de atrás y la postura de su cuerpo y su sonrisa creaban una impresión de conjunto que Tabitha pensó sólo podía definirse con la palabra "triumfante". Estaba admirando su nave, y eso le gustaba pero también hizo que volviera a sentir dudas.

—¿Cuánto equipaje tendremos que transportar?

—Oh, te aseguro que no habrá problema. Hay espacio más que suficiente para todo el mundo.

Tabitha se dio cuenta de que Marco hablaba en serio cuando dijo que quería inspeccionar la nave. Echó un vistazo a las unidades de carga incrustadas en sus orificios, revisó las conexiones de los sistemas de aire y de energía, las esclusas de cada extremo y los controles internos de las puertas y del techo. Subió hasta la pasarela e inspeccionó el techo, y paseó por ella contemplando la bodega vacía mientras emitía ruiditos de apreciación —"Hm... Sí, bien..."—, y Tabitha pensó que parecía un auténtico experto en naves. Después se subió a la barandilla y se colgó del extremo de un extensor de carga, balanceándose de un lado a otro en una hermosa exhibición de musculatura.

Tabitha estaba debajo contemplándole con los brazos cruzados.

—¿Puedes hacer eso con una sola mano?

—Claro —replicó él, pero intentó hacerlo y no lo consiguió—. La gravedad está un poco desajustada dijo después de haber caído de pie delante de Tabitha, y se frotó las manos—. Creo que puedo mejorarlo... Quizá lo incorpore a nuestro número. ¿Qué hay ahí dentro?

Abrió un armario sobre cuya puerta había escrito EMERGENCIA en grandes letras rojas. Un dispensador de detergente, un viejo micrófono tan grande como un medidor, una bolsa de polietileno llena de vendajes tubulares, una pistola selladora y una caja de pasas salieron despedidos del armario y se esparcieron alrededor de los pies de Marco.

—Siempre lo hace —dijo Tabitha.

Se arrodilló, lo metió todo dentro del armario y se apresuró a cerrar la puerta.

—Ahora sé dónde he de buscar si necesito una dosis de pasas con urgencia—dijo Marco.

—Sírvete tú mismo dijo ella.

Seguía arrodillada en el suelo y se estaba frotando las manos para quitarse el polvo. Marco se inclinó y la besó en los labios.

—Estoy hambriento dijo.

Tabitha se puso en pie con el grado de brusquedad suficiente para que resultara bastante difícil abrazarla. Tiró de la puerta del armario con cautela hasta abrirla unos centímetros, cogió la caja de pasas y se la alargó.

—Toma —dijo.

Marco se negó a aceptar la caja que le ofrecía y ni tan siquiera la miró a los ojos.

—Tengo hambre, pero no de pasas —murmuró.

—Creía que tenías prisa —replicó Tabitha.

—Y la tengo, y la tengo —dijo él extendiendo los brazos hacia su cintura.

Tabitha le puso la caja de pasas en el pecho.

—Luego —dijo. Había decidido que debía ser firme tanto con él como consigo misma—. Tenemos que despegar.

—Pues vamos —dijo Marco.

Cogió la caja del loro. Tabitha abrió la caja de pasas y engulló un puñado mientras salían de la bodega.

—¿Quieres? —preguntó con la boca llena.

—Bueno.

No había duda de que no estaba viviendo un día muy normal. Los acontecimientos seguían acumulándose a toda velocidad. Estaba en deuda con aquel hombre. Tenía que ir a Plenty. Con un cristal de eje defectuoso. La policía quería cobrar su multa. Si no pagaba antes de que terminaran las veinticuatro horas de plazo estaría metida en un buen lío...

Y *la Alice* también.

Marco pareció captar su estado de ánimo y se quedó un poco rezagado. Salieron por la escotilla delantera y subieron el tramo de peldaños que llevaba a la cabina.

—No te preocupes —dijo—. Todo se arreglará, te lo prometo. Basta con que nos lleves allí. Enviaremos el dinero, eso es lo primero... Prioridad máxima, ¿eh? Conocerás a los chicos, verás el espectáculo, cenaremos juntos, un par de copas, una buena noche de sueño y mañana conseguiremos tu cristal. ¿Conoces a alguien de Plenty que se dedique a vender esos trastos?

—No —dijo Tabitha.

Conocía a muy pocas personas que hicieran negocios en Plenty y no confiaba en ninguna de ellas. Siempre que había tenido que recoger o entregar algo allí se había movido lo más deprisa posible y se había largado a toda velocidad. Plenty era un sitio bastante raro.

Entró en la cubierta de vuelo con Marco pisándole los talones. Bueno, se había salido con la suya... La decisión había sido tomada, y las opiniones y los sentimientos de Tabitha habían sido hechos a un lado como si no tuvieran ninguna importancia. Ella misma se había desautorizado. Tabitha se consoló pensando que no se encontraba en muy buena forma, y lo que le había ocurrido durante las últimas horas bastaba para trastornar a cualquiera.

Dejaron la caja de Tal detrás de los asientos con su bolsa de viaje y todos los trastos que se habían ido acumulando allí. Marco no quería ni oír hablar de dejar la caja en el camarote. Necesitaba tenerla cerca de él todo el tiempo para ir echando vistazos a los indicadores de signos vitales. Tabitha pensó en las normas sobre transporte de animales y decidió olvidarlas. Colocó la red restante sobre la caja que contenía el pájaro y la aseguró.

—Cuántos trastos... ¿No te estorban?

—Estoy acostumbrada.

La red se había enganchado en algo. Tabitha se inclinó, metió un brazo por entre sus pies y tiró del obstáculo hasta extraer un melón bastante arrugado.

—Me estaba preguntando qué habría sido de él —dijo.

Se instaló en su red, tiró del teclado hasta dejarlo pegado a su pecho y activó el ordenador sin poner el sonido. Nunca había soportado que la oyeran hablar con Alice.

ATENCIÓN, dijo la pantalla. Le mostró un diagrama, lo hizo girar 180 grados y amplió una sección. Un diamante azul empezó a encenderse y apagarse en el centro de la sección ampliada. DEFECTO EN EL CRISTAL DEL EJE, dijo la pantalla. PROBABILIDAD DE UN FALLO 43.29%.

Tabitha tecleó el código de control manual.

Se subió la manga para echar un vistazo a su monitor y volvió la cabeza hacia la radio.

—Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve a control —dijo.

Marco se había quedado inmóvil en el centro del angosto pasillo que separaba las dos redes. Alargó un brazo hacia la consola y quitó un poco de

mugre de la ventanilla. La explanada de cemento de Puerto Schiaparelli era una llanura marrón cubierta de grietas y señales que se extendía hasta perderse en la lejanía.

—Control a Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve. Por favor, dígame cuál es su número de pista.

—Mierda—murmuró Tabitha.

Empezó a hurgar en el montón de papelitos insertados en la junta del cristal.

—Repito, dígame cuál es su número de pista, Bravo Golf Kansas cero...

—Un momento, un momento —dijo ella. Empezó a repasar los papelitos—. Tiene que ser uno de éstos —dijo volviendo la cabeza hacia Marco.

Marco asintió y puso cara de simpatizar con su apuro, pero no sacó las manos de los bolsillos.

—Hay un montón, ¿eh?—dijo.

—Tiene que estar en su bitácora —dijo Control.

—No, no está allí —dijo Tabitha—. No lo introduje en el banco de datos. Se lamió los labios, cogió un papelito al azar, le echó un vistazo, lo arrugó hasta convertirlo en una bola y lo arrojó al orificio del eliminador de basura que había junto a su rodilla izquierda.

—El procedimiento reglamentario exige introducir su número de pista en la bitácora cuando llegue a un puerto, Bravo Golf Kan...

—Estoy segura de que lo tengo en alguna parte dijo ella.

—Tenga la bondad de esperar un momento, Bravo Golf Kansas cero-cero-nueve-cero-cinco-nueve —dijo Control con bastante sequedad.

"Gracias", articuló Tabitha sin llegar a pronunciar la palabra, y le hizo una mueca al micrófono.

—Bravo Golf Kansas cero-cero-nueve-cero-cinco-nueve, Jute, Tabitha, capitana, ¿verdad?

—¿Sí?

—Su número de pista es Tango Tango uno—cinco.

—Estupendo.

—Cuando vuelva a visitar éste o cualquier otro puerto del sistema haga el favor de introducir su número de pista en la memoria de su bitácora al llegar.

—De acuerdo, de acuerdo...

Tabitha clavó los ojos en una hilera de luces y apretó tres teclas. Un chirrido estridente surgió de la nada y empezó a enroscarse alrededor del eterno zumbido de la nave. Unas cuantas luces del tablero se apagaron y volvieron a encenderse.

—¿Puedo despegar?

—¿Ha rellenado la petición de salida y la hoja de vuelo?

—Plenty, transporte de un pasajero.

—Capitana Jute, ¿ha presentado esos documentos o no los ha presentado?

—Oiga, sólo voy a Plenty... No voy a Caronte ni a ningún sitio parecido.

—¿Cuál es el plan de ese vuelo, Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve?

Tabitha apoyó la espalda en su red y empezó a soltar una ristra de coordenadas. Volvió la cabeza hacia la pantalla de anotaciones que había junto a su codo y recitó las coordenadas que iban apareciendo en ella.

Control repitió todo lo que había dicho sin cometer ni un solo error mientras el suelo empezaba a vibrar y se oía un martilleo lento y regular que parecía venir de muy lejos. La temperatura de la cabina estaba subiendo poco a poco. Tabitha pulsó una hilera de teclas con los nudillos de una mano. Todos los indicadores luminosos que había encima de las teclas se encendieron con un resplandor verde salvo uno.

Tabitha pulsó la tecla de la luz que se negaba a ponerse de color verde. Nada. Colocó el dedo sobre ella y apretó con todas sus fuerzas.

La luz pasó del rojo al verde, parpadeó y volvió al rojo.

Tabitha golpeó la tecla con el canto de la mano.

Verde.

La nave se estremecía y el ritmo del martilleo se había acelerado considerablemente.

—Tiene permiso para iniciar el despegue, Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve.

Una raya de cegadora luz blanca surgió de la nada y se movió sobre el cemento deslizándose a su alrededor hasta dibujar un cuadrado que tenía a la nave como centro.

—No encienda los motores hasta que...

Tabitha pulsó una tecla y de repente se encontraron sentados encima de un trueno.

Todo lo que había fuera de los campos de su red y de la que ocupaba Marco gruñía y temblaba. La estática se adueñó de todas las pantallas. Las hileras de luces del tablero se encendían y se apagaban a toda velocidad.

El trueno fue haciéndose más y más ensordecedor.

La Alice Liddell tembló y osciló. Levantó tres soportes del suelo y volvió a ponerlos en él. La cabina estaba muy caliente. La nave había quedado envuelta en una espesa humareda que lo ocultaba todo salvo el cuadrado de luz de magnesio, que había pasado del blanco al verde.

Oscilaron de un lado a otro, bajaron unos centímetros hacia la explanada de cemento y quedaron atrapados en las garras de una fuerza inmensa que se apoderó de la nave y empezó a hacerla subir por los aires.

El puerto de Schiaparelli se fue alejando por debajo de ellos. Los camiones empequeñecieron, los sistemas de reaprovisionamiento de oxígeno se encogieron; los hangares, los bloques de edificios y los puentes fueron disminuyendo de tamaño hasta convertirse en un modelo, una miniatura y, finalmente, un diagrama geométrico lleno de actividad que fue engullido por las nieblas rojizas de Marte. Más allá podían ver la ciudad que seguía viviendo sin ellos. Los rayos del sol arrancaban destellos llameantes a los canales.

Y el trueno seguía retumbando y gruñendo y los hacía vibrar. Diminutas descargas eléctricas revoloteaban y zumbaban por el casco a medida que la frágil atmósfera iba siendo catalizada a su alrededor. Oyeron un silbido estridente y un ruido como el que podría hacer la inmensa tela del cielo al desgarrarse. El ruido siguió, y siguió, y siguió como si no fuera a tener fin.

Las vibraciones y los sonidos empezaron a disminuir de intensidad y la curva de Marte se empequeñeció y se fue alejando por debajo de ellos moviéndose tan deprisa como una ola que se aparta de la arena. Un instante después debajo, encima y en todas partes no había nada salvo una débil luminosidad color índigo y un siseo tan leve como ominoso.

Era la radio, y las transmisiones llegaron un segundo después. La nave se llenó de voces que informaban, daban instrucciones, ronroneaban, asentían y declaraban esto o lo de más allá. El garrapateo de la estática no tardó en hacerlas ininteligibles. Las pantallas mostraron página tras página de datos y diagramas. Mosaicos y tracerías de color morado vagabundeaban lentamente por la consola. El martilleo ensordecedor, insistente y más o menos regular volvió a hacer temblar la nave. Los objetos que había debajo de la tercera red se agitaron y resbalaron de un lado a otro.

Los papelitos metidos en la ranura de la junta se soltaron y salieron disparados hacia sus caras como si fueran un enjambre de insectos enloquecidos.

—Oh, maldición—dijo Tabitha.

Marco Metz se echó a reír. Se liberó de la red y empezó a recoger los papelitos que flotaban por el aire.

Estaban a cien mil kilómetros de Schiaparelli. Cien mil estrellas brillaban con un resplandor gélido e inmutable en una eternidad de espacio. Había muy poco tráfico. El parpadeo azul de un tren magnético Mitchum que hacía el trayecto Fobos—Bizancio; una vieja Fargo procedente de Longevidad o Cuesta de Plata que se deslizaba por la pendiente del pozo gravitatorio trayendo hortalizas frescas para los marcianos y muy poca cosa mas.

Los sistemas de *la Alice* funcionaban con normalidad. Tabitha realizó una comprobación de los circuitos del eje y escuchó el sonido de los motores. Todo iba bien. PROBABILIDAD DE FALLO 44,49 %, dijo la pantalla. RECIBIDO, replicó Tabitha.

Marco parecía incapaz de estarse quieto. Volvió a abrir su red y empezó a nadar por la cabina recogiendo cosas que flotaban a la deriva. Se inclinó sobre la caja de Tal y comprobó que seguía profundamente dormido. Investigó la confusión de objetos que había debajo de las redes. Encontró un paño antiestático bastante arrugado y empezó a quitar el polvo con él.

—Marco, deja eso —dijo Tabitha.

—No te preocupes, no te preocupes —replicó Marco—. Tú sigue con lo tuyo, ¿de acuerdo?

Limpió las pantallas de todos los sensores, y en cuanto hubo terminado Tabitha no pudo por menos que notar la diferencia. La claridad emitida por el arco de la galaxia se había hecho diez veces más intensa e iluminaba todo el interior de la cabina. Un velo de plata parecía ondular en el vacío.

—Fíjate en eso —dijo Marco—. Es el Manzano.

—¿El qué?

—El Manzano —repitió él—. ¿Con qué nombre lo conoces tú? Creía que todos los que viajan por el espacio lo llamaban el Manzano.

—Yo no —dijo Tabitha—. Nunca lo había oído llamar así.

—Pues así es como lo llaman—replicó él.

—El Manzano... ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que porque no podemos acercarnos a él y pegarle un buen mordisco a alguno de sus frutos.

Tabitha pensó en lo que acababa de decir.

—Eso es mitología cristiana, ¿verdad? No serás cristiano, ¿eh?

—No —dijo Marco—. Soy un fornicador.

—Bueno dijo Tabitha—, supongo que te he servido la réplica en bandeja. —Marco estaba flotando detrás de su red e intentaba besarle la nuca a través de los agujeros—. Marco... —le advirtió.

—¿Qué? ¿Quieres algo? ¿Qué quieres?

Marco se había puesto cabeza abajo con los brazos debajo de la red y le acariciaba el trasero. Tabitha movió las piernas hacia atrás para apartarle. Los campos de la red captaron el movimiento y lo compensaron.

—Tengo un trabajo que hacer—dijo Tabitha.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —la desafió Marco. Se deslizó por debajo de ella y emergió entre sus pies—. ¿Hay algo que esta vieja bañera no sea capaz de hacer por sí sola?

Tabitha le lanzó una mirada feroz.

—No insultes a mi nave dijo.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento, vieja amiga, lo siento... —Marco extendió un brazo y dio unas palmaditas en el mamparo más próximo—. Disculpe, señora, no pretendía ofenderla.

Las luces de colores se encendían y se apagaban sobre la consola. Rojo verde, azul... Los diagramas se sucedían unos a otros, se superponían, parpadeaban, se fundían y se convertían en masas de líneas y curvas. *La Alice* efectuó una levísima corrección de rumbo, apenas la fracción de una fracción numérica.

El espacio seguía y seguía. El decorado por el que avanzaban era tan inmenso que parecían estar inmóviles.

—Bueno, ya sabes que soy un ignorante dijo Marco—. ¿Qué estás haciendo ahora? No veo que estés haciendo nada. ¿Qué es eso tan crucial que estás haciendo?

"No tengo por qué responder a esa pregunta", pensó Tabitha. Pero lo hizo.

—Te estoy llevando al sitio donde has de actuar —dijo.

Intentó usar un tono de voz que sonara bastante preocupado y clavó los ojos en el mesoscopio mientras fruncía el ceño.

Pero, naturalmente, Marco no se conformó con esa contestación.

—No, no —dijo. Retrocedió hasta su red y tomó asiento en ella con las piernas cruzadas. Puso las manos delante del pecho y la contempló como si fuera un gran inquisidor—. Eso lo hace la nave, ¿verdad? Todo eso es cosa de nuestra pequeña Alice, ¿eh? —dijo—. ¿Y tú? ¿Qué haces?

Tabitha se volvió hacia él.

—Soy una parte más de esta nave —replicó—. Soy la parte que toma las decisiones. —Dio unos golpecitos sobre la deslustrada insignia de su hombro—. Soy la capitana —añadió.

—Creía que las naves tenían cerebro —insistió Marco . Tienen una cosita parecida a un cerebro que se conecta al ordenador y que se encarga de manejar el impulsor, los sistemas de energía, el retrete..., todo. ¿Estoy equivocado? ¿O será que tu nave es una..., eh..., una antigualla tan venerable que no tiene ese cacharrito, y disculpa si os he ofendido?

—La nave no puede hacerlo todo por sí sola dijo Tabitha—. Bueno, sí que puede hacerlo todo, pero no puede decidir qué cosas debe hacer. —Recorrió la cabina con la mirada y sus ojos acabaron posándose sobre la caja blanca que oscilaba lentamente de un lado a otro debajo de la red—. Es algo parecido a..., a tu número con Tal —añadió—. Tal no necesita a nadie para cantar, pero tú eres quien le dice lo que ha de cantar.

La expresión de Marco dejó bien claro que había conseguido convencerle.

—¡Cierto! ¡Cierto! Una respuesta muy inteligente dijo contemplándola con cara de admiración.

"No lo creas", pensó Tabitha mientras le miraba. Marco era muy guapo, pero quizá no fuese tan listo como había imaginado al principio.

—Eres una chica muy inteligente, ¿lo sabías? —siguió diciendo Marco. Eres demasiado buena para perder el tiempo con este trabajo. Oye, ¿te gustaría ser representante de uno de los mejores grupos de cabaret interplanetario que existen actualmente?

—No, gracias —murmuró Tabitha mientras tecleaba una serie de órdenes.

—Eh, hablo en serio —dijo Marco—. Eres demasiado lista para malgastar tu vida conduciendo un camión. Apuesto a que serías capaz de manejar este trasto con los ojos cerrados. Apuesto a que podrías hacerlo volar sólo con tu dedo meñique.

Volvió a salir de su red.

—Apuesto a que podrías controlarla desde tu catre.

—Marco, no... dijo ella—. No me pongas en una situación desagradable, ¿quieres? ¿Por qué no te entretienes viendo una película o algo parecido?

Marco estaba flotando junto a ella, y sus palabras no le hicieron retroceder ni un centímetro.

—Preferiría verte a ti

—Bueno, ya que no puedes tener las manos quietas... ¿Por qué no intentas hacer algo útil con ellas? Algo como... ¿Por qué no ajustas ese fibrilador de paralaje distal?

Marco estiró el cuello y observó la confusión de objetos y papeles que había encima de la consola.

—¿Esto?

—No, eso de ahí. El que tiene la armónica metida en la ranura.

—Oh. Oh, sí, claro... El fibrilador de paralaje distal. De acuerdo, de acuerdo.

Marco extrajo el fibrilador de la consola y lo inspeccionó.

—Las lecturas tienen que estar entre el siete y el diez dijo Tabitha.

—Once —dijo Marco mientras pulsaba rápidamente el botón haciéndolo entrar y salir del hueco.

—Lo que sea.

—Estos trastos son muy fáciles de arreglar—dijo Marco—. Basta con que anules el sistema de alcance medio.

—Ya lo he probado —dijo ella.

—Bueno, pues entonces tienes que desactivarlo de forma permanente. Es muy sencillo... Cualquiera puede hacerlo.

—Creía que eras tú quien iba a hacerlo.

Marco no se dejó impresionar.

—Cualquiera puede hacerlo.

—¿Vas a arreglarlo?

—Claro.

—Oye, ¿has arreglado algún fibrilador antes?

Marco tardó unos segundos en responder.

—No. No, la verdad es que... Bueno, me temo que nunca he arreglado ninguno.

—Yo sí —dijo Tabitha—, y por eso estoy intentando que sea otra persona quien lo arregle.

Marco abrió la boca para replicar.

—Shh—dijo Tabitha.

Creía haber oído un ruido. Solicitó otra revisión de los circuitos del eje, pero se lo pensó mejor y anuló la orden. "Tengo que controlarme o acabaré convertida en una neurótica", pensó.

Recorrieron cinco mil kilómetros más de nada. La Tierra y sus satélites estaban delante de ellos, un puntito resplandeciente tan pequeño que apenas se podía distinguir entre la multitud de puntitos resplandecientes.

Tabitha se estiró y bostezó.

Marco decidió que el estiramiento y el bostezo eran la señal de que podía ponerse en acción.

—Bueno, parece que por ahora no hay mucho movimiento y... —empezó a decir.

—Marco... —murmuró Tabitha.

—No, no —se apresuró a decir Marco—. Yo sólo... Oye, ¿tocas la armónica?

—Sí —dijo ella—. Fatal.

Hacía mucho que no tocaba la armónica. De hecho, ya ni se acordaba de que la había puesto ahí.

—No te creo —dijo Marco.

Tabitha le miró fijamente.

—¿Qué es lo que no crees? ¿Que sé tocar la armónica o que la toco fatal? —Volvió a desviar la mirada hacia la consola—. Claro que... Bueno, tienes razón —añadió—. A veces incluso yo misma tengo dificultades para creer que sea capaz de tocar la armónica tan condenadamente mal.

—Toca algo.

—No.

—Vamos... ¿Por qué no? No me parece que estés agobiada de trabajo. Podrías entretenerme tocando un par de compases de "Casey Jones", ¿verdad?

—¿Casey quién? —exclamó Tabitha, pero extendió la mano hacia él—. Anda, dámela.

Marco se la arrojó y la armónica giró lentamente por los aires.

Tabitha la pilló al vuelo.

—Recuerda que te he avisado —dijo.

Tocó una canción sobre el whisky que su tía Muriel le había enseñado cuando vivían en Integridad 2. Tuvo algunos problemas con un par de pasajes, y Marco la escuchó en silencio con su mejor cara de atención cortés.

—No ha estado tan mal —dijo cuando hubo terminado.

—Oh, sí que ha estado mal —dijo Tabitha—. Ha estado fatal. Debería practicar más.

—Quizá. —Marco se encogió de hombros—. No creo que sea tiempo lo que te falte.

—Tienes razón. —Tabitha volvió a concentrar su atención en la consola—. De hecho me temo que he practicado demasiado... Soy toda una experta con la armónica. —Volvió a mirarle—. He tocado bastante peor que de costumbre, ¿sabes? —añadió—. Normalmente no tengo público.

—¿No?

—Ya te he dicho que nunca permito que nadie utilice esa red.

Marco empezó a jugar con una esponja que había estado flotando cerca de él.

—Toca alguna otra cosa con tu órgano bucal —dijo Marco mientras intentaba conseguir que la esponja girara en el aire delante de su nariz sin apartarse de ella.

—No —dijo Tabitha.

—Me gustaría jugar un poco con tu órgano bucal.

Tabitha le ignoró.

—Y con tu...

—Toma.

Le lanzó la armónica.

Marco la cogió al vuelo y tocó una melodía dulce y triste, un lamento quejumbroso y melancólico que subía de tono cada tres compases como si se dispusiera a librarse de toda esa pena para revolotear libremente; pero el cuarto compás hacía que volviera a enroscarse sobre sí misma y se derrumbara a veces de mala gana pero siempre resignadamente, como si supiera que iba a caer de nuevo, como si llevara miles de años atrapada en ese proceso interminable de luchar y volver a caer. Pero cada vez que el tercer compás volvía a presentarse la melodía parecía hacer acopio de valor y sacar nuevas energías de alguna fuente oculta, y la caída de cada nuevo cuarto compás quizá fuera un poquito menos pronunciada, y Tabitha acabó quedando cautivada por la música aunque hizo todo lo que pudo para evitarlo. Clavó los ojos en aquel hombre tan guapo que tocaba la armónica para ella y se preguntó cómo acabaría el tema, cómo conseguiría resolver la discrepancia existente entre el subir y el desplomarse de la melodía..., hasta que se dio cuenta de repente de que Marco había dejado de tocar, y de que la melodía terminaba con una mezcla de acorde y trino que subió, bajó, agitó la cola y se esfumó en el silencio.

—Oh, ha sido magnífico dijo.

Marco sonrió. Sus hermosos ojos casi rehuyeron su mirada, y la lucecita tímida que los iluminaba no se parecía en nada al fuego de antes.

Tabitha abrió los cierres de su red. Fue hacia él, le cogió de una mano y tiró de Marco hasta incorporarle.

Marco perdió unos momentos dejando la armónica allí donde la había encontrado, en la ranura del fibrilador defectuoso. Después giró sobre sí mismo y la besó.

—¿Y Tal? —preguntó Tabitha.

—No le pasará nada.

Marco señaló las lucecitas verdes de la caja, y Tabitha vio que se encendían y se apagaban siguiendo el mismo ritmo tranquilo de siempre.

Fueron por el pasillo que rodeaba la bodega, entraron en el camarote de la capitana y dejaron la puerta abierta.

Metieron un pie en uno de los aros que había en las esquinas del catre para no flotar a la deriva y se desnudaron el uno al otro. Sus ropas se fueron apartando lentamente de ellos y quedaron suspendidas en el aire. Los zapatos giraron sobre sí mismos trazando órbitas imprecisas alrededor de sus propietarios. La ropa interior surgía de los rincones más inesperados y emprendía rumbos de colisión que la llevaban a chocar con los calcetines.

Tabitha sacó el pie del aro y se impulsó hacia Marco. Sus cuerpos entraron en contacto y Tabitha le puso las manos sobre las caderas. Marco había separado las piernas y Tabitha se encontró deslizándose sin ninguna clase de resistencia por entre el arco que formaban sus muslos. Marco empezó a girar sobre sí mismo y alargó las manos hacia ella mientras Tabitha iniciaba una lenta rotación debajo de su ingle. Las manos de Marco se deslizaron sobre sus pechos con tanta facilidad como si estuvieran cubiertos de aceite. Giró en el aire hasta quedar de cara a ella y subió las piernas apoyándose sobre la nada hasta pegar los talones a las nalgas mientras separaba las rodillas. Estaba jadeando, tenía la boca abierta y sus ojos brillaban con una luz salvaje. Tabitha sintió el contacto de sus labios sobre su cabellera. Deslizó la pierna izquierda por debajo de su brazo y pasó la parte interior de su muslo derecho a lo largo de su polla hasta dejarla apoyada en su ingle. Marco le acarició los flancos con aquellas manos tan suaves para las que el manejo del guante no tenía secretos. Tabitha dio un salto mortal sobre su regazo, rebotó en la pared del camarote y volvió lentamente hacia Marco con los pies por delante. Montó a horcajadas sobre él y se pegó lo más posible a su pecho. Los dos empezaron a girar creando una esfera de carne desnuda que se movía sobre el cálido y húmedo centro que compartían. Marco jadeaba y gemía.

Una parte de la mente de Tabitha seguía prestando atención al ronco y lento palpar de los sistemas y a los zumbidos y crujidos que formaban el eterno telón de fondo de *la Alice Liddell* cuando viajaba por el espacio. Mantenía el oído lo más aguzado posible para captar un nuevo ruido, ese ruido que había creído oír durante el trayecto desde Chateaubriand, el lento golpeteo irregular de un cristal de eje moviéndose en su cavidad...

Y de pronto oyó un ruido. No era el cristal. Era una armónica que tocaba la canción que le había enseñado su tía Muriel.

Sus pupilas dilatadas por el horror se clavaron en el rostro de Marco.

El ruido se iba acercando por el pasillo. Tabitha se dio cuenta de que no era su armónica. No, aquel ruido era más estridente y vagamente gangoso, y hacía pensar en una cinta muy mal grabada oída a través de un altavoz minúsculo.

Intentó liberarse del abrazo de Marco y se debatió frenéticamente buscando un punto de sujeción.

El loro de Marco cruzó el umbral trinando alegremente. Tabitha le miró. Tal parecía haberse tragado una armónica.

—Oh, Dios, se ha salido de la caja jadeó.

—Supongo que se aburría dijo Marco.

—¿Qué?

—Haz que me ardan los labios, cariño —canturreó el loro—. ¡Pon el culo contra la pared!

Tal inclinó la cabeza a un lado y clavó en ellos un maligno ojillo negro, observándoles con tanta fijeza como si pretendiera atravesarles.

Y su pico se abrió dibujando una mueca burlona.

—¡Cristo bendito..., ese bicho es inteligente!

—Sí, supongo que sí —admitió Marco—. Quiero decir que... Bueno, depende de lo que tú entiendas por inteligencia, claro está, pero él...

—¡Largo! —chilló Tabitha volviendo la cabeza hacia el invasor alienígena—. ¡Sal de mi camarote!

Agarró una camiseta que pasaba flotando junto a ella e intentó lanzarla hacia el pájaro. Tal esquivó el lentísimo proyectil ejecutando una impecable voltereta a la que sólo le faltó un cuarto de giro para convertirse en salto mortal.

—Embutido cachondo —trinó con la cabeza hacia abajo.

Tabitha se separó de Marco con un empujón casi convulsivo que le hizo salir despedido hacia atrás y terminó aplastándole contra un mamparo.

—¡Di algo! —gritó fulminándole con la mirada.

—Venga, Tal, fuera de aquí —dijo Marco sin perder la calma—. No es Saskia, ¿entiendes? Esto no le hace ninguna gracia.

El loro giró sobre sí mismo hasta quedar con la cabeza hacia arriba y salió del camarote flotando elegantemente hacia atrás.

—Minestrone y embutido dijo su voz desde el pasillo. Las paredes metálicas hacían que pareciese un eco fantasmal surgido de la tumba—. Hay whisky en la botella...

Marco se rascó el estómago.

—Tabby, lo siento mucho. De veras, yo...

—No me llames Tabby. No permito que nadie me llame Tabby.

—¡Lo siento!

—¿Qué es... esa... cosa?

—Tal es un loro. Es una variedad de loro... Ya te lo había dicho, ¿no?

—¡Marco, ese loro tuyo es un jodido ser inteligente!

Marco se encogió de hombros y su cuerpo giró lentamente por los aires.

—Pues..., sí, desde luego. Un loro normal jamás podría hacer todos esos trucos. Creía que te gustaba. Es bastante simpático... Cuando se le conoce bien, claro.

—No quiero llegar a conocerle bien.

—Eh, no quería hacer nada malo... Se sentía solo, ¿entiendes? Si te metieran dentro de una caja y te obligaran a pasar horas y más horas encerrada tú también te sentirías sola, ¿no? Intentaba ser amistoso, nada más... Venga, Tabitha, vuelve. Lo siento..., de veras, lo siento mucho.

Pero Tabitha ya se había acurrucado en un rincón del camarote y se estaba poniendo el monitor de muñeca mientras luchaba con una camiseta.

—¿Y quién es Saskia?—quiso saber.

Si se cuenta con medios de transporte baratos que permitan viajar sin correr riesgos, un sistema de propiedad lo suficientemente elástico y normas de planificación adecuadas, el espíritu humano demuestra unas sorprendentes cualidades expansivas, pero también es muy gregario. En los primeros tiempos de la Carrera Espacial no había razón alguna para construir a centenares de millones de kilómetros de tus vecinos. Si no te importaba el clima tenías disponible prácticamente la totalidad de Marte, y cualquier persona era capaz de levantar un tubo.

Esa es la razón de que durante la época en la que transcurre nuestra historia hubiese algo así como doscientos habitáculos en órbita que incluían cinco docenas de tubos; catorce plataformas; siete ruedas; dieciséis misceláneas inclasificables que incluían casinos en sistemas de naves inmovilizadas, conjuntos de carga y accidentes permanentes; y tres zikkuraths de los eladeldis. Todos esos habitáculos giraban alrededor de la Tierra, por no mencionar a la pobre y vieja Luna olvidada de todos.

Las personas inteligentes y con un mínimo de buen gusto acabaron decidiendo que no podían seguir soportando todo aquel desorden. Siguieron a los leviatanes mineros hasta el cinturón de asteroides y cuando los mapas del cinturón sucumbieron a la locura de las fronteras y las demarcaciones de propiedad —cosa que no tardó mucho tiempo en ocurrir—, siguieron camino hasta Saturno, donde estaban las auténticas oportunidades de hacer fortuna. En los anillos sólo tenías que preocuparte de los ermitaños.

En cuanto los grandes negocios abandonaron la Tierra una parte del Enredo quedó desocupada. Los proyectos que habían empezado a florecer murieron dejando atrás sus entramados de acero y las nebulosas de remaches inútiles que giraban "más allá del cielo". La situación de esos y de otros orbitales no tardó en ser altamente fluida tanto en la ficción legal como en la realidad. Cambiaban de manos con tanta rapidez que parecían tener un nuevo propietario con cada día que pasaba.

Los que no se habían movido de la Tierra hacían chistes de mal gusto sobre latas vacías y volvían la espalda al reluciente collar que adornaba el cielo nocturno, pero el espíritu de la expansión no se dejó intimidar. Refugiados, fugitivos y adictos a la red se trasladaron a los cascarones abandonados y se agarraron tenazmente a sus rincones para llevar una auténtica existencia de arañas.

Lo cual nos lleva a Plenty.

Lamento decir que cuando Tabitha puso los pies allí Plenty no vivía su mejor momento. La frase que mejor define al Plenty de esa época es "un sitio

de pésima reputación". El cascarón sólo poseía significado estratégico para la raza que lo puso allí, y había acabado siendo considerado como una curiosidad grotesca o un capricho de dimensiones colosales. Se hallaba en un estado continuo de reocupación, y sólo interesaba a las empresas marginales o en pleno declive capaces de mostrarse indiferentes a lo que no cabe duda era un ambiente fundamentalmente inhumano. Aun así, se sabe que algunas lo preferían a otros ambientes más acogedores.

Plenty fue construido por los frasques, y por cuanto he podido descubrir sus creadores no lo conocían con ese nombre ni con ningún otro. Era la reliquia más importante dejada por esa raza derrotada durante su breve estancia en el sistema solar, y Tabitha lo sabía. Los frasques aparecieron poco después que los capellanos de hecho, se puede decir que llegaron pisando sus impolutos talones color perla—, y siguieron su vector antes de que la gran puerta del espacio pudiera cerrarse delante de ellos. Los humanos de aquella época siempre pensaron que eran la más extraña de toda la gama de especies recién llegadas. Los frasques parecían gavillas de cañas capaces de moverse. Eran bastante altivos, recordaban un poco a los insectos y tenían la molesta costumbre de abrir la boca en el momento más inesperado y lanzar un siseo estridente.

Alguien logró entender su lengua, y debemos admitir que los frasques consiguieron poner en un estado de considerable agitación a regiones enteras del Africa Central y Sudamérica. Los cultos olvidados revivieron y hubo duelos salvajes a medianoche. Ejércitos enteros desertaron y se desvanecieron, algunos dijeron que primero para trabajar como esclavos en un intento claramente condenado al fracaso de crear una colonia en Venus y, después, en el orbital más monstruoso jamás concebido.

Los frasques eran una especie agresiva, diligente y decidida a explotar su entorno al máximo. La relación entre machos y hembras dentro de su civilización más avanzada es de tres a uno, y las hembras dominan a los machos mediante una incomprensible mixtificación social del estro. Las generaciones de machos se suceden rápidamente y trabajan hasta morir de agotamiento para proporcionar el máximo bienestar posible a las hembras, más inteligentes pero no menos salvajes que ellos. El centro de su colmena está ocupado por una reina que irradia sus órdenes implacables a través del laberinto de túneles. Basta con eliminar a la reina para que el resto de la sociedad deje de funcionar. Los machos sometidos a la voluntad de la Reina de Plenty iban y venían incansablemente sobre la gigantesca construcción circular cristalizando la materia prima directamente de las partículas dispersas en el espacio sublunar.

Todo el mundo supuso que los frasques ocupaban algún lugar en el esquema universal de los capellanos, que eran otra especie subordinada a su poder hegemónico —al igual que ocurría con los thrants y los eladeldis—, aunque parecían más emprendedores y autosuficientes que ninguna otra especie recién llegada. Ah, y nadie tenía ni la más mínima idea de qué estaban construyendo...

El Serafín Kajsa fue la primera nave de nuestro sistema que se aventuró en los gigantescos muelles que ocupaban los niveles inferiores de la estación en cuanto ésta quedó terminada. Dos días después se la vio salir de ellos, con lo

que los cínicos y los pesimistas tuvieron que tragarse sus lúgubres especulaciones. Los serafines eran firmes partidarios de la supremacía posthumana y afirmaban sentir una gran simpatía hacia esos alienígenas tan claramente autocráticos. Poco después, una multitud de portavoces humanos se esparció por la Tierra haciendo apariciones personales a través de las pantallas para describir los tesoros que los frasques habían raído al sistema, y pusieron un énfasis especial en lo avanzado de sus instalaciones criónicas.

Los tonos semievangelísticos de la publicidad hicieron vacilar a algunos, y la falta de deferencia, no, mejor dicho, la ausencia de cualquier mención a los capellanos hizo vacilar a otros. Nadie tenía la seguridad de que la Tierra pudiera aceptar esa oferta, y el conjunto de la humanidad temía haber perdido la libertad de actuar independientemente. Las primeras naves humanas no tardaron en seguir el camino de la Serafín Kajsa, y después de aquello no hubo forma alguna de cortar la oleada. Las clínicas suizas y los sanatorios privados enviaban grupos de pacientes que anhelaban ser congelados. Los representantes de las naciones y las organizaciones que habían estado manteniendo una cautelosa neutralidad se unieron a la estampida general soltando discursos sobre las relaciones amistosas y los beneficios mutuos. Creían que sus líderes podrían conseguir el doble secreto del control social y la inmortalidad personal, dos herramientas valiosísimas que permitirían gobernar las sociedades humanas de forma pacífica y efectiva.

Sigo sin entender a las personas que quieren mandar sobre los demás. Dar órdenes siempre me ha parecido una tarea agotadora y muy poco agradecida. Ocuparse de los objetos inanimados ya resulta considerablemente difícil, ¿verdad? La única conjetura que me parece mínimamente lógica es que el haber nacido desnudos, indefensos y atados a un ambiente de tolerancia y amplitud muy reducidas hace que cuando llegan a la edad adulta muchos seres humanos sucumban al deseo de conseguir una especie de venganza aplazada que les haga más grandes y temibles.

Pero los frasques no son tan frágiles. Nadie sabe qué les impulsa o por qué creyeron que podrían salirse con la suya. Hay montones de datos enterrados a los que ni tan siquiera yo puedo llegar.

Plenty funcionaba a las mil maravillas..., y de repente Capella habló. Los frasques eran una especie no grata. No habría más transacciones con ellos. Sus portavoces más conocidos fueron destituidos sin ninguna clase de explicaciones y reemplazados de la noche a la mañana por nuevos portavoces que no paraban de sonreír mientras soltaban una ristra interminable de frases contradictorias y exhortaciones ininteligibles. La tensión resultaba claramente visible bajo la máscara del bronceado, y estaba claro que algunos ya habían sido congelados. Los portavoces solicitaban lealtad a la generosa y altruista especie de los *asques y rechazaban la autoridad de Capella.

Los archivos que han sobrevivido a ese período son tan fragmentarios como confusos. De una cosa no cabe duda, y es de que la estación pasó por un período de gran agitación. Hubo abundancia de discusiones comunales y se generaron gestalts etéricas realmente extraordinarias. Extraños zumbidos chirriantes se abrieron paso por el vacío, sembrando el caos en todas las longitudes de onda que podían captarse en un radio de centenares de kilómetros. Los empleados terrestres que seguían conservando la facultad de

moverse independientemente huyeron con todos los objetos de valor a los que pudieron echar mano, lo cual resulta muy comprensible dada la situación. Las gigantescas explanadas de atraque y maniobra quedaron vacías. Los representantes y embajadores se marcharon en la primera lanzadera después de haber borrado frenéticamente sus huellas. Las bóvedas criónicas tuvieron que soportar el asedio de quienes exigían recuperar a sus padres o sus presidentes, y faltó muy poco para que todos los sistemas dejaran de funcionar.

El caos llegó a su punto álgido..., y una nave sistémica capellana se presentó de repente con gran ceremonia y una apabullante exhibición de superioridad tecnológica para exigir la marcha inmediata de los frasques. Los frasques se negaron a abandonar el sistema solar. Los capellanos inclinaron sus enormes cabezas, pusieron cara de pena y los exterminaron.

La destrucción fue tan breve como horrible. Bastó con que los capellanos hicieran un gesto casi imperceptible para que esos frasques de apariencia tan coriácea e invulnerable se encogieran sobre sí mismos y quedaran envueltos en llamas. Los muelles y astilleros de Plenty se convirtieron en un infierno. Las huellas de la catástrofe aún pueden verse hoy en día. Los eladeldis se encargaron de los túneles y aniquilaron a todo lo que se movía. El aire olía a fuego y carne quemada.

Los capellanos enviaron cazas especiales para limpiar la estación y reclutaron a humanos para que los pilotaran. Los escasos supervivientes habían sido fieles a los impulsos básicos de su especie y no se habían alejado mucho de la colmena, pero lograron reunir una flota y se defendieron en dos grandes batallas, prefiriendo la destrucción a la derrota.

Su deseo fue satisfecho.

La representante capellana apareció en todos los canales de todas las redes del sistema y anunció que por fin había llegado el momento de revelar el plan diabólico de los frasques. El levantamiento de Africa sólo había sido un ensayo preliminar. Los frasques querían provocar la guerra civil en todo el sistema y un enfrentamiento generalizado entre todos los planetas. Cuando lo hubieran conseguido saldrían de su colmena orbital—convertida—en—fortaleza para aplastar cualquier posible núcleo de resistencia organizada y devorar a los supervivientes. Era la misma estrategia que habían utilizado para adquirir el control de su sistema natal. Los capellanos, indulgentes y bondadosos como siempre, habían permitido que se instalaran en el nuestro hasta tener la seguridad de que se disponían a utilizar por segunda vez esa horrenda artimaña.

La representante capellana afirmó que sólo el coraje de la raza humana había impedido que los frasques se salieran con la suya. El cascarón recién liberado de Plenty —el orbital de mayor tamaño existente, recordémoslo—, sería entregado a la Tierra como recompensa. Capella se limitaría a proporcionar un comité de mantenimiento y dirección..., siempre que la Tierra.

E estuviere de acuerdo, naturalmente. Y, naturalmente, no tardó en saberse que los capellanos ya llevaban cierto tiempo adiestrando a ese comité.

El nuevo comité estaba compuesto por siete miembros. Todos eran humanos. El que entre ellos no hubiese ni un solo eladeldi indicaba que los

capellanos confiaban en la humanidad, aunque los cínicos de siempre murmuraron que sólo indicaba desprecio.

El comité bautizó al orbital liberado con el nombre de Plenty, y afirmó que sería una combinación de paraíso fiscal, estación de servicio y base empresarial. La base empresarial no tardó en revelarse bastante precaria y los servicios ofrecidos no estaban a la altura de lo que prometían los folletos de propaganda, pero... Bueno, ¿qué se podía esperar de una empresa humana abandonada a sus propios recursos que no contaba con el inapreciable beneficio de la supervisión capellana?

Las neveras volvieron a llenarse y los sectores comerciales se iluminaron, aunque muchas de las zonas protegidas por el conjunto de techos y plataformas colocadas de tal forma que creaban la impresión global de una armadura siguieron sumidas en la oscuridad. La única luz que había en ellas era la enfermiza claridad verdosa de las criaturas fosforescentes que crecían en sus paredes.

La función más lucrativa del orbital resucitado no tardó en ser la de el parque de aventuras alienígenas. Grupos de turistas, fanáticos de la supervivencia y cuadros paramilitares de organizaciones extremistas podían vagabundear por sus fantasmagóricos y peligrosos pasillos después de haber pagado una tarifa muy elevada y haber firmado un documento que eximía al comité de toda responsabilidad por lo que pudiera ocurrirles. Los muelles — una especie de meseta gigante abierta en los dos extremos que se encuentra debajo de la superestructura en forma de cúpula— se convirtieron en el refugio de todas las naves que preferían no frecuentar plataformas mejor iluminadas y mucho más respetables.

Cuando *la Alice Liddell* llegó a Plenty transportando dos artistas de cabaret, el orbital era un habitáculo espacial gigante cuyo proceso de remodelación no había llegado a completarse. Las mejoras y reparaciones sólo alcanzaron un éxito parcial, y quedaban bastantes zonas en las que habían fracasado de la forma más estrepitosa imaginable. Criaturas y artefactos muy extraños correteaban de un lado a otro ocultándose entre las sombras. ¿Quién podía saber cuáles eran los procesos dormidos, las trampas para incautos, los reflejos misteriosos y violentos que podían ser activados por la entrada en los pasillos y celdas que sus constructores habían clausurado? Los frasques no habían dejado guías y no había nadie que pudiera descifrar sus mapas. El mero hecho de doblar un recodo podía hacer que te ocurriera cualquier cosa.

Y Plenty es todo curvas. El orbital no posee ni un sólo ángulo recto. La estructura tiene una forma vagamente ovalada, y toda la estación está construida con una sustancia laminar más parecida al cuero que a cualquier otro material. La lisura de todas las superficies refuerza todavía más la impresión inicial de que Plenty es algo orgánico, algo que fue generado y no construido.

—Parece una tortuga gigante —dijo Marco Metz—. ¿No crees que parece una tortuga gigante? Es el caparazón de tortuga más increíblemente colosal que he visto en toda mi vida.

Tabitha también se había dado cuenta de la semejanza, pero no dijo nada. No pensaba darle la satisfacción de admitir que tenía razón y, de hecho, no

pensaba darle ninguna clase de satisfacción. Plenty quizá fuese una gigantesca tortuga espacial, pero tenía la impresión de que si lo era, esa tortuga podía sacar la cabeza del caparazón en cualquier momento y engullir a *la Alice* y a todo lo que iba dentro de ella. No quería estar aquí ni un momento más de lo necesario. Se libraría de Marco y de su pequeño compañero psitacósico lo más deprisa posible. Aunque... Una vocecita asustada no dejaba de hablar en lo más profundo de su mente. "Error, Tabitha, error, error, error", decía la vocecita. Tabitha estaba ignorando sus consejos porque no tardaría en cobrar. POSIBILIDAD DE FALLO 50 %, decía la vocecita. Tabitha tenía que hacer oídos sordos a ella porque debía dirigir *la Alice* hacia la negra boca del caparazón y meterse por su garganta. Antes había fingido estar ocupada, pero ahora tenía muchas cosas que hacer.

Los inmensos labios curvados de la estación se disponían a engullir la nave. El telón de fuerza onduló lentamente y se abrió delante de su morro.

La Alice Liddell emergió del vacío y entró en un mundo de sombras como si fuera una hoja arrastrada hacia las profundidades de un desagüe. El suelo de la caverna estaba provisto de gigantescas baterías de reflectores, pero sus haces luminosos apenas si conseguían hacer mella en la penumbra. Tabitha pisó el freno y la nave pasó sobre una escena de oscura actividad industrial tan lúgubre y estígia como cualquier imagen de un taller del Infierno. Vehículos de mantenimiento que parecían insectos iban y venían por entre correas sin fin que se deslizaban como serpientes mientras unidades mugrientas y mecanismos animados se arrastraban sobre los fuselajes de naves a medio dismantelar.

"Y éste es el sitio donde he de posar *la Alice* para que le pongan un cristal nuevo...", pensó Tabitha. Empujó el pensamiento al rincón de su mente en el que estaba intentando guardar todas las ideas desagradables, que no paraban de pasarle por la cabeza y se concentró en la tarea de pilotar la nave.

Estaban avanzando por entre la acumulación de muelles, dos inmensos acantilados ennegrecidos repletos de hangares abiertos donde se podían almacenar quinientas naves de alcance medio en hileras de cinco en fondo. Tabitha pudo ver que la mayoría de los hangares estaban vacíos o llenos de equipo y sistemas sueltos que ya no formaban parte de ninguna nave, suponiendo que alguna vez hubiesen formado parte de una. Pero también había naves. Cargueros, lanzaderas turísticas, modelos de exploración, barcasas... Marco estaba hablando por la radio para anunciar su llegada a media docena de personas escasas. Tabitha dirigió *la Alice* hacia un lado del valle y dejó atrás la carroza sumida en las tinieblas de algún senador terrestre que había decidido hacer una gira de incógnito por los burdeles y una Freimacher Carisma de un modelo bastante reciente con una tobera destrozada que estaba medio enterrada bajo la carga desparramada por otra nave.

El último nivel de hangares se encontraba a oscuras. El destello azulado de una baliza de navegación surgió de la nada y perforó las tinieblas que se acumulaban dentro de un hangar.

—¿Ahí? —preguntó Tabitha.

—Ahí —respondió Marco.

Tabitha inclinó el morro, redujo la velocidad y activó los retros dirigiendo cautelosamente *la Alice* hacia la baliza azul.

Apenas podía ver las siluetas de las dos personas que les esperaban dentro del hangar, pero los sensores de popa captaron su presencia sin ninguna dificultad. La luz azulada hacía que sus flacos rostros parecieran máscaras inhumanas y los convertía en dos espectros mediatibundos. Uno de ellos agitó la mano.

—¿Quiénes son? —preguntó Tabitha.

Activó los inerciales y el ruido casi le impidió oír la réplica de Marco.

—Son los Gemelos —dijo.

BITACORA GK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

&&&&&&&Aozuón" ø""u]]] ¡l &a &a & e&Ñ~ []]XO:]]]2—22 —]~E ¡i] oe—

arps egarps fn fnn fnnn CE]]]o't'009059j.1ax ae ceael91€]]]222m&&&&&

&& &??:t—l

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 15.31.22

ADELANTE

Esta mañana Saskia me ha preguntado de qué signo soy. Al principio no supe de qué estaba hablando.

¿QUÉ QUIERE DECIR, CAPITANA? ¿ERA ALGO RELACIONADO CON MI MATRICULA?

No, es algo relacionado con la astrología. Ya sabes... Sagitario, Virgo y todo eso. Los horóscopos de la red. Uno de cada doce habitantes del espacio terrestre encontrará un nuevo amor el martes. Mi tía Muriel cree en esas tonterías. El destino está escrito en las estrellas y todo lo demás. Sólo Dios sabe cómo se las arreglan para hacer tu horóscopo si has nacido en Marte, claro...

Pero su pregunta hizo que me acordara de alguien a quien conocí en un puerto. Creo que fue en Nueva Malibú o en algún sitio parecido... Llevaba unos pantalones para hacer vacuo—surf recubiertos de lamé plateado, y había un montón de solteronas aburridas con cuatro pelos mal peinados babeando sobre sus hombros y murmurando halagos y rumores maliciosos en la curva perfectamente esculpida de su oreja. Los taburetes del bar estaban tapizados con pieles de zebra thrant.

¿Y QUÉ ESTABAMOS HACIENDO ALLI?

Teníamos que entregar un cargamento de zapatos. Zapatos con tacón plataforma, si no me falla la memoria... El complemento ideal para ese traje de glitex con los conductos lubricantes transparentes y los remaches de tungsteno que te acabas de comprar. El traje perfecto para una fiesta en el vacío, ya sabes...

PURA ENVIDIA.

¿Qué dices? ¿Me estás llamando envidiosa?

CREO QUE SÍ.

Oh, vamos, Alice...

SU PROBLEMA ES QUE NUNCA LA HAN INVITADO A UNA DE ESAS FIESTAS, CAPITANA.

¿Y según tú estoy resentida porque nunca me han invitado a una fiesta en el vacío? Debes estar bromeando, Alice... Recuerda que trabajo en el vacío.

PERO TENGO ENTENDIDO QUE ESAS FIESTAS SON ACONTECIMIENTOS SOCIALES INCREIBLEMENTE SOFISTICADOS Y ELEGANTES.

Alice, estás hablando con una mujer que ha asistido a una fiesta de salto nada menos que en el Cuervo de Octubre. Allí sí que hubo elegancia y sofisticación a montones... Nueva Malibú es un nido de gilipollas. Sólo saben pavonearse de un lado a otro exhibiendo su dinero.

CUÉNTEME COSAS DE ESA FIESTA DE SALTO.

Eh... Ya te hablaré de ella en otro momento. Estaba pensando en ese hombre...

No, Alice, pensaba en otra clase de hombre muy distinto... Estaba pensando en un enchufado, un componente serial del Santo Sepulcro de la Neurosfera Expandida.

Si trabajas en Malibú tienes que obedecer sus reglas, más o menos como en todas partes. Las normas de Malibú exigen que te gastes una parte de tus honorarios en la roca. Es una forma de sacarte el dinero, ¿entiendes? La mano izquierda paga a la mano derecha, así de sencillo.

Estaba en el puerto yendo de un lado a otro intentando que algún cajero me aceptara la tarjeta y no había ninguno que funcionara. Metía mi identificación y tecleaba la autorización para sacar algo de dinero y la pantalla decía...

POR FAVOR, ESPERE UN MOMENTO.

Exactamente. Y yo esperé y esperé, y unos momentos después la pantalla dijo...

FONDOS INSUFICIENTES PARA LA TRANSACCION.

No, Alice. La cosa no llegó tan lejos, créeme.

TENGA LA BONDAD DE PULSAR LA TECLA DE RELACIONES PERSONALES. UN EMPLEADO LA AYUDARA EN TODOS LOS TRAMITES NECESARIOS PARA LLEVAR A CABO SU TRANSACCION.

Hoy estás muy parlanchina, Alice.

LO SIENTO CAPITANA.

¿Ya te he contado esto antes?

OH, PROBABLEMENTE. PERO VUELVA A CONTARMELO.

No. ¿Para qué? Debes acordarte mejor que yo, ¿no? Quiero decir..., bueno, debes acordarte de que te lo conté. Seguramente lo tienes grabado en alguna parte, ¿verdad?

NO ME ACUERDO, CAPITANA.

Oh, vamos...

PERO ES QUE NO ME ACUERDO. DE VERAS, NO ME ACUERDO.

Pero podrías hurgar en tus bancos, ¿no?

SI USTED ME ORDENA QUE LO HAGA..., SÍ ESTOY SEGURA DE QUE PODRIA HACERLO. PERO SUPONGO QUE PREFIERE VOLVER A CONTARMELO, ¿NO?

Sí, supongo que sí. Tengo la impresión de que es perder el tiempo, pero...

NADA DE ESO. NADIE CUENTA LA MISMA HISTORIA IGUAL DOS VECES.

¿Te estás metiendo conmigo o qué?

CREO QUE SE SIENTE PERSEGUIDA, ¿VERDAD?

Estoy empezando a desear no haberme metido en este lío. Si hubiera dado media vuelta y hubiera salido de la Cinta de Moebius, nada de todo esto habría ocurrido. Habría encontrado algún trabajo corriente y aburrido, habría pagado la multa, tú tendrías tu cristal nuevo y nunca habría conocido a Marco y a sus amigos y hoy sería una mujer mucho más feliz.

NUEVA MALIBU. EL PUERTO. TURISTAS VESTIDOS DE BLANCO Y ROBOCOCHES BUSCANDO CLIENTELA PARA LOS HOTELES. TABITHA JUTE ESTA INTENTANDO ENTENDER LOS EXTRAÑOS MENSAJES QUE LE ENVIA LA PANTALLA DE UN CAJERO AUTOMATICO. HAY TODA UNA HILERA DE CAJEROS Y NI UNO SOLO QUE FUNCIONE.

¿QUÉ OCURRIO DESPUÉS, CAPITANA?

Tabitha Jute oye una voz a su espalda.

—Di-di-discúlpeme —dice la voz—. Ah-ah-ah-ah. Ah-ah-ah-ah.

Tabitha Jute gira sobre sí misma. A su espalda hay un joven con un tubo metido en la nariz. Tiene los ojos inyectados en sangre y su dentadura es una auténtica ruina, pero sus implantes están muy limpios. Están tan limpios que relucen.

—Estupendo —piensa Tabitha—. Un enchufado...

El enchufado no viste un traje espacial de lamé plateado. No calza botas con tacones de plataforma. Lleva una casulla de plástico azul transparente con la capucha en la cabeza.

—¿Es-es-estás en contacto? —pregunta.

"Soberbio —piensa Tabitha—. Un evangelista enchufado... Un evangelista enchufado que tartamudea... ¿De dónde diablos sacarán a estos tipos?"

TENGO LA IMPRESION DE QUE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO DE LA NEUROSFERA EXPANDIDA NO LE CAE DEMASIADO BIEN.

Has acertado.

POR LO QUE LE OCURRIO A SU HERMANA, ¿VERDAD?

Sí.

ANGIE.

ANGIE SE MARCHO DE CASA PARA CONVERTIRSE EN UNA ENCHUFADA.

Vaya, veo que te acuerdas de eso...

GRACIAS, CAPITANA. INTENTO SUPERARME Y PROCURO NO OLVIDAR NADA.

Oh, sí, ya veo. Aquel pobre idiota también se tomaba muy en serio su trabajo, ¿sabes?

Siguió soltando no sé qué tonterías sobre estar "alineado" y el "interconectarse" y mientras hablaba no paraba de acariciar el panel del cajero automático en el que había metido mi conector.

—N—n—nunca vo—vo—volverás a te—te—tener ma—ma—malentendidos con ni-ni-ninguna máqui—quina.

¿POR QUÉ NO SE LIBRÓ DE ÉL?

Porque a veces soy un poco gilipollas.

DESDE LUEGO.

Sí, ya sé que puedo serlo. La verdad es que me daba un poco de pena.

¿PORQUE TARTAMUDEABA?

Porque me recordaba a Angie. Verás, Alice, los enchufados... No puedo ponerme dura con ellos. Siempre acabo dándoles algo de dinero, sobre todo si son mujeres. Siempre pienso que podría ser ella, ¿entiendes?

NO HAY MUCHAS PROBABILIDADES DE QUE SE ENCUENTRE CON ELLA.

Vamos, Alice, no se trata de eso...

La cabeza de aquel chico era realmente increíble, ¿sabes? Tenía la forma de un casco, la misma forma que siempre he pensado que deben tener las cabezas de los policías en cuanto se quitan sus cascos... Ah, y también tenía la nariz perfecta para ese tipo de cabeza, una cosa tan cuadrada y sólida que parecía una losa. La verdad es que toda su cara parecía una losa. . Era como si algo hubiera caído del cielo y se la hubiera aplastado. Quizá fue la mano del Todopoderoso, no lo sé. Debajo del tubo había un surco que le cruzaba toda la mejilla y desaparecía debajo de su oreja.

—Tenemos que tratarlas bien —dijo mientras seguía acariciando el panel del cajero automático. Ah... Tendrás que imaginarte el tartamudeo, ¿de acuerdo?—. Siente lo que las máquinas están intentando decirnos.

—Sé lo que está intentando decirme —repliqué yo—. Está diciéndome que me largue.

El enchufado no pensaba lo mismo que yo y se echó a reír. Tenía una risita muy estridente que casi parecía un chillido, el tipo de risita que sueltas cuando un niño pequeño hace una metedura de pata graciosa.

—No, no —dijo—. Te está diciendo que no puede entenderte. La estás confundiendo.

—¿Qué quieres decir con eso de que la estoy confundiendo? —exclamé yo—. Estoy respondiendo a sus preguntas. Le he dado toda la información que me ha pedido y ahora quiero que ella corresponda dándome mi dinero.

—Pero no te has abierto a ella, ¿verdad? —replicó él sin dejar de sonreír—. No le has abierto tu mente y tu corazón pidiéndole que entrara en ellos.

Clavé la mirada en sus implantes. El tejido cicatricial parecía bastante antiguo y estaba lleno de arruguitas. Bastaba con verlo para darse cuenta de que la infección había sido realmente grave, pero el pulimento aplicado a los implantes hacía que pareciesen nuevos.

—Bueno, enséñame cómo he de hacerlo —dijo yo, aún no sé muy bien por qué.

Pero sabía que no me iba a gustar.

Sus ojos quedaron cubiertos por una película vidriosa. Su brazo derecho subió tan rígidamente como si hubiese una cuerda invisible que tiraba de él. Los dedos de esa mano entraron en contacto con la sien y apretaron. El resto de su cuerpo no se movió en lo más mínimo.

Empezó a canturrear por la nariz.

Después se quitó la yema de un dedo.

Metió el dedo en la conexión del cajero.

Mientras tanto la otra mano seguía acariciando las placas metálicas frotándolas y dándoles palmaditas cariñosas, y no paraba de canturrear. ¡Le estaba dando una serenata a la maldita máquina!

Unos niños pasaron junto a nosotros y se quedaron inmóviles.

—¡Eh, fijaos en ese tipo!

Empezaron a burlarse de él.

Había una policía humana junto al bar de aguas. Estaba intentando ligar con el chico que atendía a los clientes. Los gritos de los niños hicieron que se fijara en el enchufado, y empezó a prestar atención a lo que ocurría.

—De acuerdo —dije yo—. Creo que ya es suficiente.

La policía tiró de la cintura de sus pantalones subiéndoselos unos centímetros y vino hacia nosotros.

Empecé a tener miedo de lo que pudiera hacerle. Quería librarme del chico, pero no quería que acabara en manos de la policía.

—Olvídalo —murmuré.

La policía estaba cada vez más cerca. Sabía que estaba examinándonos y que los sistemas ocultos detrás del visor habían empezado a leer los datos de mi insignia.

—Capitana, ¿la está molestando? —me preguntó.

—No —dije yo—, no pasa nada. Es..., es un asunto personal. Gracias —añadí.

La policía me miró con cara de pocos amigos y se marchó.

Intenté alejarme. Creía que si me iba el pobre imbécil dejaría en paz al cajero y me seguiría, ¿entiendes? Estaba convencida de que la directiva primaria de todos los evangelistas era "Sigue A La Presa".

Pero el chico estaba metido en la máquina y en la red. Estaba en plena interconexión. Se encontraba muy lejos de allí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

Volví sobre mis pasos.

—Jute —dije.

"Va a hacer que funcione —pensé—. Lo va a conseguir....."

La policía seguía observándonos. Intenté poner cara de que todo aquello era perfectamente normal y de que le había pedido que hiciera la operación por mí como si fuera el empleado que me prestaría toda la ayuda necesaria para que pudiese llevar a cabo mi transacción.

El enchufado parecía estar en la gloria. Me incliné por encima de él para interponer mi cuerpo entre el suyo y los ojos de la policía. Olía a soldador y vaselina. Le dije cómo me llamaba y recité los números. El enchufado pulsó las teclas y canturreó la nota exacta de cada tecla al funcionar. Le di mi número de crédito. No le di la tarjeta.

—Dame la tarjeta —dijo y extendió la mano.

Alargué el brazo sin hacerle caso y empecé a meter la tarjeta en la ranura.

—No, no —dijo él con una sonrisa vacua.

Sacó la tarjeta de la ranura antes de que pudiera impedírselo, se subió la manga izquierda de la casulla y la puso en contacto con su muñeca.

—Oh —dijo—. Oh, Tabi-bi-bitha.

Me enseñó aquella dentadura horrible.

—Ahora te conozco —ronroneó—. Sé ta-ta-tantas cosas so-sobre ti...

Estaba leyendo todos mis datos personales a medida que pasaban a través de él y entraban en el cajero. Podía sentir cómo hurgaba en mi pasado.

—Sal de mis archivos —dije.

—Abre tu corazón —dijo. Su voz se había convertido en un murmullo—. Abre tu me-me-ente.

—Dame eso—dije.

Le arranqué la tarjeta de entre los dedos y sentí el suave tirón de la resistencia magnética que intentaba mantenerla pegada a su muñeca. Volví a meter la tarjeta dentro de mi bolsillo.

—Pero si eres muy hermosa —dijo—. Por dentro. Estás muy bien integrada.

Me contempló poniendo una cara de éxtasis tan increíble que casi parecía imbecilidad. Su enorme mandíbula colgaba hacia abajo y me hizo pensar en una escotilla abierta, y de repente dejé de creerle. No podía creer que hubiera extraído ningún dato de la tarjeta. Todo aquello era un truco barato, una rutina que utilizaba cada vez que se encontraba con alguien lo suficientemente idiota y que servía para convencer a la presa de que cuando te "interconectabas" ocurrían toda clase de cosas maravillosas.

—De acuerdo—dije—. ¿Cuál es mi signo?

—¿Signo? —repitió él.

Estaba segura de que no lo sabía.

—Mi signo estelar—insistí.

Sacó el dedo del cajero y volvió a obsequiarme con aquella sonrisa de retrasado mental.

—Ahora todos vivimos bajo el signo de Capella, Tabitha —dijo con afabilidad—. Gra-gracias por el do-do-donativo —añadió.

Y se fue.

—¡Eh! —grité yo—. ¡Eh, vuelve aquí!

No volvió.

Me di la vuelta y busqué a la policía con la mirada.

Se había ido.

El chico del bar de aguas se estaba riendo de mí.

¿Y NO INTENTO ALCANZARLE, CAPITANA?

No. Le dejé marchar.

PERO... ¿POR QUÉ?

Porque era un enchufado. Por Angie.

Y, naturalmente, los perks no tardaron en aparecer por el extremo abierto del hangar y se apelotonaron alrededor de *la Alice* que crujía y emitía chorros de vapor a medida que se iba enfriando.

Tabitha les vio por el parabrisas. Los perks eran siluetas negras que se movían sobre un fondo púrpura y que entraban corriendo en el hangar chillando y agarrándose a las paredes marrones cubiertas de nudosidades y protuberancias. Sus cabecitas achatadas giraban en todas direcciones y el haz luminoso de la baliza hacía que sus ojillos emitieran destellos azules.

La primera idea que le pasó por la cabeza fue que habían venido a por ella.

Y un instante después recordó que los perks se habían hecho los amos de los muelles de Plenty.

Encendió los reflectores del casco y llenó el hangar con una letal claridad blanca. Vio como los perks parpadeaban y se encogían sobre sí mismos, y sintió un leve deleite vengativo.

Volvió la cabeza hacia las pantallas de los sensores. Los misteriosos Gemelos parecían haberse esfumado.

Después se volvió hacia Marco, quien estaba muy ocupado sacando a Tal de su caja de viaje.

—Quieren dinero dijo.

—Ya lo sé —respondió Marco. Colocó al pequeño alienígena verde encima de su hombro y se apoyó en la consola para contemplar a los perks. Parecía estar un poco nervioso, aunque Tabitha no veía ninguna razón para que lo estuviese—. Observa con atención.

Los perks habían empezado a trepar por los bunkers de mantenimiento del hangar y algunos ya daban saltitos sobre sus techos. Tabitha vio que estaban ocupándose de la conexión energética y de las tuberías del oxígeno y los desechos. Un grupito de perks ya se había deslizado por debajo de *la Alice* y se dirigía rápidamente hacia las tomas de entrada.

Tabitha sintió un deseo casi irresistible de activar el sistema de extintores y darles una buena rociada.

—Bueno, daros prisa—dijo.

Echó un vistazo al reloj. Tenían menos de cuatro horas para transferir el dinero y salvar su cuello. Y el de Alice...

Alice no tenía cuello, claro, pero Tabitha no le había dicho que estaba en apuros.

Ya había dos cuadrillas de perks moviéndose por el hangar, y cada una estaba compuesta por diez o doce alienígenas. Tenían un aspecto bastante miserable, y no parecían encontrarse muy bien de salud. La mayoría estaban perdiendo el pelo, y no llevaban los atuendos elegantes y los extravagantes adornos típicos de los perks que se veían por las calles de Schiaparelli. Estos perks vestían monos mugrientos y llevaban gorras con máscaras protectoras incorporadas. Cada cuadrilla contemplaba con expresión recelosa a los integrantes de la otra. La cuadrilla que se había encargado de acercar los tubos se mantuvo alejada de la nave y la otra desapareció a toda velocidad debajo de ella.

Cada cuadrilla tenía un aspecto muy parecido al de una familia. Había uno o dos adultos en el centro que se encargaban de supervisar las operaciones; los ancianos de cuerpos encorvados y pelaje canoso se movían lentamente por la periferia del grupo, y en la zona intermedia estaban los tíos, tías, primos y toda la amplia gama de la progenie perk chillando y dándose empujones los unos a los otros. Los más jóvenes se insultaban entre sí desafiándose a tocar el todavía muy caliente casco de *la Alice Liddell*. Tabitha oyó un chillido estridente. Alguien se había atrevido a tocarlo, o había sido empujado. Los

ancianos se dispersaron por entre la confusión de cuerpos golpeando indiscriminadamente todas las cabezas que se les ponían por delante.

—¡Cheeee! ¡Cheeee!

—Siempre actúan igual —le explicó Marco—. Tienes que pagarles para que te dejen en paz y no estorben, y luego tienes que pagar a la otra cuadrilla para que se encargue de las conexiones.

La cabina de *la Alice* estaba empezando a llenarse de vapor. Tabitha extendió una mano y creó un creciente lunar en la capa de condensación que se había ido acumulando sobre el parabrisas.

—Bueno, ¿y a qué esperas para pagarles? —exclamó.

—Dentro de un momento, dentro de un momento... Es increíble, ¿verdad? Un auténtico drama...

Dejó escapar una risita.

Tabitha no dijo nada. El espectáculo no le hacía ninguna gracia. Odiaba a esos perks y a todos los perks, y los odiaría hasta el final de sus días. No se sentiría tranquila hasta que los doscientos cincuenta de la multa hubieran sido enviados a través del vacío con rumbo a la Comisaría Mirabeau, pero tampoco tenía muchas ganas de meterse en la vasta y ominosa cúpula de los placeres que se cernía sobre sus cabezas.

Deben recordar que Tabitha Jute aún no había puesto los pies en los otros pisos de Plenty. Siempre había preferido aceptar su reputación sin ponerla en tela de juicio y, como creo haber dicho antes, Plenty tenía muy mala reputación. Plenty parecía ser un sitio muy peligroso en el que podían robarte, violarte o borrarte de la existencia con una temible rapidez y una aterradora falta de escrúpulos; un lugar donde personas a las que no conocías de nada podían cobrarte sumas de dinero rayanas en el chantaje por hacer cosas o prestarte servicios que no habías solicitado y que no deseabas en lo más mínimo. No, la capitana Jute tenía más que suficiente con los muelles... Lo peor que podía ocurrir aquí era que se produjeran extraños y repentinos deslizamientos entre las sombras donde un minuto antes no había nada, que un mecánico vespano con algún tornillo flojo te aburriera contándote historias sobre un fabuloso tesoro frasque abandonado en un hangar cercano al que se llegaba con sólo doblar el próximo recodo o que una cuadrilla de extorsionadores perks intentara sacarte el dinero.

Los grupos de perks que montaban guardia junto a las tomas empezaron a removerse y arañaron la escotilla con las uñas.

—Cheeeee...

El sonido pareció poner nervioso a Tal. El loro respondió emitiendo una especie de trompeteo pensativo que daba la impresión de venir de muy lejos. Alzó una pata y flexionó las garras.

—No, en serio, esto es realmente soberbio dijo Marco—. Es de lo más tribal... Como el fútbol.

—Líbrate de ellos dijo Tabitha.

—¡Navajas! —graznó Tal de repente—. ¡Navajas y tasajo!

—Tranquilo, Tal dijo Marco . Voy a ocuparme de todo, no te preocupes.

Extendió los brazos hacia Tabitha.

—Toma, sostenlo un momento.

Alguien más decidió actuar antes de que Tabitha pudiera obedecer o rechazar al loro.

Una masa borrosa compuesta por un par de pies desnudos y una chaqueta y unos pantalones de pijama azules adornados con lentejuelas surgió de la nada, dejó atrás la nave, pasó sobre la guardia de perks dando un salto mortal y se estrelló contra la cuadrilla que controlaba las tomas dispersando a sus integrantes como si fueran un montón de bolos.

—Oh, cielos dijo Marco—. Mira, Tal... Parece que los Gemelos han perdido la paciencia.

Tal emitió un graznido muy poco propio de un loro, emprendió el vuelo y acabó posándose encima de un monitor.

—Estupendo dijo Tabitha—. Una idea realmente brillante. Nada menos que provocar una pelea... Es un plan soberbio.

La bala de cañón humana —si es que realmente era humana— se puso en pie y se sacudió. Los tres perks que se habían aferrado a ella cayeron al suelo.

Tabitha estaba tan impresionada que concentró toda su atención en esa zona del hangar. El recién llegado era alto y flaco, con una frente muy despejada y un manto de largos cabellos que le llegaban hasta la mitad de la espalda. Tenía los ojos incrustados en las cuencas, una nariz delgada y perpendicular y una boca muy fina. Sus brazos y sus piernas parecían extraordinariamente largos y flexibles, y Tabitha vio como se movían a toda velocidad en una serie de direcciones de lo más improbable, volviendo a derribar a los perks que intentaban levantarse del suelo.

Pero había veinte (o veinticuatro) perks, y ahora todos parecían tener el mismo objetivo.

Tabitha volvió la cabeza hacia Marco y vio que estaba apoyado en la consola con una gran sonrisa en los labios.

El hombre alto y flaco gritó algo que no pudo oír. El enjambre de pequeños roedores cayó sobre él y Tabitha vio como movía un brazo hacia atrás, apuntando melodramáticamente con la mano hacia la parte trasera del hangar.

Tal emitió un silbido ensordecedor.

—¡Mazapán! —graznó .

Tabitha torció el gesto y pensó que si volvía a hacer algo parecido le metería en la caja y se sentaría sobre la tapa.

Captó un movimiento en las pantallas de los sensores de popa y volvió la cabeza hacia ellas. Sufrió un breve instante de confusión durante el que estuvo convencida de que aquella silueta era el hombre alto y flaco, y Tabitha no lograba entender cómo se las había arreglado para colocarse detrás de ellos. Pero la esbelta silueta visible en las pantallas de los sensores pertenecía a una mujer. Tabitha vio como subía a la aleta de estribor, saltaba de ella al casco

que aún no se había enfriado y corría velozmente sobre su curvatura, moviéndose a grandes zancadas mientras extendía un brazo delante de ella, apuntando con el dedo índice y el meñique a la confusión de perks que estaba luchando con el hombre.

El aire pareció incendiarse por encima de sus cabezas. Un diluvio de llamas cayó sobre los perks. Hubo chillidos y alaridos, y los cuerpecitos de los perks se movieron frenéticamente y se empujaron los unos a los otros mientras las zarpas se agitaban para caer sobre la ropa humeante y las plumas chamuscadas.

El relámpago la había dejado un poco deslumbrada, y de repente Tabitha vio el rostro de la mujer muy cerca del suyo y en posición invertida.

La mujer estaba tumbada encima del parabrisas sin agarrarse a nada y les miraba fijamente. Su rostro era idéntico al del hombre, con rasgos tan afilados como la hoja de un cuchillo y la frente muy despejada. Un bigote tan delgado que parecía una raya de lápiz decoraba su algo caprino labio superior. La mujer sonrió y le guiñó un ojo a Marco. Todo esto ocurrió en el instante que siguió al relámpago y un momento antes de que la aparición extendiera los brazos y las piernas al máximo y se lanzara sobre los perks que se habían congregado debajo de ella.

—¡Snix! —graznó Tal.

Los perks estaban huyendo del hangar. Corrían dando grandes saltos y se escurrían a toda velocidad por los rincones volviendo a los escondites de los que habían salido. Marco empezó a aplaudir entusiásticamente.

Tabitha recorrió el hangar con la mirada intentando localizar al hombre. La bala de cañón humana parecía haberse esfumado. Consiguió ver a la mujer— un destello azul en un sensor de popa—, y la perdió enseguida.

—Eso ha sido una estupidez —dijo.

—¡Han ganado! —exclamó Marco con expresión triunfal, y extendió las manos hacia ella.

Tabitha permitió que la abrazara y le dio un beso algo distraído.

—Muévete —dijo señalando el reloj.

—¿No vas a venir?

—¿Con ese montón de perks enloquecidos queriendo vengarse de ti? Ni soñarlo... Ya quedé lo suficientemente harta de perks en Schiaparelli, ¿recuerdas?

Marco movió la mano en un gesto cortante como si quisiera indicar que el pasado no tenía ni la más mínima importancia.

—Esos perks son historia —dijo—. Te aseguro que no volverán a molestarnos.

—No pararán hasta haberte encontrado —dijo Tabitha—. Allá arriba...

Alzó los ojos hacia las toneladas carentes de peso que se amontonaban sobre sus cabezas.

Marco le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Vamos, Tabitha... —dijo.

Tabitha apartó la mano que le había cogido con cierta brusquedad.

—Tráeme esa tarjeta que me prometiste, Marco —dijo—. Después... Ya veremos.

—Eh —murmuró Marco—. No tengas miedo, ¿de acuerdo? Cuidaré de ti. Ya sabes que cuidaré de ti, ¿verdad? ¿Acaso no he cuidado de ti hasta ahora?

Tabitha no le hizo caso y volvió la cabeza hacia el parabrisas. Las conexiones abandonadas yacían sobre el suelo lleno de manchas como serpientes que aguardaran el momento de atacar.

—Vete dijo—. Sal de la nave y ve a buscar el dinero. Yo me quedaré aquí.

—Pero, Tabitha, cariño...

—No me llames cariño.

Le miró. Los hermosos ojos castaños de Marco la contemplaban con expresión suplicante.

—Haré unas cuantas llamadas mientras estás fuera e intentaré averiguar si hay algún cristal disponible —dijo con firmeza—. Después dormiré un rato. Estoy reventada.

—Vamos... dijo él—. Oye, ¿no crees que dormirás mucho mejor en un hotel? Te instalaremos en el mejor hotel de la estación, ¿de acuerdo? Tendrás tu propia habitación individual para que nadie te moleste. Te darás una ducha, tomarás un par de copas y te sentirás mucho mejor. Relájate. Ya sabes que necesitas relajarte, ¿no? Y luego... ¡El espectáculo!

—Ya he tenido espectáculo más que suficiente por hoy, gracias —replicó Tabitha.

Una voz brotó del monitor de popa en el lado de estribor.

—Vamos, capitana... No sea tan dura con él.

—Es nuestra invitada dijo la misma voz desde el monitor de popa del otro lado.

—¿Qué? —exclamó Tabitha—. ¿Quién ha dicho eso?

Su voz retumbó en el hangar y creó un sinfín de ecos.

Tabitha se lanzó sobre los controles. La brusquedad del movimiento asustó a Tal y el loro emprendió el vuelo yendo en línea recta hacia su cabeza, pero se desvió en el último instante. Un ala pasó a escasos centímetros del rostro de Tabitha. Alzó un brazo con un cierto retraso para manotear frenéticamente allí donde había estado el loro y usó la otra mano para golpear el interruptor que desconectaba el sistema de megafonía tan inexplicablemente activado.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Has sido tú? —preguntó volviéndose hacia Tal, que no se había acercado en ningún momento al interruptor.

Los monitores emitieron un siseo casi inaudible.

—Vamos, chico, ven conmigo.

Marco había empezado a bajar por el tramo de peldaños que llevaba a la escotilla. Tal se posó sobre su hombro. La mano de Marco se movió por debajo de lo que en un ser humano habría sido la barbilla acariciando el cuello de Tal mientras le murmuraba sonidos tan ininteligibles como tranquilizadores.

Las conexiones entraron en sus tomas y las luces de los sistemas eléctricos parpadearon durante una fracción de segundo. Los conductos de ventilación de la cabina empezaron a emitir una brisa refrescante.

Tabitha giró sobre sí misma y clavó los ojos en los monitores.

Los reflectores proyectaban su implacable claridad sobre las nudosas paredes marrones del hangar y revelaban las mugrientas superficies del suelo y el techo. Todas las pantallas estaban vacías, y los únicos objetos visibles eran la baliza que seguía emitiendo destellos azules y un montón de bolsas y cajas tiradas junto a la puerta del ascensor. Todas las conexiones y tubos se hallaban en su sitio. El hangar estaba desierto.

Tabitha se puso en pie, bajó los peldaños dando saltos y apartó a Marco de un empujón para cruzar la escotilla.

Abrió la puerta exterior de un manotazo y sacó la cabeza por el hueco para examinar el flanco de la nave.

Un céfiro bastante rancio de atmósfera artificial que llevaba mucho tiempo sin ser renovada revoloteó a su alrededor. El aire apestaba a zinc y aceite.

—¿Quién está ahí? ¡Sal donde pueda verte!

Tabitha creyó captar una presencia casi imperceptible en la cabina de la que acababa de salir. Era un murmullo de movimientos o..., no, ni tan siquiera eso; era una especie de paréntesis en el silencio que habría debido acoger a un murmullo, suponiendo que alguien lo hubiese emitido.

Tabitha retrocedió hacia el comienzo del tramo de peldaños.

La mujer del bigote estaba sentada en su red. El hombre la contemplaba desde la red del copiloto. Habían cerrado todas las portillas, se habían puesto las terminales y habían introducido los conectores en la consola.

Dejando aparte el bigote, sus rostros eran idénticos.

Los recién llegados le hicieron una reverencia.

—Saskia y Mogul Zodíaco —anunciaron al unísono.

—Te presento a los Gemelos —dijo Marco.

—Muy bien —dijo Tabitha—. Fuera de aquí. Salid todos.

—No le ha gustado —dijo Mogul.

—No hace falta ser ningún genio para darse cuenta de que no le ha gustado dijo su hermana sin apartar la mirada del melón cubierto de arrugas que sostenía en las manos. Lo arrojó hacia el techo de la cabina, siguió su lento descenso con los ojos y volvió a cogerlo—. ¿Quieres que nos lo comamos? Sería un trasto menos.

—¿Qué? exclamó Tabitha—. No —dijo—. Suelta ese melón ahora mismo. Quiero que salgáis de aquí enseguida. Quiero que todo el mundo salga de mi nave.

Marco le pasó un brazo por encima de los hombros y Tabitha se lo apartó de un empujón.

—Vamos, Tabitha... dijo . No seas así. Ha sido increíble, ¿verdad? Ha sido un espectáculo soberbio, ¿no? Debes admitir que son magníficos.

—Marco, creo que ya te había dejado muy claro cuál era nuestro acuerdo —dijo Tabitha—. Vete. Sal de la nave ahora mismo y cumple con tu palabra.

—Tabitha, eso no ha sido nada, créeme... Comparado con lo que podrás ver esta noche lo de antes era una menudencia.

Dio una palmada y recorrió la atestada cabina con los ojos sin dejar de sonreír.

—No pienso ver ningún espectáculo más —dijo Tabitha—. Me voy a la cama. Aún me quedan muchas horas de conducir y necesito descansar un rato.

—Podemos echarle una mano dijo Marco.

—No, no podéis echarme una mano dijo Tabitha. Estaba empezando a enfadarse con él—. Lo que puedes hacer es salir de la nave y conseguir ese dinero. El tiempo se está acabando, y tienes que preparar una función. Quiero que tú y tu caja de trucos mágicos salgáis ahora mismo de mi nave y que me dejéis en paz. Fuera de aquí. Largo.

Los Gemelos salieron de las redes y bajaron por el tramo de peldaños dando saltitos y haciendo piruetas.

—¿Caja de trucos? exclamó Saskia—. ¿De qué está hablando?

Parecía un poco ofendida. Su hermano le dio unas palmaditas en el brazo.

—Creo que la capitana está un poco nerviosa —dijo . El espectáculo la ha dejado muy..., muy impresionada, ¿verdad?

Pasó por delante de Tabitha y le sonrió.

—Caja de trucos... —protestó Saskia siguiendo a su hermano.

—Dame eso —dijo Tabitha.

Le quitó el melón que Saskia había empezado a hacer rodar lentamente desde su hombro hasta su muñeca cuando se disponía a llevarlo en dirección opuesta.

Los Gemelos salieron por la escotilla y saltaron ágilmente al suelo del hangar con los pies por delante.

Tal se posó sobre el hombro de Tabitha con un repentino retumbar de alas.

—Adiós —trinó—. Adiós es la palabra que más cuesta pronunciar, la canción mas difícil de entonar...

—Marco, llévate a este monstruo.

—Tal, ven aquí —dijo Marco haciendo chasquear los dedos—. No puedo creerlo... —añadió mientras el pájaro volaba hacia su hombro—. ¿No vas a venir conmigo? ¿Acaso no sabes lo mucho que me gustas? ¿No sabes lo que significas para mí?

—Estoy empezando a hacerme una idea —replicó Tabitha.

—Oye, oye; Tahitha... Ya se que no soy perfecto, ¿de acuerdo? —dijo Marco—. Soy un artista. Todos somos artistas. Tienes que relajarte un poco... No puedes esperar que seamos como las personas corrientes. Oh, encanto no te estoy diciendo que vaya a resultar fácil, pero...

—Pues yo creo que va a ser facilísimo —dijo Tabitha, y alargó una mano hacia él—. La tarjeta.

Los Gemelos ya habían llegado a las puertas y estaban llamando el ascensor.

—No. —dijo Marco.

Tabitha se quedó muy inmóvil y le miró boquiabierta.

Marco se quitó el loro del hombro y lo lanzó a través de la escotilla.

—Ve con ellos, Tal. Tenemos que aclarar un pequeño malentendido —dijo sin apartar los ojos del rostro de Tabitha.

Tabitha contrajo los labios enseñando los dientes y tensó los puños.

—No hay ningún malentendido que aclarar, Marco.

—No me iré dijo Marco.

—Si no consigues ese dinero tendrás que buscarte otra nave —le recordó Tabitha intentando controlar su ira.

—No puedo dejarte sola —dijo Marco . Estás pensando en huir, ¿verdad? Te largarás de aquí a toda velocidad en cuanto esas puertas del ascensor se hayan cerrado a mi espalda.

—No pienso ir a ninguna parte —gritó ella—, por lo menos no hasta que tenga...

Un grito procedente de la parte trasera del hangar hizo vibrar la atmósfera.

Tabitha y Marco corrieron hacia la escotilla.

Los Gemelos estaban en posiciones idénticas uno a cada lado del ascensor intentando mantener cerradas las puertas. Las puertas estaban separadas por unos centímetros.

Y varios perks intentaban salir por ese reducido espacio.

—¡Cheeeeeee! —gritaban—. ¡Chee—chee—chee—cheeeeeeee!

Un perk logró salir del ascensor y no tardó en ser seguido por otro. Un tercero sacó la cabeza por el hueco.

El primer perk saltó sobre Mogul.

Tal se lanzó sobre el segundo con las garras extendidas al máximo y el pico funcionando a toda velocidad.

Mogul intentó sujetar la puerta con un pie mientras luchaba con el perk. Consiguió atizarle una patada en el cuello. El perk cayó al suelo y empezó a retorcerse.

El perk de Tal estaba aullando.

Un golpe ahogado. Saskia había arrojado algo que acababa de chocar contra la cabeza del tercer perk. El alienígena se derrumbó como un fardo. Saskia cerró las puertas del ascensor y Mogul pulsó el botón de retorno.

Saskia se inclinó un momento para recuperar el proyectil y los Gemelos volvieron corriendo a la nave. Tal dejó caer a su flácida víctima y pasó por encima de sus cabezas, cruzando el umbral de la escotilla para desaparecer dentro de la nave.

—Tengo la impresión de que nadie va a moverse de buen rato—dijo Marco.

Saskia y Mogul ya estaban a bordo. La respiración de los Gemelos apenas se había acelerado.

—Te advertí de que ese plan genial tuyo nos traería problemas —dijo Tabitha.

Saskia lanzó su proyectil —el melón, o lo que quedaba de él—, hacia las manos de Tabitha mientras Mogul se encargaba de cerrar la escotilla.

—Ya no me apetece —dijo.

—Bien dijo Marco poniéndose repentinamente serio—. ¿Hay alguna otra salida?

Tabitha movió un pulgar señalando la entrada del hangar.

—Puedes trepar dijo.

—Sí —dijo él.

—Ellos también dijo Tabitha.

Se estaba divirtiendo. Los acontecimientos le habían dado la razón, ¿no? En cuanto a sus planes, no habían cambiado y acababa de tener una idea. No estaba segura de si funcionaría, pero quizá sirviese para sacarles de allí enteros.

aquí durante un

Entró en la cabina, arrojó los restos del melón al triturador de basuras y se limpió las manos. Abrió los cierres de su red y se instaló en ella.

Echó un vistazo al reloj y apartó rápidamente los ojos de él. Tres horas..., escasas.

Marco entró en la cabina sin que le hubiera invitado a hacerlo y se quedó inmóvil junto a ella. Tabitha no le prestó ninguna atención. Pulsó una tecla de la consola e introdujo una serie de órdenes en el ordenador. Después se echó hacia atrás y cruzó los brazos delante del pecho.

Los reflectores colocados sobre el techo de *la Alice Liddell* giraron lentamente y dos haces luminosos acabaron apuntando al techo del hangar y al oscuro golfo que se extendía más allá. Los reflectores revelaban dos líneas de metal negro, dos rieles que subían hasta desaparecer en las tinieblas.

—Supongo que estarás acostumbrado a este tipo de cosas dijo Tabitha.

Algo se estaba moviendo entre la oscuridad.

La cabina volvía a estar atestada y nadie apartaba los ojos del parabrisas. Marco seguía inmóvil detrás de Tabitha con los dedos engarfiados en la red por encima de su cabeza. Tal se aferraba a la red del copiloto. Saskia y Mogul se habían metido en ella abrazándose el uno al otro sin darse cuenta de lo que hacían hasta formar una bola mientras miraban hacia arriba con la expresión solemne de un par de gatitos perplejos.

Una gigantesca masa oscura estaba deslizándose por los rieles y venía hacia ellos. El inmenso objeto parecía tener una forma más o menos redondeada, y era como un fardo colosal suspendido de un transportador con ruedas.

El artefacto buscador entró en el hangar propiamente dicho y emitió una serie de chasquidos mientras giraba lentamente sobre sí mismo. El fardo empezó a bajar balanceándose al extremo de una serie de cables.

Mientras bajaba se fue transformando y desplegó un gigantesco par de alas que se alejaron hacia la izquierda y hacia la derecha. El fardo estaba compuesto de un material que cambiaba de color según el ángulo en que le diera la luz, y no tardaron en ver que había montones de fibras que se deslizaban la una sobre la otra dejando huecos que los haces luminosos de los reflectores podían atravesar. El fardo era una red.

Una maquinaria invisible empezó a gruñir detrás de ellos. Todos se dieron la vuelta menos Tabitha, que siguió observando el descenso de la red en la pantalla de un monitor de popa con una expresión satisfecha en el rostro. Sus pasajeros echaron a correr hacia la bodega y entraron en aquel enorme espacio vacío con el tiempo justo de ver cómo el techo de *la Alice Liddell* empezaba a partirse en dos mitades.

Las dos mitades del techo se fueron retrayendo lentamente y la hebra de luz azulada que indicaba la posición del hueco se fue haciendo cada vez más ancha hasta que el techo desapareció dentro de las paredes con un suave gruñido. La inmensa red avanzó por el espacio existente entre los rollos metálicos que eran los extensores de carga acompañada por el rechinar de sus poleas.

Tal se refugió en la pasarela. Marco y los Gemelos se apresuraron a retroceder. Tabitha se echó la bolsa de viaje al hombro y salió de la cabina caminando tranquilamente sin alzar los ojos ni una sola vez hacia los grandes cables que parecían dispuestos a chocar con su cabeza.

Era su espectáculo, y estaba disfrutando de él.

Fue hasta la parte posterior de la bodega, abrió un panel de control, pulsó varios botones y se dio la vuelta. La red siguió bajando hasta entrar en contacto con el suelo, pareció hacer una reverencia a escasos centímetros de sus pies y se quedó inmóvil. La maquinaria dejó de funcionar.

Marco estaba junto a ella estrujando su vieja bolsa de viaje mientras contemplaba la red con cierta aprensión.

—¿Quieres que vayamos en esto?

—Siempre os queda el ascensor dijo Tabitha—. Volverá en cualquier momento.

—Eh, no, te aseguro que me encanta dijo Marco con un leve temblor en la voz—. De veras...

Los Gemelos fueron hacia la red y la inspeccionaron. Saskia acercó la punta de un pie a los cables y los empujó.

—Parece una red de seguridad dijo poniendo cara de repugnancia.

—Bueno, quizá debemos ser un poquito flexibles dijo su hermano con voz lánguida—. No estoy seguro, pero puede que nos encontremos en una situación desesperada.

—Pero nosotros nunca... empezó a decir Saskia.

—No te preocupes —dijo Tabitha lanzándole una mirada maliciosa—. No os caeréis por entre los agujeros.

Saskia la miró fijamente. Tabitha le dio la espalda y tecleó la secuencia de subida. La maquinaria empezó a chirriar por encima de sus cabezas.

—Será mejor que te des prisa, Marco —dijo—. Tienes tres horas para volver con el dinero.

Saskia se encogió de hombros con mucha delicadeza y cogió de las manos a su hermano. Una velocísima serie de volteretas acabó depositándoles de pie en el centro de la red.

—¿Dónde termina el trayecto de esta cosa? —preguntó Marco.

—En los almacenes de recepción dijo Tabitha con voz firme y algo
Volvía a controlar la situación, y le gustaba.

Los cables se tensaron. Tal revoloteó por entre ellos, se deslizó junto a los bordes de la red que empezaba a subir y subió unos cuantos metros.

—¡Mazapán! —gritó trazando círculos por el aire—. ¡Zapatos de alcalde!

—Todo el mundo a bordo —dijo Tabitha.

La red empezó a separarse del suelo de la bodega.

Marco se volvió. Tabitha le miró y vio que sus ojos ardían con un extraño brillo apremiante. Un instante después la abrazó con tanta fuerza que le inmovilizó los brazos a los costados y la besó apasionadamente.

—Mmmff...

Marco le hizo perder el equilibrio.

—¡Mmmff—ay! —gritó Tabitha en cuanto sus labios dejaron de estar en contacto.

Estaba cayendo hacia el suelo de la bodega y Marco caía con ella. Sus brazos seguían rodeándola.

La red se cerró alrededor de sus tobillos. Marco y Tabitha quedaron aprisionados por el entramado de cables. La red ya se encontraba a cierta distancia del suelo y seguía subiendo a bastante velocidad.

Tabitha se había quedado sin aliento. Intentó jadear y sólo consiguió emitir una horrible mezcla de náusea y graznido. Los cables de la red se incrustaban en su cara. La bolsa de viaje se le estaba clavando en las costillas. Marco había quedado encima de ella y los Gemelos estaban encima de Marco. Tabitha lanzó un grito inarticulado.

Los Gemelos empezaron a trepar por los cables y el peso que la inmovilizaba no tardó en disminuir. Marco seguía encima de ella. Los cables untados de grasa se le clavaban por todas partes. Su posición hacía que sólo pudiera ver el hueco donde había estado el techo de *la Alice Liddell* y sólo con un ojo. Algo verde salió volando de la bodega. Era Tal.

Marco había logrado liberar sus brazos y estaba intentando apoyarse en las rodillas para quedar erguido. La red osciló, Marco perdió el equilibrio y le clavó una rodilla en los riñones.

—¡Ay!

Un instante después ya estaba en pie y se apartaba de un salto para permitir que Tabitha se colocara en una posición un poquito más cómoda.

Estaban saliendo del hangar. El crepúsculo azulado emitió un último parpadeo y se extinguió. La baliza había dejado de funcionar.

—Ah... —dijo Tabitha—. Uh...

—¿Estás bien? —preguntó Marco con voz preocupada—. Tabitha, ¿te encuentras bien?

Tabitha intentó darle un puñetazo. El brazo se le enredó en los cables y su puño chocó con la sien de Marco, pero el movimiento hizo que se le escurriera un pie por entre los cables. Tabitha se derrumbó de lado lanzando gritos de furia.

La red entró en la oscuridad de la caverna que había encima del hangar. Los Gemelos colgaban de los cables sobre las cabezas de Tabitha y Marco en elegantes posturas náuticas con los pies firmemente incrustados entre los cables. El suelo de los muelles se iba alejando por debajo de ellos. Las señalizaciones luminosas de los carriles brillaban con un resplandor cada vez más débil, y chorros de llamas verdosas surgían de la nada para surcar la penumbra durante unos momentos y extinguirse.

Tabitha logró quedar arrodillada.

—Tú... —gritó alzando la cabeza hacia Marco.

—Lo sé —dijo él—. Lo siento. De yeras, lo siento mucho... Por favor, dime que te encuentras bien.

—¿Bien? —le gritó ella con la boca casi pegada a su nariz—. ¿Que si me encuentro bien?

La red les llevó a través de una entrada oblonga recubierta de baldosas irregulares que parecían estar llenas de espuma jabonosa y a la inmensa explanada bañada por una áspera luz ambarina que había al otro lado. La explanada albergaba veinte vías que terminaban en muelles radiales. Una supervisora de unidades de cara suspicaz vestida con un mono emergió de su cabina para observar su llegada. Las cuentas multicolores en que terminaban

sus trencitas casi le ocultaban el cuero cabelludo. Una multitud de unidades de carga se fue congregando lentamente a su alrededor.

La explanada parecía estar libre de perks.

Los Gemelos abandonaron la red antes de que se detuviera. Saltaron al suelo y fueron hacia la mujer, deteniéndose uno a cada lado de ella para saludarla con una reverencia y un aleteo de las manos.

—Los Asombrosos Gemelos Zodíaco, señora.

—Con nuestros mejores deseos...

—Dos entradas para nuestra función de esta noche.

La mujer se llevó un dedo al electrodo de su centro auditivo y lo acarició con la yema. Estaba recibiendo alguna transmisión. Contempló las entradas que le estaban ofreciendo, pero no intentó cogerlas. Saskia—¿o era Mogul?— se las metió en uno de los bolsillos delanteros de su mono.

—El Jardín Mercurio.

—¡A las ocho!

Los Gemelos se alejaron dando veloces volteretas sobre las manos y los pies.

—Esperen un momento... —gritó la mujer.

Los Gemelos se quedaron inmóviles y se volvieron lentamente hacia ella.

—Tasa portuaria —dijo la mujer hablando muy despacio . Permiso de entrada. Pasaporte. Documentación del vehículo.

La red dejó libre a Tabitha con el tiempo justo para que pudiera ver como Mogul Zodíaco movía la mano trazando una serie de pases ante los ojos de la mujer.

—Creo que está todo en orden —dijo enseñándole la mano.

Su mano estaba vacía.

Marco la ayudó a salir de la red con una auténtica exhibición de galantería y buenos modales. Tabitha se apartó de él, pero Marco no se dio por vencido.

—Tómalo con calma, ¿quieres? —murmuró—. Ya casi lo hemos conseguido.

—¡Déjame en paz! —gritó Tabitha.

La supervisora volvió la cabeza hacia ellos y les lanzó una mirada vidriosa. Las unidades imitaron su gesto.

—Es mi hermana —explicó Marco con una sonrisa absurdamente jovial mientras la abrazaba con todas sus fuerzas—. Marigold la Mentalista... El viaje espacial siempre la pone de muy mal humor. Vamos, hermanita, ya no corres ningún peligro...

Tabitha le apartó dándole un violento empujón y se dispuso a lanzarle un puñetazo aunque eso le costara volver a la cárcel, pero... La mujer les estaba mirando y Tabitha no tenía ni idea de quién podía estar observándoles a través

de sus ojos. No necesitaba más problemas de los que ya tenía, y acabó bajando la mano.

Sabía que la policía no se limitaría a ponerle una multa. Había oído contar cosas bastante feas sobre los policías de Plenty. La gente decía que ni tan siquiera se tomaban la molestia de encerrarte. Los rumores afirmaban que te quitaban la ropa, te llevaban a la zona de aventuras y se largaban.

Tabitha se echó la bolsa de viaje al hombro. Marco volvió a pegársele.

—¿Quieres tu dinero? —murmuró—. Si lo quieres será mejor que no te separes de mí.

—Tengo que echar un vistazo a su permiso de entrada dijo la supervisora—. Pasaporte. Documentación del vehículo. Código del recibo de la tasa portuaria.

Tabitha estuvo a punto de gruñirle. Sacó su identificación de la bolsa y la sostuvo junto a su insignia de capitana.

—Soy propietaria—conductora de una barcaza..., ésa de ahí es mi nave dijo señalando con una mano hacia abajo y hacia un lado. Alzó la muñeca y colocó el monitor casi en las narices de la mujer—. ¿Ve? BGK009059.

—Los míos ya los ha visto —dijo Marco.

Señaló hacia adelante y la supervisora de unidades se volvió en la dirección que indicaba. Tal y los Gemelos Zodíaco habían seguido avanzando por la explanada y ya habían desaparecido entre los montones de cajas y barriles.

—Oh... —dijo la supervisora con voz algo vacilante—. De acuerdo —añadió.

Tenía los ojos inyectados en sangre, y parecía considerablemente confusa.

Marco cogió a Tabitha por el codo y tiró de ella.

—¡No se pierda la función! —gritó volviendo la cabeza hacia la supervisora mientras la saludaba alegremente con la mano.

—Quiero volver a la nave —insistió Tabitha.

—No hay tiempo —dijo Marco, y siguió tirando de ella

—Tengo que cerrar el techo —dijo ella—. ¿Quieres que alguien la robe? Marco, estamos en Plenty... ¿Lo recuerdas?

Marco la rodeó con sus brazos.

—¡Suéltame! —gritó.

Marco no la soltó.

—¡Suéltame, Marco!

Tabitha le atizó un codazo en las costillas.

Desgraciadamente, escogió el preciso instante en que un policía venía hacia ellos.

Las piernas del policía se movían con la típica zancada mecánica de los músculos ayudados por sistemas hidráulicos. Su cabeza giraba lentamente

primero en una dirección y luego en otra. Vio a Tabitha debatiéndose entre los brazos de Marco y los examinó con su ojo de cíclope. Su rostro no podía estar más inexpresivo. El policía iba armado con un par de pistolas.

—¿Algún problema? —preguntó con voz pastosa.

Su boca estaba repleta de acero inoxidable.

—No.....—se apresuró a decir Tabitha—. No, no hay ningún problema, gracias.

—¿Desea una licencia de duelo? —preguntó el policía.

—¿Que si deseo una qué? —replicó Tabitha poniendo cara de perplejidad.

Marco estaba mirando en dirección opuesta.

—Una licencia de duelo —repitió el policía—. Estaba golpeándole. Si quiere golpearle en este sector necesita una licencia de duelo. Se encuentra en el sector 4 de los almacenes y necesita una licencia de duelo.

—Oh, no era nada grave, sólo una pequeña disputa familiar —dijo Marco—. Le presento a mi hermana..., Marigold la Mentalista. —Tabitha le pateó la espinilla—. Tenemos muchísima prisa —añadió Marco—. Gracias, muchas gracias...

Intentaron pasar junto a él.

El policía se interpuso en su camino. Los datos de las operaciones de computación parpadearon sobre su visor.

—Una licencia de duelo cuesta diez escutari —dijo.

Se mordisqueó el labio inferior. La carne estaba enrojecida y cubierta de saliva.

—No necesitamos ninguna licencia de duelo dijo Tabitha en voz alta articulando las palabras con la mayor claridad posible—. ¿Me ha entendido?

El policía se encogió de hombros. Los servomecanismos de su espalda chirriaron y zumbaron. Era un cyborg de baja categoría, y estaba claro que tenía algunos problemas con su cerebro. Tabitha pensó que no le quedaba mucho tiempo de servicio activo.

—Tengo que cobrarles la llamada—dijo el policía.

—¡Pero si no le hemos llamado! —protestó Tabitha, aun sabiendo que discutir con él no serviría de nada.

—Son dos con setenta y cinco —dijo el policía—. Por la llamada —añadió.

Marco metió la mano dentro de un bolsillo para coger su tarjeta de crédito.

—De acuerdo, de acuerdo—dijo . Tenga.

La cabeza del policía giró a la derecha y a la izquierda con un suave chirrido.

—No ha sido más que un pequeño malentendido familiar—siguió diciendo Marco mientras le cogía el antebrazo y metía la tarjeta en la ranura—. ¡Bueno, el mundo del espectáculo es así! Por cierto, ya que he hablado de

espectáculo... Le ruego que acepte estas dos entradas para nuestra función de esta noche en el Jardín Mercurio.

—Los donativos siempre son recibidos con gratitud canturreó el policía.

Giró sobre sí mismo con las entradas a buen recaudo dentro de su cofre pectoral y se alejó rápidamente.

Marco se volvió hacia Tabitha y le cogió las manos.

—No quiero que vuelvas a hacer ese tipo de cosas —murmuró con voz apremiante—, y mucho menos aquí. Si continúas metiéndote en líos...

Bueno, quizá acabes metida en alguno del que no te podré sacar, ¿entendido?

Tabitha tensó la mandíbula.

—Voy a cerrar el techo de la nave dijo.

—Oh, no te preocupes por la nave —replicó Marco.

La tarjeta de crédito centelleaba entre sus dedos.

—Marco... ¿Cuánto dinero hay en esa tarjeta?

—Menos del que necesitamos, Tabitha. Creo que ya te lo había dicho antes, ¿no?

Permanecieron inmóviles durante unos momentos mirándose fijamente el uno al otro.

—¿Y dónde está la maldita tarjeta que me sacará del lío en el que estoy metida?

—Esa tarjeta está en manos de Hanna. ¿Quieres ir a buscarla? Bueno,

—Pues yo voy precisamente allí dijo Marco en un tono de voz que no podía ser más racional y tranquilo.

Tabitha dejó escapar el aliento en forma de explosión y apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—De acuerdo —dijo Marco volviéndose hacia ella mientras echaban a caminar. Parecía muy apenado—. No confías en mí, ¿eh? Mira, Tabitha, no puedo hacer tratos contigo si no confías en mí... Te llevaré con Hannah Soo y ella pondrá el dinero en tu mano. Después podrás regresar a la nave si es eso lo que quieres y, por mi parte, te aseguro que no pienso volver a hablar del asunto.

Tal surgió de la nada, revoloteó por entre los torbellinos de polvo y la luz ambarina y acabó posándose en el hombro de Marco.

—Marco —dijo una voz.

—Marco.

Era la misma voz, pero venía de otra dirección.

—Hannah está esperando, Marco.

—Date prisa, Marco.

Un Gemelo apareció entre los tubos de una especie de andamio y les hizo señas con una mano.

Marco echó un vistazo a su reloj.

—Será mejor que cojamos un taxi —dijo.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras apareció un pequeño y mugriento taxi robot con el otro Gemelo en la parte trasera. El taxi se detuvo junto al andamio. El primer Gemelo se agarró a un poste, giró a toda velocidad bajando por él y saltó limpiamente a bordo del vehículo.

—Date prisa, Marco —dijeron a coro los Gemelos.

Tabitha pensó que si tenía que llevarles hasta Titán aquella pareja de fenómenos conseguiría hacerla enloquecer. Siguió a Marco hacia el taxi y decidió hablar con Hannah Soo para averiguar si había alguna forma de mejorar su situación actual. Quizá pudiera hacer un trato con ella. Sí, la convencería de que *la Alice* no era un vehículo adecuado para transportar pasajeros y de que sólo podía llevar su equipaje, con lo cual también conseguiría su dinero. Y siempre le quedaba el recurso de ir posponiendo la reparación hasta que fuera demasiado tarde y tuvieran que buscar otro medio de transporte... Eso la dejaría en deuda con Hannah, pero ya se ocuparía de ese problema después de que se hubieran ido. Si Hannah era su representante debía existir algún otro tipo de servicio que Tabitha pudiera prestarle, algo que no la obligara a relacionarse con músicos peligrosos y acróbatas que deberían estar encerrados en un manicomio.

Se sentó al lado de Marco y de cara a los Gemelos. Tal empezó a dar saltitos por el suelo cubierto de colillas y papeles grasientos que habían contenido raciones de krill frito. Un tubo de bebida vacío rodó hasta quedar atrapado entre sus pies cuando el taxi se puso en movimiento sacándoles de la explanada de carga para dirigirse hacia los túneles de Plenty.

La corriente de aire le agitaba la cabellera. Las varillas luminosas pasaban velozmente sobre su cabeza. Tabitha contempló a los Gemelos Zodiaco sentados delante de ella abrazados por los hombros. Saskia y Mogul estaban tan inmóviles como un par de maniqués. Eran realmente idénticos, eso estaba claro. Gemelos idénticos de sexos distintos... Pero eso no era posible..., ¿o sí lo era? Tabitha se preguntó cuál de los dos habría pasado por la manipulación genética.

Apoyó el brazo en el respaldo, intentó no pensar en el poco tiempo que les quedaba y se dedicó a contemplar el más bien feo paisaje que desfilaba junto a ellos. Casi todas las paredes eran de color marrón oscuro y estaban cubiertas de manchas producidas por el humo o el agua, y las estructuras metálicas y los conductos de aire, agua y evacuación de desperdicios incrustados a martillazos en ellas habían creado montones de grietas y agujeros. El túnel se curvaba hacia la izquierda y hacia la derecha doblando recodos y subiendo y bajando sin ninguna clase de lógica o advertencia mientras el techo se alejaba y caía de repente con una rapidez alarmante. De vez en cuando dejaban atrás las bocas de otros túneles repletos de vehículos. No parecía haber ningún tipo de código de tráfico o sistema de señalización que guiara a los vehículos.

El taxi bajó a toda velocidad por una rampa que llevaba a una mezcla de explanada y complejo de edificios y redujo la velocidad para abrirse paso por entre los visitantes que recorrían los puestos de regalos y los comercios al por menor. Habían entrado en el reino de la ganga y lo poco duradero. Las hileras de chaquetas acolchadas y las torres de cajas de herramientas y conectores pornográficos apenas dejaban espacio libre. La atmósfera apestaba a especias, azúcar y cordita. Alguien gritó y les arrojó una lata que rebotó en el parachoques delantero del taxi.

—Tengo hambre —dijo Saskia de repente.

Tabitha se volvió involuntariamente al oír la voz y supo que era Saskia gracias al bigote.

Los Gemelos compartían una voz ronca y algo gutural, un torrente cálido con un lecho de consonantes tan duras como piedras. Bastaba con oírles hablar para darse cuenta de que el inglés no era la primera lengua que habían aprendido. Tabitha se preguntó si serían extraterrestres de alguna especie desconocida.

—Tengo tanta hambre que podría comerme un caballo yo sola —dijo Saskia.

Miró a su alrededor contemplando las luces y los puestos como si esperara ver materializarse un caballo ensartado en un espetón dando vueltas sobre las llamas.

—Tengo tanta hambre que sería capaz de comer moscas y gusanos —dijo con mucha seriedad, y se echó a reír—. Y escarabajitos marrones de esos que hacen crunch—crunch cuando los muerdes... —Acarició la cabeza de su hermano—. ¿Tienes hambre?

—El hambre nos hace más astutos y perspicaces dijo su hermano en un tono de voz lánguido y cadencioso, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

—Paparruchas dijo Saskia—. El hambre hace que te sientas hambriento y punto.

Empujó a Tal con la punta de un pie como si hubiera decidido descargar su malhumor en él. Tal respondió asestando un feroz picotazo en su bota.

El taxi giró y se metió por un callejón lleno de baches. Las habitaciones de los pisos superiores sobresalían cerniéndose por encima de la calzada en una enloquecida profusión de ángulos que acogían a una amplia gama de astrólogos, cartománticos y terapeutas de métodos tan dudosos como sus reputaciones. Los pozos y cavernas de abajo estaban delimitados mediante un complejo sistema de alfombras y cortinas. La gente se acurrucaba en el interior de aquellos edificios ruinosos o improvisados alzando la cabeza hacia las pantallas mientras fumaban pipas de agua, bebían cerveza y discutían. Tabitha oyó voces estridentes que llegaban desde un callejón cercano, el chasquido de un arma automática y un alarido. Nadie les prestó atención.

El taxi tenía que reducir la velocidad cada cinco o seis metros para esquivar la base de una columna mugrienta o salvar una grieta del suelo, y cada vez que lo hacía Tabitha podía ver los espacios oscuros que había encima o detrás

de las divisorias improvisadas y las acumulaciones de láminas casi agresivas que formaban paredes y bóvedas. Tabitha pensó que el interior habitado de Plenty resultaba muy parecido a una esponja colosal, y comprendió que sus edificios estaban incrustados en agujeros celulares llenos de sombras y de la basura que se iba acumulando lentamente dentro de esos espacios libres de los que supuraban hongos y cuerpos olvidados.

La mano de Marco se posó sobre su hombro haciéndole dar un salto.

—Mira eso dijo.

Estaban pasando junto a una mujer vestida con una combinación de tela metalizada negra que llevaba puesta una máscara antigás. Una de sus manos sostenía un cucurucho de helado rosa y la otra sujetaba una cadena que terminaba alrededor del cuello de un hombre.

—Este sitio es realmente increíble —dijo Marco, y soltó una carcajada.

Tabitha tensó los hombros para librarse de su mano.

—Ehhhh... —se quejó Marco poniendo cara de ofendido.

Tabitha hendió el espacio que les separaba con las palmas de las manos.

—Largo —dijo.

Uno de los Gemelos dejó escapar una risita.

—No hagas enfadar a la capitana, Marco.

La siguiente caverna estaba aún más oscura. Una música atronadora salía de los sótanos protegidos por telones y láminas de cuero. El aire apestaba a incienso y amoníaco, y el hedor químico se mezclaba con el olor de la carne sudada y el vino avinagrado. Los balcones estaban llenos de prostitutas que bebían sin apartar los ojos de la calle. Bolsas de basura tan llenas que parecían a punto de reventar se amontonaban sobre las aceras.

El taxi se metió por la angosta boca de otro túnel. El suelo vibraba debajo de ellos. Orificios cubiertos con tela de alambre revelaban un abismo lleno de sombras. Tabitha miró hacia abajo y logró vislumbrar puentes y pasarelas de aspecto muy frágil que iban y venían por entre promontorios que parecían chorros de puré congelado perdidos en la inmensidad del vacío.

Marco se retorció en el asiento y volvió la cabeza hacia la caverna que acababan de abandonar.

—No es por aquí —dijo—. ¿O sí?

Tabitha le miró y miró a los Gemelos, quienes no abrieron la boca. Saskia y Mogul permanecían inmóviles y sonreían como si estuvieran compartiendo un secreto que no pensaban revelar.

Tal captó la sequedad del tono de voz empleado por Marco y voló hasta su rodilla lanzando un graznido estridente. Marco se puso en pie y le apartó de un manotazo. Tal logró recuperar el equilibrio y se posó sobre la pierna de Tabitha.

—¡No me toques! —chilló Tabitha manoteando frenéticamente.

El pájaro alienígena esquivó sus golpes sin ninguna dificultad.

Marco se había arrodillado encima del asiento y estaba intentando echar un vistazo al panel de control.

—¿Quién ha programado este trasto?

Los Gemelos intercambiaron una mirada de diversión.

Tabitha se encaró con ellos.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada —dijeron a coro.

—No hemos hecho nada, capitana dijo Mogul.

Iban demasiado deprisa para saltar del taxi.

Tabitha se puso en pie y apartó a Marco de un empujón para examinar los controles. No había ninguna clase de instrucciones o placas explicativas, y los controles eran de un tipo con el que no estaba familiarizada. Sacó su cortaplumas y empezó a clavarlo en el panel esperando cargarse alguna conexión que fuera vital para el funcionamiento del vehículo.

El tiempo seguía transcurriendo, y cada segundo la acercaba un poco más a las enigmáticas profundidades de Plenty.

"Alice, juro que en cuanto haya salido de esto me ocuparé de ti —se prometió—. Te dejaré como nueva... No os llevéis mi nave. Por favor, no os llevéis mi nave. Si me quitan la nave..., juro que mataré a alguien."

Ninguna de las averías que estaba causando parecía afectar en lo más mínimo al taxi. El pequeño vehículo seguía internándose en aquel espantoso laberinto.

El frío se estaba haciendo más intenso a medida que bajaban. Los túneles cada vez eran más oscuros, y la única iluminación procedía de los tubos biofluorescentes suspendidos a intervalos irregulares de agujeros practicados al azar en el techo, situado a menos de medio metro de sus cabezas. El taxi corría velozmente de un charco de luz pálida e inquietante a otro saltando sobre las protuberancias de color marrón que salpicaban el pavimento como si fueran burbujas. La calzada terminó de repente y el suelo se inclinó bruscamente por delante de ellos, precipitándose en un ángulo muy pronunciado.

Los Gemelos chillaron. Tabitha deslizó el cortaplumas por debajo de un montón de cables y tiró de ellos.

El taxi patinó locamente hasta detenerse con los faros enfilados hacia un precipicio que parecía interminable.

Unos cuantos guijarros desprendidos por el frenazo rebotaron y cayeron hasta esfumarse en la oscuridad y el silencio.

Tabitha bajó de un salto con Marco pisándole los talones.

—¿Dónde infiernos estamos?—preguntó.

Su voz recorrió una gran distancia hasta chocar con las paredes y extinguirse en una confusión de ecos.

Marco se había quedado inmóvil con los brazos en jarras y movía lentamente la cabeza intentando ver algo en aquella penumbra que olía a moho y humedad.

Tabitha vio como meneaba la cabeza.

—Mierda —murmuró, y se rió.

Tabitha había empezado a jadear y tenía la sensación de que el techo no tardaría en caer sobre su cabeza. Metió la mano en su bolsa de viaje y hurgó en ella para ver si tenía una linterna. Saskia y Mogul estaban inmóviles a su espalda estrechamente abrazados el uno al otro mientras hablaban en susurros.

Tabitha no consiguió encontrar ninguna linterna. Miró a su alrededor, contempló lo que revelaban los haces luminosos de los faros y tragó saliva.

Estaban en una caverna enorme de techo bastante bajo sobre cuyas paredes corrían hilillos de un líquido amarillo. No podía ver el fondo del precipicio, y pensó que quizá no acabara nunca.

Tabitha casi estaba dispuesta a correr el riesgo que supondría bajar por él. Fuera cual fuese el punto de Plenty en el que se encontraban, bajar tendría que llevarles hasta los muelles, y *la Alice* estaba en algún lugar de los muelles.

Tal emitió un sonido muy parecido al que podría salir de un diminuto clarín victorioso y emprendió el vuelo yendo en dirección opuesta a la que habían estado siguiendo.

—Ya lo tiene —dijo Marco—. Sigán a ese hombre.

Volvió la cabeza hacia Tabitha y sonrió.

Tabitha le miró fijamente y frunció el ceño.

Tal ya estaba bastante lejos, pero sus trinos aún eran audibles. Tabitha y los demás empezaron a subir por la pendiente orientándose mediante ellos.

Treparon en silencio durante varios minutos sintiendo cómo el suelo de la caverna se desmenuzaba bajo sus pies. Tabitha y Marco iban delante con los Gemelos dando lánguidos saltitos de un lado a otro detrás de ellos.

—Oye, siento muchísimo todo lo que ha ocurrido —dijo Marco con voz muy seria—. Esos cochecitos se estropean continuamente... No reciben el mantenimiento adecuado, ¿sabes?

—No hemos venido por aquí dijo Tabitha.

—Tal sabe adónde va dijo Marco.

Parecía muy convencido de ello, y Tabitha decidió creerle. No había mucha luz, pero sí la suficiente para que pudieran ver que estaban acercándose a la entrada de otro túnel.

Un haz luminoso de terrible intensidad cayó repentinamente sobre sus ojos y les cegó.

Tabitha alzó una mano y logró distinguir una silueta que se incorporaba rápidamente del suelo a muy poca distancia de sus pies. La silueta siguió incorporándose durante lo que le pareció un rato muy largo.

—¡Alto! —gritó una voz mecánica.

Retrocedieron apresuradamente, tropezando los unos con los otros, y acabaron deteniéndose delante de la entrada del túnel. La entrada estaba protegida por una puerta pintada con rayas blancas y negras. El haz luminoso se desvió y Tabitha vio que el guardián del túnel era un robot de tres metros de altura con el cuerpo cubierto de pinchos. Tal se había posado delante de la puerta y les estaba observando.

—Expongan el motivo de su visita—ordenó el robot.

En la puerta que se alzaba detrás de él había un aviso escrito con letras blancas en siete idiomas distintos. ZONA NO RECLAMADA, leyó Tabitha. LOS ADMINISTRADORES DE LA ESTACION NO SE HACEN RESPONSABLES DE LAS PERSONAS U OBJETOS MAS ALLA DE ESTE PUNTO. El haz luminoso volvió a caer sobre sus ojos y la deslumbró.

Marco se irguió hasta el máximo de su estatura y se encaró valerosamente con la luz.

—Somos Contrabando —proclamó moviendo una mano en un gesto teatral que abarcó a todo el grupo.

Un instante después la caverna retumbó con los chasquidos y zumbidos de muchas armas automáticas preparándose para hacer fuego.

—Oh, cielos —murmuró Saskia melindrosamente, y se rió.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

¡'f~ Ñ!]]]]' 13B~3/9t€]222m

Lf~ Ñ!]]]]' 13I3BI9I~]222m

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 19.06.31

ADELANTE

—Estaba pensando en mi tía Muriel.

¿Sí, CAPITANA?

Mi tía Muriel tiene una risa soberbia. Cuando ríe echa la cabeza hacia atrás y abre la boca todo lo que puede, como si quisiera pegarle un buen mordisco al aire. Cuando ríe se le escapa una especie de gorgoteo como el que podría hacer un bebé enorme, y luego empieza a hacer juajua—jua—jua y cada carcajada se le escapa directamente del estómago.

Mi tía Muriel tiene una barriga considerable. Cuando vivía con ella no paraba de engordar, y supongo que ahora debe de estar enorme. Nunca se ha preocupado demasiado por la ropa. Era capaz de pasarse el día entero

rondando por la granja con un camisón o con una camiseta vieja y un par de bragas enseñando el trasero cada vez que se agachaba... ¿Sabes lo que solía decir? "Qué diablos, Tabs —decía—, si quieren pueden verte todo lo que les dé la gana. Y te aseguro que siempre quieren verlo...". Después levantaba un brazo y señalaba hacia arriba, allí donde los Mosquitos iban y venían en sus miniplaneadores, y era como si estuvieses viendo un montón de pétalos puntiagudos que bailaban por el cielo.

Pero no eran pétalos, claro. Y en Integridad 2 no hay cielo.

PRIMERO VIVIÓ EN LA LUNA Y DESPUÉS VIVIO EN ESE SITIO, ¿NO ES ASÍ, CAPITANA?

Mmmm... Sí, fue uno de los sitios donde viví. Tenía dieciséis años, o quizá diecisiete. Mamá consiguió un trabajo de montadora. Fuimos a vivir a un apartamento de la ciudad con montones de espacio libre y nada que poner en él. Mamá se pasaba todo el día y la mitad de la noche fuera trabajando, y pasaba la otra mitad de la noche durmiendo como un tronco. Yo me aburría mucho. No tenía nada que hacer, y era demasiado joven para conseguir un permiso de trabajo. Mamá no quería que empezáramos a quebrantar la ley apenas llegar, así que llamó a tía Muriel y tía Muriel dijo que de acuerdo, que no había ningún problema. Cuando vino a buscarme para llevarme con ella a trabajar en la granja parecía contentísima, pero yo no estaba muy segura de que aquello fuera a gustarme.

¿POR QUÉ NO?

Pues porque tenía la impresión de que la granja era un sitio aburridísimo.

Y lo era, claro.

Tía Muriel... Bueno, tía Muriel parecía haber salido de otra era. No la había visto nunca, ¿sabes? Tenía la piel más oscura que yo y más oscura que mamá, medía mi estatura pero era cuatro veces más grande en todas las otras dimensiones, y los cabellos le colgaban alrededor de la cabeza en una melena, desaliñada y tan larga como si se la cortara ella misma una vez al año. Llevaba unos pendientes de madera enormes y un vestido que casi rozaba el suelo con montones de bordados, y calzaba unos zapatos horrorosos hechos de cuero. Sé que eran de cuero porque tía Muriel nos lo dijo. Quería que los admiráramos porque aquél era un gran día para ella. Tía Muriel se había vestido de gala para ir a la ciudad y visitar a su hermana y a la hija de su hermana.

¿Y QUÉ ASPECTO TENIA USTED, CAPITANA?

¿Yo? Oh, por aquella época yo era realmente horrible. Llevaba el pelo cortado en forma de triángulo y estaba loca por los petos verde ácido.

Cuando vi a tía Muriel pensé que si el trabajar en una granja servía para que acabaras teniendo ese aspecto prefería quedarme en casa y convertirme en una joven que no había logrado desarrollar sus recursos humanos. Pero, naturalmente, la decisión no estaba en mis manos...

La granja se encontraba en las tierras del Final, allí donde terminaba el tendido del tubo. Estaba tan lejos que no podía ir y venir cada día, así que pasaba la semana allí y volvía a casa para los fines de semana. Tía Muriel

cultivaba nueces de tierra, naranjas sanguinas y judías..., recuerdo que siempre había montones de judías colgando de hilos de nilón. Yo me encargaba de quitar las malas hierbas.

¿Y NO HABRIA PODIDO USAR UN ROBOT?

Tía Muriel no confiaba en los robots, y si he de ser sincera, la verdad es que odia las máquinas, sean de la clase que sean. Tía Muriel tiene ideas muy anticuadas sobre lo que es natural ¿sabes? Todo debería ser natural, lo cual resulta francamente estúpido si te paras a pensar en dónde vive, pero... Bueno, tía Muriel vivía feliz con sus malas hierbas y sus filtros que no paraban de obturarse, y tenerme allí para que arrancara las malas hierbas y quitara la porquería de los filtros mientras ella se repantingaba medio desnuda en una vieja silla tubular de acero natural con dos patas al aire y el respaldo apoyado en la pared de conglomerado natural de su módulo absolutamente natural hizo que se sintiera aún más feliz. Tía Muriel había nacido para vivir en una granja y tocar la guitarra. Tenía una guitarra muy vieja con la caja medio deformada por la humedad...

A veces me despertaba en plena noche porque había oído la música en sueños. Me levantaba, iba hasta la ventana de mi dormitorio y allí estaba ella pulsando las cuerdas de su guitarra y cantando canciones sobre lugares que nunca había visto y que probablemente no vería jamás..., ríos, montañas e islas bañadas por el sol. A veces me levantaba y bajaba para sentarme junto a ella. Alzaba la cabeza para ver la Luna brillando al otro lado del cristal, pensaba que al menos había logrado salir de allí y volvía a bajar la cabeza para contemplar los campos de judías gordas y lustrosas que brillaban bajo la luz de la luna. Siempre pensé que parecían pollas.

OH. Y ESA IMPRESION SUYA... ¿CREE QUE HABRIA PODIDO SER COMPARTIDA POR OTRAS PERSONAS?

Si eran chicas de dieciséis años, desde luego. Cuando tenía dieciséis años había montones de cosas que se parecían o que me recordaban a las pollas. Sí, Alice, fui una jovencita muy cachonda... Cavar con la azada y ocuparme de las alfombrillas de irrigación no era un trabajo demasiado fascinante, ¿sabes? Y, naturalmente, empecé a buscar alguna distracción.

Integridad 2 es un sitio horrible. El sistema está tan lleno de porquería que acaba abriéndose paso hasta ti aunque te rodees con barreras hechas de la gasa más fina que puedas encontrar. Hacer algo al respecto habría sido demasiado complicado, y el Consejo prefiere pagar un subsidio a los granjeros para que filtren el agua. Tía Muriel compraba la gasa más barata que había en el mercado y se gastaba el resto del subsidio en vino tinto. Recuerdo que una vez tuve una pelea terrible con ella... Ya habíamos discutido varias veces, pero en esa ocasión le dije que por qué no iba conmigo a los campos y limpiaba algunas de esas malditas alfombrillas de irrigación, y tía Muriel se limitó a darse unas palmaditas en la barriga y a decirme que estaba demasiado vieja para agacharse. Y después se echó a reír...

El método de trabajar la tierra patentado por tía Muriel te hace doblar la cintura montones de veces. Me pasaba el día entero en los campos metida hasta las rodillas en esos apestosos gránulos rojos, y de vez en cuando me

incorporaba para aliviar un poquito el dolor de mi espalda, miraba hacia arriba y veía revolotear a los Mosquitos.

Había una base de Mosquitos cerca, en pleno Final. A veces veía como sus cometas sobrevolaban los campos que había encima de los nuestros, bajando y bajando sin cesar hasta que se volvían tan diminutas que dejabas de verlas mucho antes de que hubieran llegado a las copas de los árboles. No era un espectáculo muy frecuente, claro, porque casi siempre había contaminación. Incluso un día claro en el campo podías volverte hacia el tubo estando en la granja de tía Muriel y lo más seguro era que no consigueses ver la ciudad por culpa de la contaminación. Oh, sí, en Integridad 2 mantener las ventanas limpias puede ser un trabajo de mil demonios...

Mamá se pasaba el fin de semana durmiendo, y acabé encontrando mi propio nivel de vida. Las chavalas de las calles eran una pandilla de presuntuosas. Se hacían llamar las Rechazadas y se tomaban muy en serio todo lo referente a la posición social. Había una chica llamada Carmen que era la reina de las Rechazadas, y dejaba que fuera con ellas porque así podía tomarme el pelo y burlarse de mí llamándome lunática. Recuerdo que tuve que hacer algunas locuras bastante gordas para atraer su atención... Había un chico llamado Murray que era un auténtico caso clínico. Era peligroso, ¿sabes? Bueno, al menos nos gustaba creer que lo era... Acabé descubriendo que incluso Carmen le tenía miedo, así que decidí salir con Murray.

¿Y ADONDE FUERON?

Fuimos a los salones de juegos, a las galerías comerciales abandonadas..., a todos los sitios que no habían salido tal y como los diseñadores y arquitectos creían que iban a ser cuando dibujaban los planos. Fuimos a los sitios que atraen a los jóvenes con problemas y que acaban convirtiéndose en su ciudad particular. Murray y yo encontramos algunas diversiones para pasar el tiempo.

Yo sabía que aquello no duraría. Lo hacía para no aburrirme, y además Murray estaba loco. La mayor parte del tiempo ni tan siquiera le soportaba, créeme... Bastaba con mirarle a la cara para comprender que cualquier día le haría un daño irreparable a alguien, probablemente sin avisar, y no quería que ese alguien fuera yo.

Algunas noches no podía dormir y me sentaba sobre la hierba al lado de tía Muriel y su guitarra. Fue ella quien me enseñó a tocar la armónica.

BUENO, ENTONCES AL MENOS SACO ALGO BUENO DE ESA EXPERIENCIA, ¿NO?

¿Me estás dando una opinión sincera?

BUENO... USTED DISFRUTA TOCANDO LA ARMONICA, ¿NO?

Claro, y cada vez que dejo de tocarla mis oídos lanzan un suspiro de alivio.

OH, CAPITANA... ANTES NUNCA ERA TAN CRITICA CONSIGO MISMA.

Es por culpa de este maldito viaje... Me siento muy culpable, y no dejo de preguntarme por qué permití que me metieran en este embrollo.

NECESITAMOS EL DINERO.

Oh, desde luego.

Y USTED SE SENTIA MUY ATRAIDA HACIA MARCO METZ.

Supongo que en el fondo soy igual que mi madre, y por eso sentía cierta admiración hacia tía Muriel, aunque nunca se lo dije claramente. Creo que debería intentar ser como ella. Tía Muriel parecía tan feliz... Siempre se lo tomaba todo con mucha calma y jamás la vi sorprendida o preocupada por algo. No es que quisiera ser granjera, enténdeme, pero tampoco quería ser como mamá. No quería acabar atada a un hombre que no servía para nada intentando mantenerle a él y a mí y teniendo que luchar constantemente para no hundirme un poquito más de lo que ya me había hundido. Prefería imaginarme viviendo en algún asteroide de las corporaciones, creando un hogar con alguien que me adorase y que estuviera dispuesto a comprarme todo lo que quisiera. Carmen y sus chicas tenían las mismas ideas que yo, aunque se comportaban como si fueran a pasar el resto de sus vidas siendo delincuentes juveniles.

Pensé que si quería encontrar un buen esposo sería mejor que me espabilara y empezara a buscarlo lo más deprisa posible. Cada día que pasaba era un día más vieja, no sé si me explico... Y también sabía dónde buscar.

La granja estaba bastante cerca de un Final, no recuerdo si te lo he dicho antes... ¿Sí? Bueno, estábamos a quince minutos de los ascensores yendo en bici. Podías subir hasta los miradores, contemplar toda la curva de I2 y disfrutar viendo cómo el sol iluminaba la capa de polución. El Final era un sitio en el que las Rechazadas no habrían puesto los pies ni aunque las ataran con cadenas y las arrastraran, y cuando entraba en mi fase anímica ambiciosa/convencional eso hacía que me resultara todavía más atractivo. En fin, que me gustaba... La gravedad era inferior, y eso hacía que me sintiera como en casa. Y también estaban los chicos, claro...

AH... ASI QUE LOS MOSQUITOS SON MUCHACHOS, ¿NO?

Exactamente. Son cadetes de la policía, eso es lo que son... Llevan uniformes muy sexys. Monos ceñidos color azul grisáceo que parecen hechos de pizarra y una reluciente insignia negra, botas resplandecientes y sus planeadores hacen juego con el uniforme. Los Mosquitos siempre procuran no usar la palabra "cometa" para referirse a su planeador, y menos cuando van de uniforme. Podías verlos por toda la ciudad yendo en sus bicicletas, divirtiéndose en grupos o haciendo exhibiciones de formación y maniobra en los parques. Al lado de la oficina de reclutamiento de la base había un lugar con asientos y una pantalla que funcionaba con monedas, y podías ir allí para ver cómo hacían los vuelos de entrenamiento y todas las maniobras que no necesitaban supervisión de los instructores. Volaban a lo largo de todo el tubo cabalgando sobre los gradientes gravitatorios y hacían que pareciera lo más sencillo del mundo. Cuando les vi por primera vez deseé poder ser un Mosquito. Supongo que a Carmen le habría encantado saberlo...

Carmen tampoco habría aprobado a Michael. Michael era mi secreto, mi caballero de reluciente armadura particular. Tenía la piel blanquísima..., fue el primer blanco puro con el que estuve liada. Tenía las pestañas muy largas y montones de pecas que desaparecían debajo del cuello de su uniforme. Michael estaba sirviendo a la comunidad. Yo sabía que cuando llegara el

momento me llevaría a los asteroides para que pudiéramos servir a la comunidad juntos sin separarnos nunca.

Dejaba que se encargara de manejar los controles de la pantalla y que me fuera indicando adónde tenía que mirar. Michael siempre se ponía muy cerca de mí, pero nunca me tocaba. Siempre le oculté cuál era la granja de tía Muriel, aunque tía Muriel lo sabía todo sobre él. No se lo contó a mamá. Tía Muriel era muy liberal. Si no tenía trabajo que hacer podía ir adonde me diera la gana. Una chica tiene que conocer mundo y divertirse, y tía Muriel no paraba de recibir visitas masculinas. Pero aquellos hombres no eran como Michael, evidentemente. De hecho, empecé a pensar que si le conociera tía Muriel quizá no sería tan tolerante en lo que respectaba a Michael. Michael no era el tipo de chico que me convenía.

Lo malo fue que las Rechazadas se enteraron de que estaba saliendo con él.

Carmen se puso muy contenta y se lo contó a Murray, y Murray perdió los estribos. No porque saliera con otro chico, sino porque Michael era un Mosquito, ¿entiendes? Se lo tomó como un insulto personal. Le dije que no me acostaba con él porque para Murray el acostarse era lo más importante del mundo, la única actividad que podía entender y que tenía sentido. Murray y yo nos acostábamos, naturalmente... Le dije que no me había acostado con Michael, y no lo había hecho. Michael quería hacerlo pero yo le iba dando largas. "Voy a conseguir que me deje volar en su cometa", le dije a Murray.

Se rió mucho. Le pareció que era una idea de lo más terminal, y le pareció terminalmente divertida... Murray hablaba así, ¿sabes? Luego dijo que Michael jamás me dejaría ir en su cometa. "El deber está antes que el joder—dijo—. Es el lema de los Mosquitos". Aquello le pareció tan divertido que acabamos haciendo una apuesta. Después de eso los ánimos se calmaron bastante, y todos nos quedamos muy satisfechos y felices.

Bien, Alice, la verdad es que ni tan siquiera había pensado en lo de la cometa hasta que abrí la boca y oí que las palabras salían de mis labios, pero dijera lo que dijese Murray no cabe duda de que era una buena idea. Estaba empezando a hartarme de Michael, y decidí que lo que más me atraía de él era su cometa. Concerté una cita con él en la base para mi próxima tarde libre y le dije a Murray que aquel iba a ser el gran día.

La base estaba vacía. Michael iba de uniforme. Le llevé al hangar donde guardaban las cometas y acaricié su uniforme. Besé su insignia. Después descubrí hasta dónde llegaban sus pecas. Conseguí ponerle tan caliente que me habría prometido cualquier cosa con tal de que me abriera de piernas y me la dejara meter. Supongo que él lo veía de esa forma... Quería hacer algo con una chica y tenía que encontrar una chica que se lo dejara hacer, así de sencillo. Pero yo no era tan lista como creía, Alice. ¿Y sabes por qué? Porque se lo dejé hacer antes en vez de después.

SUPONGO QUE LA SEGUNDA OPCION HABRIA SIDO PREFERIBLE.

¿Cómo puedes saberlo?

QUIERO DECIR QUE... BUENO, YA QUE NO IBA A DISFRUTAR CON ELLO, ENTONCES...

Supongo que tienes razón. Sí, en cuanto Michael se puso en marcha comprendí por qué le había estado dando largas... No era sólo por la cometa, sino porque se lo tomaba todo demasiado en serio. Era un auténtico desastre... No se parecía en nada a Murray. Murray se comportaba como una especie de salvaje enloquecido, y el único problema de estar con él era que debías mantenerte a su altura. Con Michael... Bueno, con Michael se suponía que debía mantenerme inmóvil mientras él me embestía jadeando con la cara enrojecida. Apreté los dientes y pensé que las incomodidades y desventajas del trato "cometa a cambio de polvo" no eran tan unilaterales como había creído al principio.

Cuando hubimos terminado, Michael se puso muy tierno y me empezó a hablar de cómo viviríamos cuando estuviéramos casados. Ya ni me acordaba de que ésa era la razón por la que había empezado a buscar un Mosquito... Oírle hablar de esas cosas hizo que me parecieran horribles. "Recuerda que eres una Rechazada —me dije—. Sigue pensando en la cometa".

Le dije más o menos lo que él quería oír sin llegar a hacerle ninguna promesa concreta, y le seguí la corriente porque me había dado cuenta de que la cosa no iba a resultar tan difícil como había creído. Michael se estaba quedando dormido encima de mi hombro. Me aparté cautelosamente en cuanto se durmió del todo, cogí ese uniforme suyo tan sexy —ahora ya no me parecía tan sexy—, y le quité la llave de la cometa del llavero. Me puse el uniforme a toda velocidad sosteniendo la llave entre mis dientes y fui hacia su cometa, pero supongo que debí hacer algún ruido porque Michael se despertó. Miré hacia atrás y le vi metiendo los dos pies en una pernera de sus pantalones mientras me llamaba a gritos.

—Un Mosquito siempre cumple sus promesas —respondí yo.

Saqué su cometa de los rieles. Me asombró ver lo poco que pesaba. Era muy hermosa y grande, negro silicio con líneas escarlatas... Cuando la saqué del hangar el sol hizo que las agarraderas del hombro parecieran convertirse en arco iris.

Las Rechazadas habían venido en masa para verme. Michael entró tambaleándose en la plataforma de lanzamiento. Iba a medio vestir y balbuceaba no sé qué sobre cursos de entrenamiento de dos meses. Oí la carcajada que soltó Murray en cuanto vio la ropa interior de Michael..., y me lancé.

Todo el mundo empezó a gritar. Tenía tanta prisa que no me había colocado la terminal ni la máscara.

No ponerme la máscara fue un error.

Estaba arriba. Estaba volando. Mi primer vuelo, Alice... ¿Te acuerdas de tu primer vuelo?

NO ES LO MISMO, CAPITANA.

Supongo que tú no tenías dieciséis años.

NO, PERO RECUERDO MI PRIMER VUELO CON USTED, CAPITANA. FUE UNA EXPERIENCIA MUY AGRADABLE.

El mío no lo fue. Lo que quiero decir es... Bueno, la cosa empezó bastante bien. Allí estaba yo volando en dirección opuesta al eje como si fuera una auténtica profesional, deslizándome entre las nubes y viendo todo I2 por arriba y por abajo.

ANTES USO LAS PALABRAS "A LO LARGO", CAPITANA.

Sí, ya lo sé, pero entonces aún no conocía esas palabras. Oh, bueno, claro que las conocía, pero siempre hablaba de "arriba" y "abajo", y ninguna de las dos tenía mucho sentido en esa situación.

Estaba confundida. Supongo que ése fue el gran problema. Antes ya había sentido algo parecido, ¿entiendes? Había hecho un par de visitas al Final y allí se estaba mucho más cerca de la rotación, pero ahora me encontraba volando por los aires y entre eso y las nubes... Bueno, perdí el sentido de la orientación. Cada vez que las nubes se abrían un poco podía ver la totalidad del tubo. Estaba rodeada de tierra por todas partes, y el suelo parecía subir y subir como si fuese una torre, y el pueblo y el cinturón de fábricas y los parques colgaban de las paredes por encima de mi cabeza y la ciudad estaba encima de todo eso... Los reflejos del sol en las ventanas me deslumbraban y cuando incliné un ala pude ver las estrellas brillando al otro lado, y de repente todo empezó a dar vueltas dentro de mi cabeza y me encontré contemplando la misma chimenea de antes desde arriba, y no había nada que me impidiera caer por ella...

Empecé a sentirme muy mareada.

Hice girar la cometa y decidí volver al suelo. No tenía ni idea de dónde estaba. No podía reconocer nada de lo que estaba viendo, y ni tan siquiera sabía en qué panel estaba. Y el esfuerzo de volar había empezado a cansarme, claro... No tenía ni idea de la cantidad de tirones y sacudidas que aguantabas yendo por el cielo en uno de esos trastos, y un instante después descubrí que estaba "bajando"..., y muy deprisa. No sabía cómo aterrizar, así que tuve que coger un poco de altura.

¿Y CONSIGUIO HACERLO?

Por desgracia...

Subí demasiado y me encontré subiendo cada vez más arriba y más deprisa. No podía parar. Era como si fuese una pluma y estuviera atrapada en la corriente de aire de una ranura de ventilación. Subí por el tubo y acabé quedando atascada en la zona de gravedad cero. Manoteé y di patadas, pero no sirvió de nada. No tenía ni idea de lo que debía hacer para salir de allí, y no tenía nada que pudiese arrojar. Mis ojos estaban llenos de lágrimas, así que ni tan siquiera podía ver con claridad. Ahí arriba había mucha más polución que abajo, ¿sabes? Empecé a toser y en cuanto hube empezado descubrí que no podía parar.

El tiempo fue transcurriendo poco a poco. Cada vez que las nubes se separaban un poco podía ver máquinas diminutas agrupándose en el suelo por debajo de mí. Después vi unos cuantos planeadores que venían hacia mí. Uno de ellos iba un poco por delante de los demás, y pensé que debía ser Michael. No quería que fuese él, te lo aseguro...

Y no era Michael. Era una silueta con máscara y traje de vuelo con los bolsillos llenos de equipo, y llevaba una terminal y había traído otra para mí, una como la que habría llevado en la cabeza si no hubiese despegado con tantas prisas, y su planeador tenía reactores aunque un Mosquito habría preferido la muerte a permitir que le vieran usando reactores. Era una mujer. Me enganchó y empezó a remolcarme hacia abajo.

—Cuando hayamos llegado a casa sabrás lo que es bueno, jovencita —dijo por la radio.

—¿Mamá? —dije yo.

¿ERA SU MADRE?

Pues claro. Y estaba muy, muy enfadada.

¿Y CUAL FUE LA REACCION DE SU TIA?

¿Tía Muriel? Oh, tía Muriel se rió muchísimo. Empezó a reír y no podía parar.

Los policías se lo tomaron bastante mal. Robar un planeador Mosquito, crear una situación potencialmente peligrosa en el espacio aéreo de I2, ser rescatada por empleados del consejo... Era un delito bastante grave para una menor de edad. Tuve que limpiar cristales durante diez semanas. Fuera.

Vivíamos en un barracón del Final y durante diez semanas apenas vi el interior del tubo. Nos hacían salir del barracón cuando amanecía, nos llevaban al exterior del tubo y nos dispersaban por la superficie para que quitáramos el polvo de los micrometeoritos que chocaban con los cristales. El resto del grupo... Bueno, eran peores que Carmen y las Rechazadas. Eran auténticos desechos sociales, ¿sabes? Tuve que pasar diez semanas viviendo con personas horribles que se negaban a trabajar y que no aportaban nada a la comunidad. Me hicieron la vida imposible y estuvieron a punto de romperme la armónica. Cada vez que había un descanso y podíamos olvidarnos de las ventanas durante un rato, se pegaban a los cristales para espiar, y sus cabezas no paraban de funcionar imaginando las cosas horribles que harían cuando volvieran al interior. Yo no quería volver al interior. Tendrías que haberme visto, Alice, pegada al casco con escamitas blancas hasta las rodillas... Y de vez en cuando me incorporaba para aliviar el dolor de mi espalda y alzaba los ojos hacia las estrellas.

Tabitha vio abrirse un panel en el pecho del robot. Tubos telescópicos y antenas extensibles brotaron de él y giraron hasta enfocar a Marco.

—Me temo que no me ha entendido —siguió diciendo Marco sin perder la calma—. Contrabando es el nombre de nuestro grupo. Somos artistas—. Pronunció aquellas palabras como si enunciara una realidad obvia, como si estuviera explicando algo de lo más evidente a un niño pequeño. Somos un grupo de gente del espectáculo... Somos artistas, ¿comprende? Tenemos que dar una representación a las ocho en el Jardín Mercurio.

El altavoz del robot lanzó una serie de crujidos y silbidos. La parte de su cabeza donde habría tenido que hallarse el rostro estaba ocupada por una

pantalla. La pantalla parpadeaba, e iba haciendo chasquidos con lenta regularidad.

—Este no es el camino que lleva al Jardín Mercurio —anunció—. Se encuentran en una zona no reclamada.

—Por supuesto dijo Marco—. Claro. Bueno, antes tenemos una cita en Sueño Justo.

El robot zumbó e hizo tic—tac mientras intentaba digerir la nueva información.

—Éste no es el camino que lleva al Sueño de los Justos (2NT) —dijo por fin—. Están en una zona no reclamada. Identifíquense —ordenó secamente.

—¡Eh! —exclamó Marco—. Vamos, vamos... Ya sabes quién soy. —Empezó a darse palmaditas en los bolsillos como si buscara una identificación—. Soy una auténtica celebridad —proclamó—. He aparecido en todos los medios de comunicación. Soy una estrella del escenario, la pantalla y los satélites y un ciudadano del sistema solar. Me llamo Monty Marsh Marigold, Distringencia Número Romeo Ruibarbo Rapsodia tres—beta—tres—uno—doble—uno—uno, es decir Ruibarbo Romeo Rey de la Pista uno—tres—beta—uno—uno—triple—k.

La velocidad de su discurso había ido aumentando a cada momento que pasaba. Marco sacó de su bolsillo un acordeón de tarjetas de plástico que desplegó y volvió a plegar colocando cada tarjeta delante del ojo del robot durante una fracción de segundo y volviendo a guardar el acordeón antes de que el visor hubiese tenido tiempo de leer alguna. Alargó la mano y cogió a Tabitha del brazo. Al principio Tabitha se resistió, pero acabó dejando que le atrajera hacia él.

—Y ésta es mi hermana, la bellísima Argentina, y eso de ahí es Pete Paráclito, nuestro asombroso loro amaestrado. Esos dos... —Movió una mano señalando a los Gemelos—. Bueno, en realidad son la misma persona pero siguen direcciones temporales distintas y han hecho una paradita en el camino para saludarse el uno al otro, ¿comprendes? Oye, ¿por qué no compruebas tu conexión? Echa un vistazo a tu reloj y asegúrate de que llevas puesta la chaqueta y el sombrero. Inspecciona tus archivos..., en la A de Arte. De acuerdo, alegamos difracción —dijo Marco sin tragar aire ni una sola vez, y terminó la perorata extendiendo los brazos en un gesto melodramático.

La pantalla del robot se encendió y mostró un rostro. Era una policía de recepción, una mujer uniformada de gris con una terminal en la cabeza.

Los Gemelos Zodiaco se colocaron uno a cada lado del robot, cruzaron los brazos delante del pecho y clavaron los ojos en la pantalla observándola con expresiones de gran interés. El color era tan malo que la mujer parecía estar sufriendo una enfermedad del hígado en fase terminal. Los zigzags de la estática ondulaban lentamente a través de su rostro.

—¿Difracción? —preguntó la agente de policía—. Explique qué quiere decir con eso.

—Bueno, según las normas diplomáticas del tres del tres del año treinta y tres, un grupo itinerante de artistas de fama interplanetaria que no lleve encima

documentos de identificación no puede ser retenido, detenido, oprimido o estreñado *ad hoc, in lieu y quid pro quo* a menos que se le ofrezca previamente el derecho a la difracción —recitó Marco. El robot no respondió. La mujer de la pantalla frunció el ceño como si no les estuviese viendo con mucha claridad. Dio unos golpecitos en su conexión auditiva y pasó la mano por delante del sensor.

El robot lanzó un chirrido estridente y sus antenas giraron hasta enfocar a Tabitha.

—Identifíquese —dijo.

Tabitha abrió la boca preguntándose qué se suponía que debía decir, pero no tuvo tiempo de hablar. El altavoz del robot emitió un chisporroteo ensordecedor y la imagen de la pantalla fue sustituida por un estallido de interferencias. Nadie dijo nada. El robot se sentó en el suelo. Los sensores y las armas desaparecieron en el interior de su pecho y la puertecita del panel se cerró con un golpe seco ocultándolas.

—Meep —dijo el robot.

—Ya iba siendo hora —dijo Marco.

Tal voló en línea recta hacia él zumbando como una motocicleta y se posó sobre su hombro.

El robot se había quedado inmóvil delante de la barrera con el trasero en el suelo y el torso a medio erguir. Estaba totalmente paralizado, con excepción de una pierna que iba y venía sobre el suelo de la caverna trazando arcos tan espasmódicos como si fuera la pata de un novillo agonizante.

—¿Qué le está pasando? —preguntó Tabitha—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha sentado dijo Saskia.

—Se cansó —dijo Mogul.

—Es algo que ocurre con bastante frecuencia—dijo Saskia.

Tabitha les miró fijamente.

—No hemos sido nosotros —dijeron los Gemelos al unísono.

Marco pasó sobre la pierna que iba y venía de un lado a otro tan tranquilamente como si el robot no estuviera ahí. Tal voló por encima de la barrera y se internó en las tinieblas del túnel.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tabitha.

—A Sueño Justo —replicó Marco.

—Pero esa mujer dijo que...

—¡Ven! exclamaron a coro los Gemelos.

Y el grupo entró en el túnel moviéndose rápidamente en pos del pájaro, apartando un telón de lona gris, tambaleándose por un tramo de escalones tallados en la roca, deslizándose entre las columnas achaparradas de las estalactitas marrones que brotaban del suelo como si fuesen tumores y en general, yendo a toda velocidad y sacando el máximo provecho posible a la escasa gravedad. Una gran grieta creada por el derrumbe de un muro rocoso

les condujo hasta una caverna y les reveló una estructura de celdillas de gruesas paredes que hacían pensar en un panal. La corriente de aire creada por su avance hacía temblar las gruesas lenguas peludas parecidas a helechos negros que asomaban de las celdillas. La atmósfera olía a rancio y a venenos químicos.

Cuando se recorren esos rincones de Plenty resulta imposible no imaginarse que estás en las profundidades de la tierra en el reino de una raza de míseras criaturas ciegas que pasan toda su existencia cavando madrigueras mientras intentan recordar el sol sin conseguirlo. Esas bolsas de tinieblas y desesperación siguen existiendo, aunque no son muy numerosas, y supongo que algún día tendremos que hacer algo para acabar con ellas. Ya lo he dicho antes, y no cabe duda de que volveré a repetirlo

Tabitha siguió al pájaro sobre campos de guijarros, a lo largo de pasadizos y bajo estructuras de hueso negro donde dormían vastas máquinas desconocidas cubiertas de polvo entre amarillento y amarronado. Una multitud de perks desnudos huyó chillando de una hondonada escamosa en cuanto oyó el eco de sus pasos. Tabitha aprovechó las llamas de la hoguera que habían abandonado para echar un vistazo a su reloj. Quedaban menos de dos horas de las veinticuatro que le habían concedido como plazo.

Acabaron llegando a un gran espacio abierto y se quedaron inmóviles jadeando y recuperando el aliento mientras contemplaban el techo casi invisible situado muy por encima de sus cabezas: El suelo se inclinaba unos centenares de metros por delante de ellos hasta perderse en un abismo impresionante salvado por un feo puente de cemento situado a su izquierda. Los taxis y los monoplazas lo utilizaban para llegar al amasijo de hoteles carbunculares que había al otro lado o para alejarse de él. Alguien había construido una inmensa cúpula verde que llegaba hasta el mismísimo borde del abismo y alzaba su curvatura delante de los hoteles. La explanada que daba acceso a ella estaba pavimentada con bloques hexagonales. Pulcras hileras de coches y sillas de mano estaban aparcadas encima de ella.

—Ya hemos llegado —murmuró Marco mirando a Tal.

El pájaro alienígena había vuelto a posarse sobre su hombro.

—Toca despacio el tambor y sopla en la flauta con amor —le aconsejó Tal.

Fueron hacia el edificio. Un tramo de espaciosos peldaños de espuma de roca flanqueado por maceteros con plantas de un verde negruzco llevaba hasta una puerta protegida por gruesas cortinas del color púrpura más oscuro imaginable. El edificio estaba rodeado por el aura impalpable del dinero, y había un débil olor a incienso flotando en el aire. Alguien estaba tocando un arpa casi etérea en algún lugar del edificio.

—Bienvenidos al Sueño de los Justos dijo una voz cálida y afable que parecía venir de todas las direcciones a la vez—, hogar de los Elegidos Congelados. ¿En qué podemos servirles?

—Somos Contrabando dijo Marco, alzando la cabeza hacia aquella atmósfera que vibraba y les hacía cosquillas—. Hemos venido a ver a nuestra agente-representante.

El silencio que siguió a sus palabras sólo duró una fracción de segundo.

—Hannah Soo ya ha sido convocada y se halla en condiciones de conversar dijo el ambiente—. Su amigo está junto a su cabecera. Tengan la bondad de seguir la luz.

Una llamita verde pálido surgió de la nada y revoloteó sobre los peldaños que tenían delante.

Marco volvió a poner la mano en el brazo de Tabitha y tiró de ella.

—Ven, hermana dijo en voz alta—. Hannah nos espera.

Tabitha se soltó.

—¿Dónde estamos?

—Bienvenidos al Sueño de los Justos... —empezó a decir el ambiente.

—Gracias —dijo Marco . Hannah trabaja aquí.

Los ojos de Tabitha bajaron hacia la escalinata sepulcral y se posaron en el fuego fatuo que les aguardaba. Los cortinajes funerarios parecían emanar oleadas de aire frío.

—Estamos en las criobóvedas, ¿verdad?

—Así es —murmuró Marco en un tono casi imperativo.

—Y aparte de ser vuestro agente, Hannah... ¿También dirige este negocio?

—Claro.

Tabitha se encaró con él.

—No me mientas —dijo—. Está muerta, ¿verdad?

—Hasta cierto punto.

—Olvidalo—dijo Tabitha.

—Vamos, Tabitha, confía en mi por una vez, ¿quieres? —dijo Marco. Todo irá bien.

—Muchas personas sufren cierta tensión emocional durante estos encuentros —sugirió el ambiente con amabilidad—. Puede que su hermana desee tomar un tranquilizante.

—Está muerta —dijo Tabitha.

—Tiene tu dinero —dijo Marco.

La llamita verde seguía bailoteando lentamente por encima de los peldaños.

—¿Prefiere esperar unos momentos para poder tranquilizarse y hacer los preparativos espirituales necesarios? —le preguntó el ambiente.

—No —dijo Tabitha moviendo bruscamente la cabeza—. Vamos.

Los cortinajes color púrpura se abrieron por sí solos y la llamita verde se deslizó entre ellos.

Tabitha Jute siguió al grupo y entró en los pasillos y salones de Sueño Justo con el corazón en un puño. Volvían a estar en los túneles-colmena de Plenty.

Por lo menos aquella sección había sido civilizada, lo cual era un alivio. Todos los suelos estaban cubiertos con un rociado de espuma y había antorchas atmosféricas colocadas en soportes cubiertos de adornos. El triste lamento del arpa parecía llamarles, y la llamita verde se movía delante de ellos flotando majestuosamente entre los cortinajes y tapices. El grupo la siguió mientras Tal ejecutaba acrobacias sobre la aparición ígnea, que no les prestó ni la más mínima atención.

Los pasillos del Sueño de los Justos estaban bastante fríos.

Dejaron atrás umbrales cubiertos por cortinas. Podían oír voces que hablaban en susurros, sollozos y el solemne canturreo de un millar de jóvenes tenores. Otros visitantes sombríamente vestidos con cibelina-seda y pieles de murian negro pasaban junto a ellos sosteniendo en sus manos filacterias o breviarios encuadernados en piel de becerro. Todos iban con la cabeza inclinada y el rostro muy serio. Los niños llevaban ramilletes de lirios del valle y cuadernillos con las notas que habían obtenido en los exámenes. Nadie saludaba a nadie.

Su chaqueta cara pero ya algo gastada y sus holgados pantalones de twill amarillo hacían que Marco Metz pareciese fuera de lugar en aquellos pasillos. Marco ya no intentaba dominar a Tabitha, y parecía conformarse con ignorarla. Avanzaba a largas zancadas detrás de su guía insustancial y del alienígena psitacósico con su maltrecha bolsa de viaje al hombro, y su aspecto no recordaba tanto al de un músico famoso que se dispone a hablar con su agente como al de un marinero de los cielos que tiene prisa por llegar a una casa de pésima reputación.

Los Gemelos Zodíaco iban detrás de él dando saltitos sin soltarse de la cintura. La suave claridad de los pasillos arrancaba destellos multicolores a las lentejuelas que cubrían sus pijamas azules. Vistos desde atrás no había forma humana de distinguirlos.

Tabitha había descubierto que odiaba aquel lugar y todo lo que había dentro de él. Aseguró su bolsa de viaje encima del hombro, intentó reprimir un escalofrío y enterró las manos en los bolsillos. Sólo necesitaba doscientos cincuenta escutari y un teléfono, y esas dos cosas eran lo único que la retenía aquí. Si conseguía esos doscientos cincuenta y un teléfono en la próxima hora jamás volvería a perder los estribos con un perk, no aceptaría más trabajos que se salieran de lo normal y nunca, nunca volvería a ligar con un hombre en un bar por guapo que fuese.

La llamita verdosa subió por un tramo de peldaños y se detuvo delante de otro umbral protegido por una cortina delante del que hizo una especie de inclinación. La llamita esperó a que hubieran llegado hasta el umbral y se esfumó. El arpa inmaterial también tuvo la cortesía de callar después de un último acorde tintineante.

—El cubículo de Hannah Soo —anunció el ambiente—. El Sueño de los Justos ha suspendido el discurrir del destino con la máxima dignidad posible. Les ruego que acaten todas las normas de seguridad e higiene y que eviten cualquier tipo de acto que pueda trastornar a nuestra cliente o interferir con el sistema de mantenimiento. Gracias por haber escogido el Sueño de los Justos.

La cortina empezó a subir con un zumbido casi inaudible. Tabitha pudo ver el sol brillando al otro lado.

—La Pradera —dijo Mogul, y cruzó el umbral.

—Oh, estupendo —dijo su hermana, y se volvió hacia Tabitha—. Es el sitio que más nos gusta, pero no siempre está disponible —explicó mientras seguía a su gemelo.

Marco se quedó inmóvil y extendió una mano para que Tabitha pasara delante de él.

—¿Cómo andamos de tiempo? —le preguntó.

—Bastante escasos —dijo ella.

No se sentía capaz de decir nada más. Acababa de abandonar las sombras de la antesala para entrar en el cubículo de Hannah Soo y ahora se encontraba en el comienzo de un bosque. Sus pies pisaban blandos tallos de hierba verde y el límpido cielo azul se extendía sobre su cabeza.

Tuvo que quedarse inmóvil y mirar. Nunca había visto tanto verde y tanta luz de sol derramándose por entre los huecos que dejaban las ramas cargadas de hojas. La hierba seguía y seguía más allá de los árboles, perdiéndose en el horizonte sin nada que la interrumpiese. Podía oír los trinos de los pájaros que cantaban en el bosque detrás de ella.

Y no quería mirar hacia atrás.

Tal había seguido volando en línea recta hacia adelante, como parecía tener por costumbre. El pájaro se había posado en una rama, y Tabitha apenas si pudo distinguir el verde de sus plumas confundiendo con el verde de las hojas.

Había algo en la pradera.

Era bastante pequeño, y flotaba a un par de metros del suelo. Tabitha entrecerró los ojos para protegerlos de los rayos del sol y tuvo la vaga impresión de estar contemplando un objeto negro y plata que no consiguió reconocer. Una especie de capullo compuesto por una masa de espesos vapores blancos yacía inmóvil sobre los lustrosos tallos de hierba justo debajo de la cosa negra que flotaba en el aire. La cabeza y los hombros de una mujer de piel amarilla asomaban del extremo más alejado de la nube.

La cosa negra parecía estar contemplándola.

Hacía mucho sol, pero el aire era casi frío. Los Gemelos Zodiaco habían seguido adelante y ya estaban muy cerca de la nube. Marco caminaba junto a Tabitha. Sus pies se movían sobre la hierba sin hacer ningún ruido.

Tabitha fue girando la cabeza muy despacio.

Vio lo que esperaba ver. El bosque era tan frondoso que los troncos parecían formar una muralla, y no había forma de ver entre ellos para averiguar hasta dónde llegaba.

Lo que vio la dejó razonablemente satisfecha. No estaban en un microclima y no había entrado en ningún transportador de materia instantáneo. La morada de Hannah Soo no era más que una alfombra ambiental genérica, aunque no

cabía duda de que estaba contemplando un modelo condenadamente caro. Tabitha no tenía ni idea de si la reproducción era fiel a la realidad, pero estaba claro que no le faltaba ningún detalle. La reproducción olía a tierra húmeda y a savia, con la débil miasma antiséptica de los ultrasónicos acechando sigilosamente bajo la mezcla de olores naturales.

—Tabitha...

Marco la estaba llamando. Tabitha se volvió lentamente hacia la pradera.

—Conseguiremos tu dinero —dijo—. Es lo primero que vamos a hacer, te lo aseguro.

Marco pareció darse cuenta de que Tabitha lo estaba contemplando todo con asombro mal disimulado.

—¿Te gusta? Es el último modelo —dijo—. Las neveras salen mucho más baratas, pero te aseguro que no encontrarás nada más elegante que esto.

—El horizonte queda un poco demasiado cerca—dijo Tabitha.

—Oh, vamos... dijo él.

Tabitha examinó el horizonte con más atención y se dio cuenta de que realmente estaba demasiado cerca, pero no tenía ganas de discutir con Marco.

—¿Es..., es ella?

—Sí, es Hannah. Hannah Soo... El cadáver más hermoso y mejor conservado de toda esta instalación.

Marco movió una mano en un gesto que abarcaba la totalidad de aquel paisaje desprovisto de vida. La brisa jugueteaba con los mechones de su lustrosa cabellera negra.

Tabitha abrió la boca para preguntarle qué era aquella cosa negra que flotaba sobre los restos de Hannah, pero algo se lo impidió.

La observó con más atención y se dio cuenta de que sabía qué era.

Era un objeto rechoncho y metálico de un negro reluciente. Tenía la cabeza muy grande y el cuerpo de un niño, pero carecía de miembros. Estaba metido en una bolsa de plástico que lo cubría hasta la barbilla.

La criatura (era real y estaba viva, de eso no había ninguna duda) se hallaba sentada sobre un disco de metal plateado que flotaba en el aire y les daba la espalda. Tabitha pudo ver que poseía una cola de metal plateado y que la punta desaparecía dentro de una toma disimulada entre la hierba.

Nunca había visto una de esas cosas, pero sólo podía ser...

Marco y Tabitha alcanzaron a los Gemelos y fueron hacia la nube sin separarse los unos de los otros.

La criatura se volvió hacia ellos.

Y miró a Tabitha.

Los ojos que se clavaron en su rostro eran de un color rojo cereza y brillaban como los pilotos traseros de un vehículo visto a gran distancia.

Era un Querubín, y estaba tan cerca que habría podido tocarlo. Un Querubín en un orbital humano... ¡Un Querubín en una instalación subterránea!

Tabitha sintió como si un carámbano acabara de atravesar su cuerpo hendiéndolo desde la cabeza hasta los pies. Estaba paralizada. Estaba más fría y tesa que Hannah Soo. Había estado contemplándolo todo boquiabierta desde que entraron en las cavernas de Plenty, y lo que tenía delante hizo que se quedara tan inmóvil como una estatua y que su boca se entreabriera un poquito más.

La sensación sólo duró un segundo.

Tabitha bajó la mirada y clavó los ojos en la mujer que flotaba envuelta en la nube. Lo que estaba viendo parecía imposible —aunque el aceptarlo resultaba más vital que nunca porque necesitaba sacar dinero de aquello y, maldita sea, tenía que conseguirlo lo más deprisa posible—, pero Tabitha descubrió que no la impresionaba. Después de haber visto al Bebé nacido en el espacio nada podía sorprenderla y nada parecía tener significado.

—Se llama Xtasca dijo Saskia, quien era la única que parecía dispuesta a darle alguna explicación sobre lo que estaba viendo—. Creemos que es una hembra

Mogul contempló a su hermana con los ojos entrecerrados y una sonrisa condescendiente aleteó sobre sus delgados labios.

—Fantasías y suposiciones dijo muy despacio—. Han abolido el sexo.

A juzgar por su expresión, el que hubieran abolido el sexo le parecía infinitamente lamentable y, al mismo tiempo, terriblemente divertido.

—Creo que es una hembra dijo Saskia mirando a Tabitha mientras hendía el aire grácilmente con un dedo—. ¿No te parece que es una hembra?

Tabitha volvió la cabeza hacia la criatura y se encogió sobre sí misma nada más verla. El Querubín seguía observándola. Tabitha sintió repugnancia, fascinación... No estaba muy segura de cuáles eran sus sentimientos. Estaba algo mareada. Se preguntó si seguiría en la fiesta de Schiaparelli con la cabeza convertida en un laberinto de espejos por los vapores, la cerveza y aquel magnífico cristal de Ofir, y si todo lo ocurrido desde entonces no habría sido más que una compleja y detalladísima alucinación.

—Marco... —se oyó graznar.

El Querubín volvió la cabeza y clavó los ojos en Marco. Tabitha tenía que mirarle. No podía apartar la mirada de aquella criatura increíble.

—Siente una cierta irritación —dijo Mogul mirando a Marco.

—Está enfadada contigo —dijo Saskia mirando a Marco.

Mientras tanto Hannah Soo había empezado a hablar y nadie la escuchaba.

Sus ojos estaban abiertos y clavados en la nada. Sus palabras brotaban de la caja vocal que adornaba su garganta como si fuera una joya enorme y de pésimo gusto. La caja hacía que su voz sonara como un zumbido exhausto.

—... antes de que Sinceridad tuviera un estadio —dijo la difunta Hannah Soo.

Sus labios y sus ojos no se movieron, pero debajo de su piel entre amarillenta y cetrina había un continuo desfile de formas geométricas que cambiaban y se confundían entre sí. Era como si se estuviera cristalizando por dentro.

Parecía pensar que estaba hablando con Xtasca el Querubín.

—Su madre era una gran mujer —dijo Hannah Soo—. La propietaria y directora del primer circo orbital... —Se rió—. ¡Elefantes en caída libre!

El Querubín habló.

—Hola, Marco —dijo.

Xtasca el Querubín tiene la voz que podría esperarse del simulacro de una niñita si ese simulacro fuera tan perfecto que no se lo pudiera distinguir de la realidad y, en cierto sentido y siempre que se nos permita una cierta amplitud en cuanto a lo que se considera perfección, Xtasca el Querubín es precisamente eso.

—Hola, Xtasca dijo Marco sin prestarle mucha atención.

—Llegas tarde —dijo Xtasca.

—Tuvimos algunos problemas con un robot —dijo Marco.

—Y menudo jaleo armaste dijo Xtasca.

Parecía una niña riñendo a sus muñecas.

Marco ignoró la reprimenda.

—Y el taxi en el que íbamos se averió dijo en un tono más bien seco.

—Marco... —dijo Tabitha intentando que su voz sonara lo más firme e imperiosa posible—. Dinero —añadió—. Teléfono.

Miró a su alrededor. La hierba, el bosque... Un equipo tan sofisticado tenía que incluir un teléfono en alguna parte.

—El primer circo orbital —explicó la muerta—. ¿Te lo he contado alguna vez?

Xtasca había vuelto a concentrar su atención en Tabitha apenas abrió la boca.

—¿Qué es? —preguntó.

—Xtasca, te presento a la capitana Tabitha Jute de *la Alice Liddell*. Tabitha, te presento a Xtasca —dijo Marco—. Xtasca es un Querubín y, aparte de eso, es el quinto miembro de Contrabando.

—Sí —dijo Xtasca.

La criatura giró sobre sí misma y los rayos de sol hicieron que su traje de apoyo vital se iluminara con un resplandor opalescente. Tabitha no estaba muy segura de a qué estaba asintiendo. La voz del Querubín era la mismísima encarnación de la autoridad desprovista de alma o sentimientos. Nunca había oído una afirmación tan terrible y definitiva.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Marco volviéndose rápidamente hacia Xtasca—. Tabitha... —añadió cogiéndola por el brazo. La sacó del radio

de acción de la mirada de Xtasca y la hizo girar hasta dejarla de cara al cadáver congelado—. Tengo que presentarte a otra persona..., una persona muy especial para todos nosotros. Te presento a Hannah Soo —dijo—. Es nuestra agente.

La muerta dejó de balbucear.

—Ah —exclamó la caja vocal colocada sobre su garganta—. Estás aquí. Todos estáis aquí. Puedo veros. Estáis de pie a mi alrededor, ¿verdad?

—Todos estamos aquí, Hannah —dijo Marco—. Estamos listos para la función.

—Sí, Marco —dijo Hannah—. Puedo verte. Puedo veros a todos. Pero... ¿Quién está contigo? ¿Es de Tritón? No sé nada de ellos. Ah, ya no se puede confiar en la gente. No es como en los viejos tiempos, cuando...

—Hannah, te presento a Tabitha Jute, nuestra nueva piloto. Disculpa que te interrumpa, pero... Bueno, se trata de un asunto bastante urgente. Le debemos un poco de dinero.

—¿Cuánto dinero? jadeó la caja vocal de Hannah Soo.

—Doscientos cincuenta escutari dijo Tabitha en voz alta, quizá porque era su primera conversación con una persona muerta—. Mil quinientos si he de llevarles a Titán.

No sabía nada sobre los Elegidos Congelados ni sobre su perspectiva privilegiada de las cosas, y pensó que debía alarmarla todo lo posible sin perder ni un segundo.

El truco pareció funcionar. O quizá sólo fuese un ritual, igual que cuando trataba con un cliente vivo.

—Tanto dinero.

—Tiene que hacer una reparación en la nave antes de llevarnos —dijo Marco.

—Pero necesito los doscientos cincuenta escutari antes de poder hacer la reparación —le corrigió Tabitha—. Por haberle traído aquí... —añadió.

—No sé, Marco... —dijo Hannah Soo. Era como si Tabitha no hubiese abierto la boca—. Es mucho dinero.

Marco se inclinó sobre ella y movió las manos a toda velocidad delante de aquel par de ojos ciegos.

—Hannah, tenemos que resolver este asunto ahora mismo. Lo que intento decirte es que... Bueno, no podemos perder el tiempo discutiendo, de veras. Ya hablaremos de ello después de la función.

—¿Y el transporte regular? ¿Qué ha sido de los Armstrong Súilleabháin? Eran unos chicos muy agradables...

—No se podía confiar en ellos, Hannah —dijo Marco—. Tuve que prescindir de sus servicios. Tabitha es distinta. Se puede confiar en ella.

—Ssssí... —murmuró pensativamente la caja vocal de Hannah—. Veo que su aura es muy intensa. Creo que has sabido escoger con acierto, Marco. Su contribución será decisiva.

—Estupendo —dijo Tabitha—. Bueno, he de confesar que me encanta oírsele decir.

Frunció el ceño y contempló a los que le rodeaban. Todos rehuyeron su mirada..., todos menos Xtasca. Xtasca seguía con los ojos clavados en ella. Era como estar delante de un ídolo acurrucado sobre una bandeja de acero inoxidable, un ídolo de ébano con rubíes por ojos.

Tabitha se apresuró a desviar la mirada.

—Bueno, ¿y qué hay de su contribución? —preguntó volviendo la cabeza hacia Hannah. Intentó patear una pella de tierra inexistente. El sonido le hizo pensar que había una capa de espuma de roca oculta debajo de la hierba—. Si no consigo mis doscientos cincuenta escutari ahora mismo no tendrán ninguna maldita nave en la que viajar —dijo poniendo mucho énfasis en cada palabra—. Marco puede explicárselo todo. ¿Hay algún teléfono cerca de aquí? Tengo que hacer una llamada.

—Tienes que entregarle su dinero ahora mismo, Marco —murmuró la muerta.

—No tengo dinero —replicó Marco.

—Yo tampoco, querido —dijo la caja vocal de Hannah Soo.

El tono de voz se había vuelto repentinamente seco, o quizá sólo fuera un fallo momentáneo de la maquinaria.

—Usted vive aquí —dijo Tabitha, y apenas hubo hablado se dio cuenta de que quizá no había escogido el verbo más adecuado a la situación—, ¿y espera que me crea eso?

—No siempre consigue que le dejen usar la Pradera —dijo Saskia intentando aplacarla.

—Tabitha, no puedo pagarte hasta después de la función. Te pagaré en cuanto el Jardín Mercurio me haya pagado.

—Necesitamos un adelanto dijo Marco como si no hubiera oído ni una sola palabra.

—¿Otro?

—Este asunto es muy importante y habrá muchos gastos dijo Marco—. Recuerda de qué asunto te estoy hablando, Hannah... No es lo de costumbre, ¿te acuerdas?

—Marco, esta amiga tuya... ¿Es de Tritón? —preguntó Hannah—. Llevo muchísimo tiempo sin tener noticias de Tritón. Espero que los capellanos no hayan descub...

—Tabitha está loca por nosotros, Hannah dijo Marco interrumpiéndola—. Tal y yo estábamos en Schiaparelli y nos vio actuar.

—Ah, Schiaparelli... dijo Hannah con la voz impregnada de nostalgia.

Tabitha dejó escapar el aliento que había estado conteniendo por entre los dientes y giró sobre sí misma. Estaba harta. Volvió la cabeza hacia las verdes avenidas de aquel bosque ilusorio, decidida a no perder de vista la salida.

—Me acuerdo de Schiaparelli. El olor de los melocotoneros en flor a la orilla del Gran Canal... Estuvimos en el albergue de caravanas y hablamos sobre una nueva síntesis del arte y la ingeniería. Una rana anaranjada...

—Te hemos traído una cinta, Hannah —dijo Marco dando unos pasos hacia Tabitha.

Tabitha le lanzó una mirada bastante suspicaz. Marco hizo cuanto pudo para no mirarla a los ojos.

—Es una cinta magnífica —estaba diciendo—. Es para ti, para que la compartas con tus amistades —añadió como si esperara que aquello bastaría para convencerla de que le diera el dinero.

—¿Una cinta? —preguntó Hannah con voz temblorosa—. ¿Una cinta de Tritón?

—Sí —dijo Marco enfáticamente—. Has acertado, Hannah. Es una cinta de Tritón

—Estupendo. Estupendo. Ponla.

Marco metió la mano en la nube y desconectó la alfombrilla ambiental.

Xtasca se movió más deprisa que el rayo.

—Así no —dijo con voz estridente, y se lanzó sobre él.

—¡He de ver lo que estoy haciendo! —protestó Marco.

Apartó al Ouerubín con un brazo. Cogió la bolsa de Tabitha con la otra mano apartándola de su cadera e intentó tirar de la cremallera.

Tabitha empezó a tirar de su bolsa, pero Marco había conseguido cogerla por la tira. Abrió la cremallera, metió la mano en la bolsa y hurgó frenéticamente en su interior. Tabitha ya sabía lo que iba a sacar de ella: una cinta negra sin etiquetas ni marcas.

Marco sacó la cinta y la metió en la unidad que había junto a la cabeza de Hannah.

—Oh —dijo la muerta. No parecía haberse enterado del forcejeo—. Es fascinante. Realmente fascinante...

Su nube se había disipado junto con la Pradera en cuanto Marco desconectó la alfombrilla. Los árboles, la hierba, el sol y todo lo demás habían desaparecido. Hannah Soo yacía sobre una lámina de acero inoxidable de la que goteaba agua con el cuerpo metido en un saco de dormir de plástico gris. Su cabeza estaba cubierta de electrodos y tenía escarcha en el pelo.

Estaban en una caverna de reducidas dimensiones llena de generadores de éstasis y proyectores direccionales de microondas anticongelantes. La transformación repentina del ambiente pareció desorientar a Tal. El loro se dejó dominar por el pánico y se lanzó en línea recta hacia una ventana. Tabitha vio como chocaba con la ventana, caía sobre la espaciosa cornisa de plástico blanco que había debajo y empezaba a dar vueltas por ella intentando

recobrase. El impacto había creado un agujero en la capa de condensación que cubría la ventana.

Tabitha volvió la cabeza hacia la ventana. La caverna de Hannah formaba parte de una cadena de burbujas de formas irregulares esparcidas sobre las paredes de una caverna mucho más grande. Debajo de ellas había avenidas repletas de congeladores criónicos que se extendían formando hileras paralelas hasta perderse en la lejanía.

—¡Deben estar diciendo que no tardaremos en recibir ayuda! —exclamó Hannah.

Parecía muy contenta.

Xtasca consiguió hacer volver la Pradera, pero antes pasaron unos segundos en la Sala del Gran Consejo, en el Valle de los Reyes y en la cima del Monte Pelado. El Querubín acabó de sintonizar la Pradera con la punta de su cola sin dejar de murmurar entre dientes.

Hannah Soo volvía a yacer en el interior de su nube con los dibujos cristalinos cambiando y moviéndose lentamente debajo de la piel de su rostro mientras escuchaba la cinta. El sol seguía a la misma altura. Los mismos pájaros cantaban en el mismo bosque de antes.

—De acuerdo —dijo Marco.

Parecía haber tomado una decisión. Sacó la cinta de la nube y la limpió con el extremo de una manga.

—¿Marco? —preguntó Hannah Soo—. Marco, ¿sigues ahí?

Marco no le hizo ningún caso. Estaba observando la cinta para averiguar hasta dónde había corrido.

—¿Lo has recibido, Hannah? ¿Ha llegado hasta ti?

—Oh... jadeó Hannah—. Están aquí. Siguen aquí. Puedo sentir su presencia rodeándome por todas partes.

—Ya, ya —dijo Marco, aunque estaba claro que no la escuchaba—. Oye, cariño... Tenemos que irnos. La función debe empezar. —Dio unas palmaditas sobre uno de los marchitos hombros de la muerta—. Ven, Tal —dijo.

Los Gemelos habían rescatado al loro de la cornisa y estaban acunándolo en sus manos con las cabezas inclinadas sobre su revuelto plumaje.

—Marco, ¿y mi dinero? —preguntó Tabitha con voz irritada.

Faltaban veintidós minutos para que expirara el plazo. Podían pasearla a toda velocidad por un millar de mundos imaginarios, bombardearla con las tonterías suficientes para que su cabeza acabara dando vueltas, colocar cintas dentro de su bolsa de viaje y sacar banderas de todas las naciones de sus orejas, pero no podían ocultarla de la policía. Los policías de Schiaparelli informarían a los eladeldis y los eladeldis podían llegar hasta ella y quitarle a *la Alice* incluso si estaba en las profundidades de Plenty. La claridad mental que proporciona la desesperación le hizo comprender que aunque no se lo

demonstrara nunca sentía un profundo amor hacia aquella maltrecha navecita. Y jamás se lo había dicho...

Marco la empujó en dirección al bosque y tiró de ella hacia la escalera. — Después de la función —prometió—. Será lo primero que hagamos —dijo, y giró sobre sí mismo para coger a Tal de las manos de Saskia y devolver el aún algo aturdido pájaro a su hombro—. ¿Estamos todos? ¿Mogul, Xtasca?

—¡Entonces será demasiado tarde, Marco!

Marco se quedó inmóvil un peldaño por encima de ella y le puso las manos sobre los antebrazos para tranquilizarla.

—No te preocupes —dijo—. ¿Tan preocupada estás? Bueno, pues llámales. Diles que el dinero ya está en camino.

—Ni lo sueñes dijo Tabitha con irritación—. ¿Tienes tu cinta o has vuelto a meterla dentro de mi bolsa?

—Dijiste que la llevarías por mí.

—¿Que yo...? ¿Cuándo dije eso?

—En la fiesta.

—Un día rey seré y en reina te convertiré... —le prometió Tal, que ya parecía totalmente recuperado.

—¡Tal, cállate! —gritó Marco.

Bajaron a toda velocidad por la escalera con Xtasca yendo en último lugar. Su bandeja—platillo volante emitía un suave zumbido y la corriente de aire que creaba hacía revolotear los cortinajes que iba dejando atrás.

El fuego fatuo de color verde les estaba esperando en el pasillo oscilando lentamente de un lado a otro.

—¿Han observado algún defecto o problema con el equipo? —preguntó la voz del ambiente.

—No, no, todo ha sido realmente magnífico —murmuró Marco en tono reverente.

—El equipo de mantenimiento no debe sufrir ninguna clase de reajuste —dijo el ambiente con lo que a Tabitha le pareció una cierta suspicacia—. La cliente y otros clientes podrían sufrir perturbaciones o sentirse incómodos.

—Está perfectamente dijo Marco—. No la hemos molestado. Ha escuchado una cinta, nada más... Ahora está durmiendo. Déjela descansar durante un ratito, ¿de acuerdo?

—Todos los regalos deben ser examinados y anotados en los registros —insistió el ambiente.

—La señora tiene que hacer una llamada urgente —replicó Marco sin dejarse amilanar—. ¿Puede dejarle usar su teléfono?

—Olvídalo —dijo Tabitha.

No estaba dispuesta a ponerse en contacto con la policía para recordarles que existía hasta no tener dinero con el que pagar la multa. Llegaría tarde. Aquellos lunáticos conseguirían que llegara tarde...

Salieron de Sueño Justo por una puerta situada debajo de la curvatura de la cúpula verde y emergieron a un balcón con forma de losa desde el que se dominaba un precipicio de quinientos metros. Más abajo estaba el abismo, la inmensa y reluciente cicatriz cubierta por capas de matorrales tan enfermizos que parecían costras. Hacia la mitad del precipicio se podían ver unos cuantos cangrejos de hierro que se deslizaban lentamente alrededor de los restos de varios vehículos. Algunos grupos de personas los observaban sin mucho interés desde los balcones de los hoteles. Las bóvedas marrones parecidas a tubérculos de la arquitectura alienígena se alzaban sobre sus cabezas hasta perderse en la oscuridad.

Fueron a toda prisa por la pasarela de cemento que bordeaba toda la pared del abismo. Hacía frío, y la atmósfera estaba llena de polvo. Había retazos de hielo sucio esparcidos un poco por todas partes. Tabitha podía oír un débil lamento que sonaba bastante cercano, pero no había forma de saber si era humano, alienígena o mecánico. El sonido empezó a ponerla nerviosa, y un instante después se dio cuenta de que procedía del pico de Tal. El loro estaba canturreando para sí mismo.

Apretó el paso y siguió a Xtasca. El Querubín iba en línea recta hacia los ascensores.

Dieciocho minutos. Diecisiete. Dieciséis.

Cuando llegó a los ascensores volvió a evaluar las probabilidades de salir bien librada que tendría si les dejaba, volvía lo más deprisa posible a *la Alice* e intentaba huir en ella. Sus perspectivas de conseguirlo no parecían demasiado buenas.

Intentó consolarse pensando que la función quizá acabaría a tiempo y que el número de cabaret de los lunáticos terminaría antes de que los gigantescos y lentos engranajes de la maquinaria policial de dos mundos consiguieran sincronizarse para aplastarla o antes de que los policías de Plenty recibieran un mensaje de los eladeldis ordenándoles que requisaran *la Alice*. En caso contrario se aseguraría de que Marco Metz no tuviera más remedio que sacarla del apuro. Si se metía en algún lío por su culpa, Marco tendría que pagar todos los platos rotos.

Una cápsula abrió sus puertas y se apelonaron dentro de ella. Subieron, subieron y subieron hasta llegar al Jardín Mercurio, el punto más alto del caparazón de tortuga que es Plenty.

El Jardín Mercurio ha vuelto a abrir y cuando Marco Metz actúa en él nunca hay ni un solo asiento libre. Marco se ha dado prisa y ha sabido explotar la curiosidad popular y el lógico deseo de ver a los principales protagonistas de nuestra aventura. Esa noche el local no estaba muy concurrido. La clientela compuesta mayoritariamente por humanos—, consumía cenas no demasiado apetitosas y lanzaba alguna que otra mirada a sus relojes o al escenario vacío.

Casi ninguno de ellos tenía la más mínima idea de qué o quién era Contrabando, y no había ninguna atmósfera de expectación. Los comensales se

quedaban a ver el espectáculo, pero sólo porque habían gastado todo su dinero en las galerías de tiro y los casinos y no tenían ningún sitio mejor al que

ir. Los camareros de metal plateado rodaban cansinamente alrededor de las mesas, yendo y viniendo de un lado a otro con sus bandejas medio vacías.

El Jardín Mercurio es un anfiteatro natural o, por lo menos, es todo lo natural que puede serlo algo en Plenty. El local ocupa una caverna imponente que sirvió como centro de mando del enjambre frasque, una especie de cuenco protegido por un techo oscuro en forma de cúpula tachonado por claraboyas esparcidas al azar detrás de las que se puede ver el brillo distante de las estrellas. Una vez eliminadas las mesas, el Jardín Mercurio es capaz de acomodar a varios millares de espectadores dispuestos alrededor del escenario, un rugoso pináculo de la misma materia prima con que está hecha toda la estación y que, como ya he dicho, es muy parecida al cuerno o al hueso. Hubo un tiempo en el que la Reina de los frasques ocupó este lúgubre podio que brota del centro de la caverna para emitir sus estridentes decretos mientras las ruidosas masas de sus súbditos se arrastraban y se pisoteaban los unos a los otros, agitándose por toda la hondonada rocosa que se extendía debajo de ella.

Cuando Tabitha llegó allí acompañada del grupo Contrabando la oscura grandeza primigenia de ese ambiente bárbaro quedaba un poco disminuida por el despliegue de globos luminosos, baterías de instrumentos emisores de haces musicales e hileras de monitores audiovisuales. Un mediocre número de discoteca intentaba interesar a la clientela y no lo estaba consiguiendo.

—Este sitio nos gusta mucho —le confió Saskia deslizando su brazo sobre el de Tabitha.

—Tiene atmósfera—dijo Mogul.

—El público es bastante soso—admitió Saskia.

—Pero nosotros somos magníficos —afirmó Mogul.

El plazo de Tabitha acababa de expirar. El universo iba a desaparecer y estaba muy cansada. *La Alice Liddell* había sido confiada a sus cuidados. Si no conseguía conservarla, mantenerla a punto y protegerla de las garras de esas autoridades arbitrarias siempre dispuestas a interferir en la existencia de las personas corrientes..., entonces perdería su medio de ganarse el sustento, su hogar y su autorrespeto. Lo perdería todo. Marco empezó a revolotear alrededor de ella consiguiéndole una buena mesa y pidiendo una botella de un vino muy caro que no quería y una comida que no tenía apetito para engullir. Tabitha decidió desconectarse de cuanto la rodeaba.

—Seguid con lo vuestro —le dijo con ferocidad.

La gente les estaba mirando.

La intensidad de las luces fue disminuyendo poco a poco. El espectáculo iba a empezar.

Era un número bastante sofisticado y elegante. Tabitha picoteó su comida y esperó a que terminara.

Mogul estaba sentado en el centro del escenario con las piernas cruzadas tocando un teclado diminuto del que brotaban sonidos que hacían pensar en una bandada de gansos volando a gran distancia de allí.

Tal empezó a gimotear una melodía atonal.

*Cuando llueve en el cielo
Todo el mundo se sienta debajo de un paraguas inmenso
A beber ginebra
Y envían donativos
A los que sufren en el infierno.
Se acurrucan en el cielo
Entregándose a los recuerdos
Y se van repitiendo
Que, por suerte, han acabado saliendo a sus padres.*

El que un loro cantara produjo el leve efecto de sorpresa habitual y el público aplaudió durante unos momentos, pero enseguida volvió a reanudar las conversaciones interrumpidas. Tabitha intentó que su cabeza dejara de inclinarse hacia el reloj del monitor y no lo consiguió. "¿Cuándo acabará esto —se preguntó—. ¿Cuándo conseguiré mi dinero y podré salir de aquí?"

Una ola de fatiga se fue extendiendo por todo su organismo y la hizo tambalearse en su silla. El otro Gemelo había subido al escenario y los dos estaban haciendo cosas desagradables de forma absolutamente simétrica.

Tabitha echó vino en su copa y la apuró de un trago. Volvió a llenarla. El pretencioso y lento espectáculo seguía desarrollándose ai otro lado de una lámina de cristal.

El único acontecimiento real fue la aparición de Xtasca. El Querubín montado en su platillo volante bajó rápidamente desde el techo de la caverna.

Durante un momento Tabitha creyó que iba a cantar, pero Xtasca no cantó. No hizo nada. No era necesario que hiciese nada. En cuanto el halo que parecía surgir de la nada iluminó a la reluciente silueta negra vestida con su traje opalescente todos los presentes se quedaron callados. Esto era lo que habían venido a ver, suponiendo que hubiesen venido a ver algo.

Tabitha sintió el escalofrío mezcla de horror y fascinación que la había electrizado en la Pradera de Sueño Justo. La sensación se fue materializando en la caverna hasta adquirir la amenazadora solidez de una ola que se ha quedado inmóvil un segundo antes de romper contra la playa. La reacción en forma de zumbido no tardó en llegar. ¿Qué era eso..., un Querubín? ¿Y qué estaba haciendo nada menos que un Querubín en un cabaret humano? ¿Qué estaba haciendo ese Querubín en un lugar cerrado? No podía ser un Querubín. Era un autómeta, una marioneta robotizada.

El teclado de Mogul emitió un arpegio de acordes sombríos y estridentes para acompañar el descenso del Querubín. La criatura volvió la cabeza y su mirada rojo rubí se deslizó sobre la escasa clientela del local. Alguien chilló, pero el grito no tardó en ser ahogado. Los cubiertos y las copas dejaron de hacer ruido y los comensales alzaron los ojos para contemplar el rostro del futuro. Los más religiosos acariciaron disimuladamente las cuentas de sus rosarios, y los demás se limitaron a contener el aliento durante un segundo sintiendo una temblorosa gratitud por ser meros humanos y se preguntaron durante cuánto tiempo lo seguirían siendo.

Tabitha hizo exactamente lo mismo que ellos, y acabó decidiendo que ya estaba harta de todo aquello. No podía seguir soportándolo ni un segundo más.

Saskia fue hacia el centro del escenario pedaleando en un monociclo. Mogul se puso en pie. El teclado siguió emitiendo sus acordes. Mogul materializó de la nada una delgadísima sábana negra y la arrojó por encima de Saskia y su monociclo.

—Este número se llama "Sonrisa de un solo labio" —anunció uno de ellos.

Tabitha no estaba muy segura de quién había hablado, y pensó que las palabras quizá hubieran brotado del teclado.

El monociclo cayó al suelo con un golpe seco y la sábana se derrumbó sobre él. Saskia se había esfumado. Xtasca también había desaparecido.

Los aplausos fueron todavía más breves y menos entusiásticos que antes.

Mogul hizo un pase en el aire y alzó el guante de Marco sobre su cabeza. El guante estaba tocando una melodía rápida y alegre, y un instante después Marco emergió de un cono de sombra y empezó a manipularlo.

Tabitha no tenía ni el más mínimo deseo de verle actuar. Dejó de prestar atención a lo que le rodeaba y se fue adormilando.

La música fue interrumpida por un chirriar ululante absolutamente insoportable. Tabitha pensó que ni el artista más excéntrico habría tenido el valor de arrancar semejante sonido a su guante o su teclado.

Todas las luces del local se encendieron de golpe. Los camareros se quedaron inmóviles durante una fracción de segundo y empezaron a retroceder velozmente hacia la cocina.

Hubo un murmullo general de sorpresa y consternación. Los clientes se pusieron en pie y señalaron hacia el techo.

Tabitha siguió la dirección que indicaban todos aquellos brazos extendidos.

Dos cometas negras en forma de delta caían velozmente desde las alturas sin hacer ningún ruido.

La policía acababa de llegar.

Aquel ruido horrible seguía y seguía como si no fuese a terminar nunca. Mogul y Marco estaban arrojando cosas dentro de una maleta. Los comensales se habían puesto en pie derribando sus sillas, gritaban y volvían la cabeza hacia los robots que seguían retirándose en dirección a la cocina. Unas cuantas personas blandían armas y corrían hacia las salidas.

Tabitha cogió su bolsa de viaje y echó a correr.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

A0a]XXc:B27! / Aa,A/ I 09€[222M

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 11.07.11

ADELANTE

Alice, ¿recuerdas la vez en que llevamos a bordo a un eladeldi?

SÍ. EL SEÑOR TREY... SE LLAMABA ASI, ¿VERDAD?

Sí.

¿Y QUÉ HACÍA?

Perder el tiempo revolviendo montañas de papeles viejos.

TODOS ESOS ARCHIVADORES... ¿ESTABAN LLENOS DE PAPELES VIEJOS?

Aparentemente sí. Cincuenta archivadores de acero gris con cuatro cajones en cada uno, y cada cajón estaba lleno de papeles viejos.

¿APARENTEMENTE? ¿POR QUÉ HA DICHO "APARENTEMENTE"?

Porque nunca vi ni la esquina de un solo papel.

¿Y NO SINTIO CURIOSIDAD, CAPITANA?

Mucha. Sentí muchísima curiosidad. De ahí vino todo.

OH, UNA HISTORIA DE MISTERIO... QUÉ BIEN.

Ocurrió en la Tierra. Tú estabas en el Puerto de Brasilia y yo me encontraba a unos cuantos kilómetros de distancia. Estaba durmiendo en un motel barato. La recepcionista fue hasta mi cabaña y llamó a la puerta. Eran las cinco de la madrugada. "¿Capitana Jute? —dijo—. La llaman por teléfono". Nadie sabía que estaba allí, y el que me llamaran por teléfono ya era sorprendente. Había salido del puerto en la bicicleta y escogí aquel motel como podría haber escogido cualquier otro.

Cogí el teléfono y oí una voz que hablaba con acento norteamericano. Me pareció que era una mujer, pero también podría haber sido un robot.

—¿Capitana Tabitha Jute? —preguntó la mujer o el robot.

—Sí —dije yo.

—¿Es usted la propietaria y conductora del transporte espacial de mercancías clase Bergen K Bravo Golf bla—bla—bla? —quiso saber.

—Sí —dije yo.

Me pregunté qué norma habría infringido y cuánto dinero iba a costarme la infracción.

—¿Su vehículo está disponible actualmente? —preguntó.

Desperté de golpe y le dije que sí.

—Diríjase inmediatamente a bla—bla—bla —dijo la voz, y yo le dije que esperara un momento y cogí algo para anotarlo.

Me envió a una pista fría y azotada por el viento en pleno centro de la nada. Era una de esas propiedades de las llanuras del centro del país, las que son todas iguales y no se pueden distinguir unas de otras.

LA GENTE QUE VIVE ALLI LO LLAMA KANSAS, CAPITANA.

Gracias, Alice.

Control no respondía, no había nadie de servicio y tampoco había nadie visible salvo algunos chicos que treparon por la alambrada para alzar la cabeza hacia nosotros, así que fui bajando. Salí y decidí echar un vistazo. La puerta estaba cerrada, y me pregunté si la llamada no habría sido alguna broma pesada. Decidí esperar y ver quién aparecía para reírse de mí.

Lo que apareció fue una nube de polvo con un jeep y un camión dentro de ella. Tanto el jeep como el camión eran de color gris y no llevaban ninguna marca o identificación. Se detuvieron delante de la puerta y vi bajar a dos tipos del jeep. Uno de ellos era humano.

Me acuerdo muy bien de él. Se llamaba Dominic Wexler. Era alto y flaco, con una cabellera rubia cortada casi al cero y gafas de espejo. Llevaba un traje gris azulado con las rayas tan bien planchadas que habrías podido cortar el pan con ellas, una camisa azul pizarra de botones y una corbata de cuero llena de arruguitas. Aparte de eso, también llevaba encima una identificación de la Fuerza Aérea y la llave que abría la puerta.

El otro no tenía ninguna identificación, pero no le hacía falta. Era un eladeldi. Su vello era de un color azul desvaído, como el que adquiere la nieve algunas veces, y llevaba una camisa tubular muy ceñida de color azul y unos pantalones azules que terminaban a medio camino de sus piernas peludas..., parecían unos pantalones de montar. Llevaba la cara rasurada, y si ves a un eladeldi con la cara rasurada eso quiere decir que le han asignado a la Tierra y que está en servicio activo.

El teniente Wexler abrió la puerta y movió la mano indicándole al camión que avanzara.

—¿Está preparada para cargar, capitana? —me preguntó—. Nos gustaría salir lo más pronto posible.

Volvió la cabeza hacia los chicos de la alambrada y les observó con tanta suspicacia como si pudieran ser espías.

—¿Nos gustaría? —repliqué yo.

—Sí, señora. El señor Trey y yo la acompañaremos durante el curso de esta misión.

Le expliqué que normalmente no trabajaba así, y él dijo que lo entendían, pero que iba a transportar material muy delicado. El material muy delicado parecía ser los montones de archivadores que estaban bajando del camión.

—¿Qué hay dentro? —pregunté.

—Documentos—dijo él.

—¿Documentos? —pregunté.

—Nada más que documentos—replicó él.

Le hice sudar bastante antes de acceder.

¿Y POR QUÉ HIZO ESO, CAPITANA?

Bueno, Alice, la verdad es que aún no sé muy bien por qué lo hice... Creo que fue porque empleó la palabra "misión". Es una palabra que nunca me ha gustado. Yo no me gano la vida aceptando "misiones", ¿sabes? Acepto trabajos, no misiones. Supongo que fue por eso... Pero él no paraba de repetir que lo comprendían y que me necesitaban, y llegó al extremo de quitarse las gafas. Era más joven de lo que me había parecido al principio. Debía tener mi edad, unos veintitantos años, y sus ojos eran tan azules como todo lo demás. Trey se limitó a contemplarme en silencio desde detrás de sus párpados caídos con la lengua asomando un poquito por entre los labios como suelen hacer los eladeldis.

Acabé dejándome convencer. Permití que subieran a bordo, saqué las unidades de los huecos y les ordené que empezaran a cargar los archivadores.

Les dije que tendrían que usar los dos camarotes porque no quería que hubiese nadie en la cabina cuando estaba pilotando.

—Wex-ler—dijo el eladeldi.

Wexler puso cara de sentirse bastante incómodo.

—Su nave pondrá rumbo hacia un destino que no podemos revelar de momento —dijo con cierta vacilación mirando al señor Trey—. Razones de seguridad, ¿comprende? Uno de nosotros necesitará tener acceso protegido a su ordenador de vuelo.

—Pues en tal caso me temo que se han equivocado de piloto —repliqué yo.

Me dijo la suma de dinero que estaban dispuestos a pagarme por el viaje.

Les dije que dada la naturaleza de su misión y lo delicado del material que iba a transportar uno de ellos podría ocupar la red del copiloto.

—El otro tendrá que instalarse en un camarote.

—Wex-ler—dijo el eladeldi.

—No me importa ocupar el camarote, señor —dijo él.

Le dije que quitara todos los trastos que había amontonados encima del catre.

—¿Quiere que vaya al camarote y me ocupe de asegurar los correajes?— le pregunté.

—No, muchas gracias, señor... Quiero decir señora. Ya me las arreglaré.

Trey había empezado a meterse en la red del copiloto. Podía oír sus lentos jadeos entrecortados y captaba su olor..., tenía un olor acre y peludo.

¿Y A QUÉ SE PARECE ESE OLOR, CAPITANA?

Al de un perro.

LOS PERROS SON UNOS ANIMALES MUY SUCIOS QUE SIEMPRE ESTAN ARMANDO JALEO, ¿VERDAD?

Sí, Alice.

—¿Necesita alguna cosa? —le pregunté—. Quiero decir que... Bueno, nunca he viajado con un eladeldi, ¿sabe?

No dijo nada. Sus largos dedos azules se agarraban con fuerza a los cables de la red.

—Muy bien —dijo yo—. De acuerdo... ¿Adónde vamos?

Abrió un bolsillo cerrado con velcro de sus pantalones, me entregó un diskette sellado y se puso la terminal del copiloto. Yo no podía creerlo. Ni tan siquiera me había preguntado si podía hacerlo, ¿entiendes? Se había limitado a alargar una mano y se la había puesto en la cabeza como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo, como si se pasara la vida metido en naves de otras personas y el colocarse la terminal del copiloto fuera algo que hacía cada día.

Dejó que despegara. No dijo nada, y no intentó interferir en el procedimiento. Se limitó a quedarse inmóvil junto a mí escuchando y observándome.

Me puse en pie apenas estuvimos en órbita para dejar que trabajaras con el diskette y fui a ver a Wexler. Estaba flotando a cinco centímetros del catre, y aún no se había quitado los correaes. Me pareció que tenía la cara un poquito pálida. Seguía llevando puestas las gafas de espejo y sudaba.

—¿Siempre es así? —le pregunté.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

No sabía de qué le estaba hablando o, por lo menos, no cuando estaba en servicio activo.

—¿Se encuentra bien? Si quiere puede quedarse aquí —dije yo, aunque tenía la esperanza de que preferiría no hacerlo.

—Oh, enseguida iré a reunirme con ustedes —se apresuró a decir—. Si me da su permiso, claro...

Tuve que echarle una mano con los cierres. Era tan torpe que salió despedido del catre y chocó conmigo. Fue un impacto frontal, ¿sabes? Salí disparada a través del umbral y tuve que agarrarme a la escotilla de atrás. "Estupendo —pensé—, un novato...". Pero empezaba a caerme bien.

AJA.

Oh, Alice, era tan guapo y tenía un aspecto tan triste e indefenso...

ESTABA PENSANDO QUE QUIZA LE RECORDABA A ESE MOSQUITO LLAMADO MICHAEL.

Nunca había pensado en eso, pero... No, el teniente Dominic Wexler era un chico de lo más blandito metido dentro de una camisa almidonada. Michael pertenecía a la variedad opuesta..., era pura fibra carbonatada hasta el núcleo. Michael era horrible. Ojalá no me lo hubieras recordado.

PODRIA BORRARLE.

No podemos hacer eso, Alice. Al menos no voluntariamente, ¿sabes? Cuanto más te esfuerzas por olvidar algo, más probable es que te vuelva a la memoria en los momentos menos oportunos.

PERDONE QUE SE LO DIGA, CAPITANA, PERO ME PARECE QUE SU MEMORIA ES MUY POCO EFICIENTE.

Tienes razón, Alice. No es muy eficiente.

El teniente Dominic Wexler salió del camarote moviéndose muy despacio, jadeando, resoplando y agarrándose a todo lo que podía alcanzar. No paraba de pedirme disculpas. Estaba haciendo un gran esfuerzo para mantenerse erguido. El extremo de su corbata flotaba por delante de su nariz. Lo bajó de un manotazo y estuvo a punto de salir despedido girando sobre sí mismo.

—Agárrese a estas cosas —dije, y le señalé los aros.

La cosa empezó a ir mejor. Se lanzó decididamente pasillo abajo y me dejó atrás con una risita algo temblorosa, dirigiéndose hacia el próximo asidero mientras seguía intentando poner un pie delante del otro en vez de utilizar los brazos y los hombros.

Quería preguntarle cuál era la razón de que la Fuerza Aérea hubiese enviado a alguien que no tenía ni la más mínima experiencia en condiciones de caída libre, pero no lo hice.

—Su colega no es muy comunicativo —dije.

Wexler puso cara de preocupación.

—Supongo que ya le ha dado el plan de vuelo, ¿no?

—Sí —dije yo—, pero hasta el momento eso es lo único que me ha dado.

—Tenemos que ir con mucho cuidado, señora —dijo.

El siguiente salto le salió un poco demasiado impetuoso y empezó a girar sobre sí mismo. Le rescaté de aquella voltereta pasando un brazo alrededor de su cintura por detrás mientras metía el pie en un aro para impedir que me arrastrara consigo. Wexler acabó apoyado en mi pecho mientras pedaleaba como un loco con las piernas.

—¿Sigue queriendo ser un hombre del espacio? —le pregunté.

—¿Qué ha dicho? —replicó él.

—Nada —murmuré.

Nos encontramos con la nave sistémica capellana unos doscientos kilómetros más allá de la luna. El eladeldi se había pasado todo el trayecto con los antebrazos encima de las rodillas y los ojos clavados en la consola como si entendiera todo lo que tenía delante o como si no tuviera ni idea de qué era, pero apenas vimos la nave cobró vida de repente y empezó a parlotear por el micrófono. La nave capellana era..., bueno, parecía...

NO HACE FALTA QUE SE ESFUERCE, CAPITANA. YA SÉ QUÉ ASPECTO TIENEN SUS NAVES.

No importa, Alice. Deja que intente describirla, ¿de acuerdo?

Su forma era muy parecida a la de dos conos muy largos unidos por la punta. Era de color dorado y había manchitas ámbar y bermellón que se deslizaban continuamente a lo largo de ella. Cuando nos acercamos pude ver que uno de los conos no era realmente un cono. Era más corto que el otro, y

parecía haber sido achatado por la base. Los motores estaban allí, ¿sabes? La nave capellana tenía cinco motores gigantescos... Y el otro cono tampoco era un cono, porque estaba redondeado y en realidad se parecía más a una especie de lágrima alargada que a un cono. Alrededor de la lágrima había un abultamiento que hacía pensar en un collar, y los equipos de comunicaciones brotaban del collar como si fuesen arbolitos metálicos.

Nos acercamos a la nave y nos colocamos en órbita alrededor del punto de unión de las dos estructuras. Cuando cruzamos su eje longitudinal la nave pareció quedar suspendida sobre nosotros con la cola hacia arriba como si fuera un pez dorado de setecientos metros de longitud que intentaba coger algo del fondo de su pecera, y pensé que debíamos parecer un caracol deslizándose por debajo de su vientre. Un instante después ya estábamos demasiado cerca para verla desde esa perspectiva y de repente todo lo que había debajo de nosotros era nave, campos de reluciente metal dorado tachonados de portillas, compuertas, sensores y protuberancias que se movían rápidamente a una gran distancia por debajo de donde estábamos.

El señor Trey seguía hablando en el elaldiano por el micrófono —no paraba de soltar resoplidos y chillidos entrecortados—, y parecía estar leyendo datos de todo el tablero. Mis auriculares estaban mudos, así que no sé con quién hablaba. No sé cómo consiguen hacerlo, pero el caso es que lo hacen. El maldito elaldidi acababa de tomar el mando. No sabía adónde íbamos ni cómo atracaríamos, y me enteré de que habíamos entrado en contacto con el rayo tractor porque oí un golpe ahogado en el casco.

También oí cómo Wexler tragaba saliva. Estaba sentado en la pared con una pierna metida dentro de un aro y la mirada clavada en el parabrisas. Sabía que sus ojos le estaban diciendo que nos precipitábamos a toda velocidad hacia lo que parecía una inmensa peca redondeada de la cubierta dorada y la rendija de color rojo que atravesaba toda el diámetro de la peca.

La rendija roja se colocó en posición horizontal y se convirtió en una galería roja que parecía no terminar nunca. Nos metimos por ella y llegamos a la zona de atraque. Trey dejó que me encargara del aterrizaje y de apagar los motores.

—Ya puede respirar, señor Wexler—dije.

Wexler estaba sentado detrás mío sobre uno de los montones de trastos esparcidos por el suelo. Tenía una mano levantada y se agarraba al aro como si le fuera la vida en ello.

—Un aterrizaje magnífico, capitana—dijo.

Pobrecito... Como si hubiera vivido montones de aterrizajes difíciles.

Me volví hacia mi copiloto, le di una palmada en el hombro y conseguí sobresaltarle un poco.

—¿Ha oído eso, señor Trey? Lo hemos hecho estupendamente.

Se limitó a mirarme sin decir nada. Después bajó la vista hacia el equipo de aterrizaje, que estaba acercando los camiones para la carga. Todos eran elaldidis. Por lo que pude ver todos los tripulantes de la nave capellana eran elaldidis. No sé si le complació ver sus rostros felices y sonrientes, pero si fue así no lo demostró. Salió de la red y se puso en pie.

—Uen abajo, apitana Jute —gruñó—. Un ervicio celente.

—¿Y mi dinero? —pregunté yo.

—El eniente Wex—ler e cargará de ealizar la unción de agador—dijo—. Enga la ondad de ecargar.

Y salió de la nave.

Hice lo que me había pedido. Me volví hacia las pantallas y pude ver a Trey intercambiando las cortesías protocolarias, sellando documentos con la huella de su pulgar y todas esas cosas.

—¿Quiere bajar para saludarles? —pregunté volviéndome hacia Wexler.

Me miró y negó con la cabeza.

—No veo a ningún capellano —dijo como sin darle importancia.

—Nunca se les ve —dije yo.

Los archivadores llenos de material delicado estaban siendo colocados sobre los camiones. Las plataformas de carga eran tan grandes que parecían minúsculos, totalmente insignificantes. Nadie se había referido a ellos ni una sola vez durante todo el viaje.

Wexler se pasó las palmas de las manos por encima de los muslos.

—Bien, capitana... ¿Qué va a hacer ahora? ¿Se tomará un pequeño descanso?

—Sí, pero no aquí —dije yo—. La estación Pascal se está aproximando y ahora debe encontrarse a menos de una hora de distancia. Es un sitio agradable... Tiene buena comida y buenas camas.

—Vaya, sí que parece agradable —dijo él poniendo cara de no estar muy convencido de que lo fuese.

—Supongo que su misión ha terminado, ¿no? —le pregunté.

—Sí. He escoltado al material y al representante hasta el punto de destino, y ya no he de hacer nada más —dijo—. Supongo que debería comprobar la hora de llegada —añadió, y echó un vistazo al reloj—. Correcto.

—Si tiene prisa por volver a la Tierra hay una lanzadera que sale cada media hora de Pascal —sugerí.

—Qué diablos... —replicó él con voz jovial—. Supongo que puedo perder una o dos horas estirando las piernas.

Metí un dedo en la red del copiloto y la abrí para que se instalara en ella mientras le obsequiaba con mi mejor sonrisa.

—En tal caso, ¿por qué no se sienta a mi lado?

QUÉ LISTA ES USTED, CAPITANA.

Sentía curiosidad, ¿sabes? Curiosidad y una sensación de poder... El pobre desgraciado estaba en terreno desconocido y se encontraba a mi merced. Fuimos al Cubo de Pascal y de allí fuimos a una habitación situada en el borde donde hicimos el amor con las persianas subidas y la luz de la Vía Láctea

entrando a chorros por las ventanas. El pobre Wexler se había dado tantos golpes durante el vuelo que estaba lleno de morados.

Cuando hubimos terminado se quedó inmóvil con la cabeza apoyada entre mis pechos.

—Éste ha sido tu primer viaje fuera de la Tierra, ¿verdad, Dominic? —le pregunté.

—No —dijo él—. No, señora, nada de eso... Mi mamá y mi papá me llevaron a la Luna para celebrar mi decimocuarto cumpleaños.

—Yo nací en la Luna—dije.

—Oh, ¿de veras? —murmuró él...

Pasó un rato antes de que volviéramos a hablar.

—No puedo decírtelo, Tabitha, y no puedo decírtelo porque no lo sé.

—Pero los de la base piensan que... —dije yo esperando que mordería el anzuelo.

—Mira, no sé nada así que no puedo decirte nada. —Suspiró—. Pero corrieron algunos rumores y no eran más que eso, ¿entiendes?, rumores, y algunos decían que era algo relacionado con los OVNIS.

—¿OVNIS? —repetí yo—. Nunca he oído hablar de los OVNIS. ¿Es alguna especie nueva?

—No es ninguna especie —dijo él—. Es lo que podrías llamar un fenómeno. Una anomalía histórica.

Los OVNIS eran objetos volantes no identificados. "Platillos volantes", así solían llamarles...

COMO EL DE XTASCA.

Cómo el de Xtasca, sólo que aquellos eran enormes y llevaban gente dentro.

Cincuenta archivadores de acero con cuatro cajones cada uno, un total de doscientos cajones llenos de papeles, montones de cartas y fotografías y recortes de periódico y documentos e informes..., todo relacionado con personas que habían visto naves espaciales alienígenas en el cielo, la mayoría de ellas antes del Pequeño Paso Adelante. Eso es lo que decía el rumor de Dominic Wexler.

La gente ya no ve esas cosas. O... Bueno, supongo que ahora todos las vemos. Y ahora los capellanos tienen las pruebas en su poder.

¿POR QUÉ NOS CONTRATARON PARA LLEVAR LOS ARCHIVADORES HASTA ALLI SI ESTABAN EN PODER DE LA FUERZA AEREA DE LOS ESTADOS UNIDOS?

No lo sé. Probablemente porque querían que todo se hiciera de la forma más discreta posible y sin que figurara en los registros oficiales. Dominic Wexler fue la única concesión que los eladeldi estaban dispuestos a hacer, y no le escogieron porque fuese inteligente. Wexler no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, ¿entiendes?

Dominic cogió una lanzadera en Pascal para que no nos vieran partir juntos. Recuerdo que estaba tan alegre y animado como un colegial en vacaciones.

—Bueno, Tabitha—dijo—, yo..., eh..., gracias. Ha sido estupendo. Estuviste..., en fin, estuviste..., estuviste soberbia.

Parecía no estar muy seguro de si debía darme un beso o despedirse con un saludo militar. Al final acabó optando por estrecharme la mano. Después se puso sus gafas de espejo y volvió a la Tierra, dejándome en el espacio por donde vagan los platillos volantes.

El Jardín Mercurio estaba casi vacío, pero cuando los policías cayeron del techo deslizándose sobre sus relucientes alas negras hubo una considerable confusión y muchas carreras hacia las salidas. Los policías pasaron tan cerca de Tabitha que su nuca sintió el roce de la corriente de aire que creaban. Se abrió paso a codazos por entre la gente y no miró hacia atrás. Tenía que volver corriendo a su nave..., suponiendo que aún tuviera una nave a la que volver corriendo, claro está.

En aquellos tiempos casi todas las personas que visitaban Plenty tenían en común un cierto grado de aversión a la policía y tomaban todas las medidas que estaban a su alcance para evitar los encuentros con ella. El hecho de que la clientela del Jardín Mercurio tuviera más dinero que la mayoría de los visitantes sólo significaba que eran mucho más hábiles esquivando a la policía. Tabitha y todos los clientes que lo consiguieron se metieron en la primera cápsula de ascensor que llegó por el tubo y empezaron a bajar.

Una vez dentro de la cápsula todo el mundo evitaba los ojos de los demás como si esperara que eso le permitiría volverse invisible. No habían estado allí y no habían visto a nadie.

—No entiendo a qué venía todo eso —dijo un joven que parecía bastante nervioso. Estaba muy borracho, y no había soltado la botella de Astarté Supreme que cogió al salir huyendo de su mesa. Se rió—. Pero ha sido mucho más divertido que ese maldito número de cabaret...

Su acompañante murmuró algo ininteligible que parecía un asentimiento.

"Yo sí sé a qué venía —pensó Tabitha, medio aplastada entre una mujerona sudorosa con un abrigo de piel de foca y una lanza de cobalto Drinski modelo bolsillo—. ¿Quién habría pensado que se lo iban a tomar tan por lo dramático? Una refriega sin importancia en el Gran Canal... Es algo que ocurre veinte veces al día, y ni tan siquiera hubo muertos. Y bastaba con que requisaran *la Alice*, no tenían por qué echarme el guante antes. Están intentando quedar bien con los capellanos —se dijo—. Si ese pequeño bastardo no hubiera chocado con el jodido muñeco..."

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y se clavó las uñas en las palmas de las manos. "Ya voy, Alice", pensó. Y se preguntó adónde diablos podían ir.

¿La Tierra? Baltasar Plum estaba muerto, y no conocía a nadie más que estuviera dispuesto a esconderla. ¿El Cinturón?

Titán sería el sitio ideal, por irónico que pareciera. Nadie iba allí nunca.

Pero ni tan siquiera tenía el crédito suficiente para cargar los sistemas de la nave.

Tabitha se había percatado del pánico que se adueñó del escenario en cuanto aparecieron los policías. Marco y sus compañeros tenían algo que ocultar, igual que el resto de los presentes, pero eso no la sorprendía en lo más mínimo y Tabitha ya tenía bastantes problemas para empeorar todavía más su situación actual cargándose con los del grupo de artistas.

La cápsula llegó al nivel del hotel y todos los turistas salieron de ella. El ventanal panorámico que había al otro extremo del vestíbulo permitía ver una gigantesca cúpula verde situada al otro lado del abismo que se alzaba sobre las casi peladas copas de unos árboles que parecían muy enfermos. Era la residencia crónica, el edificio de Sueño Justo.

Un escuadrón entero de lustrosas deltas negras estaba sobrevolando el abismo.

El joven de la botella lanzó una exclamación ahogada y corrió hacia el ventanal.

Los planeadores policiales se detuvieron delante de las puertas de Sueño Justo y revolotearon ante ellas subiendo y bajando en las corrientes de aire ascendentes como si fueran tortugas chapoteando en una laguna.

Algo muy grave estaba ocurriendo allí. Aquella noche Plenty había decidido estar a la altura de su reputación.

Las puertas de la cápsula del ascensor empezaron a cerrarse, pero antes de que lo hicieran Tabitha tuvo tiempo suficiente para ver a los policías cyborgs de relucientes armaduras negras que saltaban de los planeadores y se ponían en pie después de rodar ágilmente sobre su espalda. Estaba claro que la corporación Sueño Justo podía permitirse el mejor espectáculo que Plenty era capaz de proporcionar.

Tabitha Jute decidió ir a los muelles. Estaba sola y se sentía bastante desgraciada. Tenía miedo, y estaba muy enfadada. Era como si llevase mucho tiempo teniendo miedo y enfadándose por una cosa u otra. Su idilio con Marco Metz parecía algo ocurrido hacía meses, una diminuta rebanada de tiempo desvanecido vista por el extremo equivocado de un telescopio, algo encerrado en una burbuja que ya no tenía ningún significado.

La cápsula del ascensor volvió a detenerse. Las puertas se abrieron revelando una antecámara cuyas paredes estaban cubiertas por paneles de color azul y magenta claro. Había varias personas esperando en la antecámara.

La más próxima al tubo del ascensor vestía un traje muy holgado de color verde aceituna con un delantal rojo de una tela velluda sobre él. El delantal estaba sujeto por pendientes circulares de bronce labrado atados de forma bastante tosca con unos cordeles. El rostro de la figura quedaba oculto por una máscara de bronce sobre la que había dos minúsculos platos de sensor.

Detrás de aquella aparición había un grupo de hombres y mujeres que vestían taparrabos y llevaban el cuerpo cubierto por gruesas capas de pintura verde. Todos iban armados con rifles láser.

Los integrantes de aquel extraño grupo parecieron sobresaltarse tanto al verla como se había sobresaltado Tabitha al verlos a ellos. Su hiératico jefe alzó una mano y emitió un gruñido.

—No, lo siento muchísimo —se apresuró a decir Tabitha.

Pulsó el botón de cierre antes de que ninguno de ellos pudiera entrar en la cápsula.

Siguió bajando por las regiones aún no cartografiadas de Plenty. Siluetas oscuras se hacían visibles al otro lado de la ventanilla durante un segundo y desaparecían rápidamente envueltas en remolinos de neblina grisácea.

La cápsula se inclinó hacia un lado y empezó a seguir una gran curva. Decenas de puertas iluminadas desfilaron velozmente una detrás de otra.

La cápsula se detuvo con un sonido parecido al que podría crear una pesa hundiéndose en el fango y las puertas se abrieron de golpe. Tabitha vio a veinte perks que corrían a toda velocidad por un túnel bastante parecido a un conducto para arrojar desperdicios. Los perks chillaron y se lanzaron en tropel hacia la cápsula.

Tabitha ya había vuelto a cerrar las puertas.

Se había perdido, y su monitor no servía de nada. Siguió viajando durante un rato, acumulando más y más rabia y frustración cada vez que las puertas se abrían y se cerraban sobre otra escena incomprensible. Vio saurios alados que planeaban de una cornisa a otra en una caverna cuyas paredes estaban incrustadas de joyas y se hallaban tan llenas de agujeros que parecían un arrecife de coral verde. Otra parada le permitió contemplar un corredor abandonado cuyo techo rezumaba hilillos de pestilente agua espumosa que caían sobre una alfombra repleta de tumores fungosos. En un momento dado se encontró delante de una inmensidad negra en la que brillaban frías estrellas blancas. No eran las estrellas que Tabitha conocía.

Y de repente estaba alzando los ojos hacia el vientre de una nave mucho más grande que cualquiera de las que había pilotado. Era una Navajo Escorpión. Los reactores estaban siendo reparados y el cableado y los sensores habían sido recogidos, pero el inmenso artefacto que reposaba sobre sus soportes de aterrizaje parecía preparado para saltar al vacío como si no necesitara más combustible que la tensa sobriedad de su diseño.

La Escorpión se encontraba en un hangar de lo que parecía hueso descolorido y estaba siendo alimentada por un amasijo de delgadas cañerías marrones. El aire vibraba con el sonido ahogado de los líquidos bombeados de un lado a otro. El hangar parecía estar desierto.

—Nos vamos acercando, Alice, nos vamos acercando... —murmuró Tabitha.

Ya llevaba un rato hablando con su nave. Se subió la manga y volvió a introducir el programa de búsqueda. La pequeña Kobold tendría que aparecer no muy lejos de ella, a menos que la policía se la hubiese llevado o hubiese desconectado todos sus sistemas.

La pantalla del monitor sólo mostró una confusión de sombras, pero la luz roja que había encima de ella empezó a parpadear. Las puertas del ascensor

empezaron a cerrarse. Tabitha lanzó un alarido de júbilo y salió de la cápsula saltando por entre ellas.

Estaba en los niveles más profundos de los muelles. Inmensas masas de maquinaria se alzaban a su alrededor, algunas sumidas en un silencio meditabundo y otras vibrando y rechinando de tal forma que los infrasonidos le dieron dentera. Conductos de diámetros apabullantes eructaban y vomitaban su carga gaseosa en el interior de gigantescos compresores. El plasma recién cargado goteaba de los tubos formando láminas de una brillantez cegadora y desaparecía en un confuso arremolinarse púrpura de imágenes residuales. Siluetas casi invisibles se desconectaban de la maquinaria o de los conductos, giraban sobre sí mismas y se alejaban velozmente perdiéndose en la oscuridad. Eran robots que se dirigían a otras partes del nivel para cumplir nuevas funciones.

Tabitha intentó seguir el parpadeo rojizo de su monitor a través de aquel laberinto de actividad estífrica.

Y cuando creía estar llegando a alguna parte, cuando ya casi había conseguido sintonizar la diminuta pantalla captando una imagen que no estaba distorsionada por todas las interferencias locales..., una silueta apareció en el pasillo que estaba siguiendo. Era una mujer de piel negra vestida con un mono de color verde aceituna que debía medir un mínimo de treinta centímetros más que ella. Se había rasurado la cabeza formando una especie de rejilla muy complicada, y el cuero cabelludo estaba tachonado por los abultamientos de acero de las conexiones. Un cable de un color distinto salía de cada una y serpenteaba hasta desaparecer en el tablero de control que había junto a una columna distante. Tabitha acababa de tropezar con otra supervisora de unidades.

—Estoy intentando encontrar mi nave —dijo Tabitha.

Quizá hubiera sido mejor no acudir a ella en busca de ayuda o, una vez tomada esa decisión, proporcionarle algún dato de referencia básica que indicara adónde quería ir, pero Tabitha no tenía ni idea de cuál era el número del hangar en el que se encontraba su nave. De hecho, ni tan siquiera estaba segura de que los hangares de estacionamiento de Plenty tuvieran número.

La supervisora de unidades llevaba bastante tiempo sin ver a ningún ser humano. Su existencia era tan aislada y había quedado tan limitada a su pequeña parcela de la red de personal que su esquema cognitivo se reveló incapaz de acomodar a aquella intrusa aparecida de forma tan repentina como inexplicable. La supervisora lanzó un gemido y hendió el aire con un miembro atrofiado. Hilillos de mucosidad transparente brotaron de su nariz y cayeron sobre el pavimento sucio y requemado. La caprichosa luz de las bengalas de radio y la turbia claridad de los baños de protones le daban todo el aspecto de una ciudadana del Infierno condenada a sufrir y enloquecer en las garras de un tormento cibernético particularmente cruel e insidioso.

Y, en realidad, era precisamente eso.

La supervisora reaccionó como una habitante del abismo infernal que invoca a sus demonios familiares, y su rebaño de máquinas se precipitó por los pasillos del nivel para converger sobre la infortunada propietaria-transportista.

Tabitha echó a correr.

Podía oír el atronar de las unidades que la perseguían.

La desesperación la impulsó a subir por una escalerilla metálica. Trepó hasta la mitad de la escalerilla, se agazapó, puso las manos sobre la barandilla y se lanzó al vacío.

Y cayó.

Aterrizó con un considerable estruendo metálico sobre una cinta transportadora que avanzaba lentamente por entre montones de metal fundido. Consiguió conservar el equilibrio y su bolsa de viaje apoyando una rodilla sobre la cinta y agitando frenéticamente los brazos. Volvió la cabeza hacia atrás mientras la cinta transportadora seguía arrastrándola en dirección a la negrura.

Las lucecitas rojas de las unidades apelotonadas sobre la escalerilla empezaron a empequeñecerse en la penumbra.

Tabitha echó un vistazo a la luz roja de su monitor y descubrió que estaba avanzando lenta pero inexorablemente en dirección opuesta a la que quería seguir.

Saltó de la cinta transportadora y sintió que se le enganchaba un talón en un reborde protector. El tirón fue bastante doloroso. Cayó sobre una superficie de cemento, lanzó un grito de dolor y se quedó inmóvil jadeando para recuperar el aliento.

El rechinar de unas potentes mandíbulas metálicas y un chirrido de metal masticado le indicaron que había saltado de la cinta justo a tiempo.

Pegó la espalda a un soporte de la cinta, acarició su dolorido pie y volvió a probar suerte con la pantalla de su monitor, llevándose la gran sorpresa de ver cómo la estática se disipaba para ofrecerle una imagen perfecta de *la Alice Liddell* con el techo aún abierto y los cuatro extensores de carga funcionando a toda velocidad. Marco Metz y Mogul Zodíaco estaban usándolos para recoger los bultos que yacían sobre el suelo formando un confuso montón.

Había muchísimo equipaje.

Los extensores lo estaban colocando dentro de la bodega.

La imagen osciló hacia arriba y hacia abajo, empezó a disgregarse y desapareció.

Tabitha lanzó un chillido de protesta, se levantó de un salto y estuvo a punto de caer cuando su maltrecho tobillo se negó a soportar el peso que pretendía imponerle.

Un destello de luz verdosa pasó velozmente sobre su cabeza iluminando la oscuridad saturada de humos.

—¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Sígueme! —canturreó.

Tabitha cojeó, se apoyó en los conductos y se tambaleó hasta la esquina siguiente, donde se detuvo un momento para apoyarse sobre un solo pie y masajear su palpitante tobillo.

El loro se había posado sobre la estructura protectora de un motor, un poco por delante de ella y muy por encima de su cabeza. Tal abrió el pico y emitió un ruido idéntico al que hacía *la Alice* cuando separaba los paneles del techo de la bodega.

Tabitha recordó que el loro les había sacado de las cavernas después de que consiguiera detener el taxi.

—¡De acuerdo, adelante! —gritó.

Siguió cojeando y tambaleándose por el pasillo. Sus botas crearon ecos sobre los peldaños de una escalera de caracol que se alzaba entre las hileras de naves silenciosas y vacías. Una Dromedario Vassily-Svensgaard; una Freimacher modelo Aguila; una Quarkito Mínimo, la idea de riqueza y posición social de algún datócrata barrigudo... Tal era una borrosa mancha verde que revoloteaba entre el hierro negro y el caparazón de tortuga manchado de hollín yendo y viniendo por encima de su cabeza.

—¡Sriti eugenveldt! —chilló el loro.

Su voz chocó con las paredes del pozo de hueso y creó un sinfín de reverberaciones. Un instante después había desaparecido.

Tabitha sabía que se encontraba muy por encima del suelo de los muelles. Empezó a hacer equilibrios sobre una pasarela de acero que formaba parte de un tubo curvado con los lados abiertos al vacío. Algo de gran tamaño emitió un rugido sobre ella y a su izquierda, y se fue acercando rápidamente por el tubo.

Tabitha extendió las manos hacia la oscuridad que había más allá del tubo y se agarró a lo primero que encontró. El asidero retrocedió haciéndole perder el equilibrio. La bolsa de viaje giró sobre su cadera y Tabitha se precipitó hacia la oscuridad.

La cápsula del ascensor pasó atronando a escasos centímetros de sus piernas, y Tabitha cayó pataleando por el cada vez más reducido espacio existente entre los dos paneles de una puerta deslizante. Estaba en un hangar bastante mal iluminado.

Lanzó un chillido y miró hacia arriba.

Vio las bocas redondas de los reactores de una Bergen Kobold alzándose ante ella.

Era *la Alice Liddell*.

Tabitha logró ponerse en pie y se apoyó en la pared junto al conducto del ascensor jadeando y viendo las estrellas.

—¡Tabitha! —exclamó Mogul Zodíaco con voz alegre, como si estuviera dándole la bienvenida a una fiesta.

Marco Metz fue corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Tabitha, gracias a Dios que estás bien!

El equipaje ya se encontraba dentro de la bodega y los extensores habían empezado a retraerse. Las puertas del techo de la bodega seguían abiertas. Tal se había posado sobre una de ellas. El loro la saludó con un estridente silbido.

—Me alegra ver que os habéis instalado como si estuvierais en vuestra casa —dijo Tabitha. Cojeó decididamente hacia su nave rehuyendo los brazos de Marco—. Parece que tienes buena mano con la maquinaria, ¿eh? —Recordaba con cuánta atención lo había inspeccionado todo cuando estaban en la bodega de carga—. Especialmente con mi maquinaria...

—Oh, bueno, ya sabes... Cuando viajas mucho vas aprendiendo cosas aquí y allá.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Su mano fue hacia el monitor de muñeca y tecleó la secuencia que abría la escotilla delantera.

—Pero casi todo el mérito hay que atribuírselo a Saskia.

—¿Qué?

Tabitha volvió la cabeza hacia la esbelta figura del pijama azul. Había creído que era Mogul, pero era Saskia. Se había afeitado el bigote.

Saskia inclinó la cabeza fingiendo sentirse incómoda, contempló sardónicamente a Tabitha desde debajo de sus cejas enarcadas y extendió las manos en un gesto no-he-podido-evitarlo. La imitación de Marco era perfecta. Un arco iris de polvo de estrellas bailoteó durante un segundo trazando una curva multicolor de una palma a otra, centelleó y se esfumó.

—Bueno, a ver si puedes resolver mi pequeño problema —dijo Tabitha mirándola con cara de pocos amigos—. No consigo entrar en mi nave.

Sus dedos habían tecleado la secuencia varias veces sin obtener ningún resultado.

—Pues claro que puede resolverlo, Tabitha dijo Marco.

Dio un par de pasos hacia ella y empezó a mover las manos haciendo señas a la acróbata.

Tabitha golpeó el flanco de la nave con los puños. El ruido creó ecos que se dispersaron por todo el hangar.

—Es cosa de la policía —dijo—. Deben haber clausurado los sistemas.

—No han venido por aquí —dijo Marco—. Logramos esquivarles. Hicimos un numerito de desaparición realmente impecable, de eso no cabe ninguna duda...

Tabitha se apoyó en la nave y le miró fijamente.

—Los policías de aquí son unos estúpidos —siguió parlotando Marco—. No tienen iniciativa, ¿entiendes? No son más que unidades de respuesta móviles..., vamos, Saskia, abre esa maldita puerta..., son todo sistemas y circuitos y ni una jodida pizca de cerebro —añadió con mucho énfasis mientras se daba golpecitos en el cráneo con los nudillos de una mano—. Venga, Saskia, ¿cómo es que todavía no la has abierto?

La acróbata había trepado ágilmente por el flanco de la nave y estaba sobre la cabeza de Tabitha hurgando con una microganzúa laser en el sello.

—No iban detrás de mí —dijo Tabitha—. Era a vosotros a quienes querían coger, malditos bastardos. ¿Qué demonios hiciste en las bóvedas criónicas? Marco, ¿qué había en esa cinta?

Marco sonrió y rehuyó su mirada.

—*Eine Kleine Natchmusik* —dijo—. Resulta muy sexy, te lo aseguro...

Le lanzó una rápida mirada llena de sobreentendidos y sus cejas bailotearon frenéticamente.

Tabitha saltó sobre él con las manos convertidas en garras apuntando hacia su garganta.

Marco esquivó limpiamente su acometida.

—¡Lo tengo, Tabitha! —canturreó—. ¡Tengo el dinero!

Sacó una tarjeta de crédito de su bolsillo y la sostuvo delante de sus ojos.

Tabitha intentó cogerla.

Pero la mano de Marco ya estaba vacía.

Un ruido la distrajo.

Era el ascensor. La cápsula acababa de llegar y se había detenido de forma bastante violenta. Las puertas se abrieron.

Xtasca y Mogul saltaron por el hueco.

Habían traído más equipaje. El platillo volante de Xtasca apenas si podía con el peso extra del equipo electrónico amontonado sobre él, y el cilindro gris y plata que llevaba a la espalda hacía que Mogul se tambaleara.

Tabitha volvió la cabeza hacia la cápsula en la que habían llegado y vio que estaba vacía, pero tanto Xtasca como Mogul parecían tener mucha prisa. Como si les persiguieran...

Y así era.

Unas siluetas blancas vestidas con monos mugrientos empezaron a bajar del techo de la cápsula y se deslizaron por el hueco manteniendo abiertas las puertas gracias a la pura fuerza del número.

—¡Cheeeeeeee! —aullaban—. ¡Cheeeeeeeeeeee!

Los perks acababan de llegar.

Había muchísimos. La marea de perks se esparció por el suelo del hangar, y Mogul dio un salto imposible que le llevó hasta los reactores de *la Alice*. El cilindro se balanceó precariamente sobre su espalda. Unos cuantos perks blandían trozos de cañería. Otros llevaban cadenas. Muchos iban armados con pistolas.

Xtasca inclinó su platillo volante hacia un lado, pasó a toda velocidad por encima de sus cabezas y desapareció en el interior de la bodega.

Marco se olvidó de Tabitha y corrió hacia Mogul. Subió de un salto a la aleta de estribor y agarró el extremo inferior del cilindro gris plateado.

Los proyectiles empezaron a rebotar en la parte inferior del casco de la nave.

—¡Jesús! —gritó Marco.

Trepó por la aleta, se agarró a un sensor y se precipitó hacia la bodega dando un salto mortal.

Mogul y el cilindro metálico, le siguieron a toda velocidad. Tabitha podía oír golpes ahogados y vibraciones que llegaban desde el interior de la nave.

—¡Saskia! —gritó.

Saskia bajó la vista hacia ella sosteniendo la ganzúa entre los dientes y la obsequió con una sonrisa bastante ambigua. Después golpeó la puerta con los nudillos tan delicadamente como si estuviera utilizando un código secreto. No ocurrió nada.

Los perks avanzaron haciendo girar sus cañerías. Tabitha estaba agotada y tenía mucho miedo. Subió de un salto al umbral sin soltar la bolsa de viaje y empezó a repartir patadas mientras volvía la cabeza hacia Saskia.

—¿No tienes a mano ninguna de esas bolas de fuego tuyas? —le gritó.

No obtuvo respuesta.

Tabitha alzó los ojos buscando a Saskia y vio como sus pies desaparecían por la curvatura del casco.

El suelo hervía de perks. Uno de ellos sonrió y la apuntó con el cañón de un arma tan larga como su cuerpo. El perk era bastante joven, y su gorra estaba repleta de calcomanías fluorescentes. Tabitha se encontraba lo bastante cerca de él para ver lo que ponían. MORLOCKS, se leía en una. MIERDA DE MONO 607, se leía en otra.

Tabitha cerró los ojos.

Hubo una explosión ensordecedora.

Abrió los ojos y descubrió que seguía viva. El hangar estaba empezando a llenarse de humo y polvo. Los perks volaban por los aires entre un torbellino de escombros y lo que parecía metralla pero debía ser fragmentos medio pulverizados del caparazón de tortuga.

Alguien acababa de hacer un agujero en la pared.

El agujero se llenó de siluetas.

La policía.

La aparición de los agentes fue acompañada por un volcán de luz rosada y un estrépito que hacía pensar en un enjambre de avispa mecánicas enloquecidas.

Tabitha volvió a gritar. Se agarró al casco de *la Alice* intentando convertirse en una criatura bidimensional. Chorros de radiaciones duras bailotearon en todas direcciones hendiendo la atmósfera. El aire del hangar se estaba calentando muy deprisa.

Los perks de las cadenas y los de las cañerías saltaron sobre la popa de la nave. Unos cuantos se metieron dentro de los reactores y otros buscaron refugio detrás de ellos. Los que tenían pistolas se habían apresurado a desaparecer debajo de la nave.

Los policías estaban disparando. Un haz de radiaciones hizo impacto en *la Alice*, se deslizó a lo largo del casco chisporroteando y se desvaneció después de haber dejado una señal negra y un terrible olor a metal recalentado.

—Si le hacéis algo a mi nave... —gritó Tabitha.

Pero el retumbar que se produjo a continuación hizo que ni tan siquiera ella pudiera oír lo que dijo después.

Los perks que habían trepado al casco saltaron al suelo y huyeron a cuatro patas lanzando chillidos de alarma. Los que tenían pistolas retrocedieron un poco más y empezaron a devolver los disparos de la policía mientras alzaban los hocicos para gruñir y rugir a la nave que tenían encima.

La Alice Liddell había empezado a temblar.

El retumbar seguía y seguía, pero ahora estaba acompañado por un zumbido estridente.

Los policías dejaron de disparar. Tabitha vio como retrocedían. Sus ojos de cíclope se movían a toda velocidad lanzando señales y respondiendo a ellas.

Asomó la cabeza para mirar por detrás de la popa y vio lo que les tenía atrapados. Un escuadrón de deltas negras flotaba en silencio sobre los muelles. Unos cuantos policías avanzaban lentamente con la espalda pegada a las paredes intentando llegar hasta el interior del hangar.

Un ruido que hacía pensar en un chorro de vapor escapando a toda velocidad se unió al trueno ahogado y el zumbido estridente. La zona de suelo del hangar situada debajo de los reactores se había vuelto de un rojo cereza tan intenso como el de los ojos de Xtasca. Nubes de un humo muy espeso salieron disparadas hacia abajo, envolvieron a los perks de las pistolas y se alejaron de la nave rodando lentamente sobre el suelo del hangar.

La Alice Liddell se agitó.

Tabitha se agarró al asa de la compuerta y empezó a golpearla con los puños. Un perk emergió de la humareda, alzó la cabeza hacia ella y disparó. Un haz de energía chocó con el casco a escasos centímetros de su mano y ennegreció la tela metalizada de su manga.

Tabitha lanzó un alarido de rabia.

—¡Esta nave es mía, bastardos!

El rugido se intensificó. Otro haz de energía hendió los torbellinos de humo pasando junto a ella y Tabitha pudo sentir el calor en su mejilla.

La nave temblaba en las garras del trueno. *La Alice Liddell* se alzó por entre el aire saturado de humo y radiaciones con su capitana aferrada al casco y las conexiones y tubos aún metidos dentro de las tomas.

Tabitha encorvó el cuerpo, alzó la cabeza hacia la carlinga y gritó con toda la potencia de sus pulmones. Alguien —¿Mogul?— estaba golpeando el parabrisas con los puños y le hacía señas frenéticas desde el otro lado del cristal.

Algo chocó con su espalda.

Tabitha lanzó un grito, sintió cómo uno de sus pies resbalaba del peldaño y volvió la cabeza.

El largo brazo articulado de un extensor de carga había salido de su escondite y se estaba moviendo hacia ella. Su inmensa garra oscilaba lenta y pesadamente alrededor de su cabeza.

Tabitha extendió un brazo e intentó agarrarse a ella.

La garra se encontraba demasiado arriba.

Lanzó un grito de frustración y volvió a pegar el cuerpo a la compuerta.

Un haz de luz rosada hizo impacto en la garra que bailoteaba sobre su cabeza y creó un surtidor de chispas. La garra se estremeció, bajó unos centímetros y buscó ciegamente su hombro.

Tabitha extendió un brazo hacia la barra inferior de la garra en que terminaba el extensor. La barra tembló y se flexionó como si fuese un ser vivo. Otro haz de energía hizo impacto en el extensor y Tabitha sintió el temblor de protesta de un servomecanismo.

El extensor salió disparado hacia atrás llevándose consigo.

Tabitha sintió cómo sus pies perdían contacto con el peldaño. Se agarró al extensor con las dos manos y logró deslizar una pierna por encima de la barra.

El extensor siguió subiendo llevándola rápidamente hacia el hueco del techo.

La nave temblaba. *La Alice Liddell* subió por entre el aire saturado de humo y radiaciones tensando los tubos y cables que seguían uniéndola al hangar.

Tabitha entró en la bodega y vio a Tal picoteando frenéticamente el panel de control. El equipaje de Contrabando había sido pulcramente colocado y asegurado, y ocupaba casi todo el interior de la bodega.

Mogul Zodíaco le sonrió desde el umbral de la cabina. Lucía el bigote de Saskia y la estaba abrazando. Tabitha miró por encima de sus cabezas y logró distinguir a Xtasca encogido en la red del piloto con la cola metida dentro de la consola.

Marco estaba en la pasarela con los brazos extendidos para recibirla.

—¡Las conexiones! —chilló Tabitha señalando hacia afuera con la mano.

Marco siguió la dirección indicada por su mano, frunció el ceño, flexionó las rodillas y saltó hacia arriba.

—¡Marco, no! —gritó Tabitha.

Pero Marco ya no estaba allí.

Le vio saltar del extensor y desaparecer por el hueco del techo de la bodega.

Tabitha tuvo un último y fugaz atisbo de Marco tumbado sobre el casco y avanzando hacia las cada vez más tensas conexiones. Los policías habían vuelto a abrir fuego. Los haces de energía pasaban zumbando junto a sus piernas.

El extensor la fue llevando hacia el suelo de la bodega y su nueva posición impidió que siguiera observándole.

Tal dejó de dar picotazos en el panel de control y voló hacia Tabitha moviendo las alas a toda velocidad y canturreando alegremente. El rugir de los reactores hacía que fuese imposible oírle.

Tabitha se dejó caer de la garra y aterrizó torpemente sobre el cada vez más inclinado suelo de la bodega.

—¡Cállate! —le gritó a Tal.

Corrió hacia la cabina y subió el tramo de peldaños.

Se metió en la red del copiloto después de lanzar una brevísima mirada a Xtasca y recorrió las pantallas con los ojos. Marco estaba agarrado a la parte inferior del fuselaje y alargaba una mano para soltar la última cañería.

Tal había acabado de cerrar el techo. La bodega había quedado inaccesible.

El casco de *la Alice* rozó un extremo del techo del hangar produciendo un espantoso chirrido metálico. La nave chocó con el riel de la red de carga, empezó a convertirlo en una bola y acabó arrancándolo de sus soportes.

—¡Vamos, Alice, sigue!

La nave se abrió paso por entre el escuadrón de deltas y dispersó a los planeadores como si fueran otras tantas hojas.

Las hileras de reflectores sobrecargaron las pantallas de popa llenándolas de estática blanca. *La Alice* había emergido a la gigantesca caverna del muelle. Los camiones y las unidades giraban locamente por debajo de ella. Personas y máquinas corrían en todas direcciones intentando huir. La boca de la caverna y la oscuridad de la noche infinita se encontraban a varios kilómetros de distancia. Si mirabas con mucha atención podías distinguir las estrellas que ondulaban al otro lado de la tensa piel que era la atmósfera de Plenty.

Los planeadores negros de la policía estaban recomponiendo su formación anterior detrás de ellos y se disponían a perseguirles. Un arma nueva —una especie de lazo energético que parecía un relámpago azul—, chisporroteó a través del espacio que los separaba.

Tabitha logró anular las interferencias de la policía y abrió la escotilla de atrás.

Marco Metz entró por ella con la cabeza por delante. Un diluvio de fragmentos metálicos salió disparado a su espalda y cayó sobre las cabezas de los policías. Le sangraba la nariz y su elegante chaqueta echaba humo.

—¡Vuela! chilló Tabitha.

Xtasca asintió pesadamente con su extraordinaria cabeza y *la Alice Liddell* aceleró al máximo.